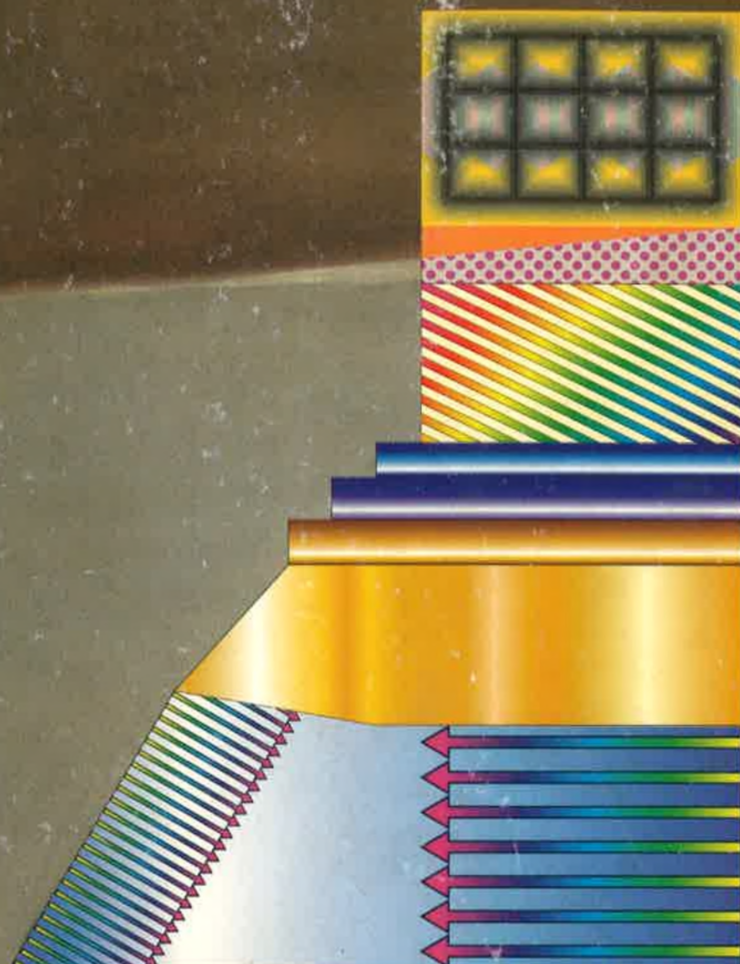
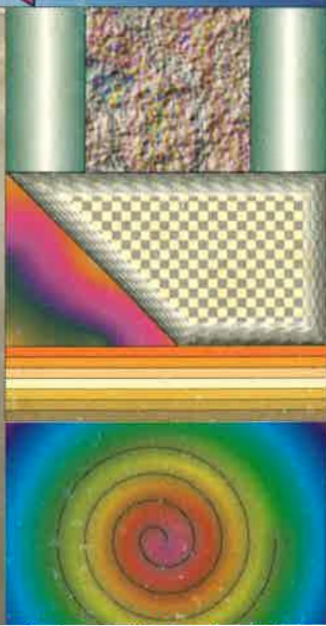
memoria

para armar - uno





Este libro es el resultado de la selección realizada por los Profesores Graciela Sapriza, Rosario Peyrou, Lucy Garrido y Hugo Achúgar y el Taller, entre 238 trabajos que respondieron a la Convocatoria MEMORIA PARA ARMAR del Taller Género y Memoria de ex-presas políticas, cuya nómina se dio a conocer



MEMORIA
PARA ARMAR
UNO

MEMORIA
PARA ARMAR
UNO

Testimonios coordinados por el
Taller de Género y Memoria ex-Presas Políticas

Editorial SENDA

Ilustración de portada: Pintura de Hilda López de la Serie "Los adioses"
Fotografía y diseño de portada: Beatriz Battione
Diseño y armado interior: Sonia Mosquera

memoriaparamar@hotmail.com
Hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay
Primera Edición: noviembre 2001 - 1500 ejemplares

ISBN: 9974-39-354-X

Agradecemos:

A la Universidad de la República y al Rector Ing. Rafael Guarga su auspicio generoso.
A las Profesoras Graciela Sapriza, Rosario Peyrou, Lucy Garrido y al Profesor Hugo Achugar su invalorable colaboración y amistad.
A Cotidiano Mujer que nos acogió en su casa fraternalmente.
A Sonia Mosquera, Beatriz Battione, Elena Fonseca, Edda Fabbri, que nos entregaron desinteresadamente su saber técnico.
A Artes Gráficas y Dot Digital, nuestros impresores.
A la Comisión de Cultura de la Intendencia Municipal de Montevideo, a la Comisión de Derechos Humanos de la Junta Departamental de Montevideo, Serpaj, y demás instituciones amigas y a compañeras y compañeros que apoyaron con entusiasmo nuestra esperanza y esfuerzos.

NUESTRO HOMENAJE:

A todas las que partieron y nos dejaron sus banderas.
A las que hicieron de la solidaridad una razón de vida.
A las que supieron criar a sus hijos bajo el terror para que fueran libres.
A las que fueron capaces de sentarse a escribir venciendo el dolor o la timidez.

Presentación

La edición que presentamos es la primera que lleva a cabo el Taller de Género y Memoria ex-Presas Políticas y es inicial de una serie de publicaciones a realizar, destinadas a recoger testimonios, reales o ficcionados, de todas las mujeres que vivieron la dictadura uruguaya en cualquiera de las situaciones posibles.

Nuestro propósito es contribuir en varios niveles a la recuperación del pasado durante el gobierno de facto, vivido por las mujeres de modo característico y propio.

Los testimonios conservan para las generaciones presentes y futuras, hechos, pensamientos, alegrías, angustias y valores que integran el acervo histórico, y por eso mismo, aportan lo suyo a una tradición nacional que busca un perfil de lo que somos como pueblo. Constituyen una reflexión de mujeres, pocas todavía, sobre sí mismas, sobre su manera de enfrentar situaciones límites y acercan al trabajo de concientización del género, vivencias profundas, conmovedoras y tremendas que enriquecerán a todos.

Esta es una historia de emociones y verdades internas, de lucha en todas formas, en que muchas voces no se han dejado oír todavía y por eso, como toda historia, es incompleta.

Este no es un libro más; aquí pensamientos y sentimientos de muchas mujeres se conjugan para recomponer el pasado, para reafirmar con orgullo o con modestia, que tenemos que dejar para las generaciones venideras las vivencias de aquellos años dolorosos, y valientes, ejemplo y protección en el futuro.

Estamos convencidas que este libro, en el que hemos puesto nuestro amor y nuestra confianza, también será leído así, así se releerá, se regalará, se prestará, en una siembra sin fin.

Taller de Género y Memoria ex-Presas Políticas

Prólogo

Participar de la Comisión (que no Jurado, porque esto no fue un concurso) que trabajó en la selección preliminar de Memoria para Armar fue una experiencia difícil de transmitir en toda su dimensión. Significó enfrentarse durante varios meses a lo que habían vivido las mujeres de este país desde la cárcel, el exilio, los barrios, los lugares de trabajo, en esos años que marcaron a fuego a tres generaciones uruguayas. Fue revivir lo que habíamos pasado nosotros mismos, y nuestros familiares y amigos, pero mucho más que eso, descubrir cosas que ignorábamos, o de las que apenas teníamos noticias, vistas ahora desde la experiencia concreta, desde la afectividad de quienes las habían protagonizado.

En una reunión de las muchas que tuvimos mientras hacíamos el trabajo de selección, una de nosotros contó una anécdota que transcribimos porque nos parece representativa de lo que sentimos todos: "Un día, mientras yo leía originales mi hija menor entró en la habitación y se quedó mirándome. ¿Qué te pasa, mamá? Le expliqué que esos papeles me conmovían porque tenían que ver con un pasado que no había terminado de cerrarse, porque muchas historias eran tristes, pero sobre todo por la emoción de descubrir con qué coraje, con qué dignidad, con qué entereza, y con qué humildad, las mujeres habían contado cosas dolorosas que tenían que ver con nuestra historia, con la de mi madre, con la mía y también con la de ella. Le expliqué como pude, que eso también me daba alegría, y me hacía sentir orgullo. No se lo dije, porque tuve miedo de ser grandilocuente, pero me acordé de un versículo del libro de Judit: "¿Quién se atreverá a despreciar a este pueblo que tales mujeres tiene?" (Judit, 10, 19)".

Porque valía la pena saber cómo vivieron las mujeres en ciudades y pueblos del interior en el páramo de esos años, conocer las dificultades de las madres para pagar los paquetes de los presos, la solidaridad callada de un vecino, de un conocido; el dolor de una exiliada que durante años no pudo ver a sus hijas ni comunicarse con ellas; escuchar el silbido bajito de un muchacho que le envía a una presa desconocida para él, un abrazo cómplice escondido en una melodía prohibida; saber

de un viejo que aprendió a escribir para poder comunicarse con su hija en la cárcel; constatar que también hubo momentos de alegría, reirnos con el humor con que las mujeres podían burlar los rigores de los represores y establecer redes de afecto por encima de ideologías y diferencias de edad y formación.

Estos papeles muestran hasta qué grado de inhumanidad llegó la dictadura, las cosas terribles que llegaron a hacer los represores, pero mucho más importante: muestran lo que NO pudieron hacer, porque hubo mujeres y hombres que resistieron en medio de la destrucción. Estos testimonios plantaban un límite, el límite que impone la dignidad, y que explica, como el plebiscito de 1980, la medida del fracaso de la dictadura militar.

Esto no es un concurso, claro. Se dice fácil, pero fue muy difícil elegir los textos para este primer tomo, porque todas las historias valen lo mismo, todas llevan la carga de una experiencia vivida y superada con coraje. Todos los testimonios exhiben la valentía adicional de haberse animado a compartir esas memorias personales para que integren la memoria colectiva. Leímos y releímos, y volvimos a leer, intercambiamos opiniones, y buscamos que esta primera entrega reflejara una variedad suficiente como para trazar un retrato válido de lo que fue la resistencia de las mujeres ante la injusticia y la arbitrariedad.

Han pasado más de dos décadas de las historias que cuenta este libro. Tal vez por eso, ahora puedan escribirse, y tal vez, por fin, estemos preparados para leerlas. No está mal que aparezcan ahora, en este año de desaliento, en que muchos parecen dudar de la viabilidad de un país que no termina de encontrar su lugar en el mundo. En una de ésas, ayudan a descubrir que más allá de las dificultades económicas, de la globalización y sus secuelas, de los discursos repetidos y de las ilusiones que se desmoronan, este país tiene sentido porque tiene esta gente, y fue capaz de generar ese caudal de generosidad, de entrega y sensibilidad del que este libro es un claro testimonio. Ojala, estemos, como comunidad, a la altura de ese desafío.

Graciela Sapriza
Rosario Peyrou
Lucy Garrido
Hugo Achugar

LAS VOCES

Las versiones son fieles a los testimonios entregados por las autoras

ALGUIEN

Alguien no dijo
Alguien no vio
Alguien no pensó
Alguien llamó
Alguien escuchó
Alguien sabe
Alguien se va
Alguien regresa
Alguien no quiere
Alguien debe hacer
Alguien calla
Alguien no siente
Alguien oculta
Alguien miente
Alguien

TODOS

Ana Laura

Mirada

Te vi. Era en el fresco temprano de una mañana de verano. Quizás, primavera, aunque podría haber sido otoño, sería más lógico. Hace tanto tiempo... ¿Treinta años? ¿Un poco menos? ¿Quién sabe...?

Era de esas mañanas en que la promesa del calor venidero anima a levantarse, a estar afuera, para sentir en la piel ese resto piadoso de aire nocturno. Y respirar hondo, como para guardar un poco.

Era además, mañana de adolescencia sin liceo. Pequeña libertad que abre la puerta a un paraíso de posibilidades. La mayoría queda en eso, posibilidades, pero es suficiente. No simplemente levantarse, sino hacer volar el camisón, mientras aletea hacia cualquier lado. Lenta inspección en el espejo y rápido el peine, pensando en todas esas cosas que sugiere la misma imagen de cada mañana, la misma, pero otra, como cada día y como siempre, en esa edad en que es posible transformarse en una noche. ¡Y cómo duele mirarse, y a veces no quererse! Y cómo duele querer mirar y no querer. Haber visto ya. Haber crecido ya.

Y ver el mundo, y crecer ya. Intentar compaginar dos engranajes que no se detienen. Y aprietan. Y apresuran. Y apuran tanto, que esa ropa vacía, abandonada al salir, seguramente no queda igual, no sienta bien cuando se vuelve a entrar.

¿Ayudar a mi madre a barrer la vereda? Sí... ¿Por qué no?

Estar en la calle, el alboroto de cientos de pájaros en la copa del árbol, el silencio de las casas que todavía no se habían abierto...Y ahí estábamos, mi madre y yo. Dos escobas, dos mujeres, el cordón de la vereda de una calle de barrio.

Y entonces te vi. Sorprendida por el ruido del motor, que ya se alejaba, miré. Y te vi. Tú no me viste. No podías. ¿Me escuchaste? Yo no podía. Tú no hablabas.

Tus manos en la espalda y tu espalda contra la caja de un jeep militar. Rodeada de cascos, armas, uniformes verdes. De aquel verde... Verde como la lona trasera levantada, arrollada sobre el techo. ¿La lona

levantada? Y sí... ¡la lona levantada! Arrogante prepotencia, patética pedantería de los que se creen impunes, que te descubrió a mis ojos. Tenías el cabello muy rubio, dividiéndose sobre los hombros y también sobre las sienes, estrangulado por la venda que cubría tus ojos. Llevabas un pantalón vaquero y un saco, como de lana, rojo. Pequeña imagen desvalida y frágil, expuesta, muchacha, entre ellos, sola.

Entonces el grito:

–¡¡Mamáá, mirá!! ¿La viste?, ¿la viste?

–No llores, m'hija, no llores...

–¡Hijos...!

Y el abrazo que cierra. O encierra. ¿Consuelo o silencio? Tristeza e impotencia en su mirada aguada. Y después la oí susurrar algo a mi padre. Pero ella y yo jamás volvimos a hablar sobre ti. Ella ya no está. ¿Tú estás? ¿Qué te pasó? ¿Qué hicieron contigo?

Nada sé sobre ti, o casi nada. Todos estos años te he acunado en mi memoria, con tu saquito rojo, cada vez más rojo, y tu pelo claro, que no adquirió canas, y por eso mismo, doloroso. Porque no puedo modificarlo, no puedo sacarte de aquella caverna verde, que como una bocaza siniestra mostraba lo que estaba a punto de engullir. Un bocado demasiado delicado para el hediondo aliento de una bestia que recién empezaba a rugir. Así te balanceabas, entre sus dientes, desvalida en la oscuridad de tu mirada obturada, desamparada y sola entre los que te rodeaban. Pero te vi. Y estuve contigo. De tu lado.

Absurdo, inútil sinsentido. Yo te vi. Pero tú no podías verme. Y a ti te taparon los ojos, seguramente porque ya habías visto y entonces, ya sabías. ¿De qué te servía mi mirada? Vano esfuerzo de una impotencia desconsolada, que no se resigna. Pero es que aún hoy, quisiera saber. ¿Dónde estuviste? ¿Dónde estás? ¿Estás?

Eras mayor que yo. Como mi hermana mayor, quizás. Mayor que mi hija ahora. Pero ¿envejeciste como yo, como mi hermana? ¿Encaneció tu pelo?

Muchas veces me he preguntado, de dónde te traían, dónde tu casa, tu familia, dónde tu madre. Tu casa tendría también ese olorcito mañanero de café y pan tostado... Tendrías un dormitorio, una cama, un cuarto que contuviera tus cosas, tu música y los libros... Un compañero ¿un marido? ¿Dónde quedó ese alguien desesperado, ese que apela al telé-

fono, a los otros? ¿Cómo contarle que guardo un retacito de tu vida?

¿Cómo contar del horror, del sufrimiento tan fuerte que marea y entorpece? ¿Cómo hablar de mí, desgarrada y avasallada por una imagen, a quien ya está desgarrado? Aún hoy, me ha costado acercar a mi hija a este relato. Recordar tu imagen una vez más y pensar en ella me provoca algo difícil de describir. Es como si quisiera elevar una muralla de tiempo, de distancia... ¿de historia?

Sí. Hacer una muralla imposible de otra historia. Porque cada acontecimiento de la historia anterior era más, y más y más terrible. Era, diría, casi paradójico, una historia de lo inhumano, de lo no escrito y no dicho. Y mientras no se podía decir, ni escribir, ¿cómo no?, cada vez que volvía a mi casa, aquella ropa vacía no se acomodaba bien a una dueña modificada, se negaba a llenarse de mí. Pero eso, ya no importaba. Y la imagen en el espejo, tampoco importaba tanto. Y fui creciendo, empezando a envejecer, entre noticias susurradas, miradas de reojo y algunos libros enterrados. Por las dudas.

Entre las cosas perdidas y tanta pregunta sin respuesta, tu saquito rojo y tu cabeza torturada... ¿Te mareaban? ¿te confundían? ¿te negaban sus rostros? ¿la calle por donde te llevaban? ¿te tenían miedo? ¿porque aún no habían hecho las capuchas, apuraron una tela sobre tus ojos?

¿Qué hacer con todo esto? Quizás se trate de una especie de pobre resarcimiento de mi pena inútil, un pequeño homenaje para ti, una vana gotita de consuelo tardío, y quizás, algo de venganza... Tal vez una modesta manera de crear otra historia...

Quiero decirte, que la calle se sigue llamando Asamblea.

Argo

El bote

Aquella tarde me tocó ir entre las primeras. A las mujeres nos llevaban a bañar a la enfermería, que quedaba bastante lejos del barracón, donde nos habían trasladado, pasado poco más del primer mes. Nos separarían dos cuadras o tal vez tres, no puedo establecerlo con precisión, cualquier distancia resultaba fatigosa, para alguien que pasaba todo el día en custodiada inmovilidad.

A esta altura, por lo menos para los que estábamos en el barracón, el baño era un acontecimiento, si no diario, frecuente y ya incorporado a la rutina de aquellos días, que empezaron siendo de pesadilla, de caos, siguieron interminables, y ahora eran sencillamente de espera.

Es curioso, pero así, sentado de cara a la pared, los ojos vendados, incomunicado, uno espera, más que algo trascendental, algo nimio, pequeño, apenas capaz de posibilitar un cambio de posición, la comida, la ronda del enfermero, el baño.

El baño era obligatorio y contra-reloj

–Rápido, ¡¡tenés diez minutos y van nueve!!

Nunca llegué a ubicarme con cierta satisfactoria exactitud en aquel inmenso cuartel de Colonia; a mi naturalmente escaso sentido de la orientación se sumaba la ceguera de la venda. Sin embargo, la enfermería me resultaba inconfundible. Allí había pasado el primer mes, y evidentemente algún misterioso mecanismo de conservación hacía que la reconociera. El baño estaba pegado al consultorio del médico. Enfrente a la puerta de entrada estaba la bañera, a la izquierda, un retrete, y contra la pared del medio, una pileta. Una vez adentro, sin la venda, las manos sueltas se deshacían con rapidez de la ropa, la camisa colgaba del picaporte, tapando el ojo de la cerradura, una toalla se extendía a modo de cortina, colgada de un alambre que –pasando por delante de la bañera– atravesaba la pieza.

Algunos soldados, no todos –es justo recordarlo– matizaban la guar-

dia con incursiones al baño de las "pichis" . Nos afanábamos en defender una privacidad que ya no existía.

Un preso es un invadido, deciden por él el momento de ir al baño, le eligen la ropa que puede usar, leen y censuran sus propias cartas, lo desnudan, lo golpean y tratando de penetrar en sus secretos más queridos, le rompen el alma.

Bordeando o atravesando el casino de tropa, se llega, siempre demasiado pronto, a la sala de tortura. Se puede reconstruir el camino que lleva hasta allí, pero nunca el de regreso, no recuerdo haber vuelto una sola vez, sobre mis pies.

Han dejado de trompearme la cara, el tibio sabor de la sangre que me llega hasta la boca, es lo único familiarmente humano en aquella atormentada oscuridad. Desnuda, las manos atadas en la espalda, miro con los ojos vendados hacia la voz que me interroga, sonora, inconfundible, correcta dicción de un oficial.

Una patada me sorprende de atrás, levantándome hasta hacerme caer, pero ya me levantan para atarme –ahora sí hasta inmovilizarme totalmente– a un tablón; trampolín de la muerte, el tablón me sumerge en el horror del submarino, me inundo, me ahogo, pero la muerte se detiene ...

–¿Sabés qué son estas gomas?, otra vez la voz. –Aire comprimido, no te va a poder coger ni un elefante –sentencia inconfundible, sonora, prolija, la correcta dicción de la voz del torturador.

Marzo recién empezaba, caluroso ese año, el calor estaba a mi favor, caminaba despacio, el soldado no me apuraba. Robándole siempre una rendijita a la venda, mis ojos saltaban de un escalón a una zanja, del pasto a las baldosas, un olor me distraía hasta la cocina, que debía estar allí nomás, el ruido de un motor que se aleja, voces de soldados cerca y lejos...

–¡¡Hay tuco!! ¡¡qué tuco!! ¿cómo la metiste? –grita la voz de un bayano–.

–Como con arroz, responde entre risas la voz del que me lleva.

En el 4° Batallón de Infantería de Colonia funcionaba un centro de instrucción de reclutas (CIR). Pululaban por el cuartel soldados de todos los rincones del país, por supuesto, no todos tenían contacto directo con los presos, pero para la gran mayoría los presos éramos una atracción, un pasatiempo.

A los compañeros hombres los humillaban por estar presos, en el caso de la mujeres, no sé si nos humillaban por presas o sencillamente, por mujeres.

–¿Cuántos años tenés? –oigo la pregunta en el mismo momento en que me levantan la capucha.

–Diecinueve, –contesto mirando la cara del oficial que tengo enfrente.

–¿Cuánto te dieron? continúa el oficial visiblemente molesto.

–De seis a dieciocho años, –respondo.

–¡Estas son cosas para hombres! ¡¡No te das cuenta!! –termina gritándome, con incomprensible indignación, al tiempo que me hace desaparecer nuevamente debajo de la capucha.

Subí los tres últimos escalones que me separaban del piso rojo de la enfermería. Doblamos a la derecha, caminé por el ancho pasillo de distribución de los consultorios, de repente, mis ojos se toparon incrédulos con un bote. No podía darme vuelta para confirmarlo. ¿Un bote? La idea quedó dándome vueltas en la cabeza. ¿Un bote? No, no podía ser, el infierno tiene también su coherencia, y estaba segura de no tener una alucinación (¿de qué color era?, el piso de la enfermería es rojo, el bote ¿verde?). Llegamos a la puerta del baño.

–Mirá la pared –ordena el guardia– mientras se separa para meter la cabeza y medio cuerpo adentro del baño, para inspeccionar.

–Entrá, –dice– y dame la venda. Sale y se ubica del otro lado de la puerta.

Estaba nerviosa, la idea del bote me inquietaba más a cada momento. El agua caía ruidosamente, el jabón, como un pescado, resbalaba entre mis manos distraídas, ¿un bote?, mi cabeza recorría el camino del regreso.

–Guardia, estoy pronta –avisé golpeando la puerta. El soldado abrió la puerta. –Date vuelta, indicó, y me colocó la venda. –Vamos, ordenó con aburrimiento.

Mis ojos, una cámara fotográfica a punto de ser disparada, enfocando cada tramo del lado izquierdo del corredor de la enfermería, por la rendija de la venda.

Ahí estaba, casi sobre mis pies, no lo habían sacado, lo pude recorrer en todo su largo, ¡un bote!, ¡cómo no lo vi desde el primer momento! ¿cómo se me ocurrió pensar en un bote?

Tal vez no quise verlo. ¡Asesinos! ¡Bestias!

Sigo caminando con aquella imagen aplastándome el corazón. Como una piedra cae rompiendo la superficie del agua en círculos de estupor, la imagen del ataúd me llegó hasta el fondo, trastocándome, dejándome rota, perpleja. Una pregunta empezaba a ocupar toda mi cabeza ¿quién? ¡quién! Sabía una sola cosa, y aquella única certeza, dolía más que cualquier duda.

Uno de nosotros había muerto en la tortura.

Carmela

(Dedicado a "Chiquito" Perrini, detenido en Carmelo en 1974, trasladado al cuartel de Colonia, donde fue torturado hasta la muerte.)

Retrato de mujer en el techo

Empezó todo de una manera simple y sin darme cuenta. A pesar de la crudeza de este invierno montevideano fui obligadamente al campo tres días. Durante la ausencia se iban a ocupar en arreglar el techo de mi dormitorio al que se le estaba cayendo el revoque.

Al regresar di un vistazo un tanto distraído al remiendo y me pareció que el trabajo estaba prolijo y bien hecho.

Una mañana que no me decidía a levantarme siento unos ojos, mejor dicho un ojo que me mira. Es la sensación rara de una mirada agria, malevolente. Experimento un desasosiego y miro alrededor del dormitorio convencida que no hay nada y pienso: la locura toma otro rumbo del acostumbrado. Pero mis ojos miran al techo y ahí un trozo de revoque prefiguraba la cara de una mujer.

Sé que me va a dar trabajo describirla y no sé si lo lograré. Es ella la parte blanca del revoque anterior, el nuevo la rodea con una melena espesa que se viene sobre la frente y algún mechón se deshilacha sobre una mejilla. Y están los ojos. Uno grande, oscuro con ojeras como la vampiresa del cine mudo, mas con un punto fino como un estilete o como el ojo de un pájaro prehistórico pronto a abalanzarse sobre su víctima. El otro más pequeño y no a la misma altura es como esos ojos que tienen una nube, blanquecino, espectral. Y más abajo, la boca, una caja casi cuadrada, cerrada, apretada, que nunca se abrirá, para no dar a conocer sus secretos antiguos y terribles. Luego sigue el cuello, robusto, de mujer que sabe lo que quiere y lo lleva a cabo por cruel y doloroso que sean los resultados.

Permanecí un rato mirándola. No, mirando el ojo, el importante, el mágico.

Durante el resto del día con muchas ocupaciones se desvaneció la cara misteriosa aunque, en algún momento resplandeció como un astro tapado rápidamente por una nube espesa. Al regresar, después de las tareas acostumbradas me atrapó la lectura del príncipe de la muerte

y continué leyendo hasta muy tarde.

Me dormí cansada, pero inquieta.

A la mañana siguiente mis ojos van a su ojo que ha cambiado, está más oscuro y me señala que algo, al caer el día, la noche engendradora de monstruos y vampiros, va a suceder.

Aunque no creo en esoterismos, allá en el fondo de la razón, como viniendo de mundos lejanos en el tiempo y espacio, siempre hay algo muy tenue que percibe el misterio aunque luego se desvanezca con rapidez. Entonces, titubeante entre mi razón y los legados antiguos me digo: ¿qué me anuncia ese cambio que hoy se percibe en el ojo?

Paso el día en mis tareas habituales pero con insistencia se presenta el peligro ignorado, por lo tanto, imposible esquivarlo. Pasan las horas de luz y todo entra en la oscuridad. Se inicia una larga espera. De pronto una llamada cruel y perversa me envuelve en el horror de la voz de mi hija desaparecida en 1976.

Qué manera tan sutil de deshacerme…

Miro el ojo, está entrecerrado pero me mira fijo y con malicia. Ahora sé que cada mañana me anunciará un hecho cruel.

Yo no podré vivir uno y otro día esperando que me caiga una desgracia.

Enloqueceré.

No puedo continuar así.

Mañana temprano llamaré para que me vuelvan a picar el techo.

Inchalá

Una luz en la dictadura

Cuando mi madre comunicó a la familia que se había integrado a un club de tejedoras que se reunían por las noches, todos quedamos un poco sorprendidos, porque nuestra madre nunca fue una gran amante de las labores de ese tipo, ni tampoco aficionada a las reuniones de señoras. Sin embargo, la noticia nos produjo un gran alivio. Habíamos visto con orgullo y satisfacción su creciente interés e integración a la realidad nacional, pero en esa primavera del año 72, la integración a la realidad nacional solía ser bastante peligrosa. Los uruguayos habíamos aprendido por triste experiencia los peligros de expresar opiniones, de tener ciertos amigos o integrar determinados círculos. Y mi madre no tenía ninguna experiencia en las lides políticas. Frecuentemente expresaba lo que pensaba, y a menudo provocaba situaciones que nos tenían a todos bastante preocupados. Nos llevó bastante tiempo descubrir que en realidad las tales reuniones de tejedoras eran un pretexto para salir de noche a pegar carteles en las paredes: "Navidad sin presos políticos".

Había un gran abismo entre la señora que nos crió, y la militante actual. Nacida en Paysandú en una familia quizá poco adinerada pero de gran prestigio social, nuestra madre había seguido los pasos esperados: estudió de maestra, se casó con un prometedor estudiante de medicina, y luego abandonó su carrera para dedicarse a su marido y a sus hijos. Si bien vivió en Montevideo desde que se casó, formó un hogar correspondiente al de su juventud en Paysandú. Tuvo cuatro hijas mujeres y luego un varón. A todos nos crió de acuerdo a sus pautas morales y religiosas. En su casa se iba a misa todos los domingos, las hijas formaban parte de las Hijas de María, y el control moral era estricto, como correspondía. Cuando una de nosotras entablaba una nueva amistad, rápidamente se pasaba al interrogatorio sobre si la familia era "bien", qué apellido tenían, etcétera. En los años sesenta, en plena época de la liberación de la mujer, las hijas teníamos prohibido salir solas con los novios, y debíamos estar en casa a las ocho de la noche. Por supuesto

eso provocaba bastantes desacuerdos que cada hija asumía según sus características: Laura, mi tercera hermana y yo nos rebelábamos y discutíamos, Gilda, la segunda, un ser dulce y callado, aceptaba teóricamente todas las normas y luego hacía lo que quería. Pero de alguna manera siempre nos ingeniábamos para tener a los padres lo suficientemente distantes de nuestras actividades y mantener así la paz familiar.

La política era un tema intrascendente en nuestro hogar, y los problemas sociales eran vistos a través de alguna obra de beneficiencia a la que Mamá se entregaba, ocupando sus horas libres. Ella tenía clara su posición: votaba a la Unión Cívica y no había necesidad de cuestionamientos. Sin embargo, se atisbaban algunos rasgos indicadores de un carácter más tolerante del aparente. Un día yo declaré abiertamente mi ateísmo y de paso mi militancia en el FIDEL, aquel primer intento de reunión de partidos políticos que creció en el Uruguay a partir de la Revolución Cubana. Esperaba una reacción furibunda y sin embargo la decisión fue aceptada por mis padres con resignación.

La situación política del país fue cambiando rápidamente en aquellos años, lo que hacía difícil la adaptación de las mentalidades de mucha gente acostumbrada a vivir en el paisito sin grandes sacudones políticos.

En nuestro hogar, la evolución fue bastante rápida. Gilda se recibió de maestra. Nuestra madre, que aún añoraba su abandonada carrera, fue poco a poco integrándose a las actividades profesionales de mi hermana, que consiguió su primer cargo en un cantegril de Montevideo. Y allí, a través de Gilda, Mamá fue viviendo una realidad nacional bastante diferente a la de nuestra protegida Punta Carretas.

También es cierto que la Iglesia, de la que ella formaba parte activa, fue cambiando, y Mamá se fue integrando paulatinamente a los cambios.

Y así, en las elecciones del 71, a nadie sorprendió que Mamá votara por el Frente Amplio, abandonando definitivamente la tradicional Unión Cívica. En nuestra casa ya no se hablaba de apellidos y la escala de valores a nivel familiar se fue alterando rápidamente.

Gilda, que vivía con su marido militar, sin hablar jamás de política, pero bebiendo día a día los problemas de sus alumnos y sus familias, seguía siendo su mejor compañera. Hasta que una tarde en que mi ma-

dre estaba de visita en su casa, apareció un camión de las Fuerzas Conjuntas y se las llevó. Esa misma noche nos llevaron a toda la familia, incluyendo a mi hermano de doce años. Y fue así que en una fría noche de invierno, encapuchados y con los brazos en alto durante doce horas, nos enteramos que Gilda y su marido eran Tupamaros. Nos enteramos porque desde el patio en que nos tenían, oímos los gritos, las amenazas y las torturas de ambos.

Mi madre no dijo nada ese día. Pero la mujer que salió del cuartel ya no era la misma. Las Fuerzas Conjuntas lograron la culminación del cambio. Rápidamente comenzó a interesarse por los distintos grupos de apoyo a los presos políticos y a sus familias. Día a día iba a la Jefatura a indagar por su hija y su yerno y volver siempre con las manos vacías. Nadie sabía dónde estaban. Cuando podíamos, nosotros la acompañábamos y así la vimos crecer. Su carácter, que siempre había sido alegre, pasó a ser "alegremente combativo". Nada la detenía y poco a poco se fue convirtiendo en un referente, en una líder. Y levantaba su bandera de optimismo por donde iba.

Cierto día, esperando en la interminable cola de la Jefatura, apareció una mujer modestamente vestida. Llorando se acercó a un policía a implorar noticias de su hijo que se lo habían llevado esa madrugada. Rogó y suplicó, le besó la mano al policía, pero éste, imperturbable, la echó. Mamá salió de la cola, se llevó a la mujer a un bar cercano le compró un café y se dedicó a alentarla con palabras tales como: "Levante la frente, señora, nunca llore ante un milico, su hijo es un idealista que se avergonzaría si la viera". Sólo más tarde, al volver a su puesto en Jefatura, se enteró que el "idealista" era en realidad un conocido punguista detenido esa mañana.

En esos tiempos difíciles, un día se encontró con una de sus aristocráticas amigas del pasado, que tenía un hijo militar. Con aire compasivo la señora le preguntó por mi hermana. Aún no había noticias. Y siempre con el mismo aire de maternal comprensión, su vieja amiga la consoló diciéndole que no desesperara, que su hijo le decía que mucha de esa muchachada era "recuperable". Pasó el tiempo. Gilda salió del cuartel y fue a parar a una cárcel. Pudimos verla. Nuevamente mi madre se encontró con la misma señora que otra vez le preguntó por las novedades. Su contestación fue rápida: "Sí, ahora sabemos dónde está. Fue

muy golpeada y torturada y sin embargo me dice que no todos los militares son torturadores, que hay algunos, aunque pocos, que son "recuperables".

Y ese fue el fin de una amistad de muchos años.

Poco a poco se integró a los distintos comités de izquierda, de familiares de presos, de apoyo a los desaparecidos, y todas sus otras actividades y amistades fueron dejadas de lado. Seguía siendo católica, pero ya no era una católica de ritos y rosarios, su religión se convirtió en una doctrina de vida, de solidaridad. Se consiguió una gran cruz de madera y llevaba su quiosco ambulante, al que llamaba "Nuestra Cruz" por todos lados en la ciudad vendiendo artesanías hechas por presos políticos, acomapañada por Felipe, su hijo menor, de 13 -14 años. Se procuraba ayudar sobre todo a los presos del interior, ya que sus familias tenían más dificultad de acompañarlos y llevarles lo que necesitaban, donaciones, postres, fiambres, dulces, que les permitía hacer el "bolso" o pagar los pasajes a los familiares para ir a ver a los presos de Libertad o de Cárcel de Mujeres. Los fondos servían para ayudar a los que salían de la cárcel, o para comprar las cosas más necesarias de las que privaban a los presos políticos.

Había algo en su carácter que le permitía hacer y decir cosas que a otros les podía haber resultado caras. Nunca supimos si se debía a la sonrisa y naturalidad con que enfrentaba los hechos, o a su edad, o a algo más profundo, implícito en su personalidad optimista y avasalladora. Eso llevó a muchas anécdotas que en esa época nos tenían a todos bastante preocupados. En una ocasión llevó su quiosco a la misa de once, donde un conocido militar en actividad salía, luego de comulgar muy santamente, rodeado de familiares y amigos. "¡Ay, que suerte, coronel X, saber que usted es católico! Usted mejor que nadie conoce la situación de los presos políticos y sus carencias. Esto que vendo cubre sólo una mínima parte de lo que necesitan y presiento que usted está dispuesto a colaborar con tanta gente que sufre". Y el coronel compró gran parte de la mercadería a precio más que adecuado.

Mamá aprendió rápidamente a tocar todos los resortes, a conocer con cuáles funcionarios se podía hablar, cuáles había que evitar. Y así llegó a convertirse en una especie de vínculo entre la dirección de la cárcel y los distintos comités que integraba. Ella averiguaba qué ropa

se precisaba, qué remedios faltaban, quiénes saldrían y precisarían ayuda. Se enteró, por ejemplo, que había muchas presas católicas, pero que nunca habían recibido una comunión. Habló con unos y con otros y logró finalmente un permiso especial de la dirección. Ella traería las hostias en una cajita de metal, que sería controlada sin tocar, y en presencia del director, daría la comunión a quien la quisiera. Y así sucedió. Pero en el momento crucial de sacar las hostias, ella propuso una oración y pidió que el director la acompañara. La oración comenzaba así: "Oremos Señor, para que exista justicia en este mundo, para que no existan más torturas ni seres desaparecidos, para que todos los niños uruguayos puedan disfrutar de sus padres sin miedo, ..." E increíblemente, el director se limitó sólo a decir "Amén".

En 1973 la represión recrudeció y nuestra madre, estando en una reunión del Comité de Familiares, cayó en una redada y fue transportada a un cuartel, donde pasó tres meses. ¿De qué se le acusaba? Su marido y sus hijos acudieron a todas las puertas hasta que llegaron al coronel que dirigía el cuartel, y éste explicó detalladamente la situación. Estaba acusada de graves delitos:

–En primer lugar, forma parte del Comité de Presos Políticos.

–Pero... ¡esa es una organización legal!

–Eso depende de cómo se mire, para mí, no existen los presos políticos, son sólo delincuentes comunes, y por lo tanto, la organización es ilegal. En segundo lugar, su mujer se reúne con distintos grupos en la Asociación de Bancarios, y en una Parroquia, y se dedica a conseguir muestras gratis de remedios con distintos médicos. En mi criterio, la Iglesia, la Asociación de Bancarios y la Facultad de Medicina son los grandes enemigos de la Patria y habría que eliminarlos a todos. Y quien participa en sus actividades es un criminal.

Ante tan irrefutable lógica no existían argumentos, de modo que la familia regresó a la casa derrotada y Mamá siguió en el cuartel. Pero no era tan sencillo. Primero estaba en un lugar común con toda la juventud, pero al poco tiempo fue aislada. Cuando preguntó la causa, se le explicó que ella se dedicaba a politizar a los soldados y era un elemento peligroso. Entonces fue a parar a un sótano con piso de tierra, sin baño, sin luz. La única comida que se le daba, era la que le traían en una olla grande, que con un cucharón servían en un plato de lata, comida que

recuerda como "un guiso pasado" y "una fruta podrida, la mayor parte de las veces". . Y "el hambre te hacía comer cualquier cosa", recuerda. "Si seríamos fuertes que ninguna de las que estábamos ahí del Comité nos enfermamos".

El calabozo era chico, tenía una cama sólo con un "jergón" sin colchón en el piso y una frazada. Y el problema de la falta de luz y aire se agravaba porque ella sufría de claustrofobia. El resultado fue una crisis hipertensiva y no hubo más remedio que atenderla. Tampoco era una situación fácil para el cuartel. Una cosa eran las desapariciones de gente joven, políticamente activa, y otra, la muerte de una mujer de 62 años, sin cargos legales aparentes, que además era bastante conocida en el ambiente de izquierda y de iglesia. Optaron por dejarla en el sótano pero con la puerta entornada y un soldado cuidando. Y allí se daban largas charlas con el soldado de turno. Pero no siempre era así. Había uno que solía hacer la guardia de noche, y su mejor broma nocturna era abrir su pantalón y orinar hacia adentro por la puerta entornada. Pasó una vez, dos, y a la tercera, Mamá se acercó y mirando con aire maternal el chorreante bulto que asomaba por la puerta, le dijo: "Pobre muchacho! Tenés una enfermedad venérea, yo sé porque mi marido es médico, vení, dejame que te revise". El soldado salió despavorido y esa fue la última orinada a través de la puerta.

Durante todo ese tiempo no pudimos verla. A pesar de que dos veces por semana, según lo permitido, íbamos al cuartel con comida y ropa, no lográbamos saber de ella. Sólo una vez, de lejos, la vimos pasar, con la misma ropa con que había sido llevada, y empujada por un soldado que le ponía una metralleta en la espalda. Ella nos sonrió, con la frente en alto, haciendo gestos que indicaban que estaba bien, que no había problemas. Esos gestos eran en parte destinados a nosotros, pero en gran parte destinados a los propios soldados. Su mayor preocupación por ese entonces era demostrar que ella estaba por encima de las peripecias del cuartel, que nada podría quebrarla o llevarla a suplicar. Y otra vez que logró hacernos llegar una nota, comunicando que estaba muy bien, pero que avisáramos que había visto en el cuartel a Juan Pablo Terra y su grupo. Más tarde supimos que de toda la comida que le mandamos sólo le llegaban las naranjas, y éstas, sólo cuando habían llegado a tal estado de putrefacción que eran ya incomibles.

Y una noche a las tres de la mañana, fue liberada del cuartel, aún sin explicaciones, y con varios kilos de menos, pero siempre con la misma sonrisa. Antes de liberarla la habían amenazado y le habían dicho que si bien saldría, era por poco tiempo. La próxima vez sería la definitiva, dijeron. Pero ella retomó su vida habitual, con los mismos comités y el mismo quiosco de ventas. Dos semanas más tarde, un sábado de noche en que toda la familia estaba reunida, sonó el timbre. Yo fuí a abrir y aterrada vi un muchacho de unos 25 años que, si bien iba vestido de particular, llevaba impreso en la cara su profesión de soldado de cuartel. Preguntó por Mamá. Todos quedamos mudos. Ella se levantó lentamente y se acercó a la puerta, pero al llegar, su cara se encendió con una amplia sonrisa y, sorprendidos, la vimos abrazarlo cariñosamente y hacerlo pasar. Dirigiéndose a mi padre explicó que el recién llegado era Raúl, un muchacho bueno que se hizo soldado porque no tenía qué comer, pero ella le había prometido que Papá le buscaría un empleo y así podría hacer una vida decente. Y aparentemente Raúl había aceptado, ya que había renunciado a su puesto y esperaba esperanzado el prometido empleo, que luego mi padre se vió en bastantes dificultades para conseguirle.

Quizá lo más interesante que sucedió luego de su retorno fue su cambio con respecto a nosotros. Muy confidencialmente me contó que en realidad el cuartel había sido una experiencia muy importante, que de toda experiencia cruel se puede sacar algo positivo. Según ella, el contacto con tanta gente joven le había enseñado mucho:

"Fue increíble ese tiempo que pasé con los muchachos. Una juventud tan sana, tan idealista. Yo pensaba, cuando yo tenía su edad, que las preocupaciones eran cuál sería el vestido a estrenar en el Club Uruguay, y cuál era el último tango de Gardel. Y estos muchachos, tan llenos de ideas sobre el mundo, sobre la vida, me parecía estar viviendo algo completamente nuevo. Y entonces pensé cómo me había equivocado con mis hijas. ¿Cómo yo, que viví una juventud totalmente distinta hace tanto tiempo, en Paysandú, pretendía dictarles normas de conducta a seres que viven hoy en día con una realidad que jamás me imaginé? ¿Qué derecho tengo yo, aunque sea su madre, a meterme en sus vidas?

Y realmente su actitud cambió totalmente. Llegó un día en que la

hija menor, Beatriz, llegó a hablarme muy preocupada porque Mamá había salido "rara" del cuartel. Ya no preguntaba más con quién salía, a qué hora volvía, como si nada le interesara. Y eso en ella no era normal. ¿Habría que consultar a un psicólogo? El hecho fue que cuando cesó el control, cuando Mamá pasó a comprender ciertos problemas, las hijas nos sentimos más cerca, empezaron las confidencias y la familia pasó a ser menos ritual, se crearon lazos diferentes, de confianza y respeto mutuo, como nunca habían existido.

Gilda fue liberada luego de varios años de prisión y tuvo que refugiarse en el extranjero. Su marido siguió en la paradojalmente llamada Cárcel de Libertad hasta el fin de la dictadura. Mamá siguió en la lucha. Cuando al fin el país volvió al régimen constitucional, ella se integró al Frente Amplio y siguió militando activamente. Hoy, ya por cumplir noventa años, aún acude a las manifestaciones y trata de mantenerse en contacto con su partido y la realidad del país. Sus piernas fallan, y también su memoria, lo que no le impidió exigirnos este año que la lleváramos a firmar el Referéndum el 18 de febrero.

Nuestra madre no es un ejemplo único. Hubo muchas familias uruguayas que vivían dormidas y aisladas de la problemática del país. Los cambios sociales en la segunda mitad del siglo veinte fueron tantos y tan bruscos que a muchos padres les costó adaptarse lo suficiente como para comprender a sus hijos. Y de pronto, vino la dictadura, que sacudió todos los pilares de esa sociedad dormida, y le abrió los ojos a la vieja generación, unió familias, creó seres vivos y centrados en su propia sociedad. Tendremos que decir, como dijo Mamá al salir del cuartel: "De toda experiencia cruel se puede rescatar algo positivo".

Shufa

RECORDANDO...

Junio de 1972. Paysandú se despierta con noticias que asombran a la sociedad sanducera. El Telégrafo, a grandes titulares en su tapa: Subversivos, sediciosos, tupamaros... fue realmente impactante. ¿Cómo era posible que los tupamaros también estuvieran en Paysandú? ¿Quiénes eran? ¿De dónde salieron? ¿Qué los hizo llegar a integrarse a ese grupo que quería destruir la "democracia"? ¿Por qué?, ¿se olvidaron que tenían familia, trabajo, que eran profesionales, obreros, jefes de familia, para integrarse al movimiento?

Estas eran las preguntas que los que miraban de afuera se hacían. Se olvidaban de pensar que esos "innombrables" habían elegido un camino duro, por luchar y darse a aquellos que menos tenían, aun teniendo en cuenta que tal vez ellos mismos no los comprenderían, como no lo comprendían la mayoría de los soldados que los cuidaban en el cuartel. Soldados, que muchas veces eran obligados a realizar los trabajos sucios que sus oficiales no hacían. Pero... también entre ellos, simples asalariados a los cuales les servían un rancho que no era el que comían los oficiales, se encontraban algunos a los cuales no habían logrado quitarles sus sentimientos. Como aquél que cuidaba la puerta donde estábamos presas, y que al saber que teníamos hambre, con un movimiento rápido, nos tiraba barras de chocolate. Sabíamos que si lo veían sería duramente sancionado; imagínense, ayudando nada menos que a los "subversivos".

O como aquel otro, que en una madrugada , cuando todo era silencio, cuando descansaban los "torturadores" y no se escuchaba el grito de los compañeros cuando "suavemente" los interrogaban, me lleva al baño y me coloca delante de alguien, me arranco la venda y me encuentro ante mí con mi compañero, que también se la había arrancado. ¿Saben lo que significó, después de siete u ocho días que no sabíamos nada el uno del otro, vernos, saber que estábamos vivos y enteros? Este simple hecho, simple para algunos, sin embargo con cuánto valor para nosotros, cómo nos ayudó para seguir soportando lo que vendría después.

Además, estas cosas simples, con tan poco significado para algunos, pero con mucho para nosotros, nos hacía pensar, que a pesar de todo lo que estábamos pasando, valía la pena luchar por un mundo mejor.

Estamos prisioneros carcelero,
Yo de estos torpes barrotes,
Tú del miedo...

Han pasado los años y aún resuenan en mis oídos esas estrofas, estrofas que escuché una noche de Navidad del 72. Estábamos en los galpones del Puerto, éramos los derrotados, los prisioneros, los subversivos, los innombrables... Había tristeza en el ambiente, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, en sus propios recuerdos, imaginando cómo estaría la familia en cada casa, quién armaría el árbol de Navidad, quién compraría los regalos, quién haría los asados, quién, quién... De pronto, está llegando la medianoche, todo es silencio y cuando menos lo esperábamos, se sienten las bombas que anuncian que son las doce y justo ahí, en ese gran recinto, con la tristeza y la nostalgia de los abrazos y el "feliz Navidad" se escucha aquella voz del compañero González Perla que canta esa canción. El silencio se aumenta y aun aquellos que caminaban haciendo sonar sus botas y sus armas, quedan en silencio y permiten que la canción se escuche toda.

No puedo decir lo que fue para cada uno de los que estábamos compartiendo esa noche. De todas las Navidades de mi vida, siento que fue la que realmente me conmovió y la que jamás olvidaré, y cada vez que veo al compañero debo agradecerle lo que me hizo y nos hizo sentir esa primera Navidad entre rejas.

Navidad de presos, presos de conciencia, y también como el carcelero, preso, preso de su deber.

Quiero recordar... pero es como si no hubiera sucedido, el viaje de Paysandú a Paso de los Toros, como una nebulosa, tengo la noción de un viaje en camión, todo cubierto con un toldo de lona, que no nos permitía ver por dónde íbamos... ¿Saben ustedes lo que se siente estar en movimiento, pero no saber dónde se está?

Es imposible contar todos los sentimientos que nos acompañan, miedo, miedo y miedo. Realmente los "puros" sabían muy bien cómo tratar de quebrarnos; eso lo entendíamos, pero... lo que no entendíamos y

dolía, dolía mucho, era el sentir de nuestros propios compañeros, creyendo que nos habían doblegado, que nos habían convertido en sus propias orejas; simplemente por conversar con los soldados, tratando de hacerles entender que no éramos sus enemigos, que los enemigos eran otros, los mismos que a ellos también los explotaban.

Continuar con la misma conducta, a pesar del aislamiento, y al llegar a Paso de los Toros, encontrarme con un gran cambio, ya no era la "oreja" de los otros, se habían equivocado, se pedían las disculpas del caso... aceptadas, pero quedan las cicatrices... es difícil olvidar el sufrimiento, cuando viene de aquellos que creemos nuestros pares.

El tiempo transcurre, nuestra conducta es la misma, no atropellamos a nadie, y un día nos encontramos con que aquellas compañeras, que tan duro nos juzgaron, son las que rompen la colectivización del celdario.

En aquel momento en que cada una compartía lo poco que se tenía con todos, era difícil entender esa actitud.

Hoy que el tiempo ha pasado, ha borrado y cicatrizado heridas, mirando desde lejos este episodio, nos permite comprender que el deseo de sobrevivir, lleva a veces a los seres humanos a realizar acciones que en otras circunstancias no se harían. Igualmente quiero dejar constancia que la confianza que se pueda sentir, por más que uno quiera, no es la misma; siempre queda en un rincón del pensamiento esta pregunta: ¿Cómo sería la actuación si se repitiera?

Paso de los Toros existió. No sé qué pasa, pero siempre se recuerda sólo a Punta de Rieles y a Libertad.

Nunca he sentido mencionar a Paso de los Toros, sin embargo allí también había una cárcel para mujeres subversivas. Allí nos dividieron en recuperables e irrecuperables. A mí me tocó vivir en el sector de las irrecuperables; no tengo idea qué estudios nos hicieron para poder catalogarnos así, pero ésa era la realidad; además, imagínense ustedes, no nos permitían hablar con las "recuperables", porque si no corrían las sanciones; había mucho miedo de que las volviéramos "irrecuperables" también.

Allí viví cuatro largos años, donde reímos, lloramos, vivimos, sí, ¿por qué no? vivimos... pues a pesar de "ellos" vivimos, compartimos ale-

grías y tristezas, de cada compañera y sus familias. Vimos a nuestros hijos llegar cada tanto al penal y compartir nuestro celdario, donde cada "tía" les hacía y los esperaba con un regalo, y ellos con su inocencia nos traían una brisa nueva y fresca, que luego, cuando llegaba la hora de irse, nos dejaba un gusto amargo y los brazos no querían deshacer los abrazos, alargando esos momentos de ternura.

Allí también, en ese recinto carcelario, estudiábamos, leíamos, trabajábamos, discutíamos, sí, discutíamos la problemática de todos los días, la vida misma allí adentro, por qué debíamos hacer tal o cual cosa, qué actitud tomar frente al asedio constante de aquellas "femeninas soldados de la patria", que tan bien sabían cumplir con su deber. Mirarlas y verlas con sus pieles curtidas y sus bocas desdentadas, teniendo valor porque se escudaban detrás de un uniforme, dar órdenes y órdenes, sintiéndose muy importantes porque tenían bajo su pata a profesoras, maestras, médicos, enfermeras...

Sentíamos que eran más presas que nosotras, porque eran presas del miedo, mientras que, a pesar de estar tras las rejas, éramos libres, libres de pensamiento, y seguíamos soñando con el mañana.

Vivir la alegría y la ternura cuando se iba alguna de nosotras, sintiendo que cada una "éramos todas", también un cachito nuestro salía en libertad; ver cómo la que se iba sentía la alegría de partir, pero también la tristeza por las que quedaban, las compañeras que quién sabe en qué momento volvería a ver; y como dijo la Nico cuando partió: "aunque me vuelva a sentar en el cordón de la vereda, el vino no tendrá el mismo gusto, cuando pasemos el vaso de boca en boca, hasta que no estemos todas en libertad".

Oso Yogui

AFILADORAS DE FLECHAS

Cuando sonaba la campana en la radio siempre prendida de la casa, con un sonido agudo, o no sé bien cómo, el oído y los movimientos de la Abuela Buela se condicionaban, "A toda hora informa El Espectador" y la mantenía en vilo hasta que escuchaba la noticia de último momento.

Inmediatamente, la Abuela llamaba a las cuatro hermanas y nos daba instrucciones: a Leticia le decía que ordenara sus papeles, que pusiera sus cuadernos de la escuela dentro del portafolio y que se quedara cerca de ella, a la Rochi, que fuera a hacer pichí, a mí, que era la mayor, que cuidara a mis hermanas y sobre todo, me preguntaba si había levantado volantes en la calle y los tenía escondidos. Ahí, yo me atacaba con la Abuela, porque a mí me encantaban los volantes, los juntaba de las veredas, los llevaba a casa y lo volvía a tirar en otro momento. En realidad, me gustaba verlos flotar como plumas en el aire.

A la Mage, que era muy chica, no le decía nada, ella seguía jugando con sus piedras y con Monito, el perro chico, y parecía ajena a todo, pero cuando la Abuela volvía a la cocina, juntaba las piedras afiladas en la bolsa de tela a cuadritos que mamá le había cosido, levantaba al perro chico y la perdíamos de vista.

Y no se olviden que no saben nada, nos advertía la Abuela ya rumbo a sus quehaceres.

La vida continuaba para nosotros, casi normalmente, pero no podíamos salir a la calle, ni a la placita, ni a lo de nuestras amigas de al lado, y no lo podíamos hacer porque se sabía, se sabía, que vendría un allanamiento.

Nos allanaron la casa muchas veces, tantas, que era imposible contarlas. Los primeros allanamientos fueron muy seguido, a veces, más de uno por día. Eran en cierto modo previsibles, a partir de las noticias que daba la radio al instante; después, no tanto, y nos tomaban desprevenidas. Esta situación duró por años.

Los hombres de particular llegaban dando portazos en los autos y tocaban insistentemente el timbre.

La Abuela Buela siempre los demoraba en el zaguán, que a qué venían, que si tenían orden de allanamiento, que cómo sabía ella que eran de la Policía si estaban de particular, que bien sabían que lo que hacían no estaba bien, hasta que no tenía otro remedio que franquearles la puerta. Eran hombres grandes, que hablaban fuerte, tenían revólveres en la mano y metralletas colgadas al hombro.

Nosotras, que escuchábamos la discusión desde adentro, nos preparábamos para decir "no sé" a todo.

Si era temprano en la mañana, había que levantarse corriendo y ponerse cualquier cosa arriba.

¡Vístanse y salgan!, nos gritaban desde la puerta del cuarto.

A mí me daba mucha rabia cuando me despertaban, lo único bueno que tenía ese horario de allanar, era que mamá todavía no se había ido a trabajar, pero en general, estábamos solas con la Abuela.

Nos mandaban al comedor mientras revisaban la casa: abrían los cajones, sacaban la ropa de los roperos, destendían las camas, revisaban papeles.

Buela, que temía que nos pusieran volantes o armas en algún lugar y después dijeran que nosotros las teníamos escondidas, los seguía por la casa y vigilaba sus movimientos sin descuidarnos a nosotras.

Después de la casa, revisaban el patio. Antes, había que atar al perro grande. Ellos revisaban el aljibe y el galponcito.

¡Qué nabos, mirá si papi va estar escondido en casa!, decía la Rochi; a ella, era a la que más le costaba entender que buscaran a papá en casa, porque él estaba requerido por Tupamaro y vivía en ese otro mundo que era la Clandestinidad.

¿Dónde está tu padre? ¿Lo viste? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? ¿Dónde lo ven?

Una por una nos preguntaban, con voz fuerte, imperativa.

A la Leti la apabullaban la velocidad de las preguntas y el tono amenazador de aquellos hombres.

No, no. Sí. El otro día. No, no. Nunca.

Ellos se aprovechaban de su confusión y el de la metralleta le apuraba la respuesta con el caño del arma sobre el pecho.

Y ese era el momento en que la Abuela se convertía en una leona, grande como era, desmelenada.

¡Abusador!, y tomaba con sus dos manos el caño de la metralleta y se lo llevaba al pecho. ¡Abusadores! les gritaba a todos con la voz transformada. ¡No le apunten a la niña! ¡mátenme a mí, si quieren, pero a la niña no le apunten!

Nos daba miedo su desboque, porque estos hombres eran de mala leche, y ella parecía que no podía parar, y era un duelo de miradas, porque ella era tan grande como ellos y nosotros teníamos miedo de que la mataran.

¡A mí, a mí me tienen que preguntar, no a estas inocentes!

Al final dejaban tranquila a la Leti y seguían conmigo o con la Rochi: "¿Dónde está tu padre? No sé. ¿Cuánto hace que no lo ven? Nunca lo vemos. ¿Dónde lo han visto últimamente? ¡El lugar! ¿Tu padre vino a la casa? No. ¿Dónde se ve con tu madre? Ellos nunca se ven. ¿Cómo que no se ven? ¡No mientas! Ellos están separados. No, ellos no están divorciados. Bueno, pero están separados".

Volvían a preguntarle a Leticia, ¿tus padres están separados? No sé. ¿Cómo que no sabés? Sí, vos sabés. No, no, no sé.

Yo trataba de soplarle a la Leti: Decí que sí.

Cuando le llegaba el turno a la Rochi, ya había pasado por todos los miedos, se repetían las preguntas y ella contestaba tajante. A veces, el grado de violencia era tan grande, que se orinaba, otras veces, lloraba, pero jamás se equivocaba, no perdía el hilo de las respuestas, no caía en las trampas, para ella, todo se reducía a monosílabos, o era sí, o era no, simplemente.

Cuando mi padre cayó preso, siguieron viniendo, aunque un poco menos. Algunas veces, venían con fotos para que las reconociéramos.

¿Lo conocés? ¿La viste alguna vez? ¿Quién es? No sé.

A mí siempre me gustaban los de la foto, en general, eran fotos de hombres jóvenes, a veces, alguna mujer, me parecían todos lindos, con cara de buenos, pero, bien que se sabía. ¡No sé!

Si tienen que preguntarnos a nosotros, muy inteligentes no son, porque no saben nada, sacaba en conclusión la Rochi, después de los interrogatorios.

Pero eso de hablar era después, bastante después que ellos se habían

ido, porque quedábamos mudas y quietas en el lugar en que nos habían puesto, sin atrevernos a mover, por miedo de verlos aparecer de nuevo.

La Abuela Buela cerraba la puerta de calle, se aseguraba que partían y nos mandaba a ordenar todo y a buscar a la Mage, que vaya a saber dónde estaba. Ella siempre se escondía con el Monito y la bolsita con piedras y nadie, ni ellos, nadie la encontró nunca. Era muy pequeña en esos tiempos, muy flaca, finita, y sabía de táctica defensiva, porque nunca la descubrieron.

"¡Mage! ¡Mage! ¿Adónde estás? ¡Mage!"

Inútil llamarla, ya regresaría. Se escondía en lugares insólitos, atrás de las herramientas, en un cajón de verdura, en el techo del galpón.

En medio de la tarea de arreglar las camas y doblar la ropa, aparecía el perro chico, atrás venía la Mage. No decía nada, se tiraba en el piso a jugar con el Monito o se iba al patio a sacarle filo a las piedras, que ella decía, cuando hablaba, que eran puntas de flechas para jugar a los indios.

Ellos no dejaron de venir hasta el final, cuando allanaron la casa de nuestros amigos de casa por medio, y mi madre vio cómo los iban subiendo a un "camello" del Ejército, a punta de fusil y encapuchados. Dijo decididamente: "Nos vamos ya, con lo puesto", y nos hizo salir a las dos más grandes con la bolsa de la feria, a esperarla en la panadería de Millán y Reyes, mientras ella se encargaba de las dos más pequeñas.

Como en el teatro, mientras el despliegue del Ejército se concentraba en nuestros vecinos, nosotros nos retiramos de la escena disimuladamente, temblando, dejando todo lo que queríamos: la Abuela, nuestras amigas, el Monito y el Tico, la escuela, la placita, el patio de la casa, rumbo al exilio.

La Abuela ya no tira flechas con sus palabras, ni con sus miradas, la Mage perdió, después de tanto exilio y tanta andanza, su bolsa de puntas de flecha, pero las cuatro hermanas y mi madre seguimos, tan cómplices como antes, afilando flechas imaginarias para defender del miedo a la tribu.

Lina

Abuela, ¿me contás un cuento?

Abuela, ¿me contás un cuento? Así empieza siempre la conversación con mi nieta los días en que la voy a buscar para llevarla al jardín de infantes.

Son las mañanas más lindas de la semana; le dan un "no sé qué" a mi complicada y larga jornada; un no sé qué de frescura, de aventura.

Y, a veces, hasta de sana locura.

En los cuentos, Catalina y yo, recreamos juntas personajes de mi infancia, algunos bastante reales como la "Niña Fany" y otros no tanto. Por lejos el más solicitado es la Niña Fany, famosa hasta en su jardín. Un día, la maestra intrigada, me preguntó ¿quién era esa tal "Fany" que le hacía tantas maldades a Catalina? Sucede que la Niña Fany muchas veces intenta quitarle a Catalina sus juguetes más preciados cuando ella no se deja peinar, otras, quitarle el cariño de la abuela cuando ella se niega a dar besos. A veces, es grande y malísima, otras, es chica y caprichosa; a veces, no quiere ir a la escuela y entonces nunca va a aprender a leer; otras veces no quiere ir al club y entonces nunca va a aprender a nadar.

La constante es que las travesuras de la Niña Fany se parecen mucho a las de la propia Catalina. La diferencia es que Catalina siempre le gana a la Niña Fany, porque ella sí se deja peinar, sí da besos a su abuela y sí quiere ir a la escuela.

Los otros personajes son "El Blanquito", un perrito callejero, líder de todos los perros del barrio que siempre anda al rescate de algún cachorro que se mete en problemas: como por ejemplo, entrar en el jardín de "Doña Thelma", que odia a los perros, menos al Blanquito. La mariposita "Abril"que era muy traviesa y arriesgada y siempre iba más allá de lo que su mamá le permitía y también se metía en líos que siempre terminaban bien. El "Señor Cuervo" que era un viejo y respetable cuervo de voz ronca, dedicado a cuidar de los niños del barrio y siempre dispuesto a buscar ayuda cuando veía a alguno en peligro.

El recorrido hasta la escuela lo alargamos todo lo posible "¡para poder estar juntas, abuela!" me dice ella y me obliga a estacionar el auto a una cuadra, así tenemos tiempo de charlar otro ratito. A veces llegamos a la puerta y hay que terminar el cuento de apuro por que si no Catalina se empaca y no quiere entrar.

En cambio los sábados tenemos más tiempo. Llega tempranito con su carita de sueño y su pelo recién lavado; la trae mi hija, claro. Ya en la puerta Catalina la despide con un expeditivo "chau, mamá", como para que se vaya rápido y nos deje solas. Aprovechamos la mañana hasta que se levantan los demás integrantes de mi familia: mi marido y mis hijas "nuevas". Estas hijas, ya adolescentes, que nacieron en esta nueva etapa de mi vida y que a veces compiten un poco con Catalina. Esta familia que marca un antes y un después en mi vida, un antes y un después que casi coincide con un antes y un después en la vida de mucha gente, en la vida del país.

De golpe los recuerdos se aparecen y su inevitable presencia me obliga a un reencuentro que trato de evitar por doloroso. Me encuentro con aquella que fui y que hoy casi no reconozco por lo lejana. Me encuentro con aquella "yo" de otras épocas, por la que siento una mezcla rara de sentimientos. Desde una gran ternura porque vivía hasta ese momento entre sueños e ilusiones y una enorme pena porque no tenía ni idea de todo lo que le iba a pasar ¡de cuánto iba a sufrir!

Mis memorias se remontan a la época en que preparaba mi tesis de grado y mi primera hija tenía tres años. Me las arreglaba para armonizar la maternidad con la vida de estudiante y la militancia. Casarme a los 21 años, tener una hija a los 22 y al mismo tiempo estudiar, era como un juego de roles que creía llevar bastante bien y que por sobre todas las cosas disfrutaba mucho. Con el flamante título de Asistente Social me presenté a varios llamados y empecé a trabajar enseguida. Me costó decidir lo del jardín de infantes, estábamos todo el día juntas y de pronto yo con dos trabajos y ella en una guardería. El desgarro fue grande, la extrañaba todo el día, me dolía su mirada cuando venía la camioneta a buscarla. No me animaba a decirle que yo también me quedaba llorando por dentro cuando ella se iba.

Catita, en este cuento los personajes somos nosotros. Pasaron algunos años y ya éramos cuatro en la familia. Tu mamá, que era una nena

de cinco años, como vos; tu tía, que era una beba más chiquita que tu hermano; tu abuelo, Jacinto, ese que nunca llegó a ser, porque se murió con 28 años recién cumplidos y yo.

Es un cuento donde la clásica magia de las hadas se transforma en un terrible maleficio que, desde la boca de un enorme dragón, amenaza con arrasar nuestro pequeño mundo. Al principio no creíamos en sus amenazas, todos pensábamos que sólo nos asustaría un poquito como otras veces y después se iría. O vendría el "Señor Viento", ése que a veces ayuda a volar al "Señor Cuervo" cuando anda algo cansado y le apagaría las llamas de un soplido al "Odioso Dragón".

Pero esa vez no fue así. Nos dimos cuenta un día en que una llamada telefónica nos avisó que los soldados que salían de la panza del "Odioso Dragón" vinieron de noche, muy enojados y se llevaron a mi hermana y su esposo, dejando a su bebé recién nacido en manos de los abuelos. Se los llevaron no se sabía a dónde, ni tampoco hasta cuándo. No había a quién preguntarle, nadie sabía nada, nadie los conocía, nadie se hacía responsable de su desaparición, como si se los hubiera tragado la tierra. O el "Odioso Dragón".

Todos andábamos muy nerviosos en esos días. Con miedo. El "Odioso Dragón" andaba cerca; se contaban a diario terribles historias acerca de que a muchas personas les pasaba lo mismo. Se los llevaban de noche, los metían en cuevas donde los soldados del "Odioso Dragón" les hacían cosas espantosas. Los encerraban, los ataban, les tapaban los ojos para que no los miraran, les pegaban, les decían que los iban a matar, que nunca más iban a ver a sus hijos.

Nosotros teníamos miedo de que nos pasara algo igual. De noche estábamos atentos a los ruidos de la calle y esperando con miedo los golpes en la puerta. ¿Sería posible que se llevaran a alguno de nosotros? ¿Y si nos llevaban a los dos? ¿Qué pasaría con nuestras hijas? ¿Se las llevarían también? Eran preguntas que nos hacíamos sólo con los ojos, pero que no nos animábamos a dejarlas pasar por nuestras bocas. Decirlo podía convertirlo en realidad y el solo pensar que podían separarnos se nos hacía insoportable.

También de día empezó el miedo. Porque de día podían seguirte hasta tu trabajo, llevarte sin que nadie se diera cuenta, hacerte desaparecer sin dejar huellas.

Tampoco había a quién preguntarle; preguntar era volverse visible, sospechoso.

Si el "Dragón" te miraba y se daba cuenta que estabas ahí, podía ser peligroso.

Yo rezaba para que los cuatro nos volviéramos invisibles; pero, como había dejado de rezar hacía mucho tiempo, nadie me escuchó o si me escucharon nadie pudo hacer nada para evitarlo.

El 21 de junio, día de mi cumpleaños, transcurrió casi inadvertidamente, salvo por un buzo amarillo que me trajo Jacinto de regalo y que nunca pude estrenar.

No teníamos ánimo de fiestas. Estábamos entre tristes y nerviosos por lo de mi hermana y su esposo, por el hijo que a los dos meses se quedó sin sus padres; por el miedo a los golpes en la puerta y los ojos que te seguían por la calle; porque nuestra vida ya no iba a ser nunca más como antes.

Al otro día, en el trabajo, mis compañeras me habían preparado una pequeña sorpresa, con la mejor intención de arrancarme una sonrisa. No las pude complacer, agradecí las flores y el chocolate y con lágrimas en los ojos les conté las últimas noticias. Mi sobrino no se adaptaba a la leche enlatada, mis padres lloraban todo el día, no había noticias, no sabíamos dónde los tenían, no lograba convencer a ningún abogado para que se ocupara del caso. ¡En fin, todo era un desastre!

Llegué a mi casa a media tarde, con tiempo para ir a buscar a tu madre a la escuelita. Venía cansada, desanimada y con mi triste ramo de flores por la calle Ituzaingó. De pronto ví un montón de gente parada frente al edificio en que vivíamos. ¡Qué raro! pensé y mientras me acercaba reconocía cada vez más y más caras amigas, caras de los compañeros del sindicato de tu abuelo, caras de sus compañeros de trabajo.

Porque tu abuelo, no sé si ya lo sabés Catalina, trabajaba en un banco. Un banco es un lugar donde la gente va a guardar su platita. ¿Viste esa alcancía que dice Caja Nacional de Ahorro Postal?, bueno, era del banco en que trabajaba Jacinto, la compré un día en la feria de Piedras Blancas y la tengo como recuerdo.

Trabajaba en el banco, militaba en la Asociación de Bancarios y además hacía algo de periodismo escribiendo notas y artículos para el diario "El Popular".

Hoy ya no existe ese diario, como no existe la Caja Nacional de Ahorro Postal y tampoco tu abuelo. Todo desapareció; lo disolvieron, lo clausuraron, se murió.

Seguía acercándome al edificio donde vivíamos, pero mis piernas cada vez más lentas se negaban a avanzar. Miraba sin entender el porqué de esa presencia, negándome rotundamente a presentir la tragedia que anunciaba.

Entonces, dos compañeros salieron a mi encuentro y me lo dijeron: ¡Jacinto se mató!

Recuerdo ese momento como te lo vengo contando Catita. Es como si esa escena se proyectara en cámara lenta una y otra vez con mecánica precisión: la calle Ituzaingó, la gente en la puerta, las flores, y aquella terrible frase que cambió nuestras vidas para siempre: ¡Jacinto se mató!

Después todo se me confunde; me contaron que me llevaron al apartamento de una vecina, que entre familiares y amigos se ocuparon de mis hijas. Los que me rodeaban querían saber: ¿qué quería hacer?, ¿dónde quería estar?, ¿dónde quería hacer el velorio? Todo me parecía absurdo y sin sentido. ¿De qué velorio me estaban hablando? Sólo cuando la gente se acercaba a saludarme me daba cuenta de lo que realmente estaba sucediendo. Cuando me encontraba con otros ojos tan incrédulos como los míos me decía a mi misma que era cierto. ¡Jacinto se mató!

En la mecánica del procedimiento un compasivo policía me preguntó el porqué sin esperar respuesta. No se lo dije, pero sabía que el "Odioso Dragón" tenía algo que ver con esto. Jacinto era muy impulsivo, siempre iba al encuentro de los problemas. No sabía esperar a que las cosas ocurrieran, el paso del tiempo a él le resultaba insoportable. También los dos sabíamos con certeza que para nosotros era cuestión de tiempo. En cualquier momento nos iba a tocar ser mirados por el "Dragón", y cuando eso sucediera no había donde esconderse y lo de hacerse invisible era sólo una ilusión. No sé, pero quizás en su apurado intento de conjurar el maleficio, no pudo esperar a despedirse.

El impacto que su muerte nos causó fue inmediato, nuestro mundo se inundó de caos y dolor. Yo no podía dejar de esperar, a cada instante, el sonido de su llave en la puerta; mi hija mayor se empecinaba en preguntar, buscando una respuesta que nadie podía darle; la bebé de dos meses se aferraba a un chupete que sin pensarlo le ofrecí.

Después, vino el gran silencio, representante implacable de su ausencia.

Por mucho tiempo deambulé en un mundo sin sonidos, la vida transcurría y yo la miraba desde mi ventana de la calle Ituzaingó. Era como si hubiera perdido momentáneamente la potencialidad de mis sentidos.

Los años fueron pasando, mis hijas crecieron y sin decírmelo me iban ayudando a recuperarme. Juntas logramos reconstruir aquellas paredes que la muerte de Jacinto había derrumbado y volvimos a tener un hogar. Disfruté con ellas cada uno de sus logros y también lloramos y reímos.

Años después nos fuimos de la calle Ituzaingó. Mucha gente se fue del país.

Las calles y los boliches se quedaron sin caras conocidas. Ya no era posible encontrarse con nadie ni por casualidad, y menos reunirse a tomar un café o a charlar un rato. Ya no se hablaba ni por teléfono, porque podían escucharte y seguía siendo peligroso. Montevideo se iba quedando cada vez más vacío y más triste. Mi hermana y su marido salieron de la cárcel y también se fueron muy lejos y por mucho tiempo, en un viaje que los alejaba cada vez más de nosotras, del cariño de toda la familia, de los pocos amigos que a lo mejor les quedaban.

Fue una época extraña, porque por un lado había tristeza y soledad, pero por otro lado la fuerza que tiene la vida, te lleva también a hacer nuevos amigos, a reírte, a estar alegre: ¡a vivir!, Catalina. Y continuamos viviendo. Aprendí a sonreír de nuevo, porque nuestras hijas se lo merecían y aprendí a esconder el miedo, porque el "Odioso Dragón" seguía allí, rondando, amenazando.

Catalina, este cuento tan corto, pero que recorre una parte muy larga de nuestras vidas, también tiene un final feliz. El "Dragón" derrotado volvió a su cueva. Pudimos volver a vivir sin miedos, pudimos volver a encontrarnos con los amigos que hacía tantos años no veíamos; la vida de todos empezó de a poquito a parecerse en algo a la de antes. Nuestra familia ha crecido y se ha enriquecido con los nuevos integrantes. Tu llegada al mundo significó muchas cosas para todos y cada uno de nosotros. Inauguraste una nueva generación; sos la primera hija de mi primera hija y yo vivo a diario la gran felicidad de ser tu abuela!

Abuela Dolli

VERDAD PARA CIMENTAR EL FUTURO

> "La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven."
>
> *Eric Hobsbawm*

Lo que plantea Hobsbawm lo he sentido muchas veces entre los jóvenes que me rodean y fundamentalmente en la generación que me precede inmediatamente; pero no todos los jóvenes podemos dejar en el desván nuestro pasado, como un trapo viejo pasado de moda y, seguir. Muchos hemos tenido que retroceder, hurgar, en lo público y en lo privado, para poder recomponer nuestro presente y proyectarnos hacia el futuro.

Quisiera relatar cuál es mi historia, que me vincula a la dictadura, para que se pueda comprender por qué ese período de la historia no es algo que se pueda olvidar fácilmente o que yo pueda evadir si quiero recomponer mi presente.

Cuando yo tomé conciencia de mi existencia, vivía con mis abuelos en un pueblo del centro del país, en un pueblo de esos que parece que la historia les pasa por el costado. Un pueblo como tantos del interior, con sus 80 manzanas, sus veranos tórridos y sus inviernos de vientos que cortan como cuchillos; sus borrachos, sus beatas de lenguas afiladas, su cura fascista, sus empleados públicos, sus jubilados, su pequeña burguesía de profesionales, comerciantes y pequeños productores rurales, sus "grandes familias" decadentes y la población de las "orillas" del pueblo que trabajaban como asalariados rurales y como domésticas.

Pero en aquellos años, la historia no le pasó por el costado a mi pue-

blo. De cada uno de los estratos sociales que lo componían salieron "botones", más conocidos como "tiras", algunos llegaron a hacer carreras estelares y otros no pasaron de tristes alcahuetes. El comisario, el policía, pasaron de lidiar con los disgustos entre vecinos, a sufrir una metamorfosis "kafkiana", a convertirse en personajes temidos.

Otros en cambio, enmudecieron, quemaron sus libros entre lágrimas y la sal de las lágrimas pareció quemar sus risas; entonces aprendieron el lenguaje de los ojos, de lo no-dicho pero que se oye a gritos.

En esa atmósfera crecí. Ahora, como adulta, puedo darle nombre a esos personajes, pero en aquel entonces yo intuía, como sólo lo saben hacer los niños. No sé cuándo me lo dijeron pero desde que yo recuerdo sabía que quienes me criaban eran mis abuelos, que mi madre estaba en otro país que no sabían dónde y que mi padre estaba muerto. Recuerdo que esa versión me fue suficiente en mi infancia, porque lo que le importa a un niño es quién le da de comer, lo cuida cuando está enfermo y le da amor a diario, te reta y enseña, juega contigo.

También recuerdo que en la esquina de mi casa por muchos años hubo un milico parado y que cuando yo preguntaba qué hacía me decían que estaba cuidando; nunca entendí qué cuidaba, pero a mí me daba lástima el pobre tipo parado ahí con sol, con lluvia, él siempre firme ahí.

Alguna vez escuché, que los adultos de mi casa comentaban, que a veces, habían venido los milicos a preguntarle a mis abuelos de dónde habían sacado esa niña, y ahora asocio lo que mi abuela me decía recurrentemente mientras jugábamos: " si vos te me perdés, yo te voy a identificar por ese lunar que tenés ahí escondido".

Recuerdo cosas de mi infancia que me parecían absurdas pero que en aquel ambiente enrarecido (que por otra parte era el único que yo conocía), adquirían estatus de normal a medida que pasaban los años. Muchas de esas cosas se le han quedado pegadas a la sociedad y hoy creo que con agua sucia, como la ley de caducidad, nunca se van a limpiar.

Pero quiero contarles otras anécdotas e impresiones de mi infancia, relacionadas con aquel período oscuro.

En mi pueblo cada octubre se conmemora una fecha patria, que en aquellos años se hacía con un fastuoso desfile. Para esa fecha se arregla-

ba la calle principal, este punto era el hazmerreír del pueblo; se pasaban todo el año arreglando la calle y cuando llegaban a una punta, la otra ya estaba rota, y no era precisamente porque la calle fuera tan larga sino por incapacidades obvias. En octubre se desplegaba un gran esfuerzo para que estuviese pronta. Entonces las escuelas y el liceo desfilábamos junto a todo un despliegue de guerra. Nos tenían horas esperando al sol, de modo que cuando llegaba la hora de desfilar un número importante ya había desertado por desmayos y malestar; los que seguíamos éramos una columna desprolija de moñas desatadas y caras sudorosas. Pero lo que más recuerdo de estos eventos, era cuando pasaban los milicos desfilando, que me parecían todos iguales como muñecos y me impresionaban sus botas perfectamente lustradas y que siempre parecían un número más del pie que las calzaba. Aún hoy tengo grabada la imagen de los movimientos de los pies y cuando se apoyaban todas juntas haciendo temblar el piso de infinitas capas asfálticas superpuestas.

Cuando yo aún no desfilaba porque iba a las clases chicas, que estábamos exoneradas de tan "alto privilegio", asistí con mi tía al evento. Ella antes de salir me pedía que me apurara que llegábamos tarde y que había que ponerse en un lugar visible. Cuando pregunté por qué tanto desespero, si a ella no le gustaba y vivía puteando por tener que ir, me contestó que todos estábamos obligados a ir porque si no los milicos se podían enojar. Después supe que de uno de esos desfiles se llevaron mucha gente presa.

Un día recibí unos regalos artesanales de presos. Yo no entendía por qué los adultos que me rodeaban le daban tanta importancia a aquéllo y entonces me explicaron que había presos buenos y presos malos. Con seis años supe que Uruguay estaba gobernado por los milicos, y que por eso mi madre no podía venir a Uruguay. Para ese entonces, mis abuelos ya habían tenido noticias de ella, y creo que fue a partir del año 1977 que empezamos a recibir correspondencia más asidua.

El cartero pasó a ser un personaje central en mi vida. Con mi abuela, después de cada mediodía nos sentábamos en la vereda a esperar al cartero. Lo recuerdo doblando la esquina en su bicicleta con una gran cartera de cuero negra y blandiendo la carta en su mano; pero también hubo muchos días que no llegaba nada, hubo cartas abiertas, rotas, cen-

suradas. Esas cartas hicieron a mi madre un personaje más real.

La asociación entre el gobierno militar, la ausencia de mi madre y la destitución de mi tía, fue suficiente para entender que aquello andaba mal.

Nunca me especificaron que había cosas que se hablaban dentro de casa que no se podían repetir afuera, pero percibía actitudes (tal vez olía el miedo), que me indicaban que determinadas conversaciones no se repetían puertas afuera. De alguna forma me daba cuenta que lo que se hablaba en la casa de algunos amigos tampoco se comentaba con extraños o con determinada gente. Nadie tenía una marca en la frente pero igual sabías con quién se hablaba qué y con quién no.

De todas esas visitas hay una que fue especial y que me quedó grabada. Fuimos de noche con mis tíos a la casa de Clara, habían soltado al padre. Recuerdo la cara de aquel hombre, en su silla de ruedas; "libre", porque en unos días la muerte lo vendría a buscar. Yo tendría unos cinco años o menos, pero recuerdo que sentí miedo sin saber muy bien por qué.

A partir de las conversaciones cuchicheadas en esas reuniones, empecé a sospechar que muchas de las cosas que se hablaban allí, tenían algún vínculo con mi pasado, con mi origen. Era obvio que en mi pasado había algo raro, yo no tenía unos padres como mis primos, no sabía por qué no estaban, por qué no podía estar con mi madre como todos los otros niños. Aunque el ambiente me indicaba que era mejor no saber, decidí preguntarle a mi abuelo, porque ese ser me irradiaba toda la confianza que el resto del mundo me quitaba. Él me contestó que sí, que habían pasado muchas cosas feas y que aún estaban pasando, que cuando yo tuviera edad para saberlo sin duda lo iba a saber, pero que la respuesta a muchas cosas las iba a tener que buscar en muchos lados. Esa respuesta solucionó mi inquietud infantil por el tema y me permitió disfrutar mi infancia sin el agobio de ese pasado enrevesado.

Pero el mundo fuera de casa a veces podía ser hostil, aunque yo no lo atribuyera a las particularidades de mi historia.

Una de las cosas que me llamaba la atención era que a ninguno de mis amigos los padres los dejaban venir a jugar a mi casa, ni a mis cumpleaños; yo lo atribuía a que eran muy represores pero ahora sé que eran reprimidos.

Tengo la impresión de que gran parte del pueblo me veía con una mezcla de lástima y de odio, un sentimiento confuso. Para muchos de ellos yo encarnaba el mal que había que aniquilar, pero por otra parte se les hacía difícil odiar una niña y optaban por la lástima, esperanzados de que cuando llegara a adulta me convertiría en un monstruo digno de odio.

Cuando estaba en segundo de escuela, recuerdo que vino a visitarnos una inspectora. Esta mujer pidió a la maestra para quedarse a solas conmigo durante el recreo. Una vez a solas en el salón, me preguntó cómo me llamaba y respondí mi nombre con mi apellido materno (que era el que figuraba en mi Cédula de Identidad); la mujer comenzó a pegarme y a decirme que yo me llamaba de otro modo. Nunca comenté esto en mi casa, porque ante tales garrotes, supuse que había hecho algo muy malo, pero la cara de esa mujer la reconocería aún hoy con las arrugas que debe tener si vive.

Mucho tiempo después, supe que el nombre que me atribuía la mujer era mi apellido paterno. Además de esos garrotes, tuve que comerme unas extrañas sesiones donde me ponían en una silla rodeada de focos, una escena de interrogatorio policial, y me hacían posar de frente, perfil, patas arriba, patas abajo para que el ojo maestro de aquellos señores y la erudición de los abogaduchos de turno, determinaran que mi padre era mi padre y yo pudiera llevar su nombre. A los 12 años supe que el nombre que había llevado hasta entonces estaba mutilado, a los 12 años descubrí que me llamaba de otro modo. Se tomaron su tiempo para identificarme, cuando en otros casos resultaron tan eficientes para identificar a la gente.

Pero mi segundo año escolar tuvo otras particularidades más interesantes, lo comencé en julio de 1979. Desde febrero de 1979 a julio de ese año estuve en Bélgica, donde me llevó mi madre y donde la conocí a ella, a su nuevo esposo y un hermanito de una semana. Viajé con mi abuela; y en uno de los primeros aeropuertos en que hicimos escala le advirtieron que mi pasaporte estaba mal. Nunca supe si lo hicieron mal, para que no volviera o para que no me fuera.

Nos esperaba mi madre con su familia y un amigo. Cuando llegamos, mi abuela y mi madre se abrazaban y lloraban; yo pensaba, me hice no sé cuantas horas de avión, durante las cuales no logré retener

nada en mi estómago para que estas dos pelotudas se pongan a llorar. Luego salimos del aeropuerto de Bruselas para Lieja y tengo muy presente las manitos de Sebastián asomando del rebozo, envuelto por las luces amarillentas de la autopista.

Europa, una decepción. A mis siete años me imaginaba que iba a llegar a un mundo donde todo desafiaba la ley de la gravedad, y me encontré con un cúmulo de cosas viejas. Algunas me gustaron por su belleza, los *vitraux* de la iglesia de Colonia, Alemania, o los encajes de Brujas, otros me impactaron por su carga histórica como un museo de herramientas domésticas y médicas de antes de Cristo o los impactos de balas de la Segunda Guerra Mundial en las paredes de la iglesia de Colonia. Pero la sarta de iglesias y museos que me hizo visitar mi abuela me aburrieron tremendamente. Mi diversión preferida, era salir cada mañana al balcón del apartamento y gritar todas las malas palabras que se me ocurrieran porque supuestamente nadie entendía; hasta que descubrí que los vecinos que se reían eran italianos.

Un recuerdo curioso que tengo de Bélgica, es que cuando salía a jugar a una plaza frente al apartamento yo hablaba fluídamente con los otros niños. Obviamente ellos hablaban francés y yo español, pero esto no recuerdo que fuese una barrera, no recuerdo darme cuenta que hablábamos idiomas distintos. Esos niños me preguntaban de dónde era y, cuando les dije que era de Uruguay, preguntaron dónde era eso, en América respondí y se rieron, vos sos italiana si no tendrías que hablar inglés. Confieso que me sorprendió la ignorancia geográfica de los belguitas. Esto me ha hecho pensar muchas veces que la especie humana tiene una capacidad innata para comunicarse y entenderse, que hay algo en nuestras culturas que atrofia una de las capacidades más maravillosas del hombre.

En Bélgica también conocí muchas cosas de Uruguay. Un día mi madre y mi abuela se pusieron en preparativos de artesanías, de salsas picantes y de unos seudochorizos; los latinos exiliados preparaban un acto en solidaridad y denuncias de las cárceles uruguayas y de la situación de sus presos políticos. En aquel acto, entre unos cuantos latinoamericanos y unos pocos belgas, escuché cantar a los Olimareños. Por supuesto que no tenía ni idea de quiénes eran y mucho menos me imaginaba que años después, esos dos hombres serían ovacionados por

una multitud en el estadio Centenario. Pero en aquel acto, también vi fotos horrendas de las cárceles uruguayas, sacadas por la Cruz Roja. Ahora sí entendía que bajo la apacible siesta de mi pueblo, existía el infierno.

Pero la ironía era pan de todo los días en Uruguay. Un día recibimos un recorte de un diario uruguayo, donde hablaba que la señora Tanto y su nieta se encontraban en viaje de placer por Europa.

El día que regresaba a Uruguay, recuerdo que en el aeropuerto me subí al revés a la cinta transportadora para subir al avión, quería ver a mi madre, a mi hermano y a Hugo, hasta que se perdieran de vista y traerme esa imagen conmigo.

Cuando llegué a Uruguay, me asaltó la certeza de que cuando yo estuviera en segundo de liceo, mi madre estaría en Uruguay; así que el tema dejó de inquietarme, sólo era cuestión de paciencia.

Mi tía, maestra destituida, hizo uso de toda su pedagogía y paciencia, y con fervor militante, me puso al día con el medio año de escuela perdido. Tiempo después, supe que mi maestra de segundo año fue objeto de fuertes presiones para que no me dejara pasar de año. Esa mujer, que no estaba comprometida con nada, puso todo en juego por lo que ella consideraba justo y ético. Esa mujer no me vio con lástima y antepuso su dignidad al miedo y la injusticia. Hoy aprecio y valoro este gesto, de alguien que más allá de tintes políticos, no se dejó avasallar y demostró más coraje y dignidad que muchos que la señalaban por no ser de izquierda. Esa batalla que ella libró sola, más allá de que yo puse el cuerpo para recibir los palos de la inspectora, me enseñó más que todas las horas de aula escolar.

Pero la dictadura fue implacable con todos los niños, como una mancha de aceite que se extiende y todo lo ensucia, todo lo asfixia. La historia que aprendimos de Uruguay era una sucesión de dictadores y sus "brillantes obras"; aquella historia carecía de presidentes constitucionales, no tenía causas sociales que generaran hechos, era una línea recta con muchos baches. Pero hubo algo peor, se prohibió utilizar disfraces en toda representación que realizáramos en la escuela.

Siendo yo muy pequeña, vino una compañía de teatro para niños a un club de mi pueblo. Aquello fue magia para mí, sabía que los actores eran hombres y mujeres de carne y hueso, pero en el escenario, eran

conejos, eran coyotes, allí sólo contaban los colores, mi imaginación podía volar tan lejos como yo quisiera. Desde este hecho, estuve esperando llegar a las clases más grandes de la escuela para poder hacer magia, para que bajo un manto de colores yo y mis compañeros fuéramos tan lejos como nuestra imaginación nos permitiera volar. Pero la dictadura ordenó que los niños no podían soñar, no debían tener imaginación, debíamos implacablemente llevar la simbólica túnica blanca con moña azul, porque si no éramos amarrados con los colores de la patria podíamos errar nuestro rumbo. Lo que nunca supieron los milicos, es que no pudieron evitar que yo me disfrazara y declamara sobre la mesa del patio de mi casa, torturando a los adultos que me rodeaban.

Mi tía, debido a su condición de maestra destituida, no podía ingresar a la escuela, por lo que sus hijos debieron comenzar cada año escolar sin la mano de su madre. Pero ella se las arregló para pasar a través de los muros. Nos hizo galletitas con formas ingeniosas para la merienda, nos hizo los magros chirimbolos que podíamos vestir en las fiestas de fin de curso, nos corrigió los deberes y nos ayudó a superar todas nuestras dificultades escolares e infantiles. Mis tíos hicieron que yo dejara de envidiar a mis compañeros de escuela que tenían hermanos, mis primos fueron y son mis hermanos. Con ellos jugué, peleé, reí, lloré, conspiré inventado todo tipo de cagadas y aventuras infantiles, con ellos crecí.

Llegó el plebiscito del 80 y recuerdo que mi abuelo había puesto un cartelito que decía "No", pegado en la parte de atrás del asiento de su bicicleta, con la que trillaba todo el pueblo vendiendo dulce de leche casero. La crisis económica se llevaba su tambo, uno de los más grandes de la zona, y ahora al viejo caudillo blanco sólo le quedaban una serie de vinculaciones que lo miraban torcido; tragó su orgullo y buscó la forma de que sobreviviéramos, de modo que yo nunca percibí la angustiante situación económica. Lo vi envejecer cuando perdió todo lo que había construido a lo largo de su vida, lo vi llorar cuando vendió su yegua y lo vi cuidar con amor desmesurado las pocas vacas que conservó. Pero esa noche en que el pueblo uruguayo dijo ¡basta!, lo vi reír, y con mi prima Andrea saltamos y gritamos sobre una vieja cama de elástico festejando algo que entendíamos a medias.

Uruguay comenzó a despertar. Vino la época de los semanarios que tenían que cambiar de nombre cada semana porque eran censurados.

Los jóvenes liceales que aparecían en el informativo porque se negaban a usar sus uniformes. El Uruguay pasaba de tímidas manifestaciones de rebeldía a un "Río de Gente".

Con la primavera de 1984 comenzaron a florecer algunas de las respuestas a mi pasado. Debería de ser una noche de noviembre, porque ya hacía calor y mi madre aún no estaba en Uruguay. Recuerdo que mi tía me llevó a la plaza, a la de la pérgola, allí en el banco que da la espalda a la calle Artigas donde la plaza hace diagonal con 19 de Abril y Artigas. Allí comenzó a contarme cómo lo habían matado, como se le escurrió la vida cinco días después que yo nací. Hablaba con una jerga que yo nunca le había escuchado, "... en una acción, para tomar, compañeros..."; era como que alguien dentro de ella la impulsaba a hablar. De pronto se detuvo y me llevó a su casa. Me preguntaban qué pensaba y mi cabeza giraba a una velocidad mucho mayor de lo que yo podía hablar; luego empecé a llorar. Lloraba porque recién había entendido que había perdido algo que para mí hasta ese momento no había existido; lo descubría y tomaba conciencia de su pérdida a la vez.

Fue como que esas lágrimas hincharon mi odio y entonces descubrí que una personita de 11 o 12 años puede tener un monstruo dentro, un monstruo que quiere matar, que quiere vengar. Comencé un largo camino de búsqueda, de reconstrucción. Lo único que sabía hasta entonces era que había muerto un 28 de enero de 1972, que daba clases en un colegio, que estudiaba veterinaria y que su madre había perdido a su bebé más preciado, no sabía su nombre, su fecha de cumpleaños ni su edad, no sabía que lo habían matado y no creía que había muerto, como dice su madre. Parecen datos tontos, pero es una miscelánea de sentimientos inexplicables que cualquiera pueda saber más de vos que uno mismo.

Empecé a buscar cómo recuperar eso que había perdido. En el verano de 1985 mucha gente que volvía del exilio, de la cárcel, de debajo de las piedras, me hablaban pero eran imágenes que yo no buscaba; eran imágenes de amigos, de amores, de hijo, ninguna de padre. Hoy sé que esa imagen no la perdí porque me la dieron otros; pero sé que el hombre que me dio la vida será para mí un fantasma que no tiene voz, que no tiene un rostro que el tiempo curta, que no tiene un pecho en el que pueda apoyar mi cabeza. Yo quería respuestas, ¿quién, cómo y por qué me habían robado aquéllo?

Como lo había presentido, en diciembre de 1984 unos meses antes de que comenzara segundo de liceo, regresaba mi madre a Uruguay; trayéndome ahora dos hermanitos y algunas respuestas.

Con ella me zambullí en el convulsionado Montevideo de 1985, con ella viví aquella noche en que toda la solidaridad mundial cantó en la Explanada Municipal, en las plazas. Con ella también me zambullí en la multitud que gritaba liberar a los presos frente a jefatura. Con ella vi cuando liberaban a las mujeres; con las mujeres que salían vi aquella mujer que giraba su cabeza a la multitud y sus puños que golpeaban los vidrios del vehículo, aquella imagen era la que pintó Edvard Munch en El grito, aquella mujer era Beatriz.

Por ese tiempo conocí a Carlitos, debe de haber sido en el otoño del 85, porque fue poco tiempo después que salió de la cárcel y eso había sido en marzo de ese año. Recuerdo aquél hombrón, con voz de trueno, siempre dando la espalda a la pared, con la cabeza pelada y la mirada de un miedo infantil. Recuerdo que le pedí a mi abuela que le tejiera un buzo de muchos colores porque yo creía que así le iba a sacar el miedo de los ojos y el invierno que llevaba prendido al cuerpo. Yo que apenas le llegaba al ombligo sentía que debía protegerlo de no sé que frío de un largo invierno; que según escuché, había ocurrido en el segundo piso de algún infierno del que nunca ha podido hablar.

Allí, en la cocina de la primer casa de Montevideo, viendo aquel hombre tierno y arisco, gané mi primer batalla. Allí, entendí que no había lugar para venganzas personales. Sentí, que no había sido un único hombre al que habían triturado, sino que era una máquina monstruosa que había arrasado con todo lo que se interpuso en su camino, con los padres y madres de muchos, con la juventud y utopías de toda una generación. Yo no iba a regar el odio que me habían sembrado; yo iba a poder dominar mi odio e iba a canalizar mi energía para hacer crecer lo que la sangre de ese joven de 22 años buscó sembrar en mí.

Pasaron varios años, en que no hablamos más de él con Carlitos, hasta una noche en que tomábamos vino en su casa de Montevideo hablando de cualquier cosa, y de pronto me dijo que cuando yo me iba él hablaba con su amigo y le contaba de mí, de que mis manos y mi risa se lo recordaban y de pronto, después de casi 20 años, por primera vez lloró a su joven e inmaduro amigo.

Para ese entonces, yo adolescente, ya había vivido las "razzias" en Montevideo, había "militado" en la campaña del Voto Verde, en el gremio del liceo, pero para entonces, ya había entendido que toda América Latina había estallado en fuego libertario y que habían querido apagarlo con "guanacos" lanzando mierda.

El tiempo, y mi vida de estudiante en Montevideo, me fue contestando "el porqué" y, aunque hoy pueda criticar muchas cosas, ese joven me enseñó que en la vida cuando se sueña hay que entregarse hasta los huesos, que para ver claro el camino no se puede ser indiferente, que hay que mantener la brújula orientada hacia la ética, porque lo que nos mata de muerte bien muerta es ir a contrapelo de uno mismo.

Pero esto que uno elabora en su interior para convertir el pasado en fuerza que se proyecta al futuro, no es tan fácil de sobrellevar en el mundo público. Ese pueblo que en el 85 bailaba en las calles, ovacionaba a los Olimareños, recuperaba a sus presos, regresaba sus exiliados, ese mismo pueblo, le puso una lápida amarilla a ese pasado.

Ese pueblo que no pudo poner sus pústulas al sol para que cicatrizaran, no puede exigirle memoria a las nuevas generaciones. Lo que plantea Hobsbawm, ¿es un problema de las nuevas generaciones o es que las viejas ocultan sus vergüenzas, sus miedos?

Para los que nuestra salud síquica depende de recuperar y entender ese pasado, es doloroso sentir que mucha gente de tu edad ignora, obvia, desprecia ese pasado. Pero más doloroso es ver la actitud de muchos militantes del MLN; más incomprensible es ver cómo muchos que pasaron por el infierno, por las situaciones más injustas, hoy reniegan de ese pasado. Muchos están sólo preocupados de admitir ese pasado como un delirio juvenil y prenderse de la "torta"; otros han confundido las expropiaciones en nombre del pueblo con "expropiar" para su bolsillo, llegando hasta la delincuencia común. Esto lo he visto con mis ojos de adulta, no es historia, es presente. ¿Es que han olvidado que ese pasado se regó con sangre, que muchos somos diferentes sin comerla ni beberla?

Con esto no pretendo involucrar a todos los tupamaros, pero los idealismos estúpidos no sirven para cimentar el futuro. Sí creo que el peor error político del MLN fue engordar y no crecer, que se masificó sin generar conciencia política. Me arrogo el derecho de juzgarlos, por-

que necesito explicarme por qué pasó lo que pasó y en lo que están hoy. Me arrogo el derecho de juzgarlos, porque no quiero sentir vergüenza en la calle al decir que mi padre fue un tupamaro, y que cualquiera se atribuya el derecho a emitir juicios sobre cosas que atañen aspectos muy personales de mi vida. Por supuesto que condeno mil veces a esos que se quedaron sentados en sus casas, viendo cómo pasaban las cosas, y hoy se creen con derecho a juzgar. Admito que se pueden tener errores políticos pero de ninguna manera se puede perder el rumbo y atribuir ese pasado a una simple rebeldía juvenil, no se pueden perder valores éticos y morales; y no estoy hablando de la moral de las beatas. Es feo que se permita que la gente hable con tanta liviandad y juzgue cosas que a muchos nos salieron muy caras.

Creo que en el movimiento hubo y hay mucho personalismo. Que fue una generación que dio su vida por causas muy altruistas pero que paradójicamente fue muy individualista, mucho culto al héroe, y se olvidaron que en su entrega involucraban mucho más que su persona. Fueron "voluntaristas" y muchas veces ingenuos, pensaron que podían cambiar el mundo pero nunca pensaron que los iban a masacrar como lo hicieron.

Sin duda que el mundo cambió, no tanto como ellos quisieron, no siempre en el rumbo que ellos quisieron, pero en parte sí lograron mover viejas estructuras; algunas por su voluntarismo, otras por la propia inercia de la historia.

A todo esto, veo que mi generación creció sin caudillos, sin grandes "iluminados" a quien seguir, sin más paradigma que la brújula del sentido común; pero menos frívola que la generación que fue adolescente en la dictadura. La generación del 60 nos metió en la montonera antes de que empezáramos a caminar; pero seguramente el mejor legado que nos dejó esta generación es el obligarnos a pensar por sí solos. Esa generación que llegó, y fue llevada, hasta los límites de lo inimaginario, nos dejó un mundo en que ya no se puede seguir pensando en forma binaria, las cosas dejaron de ser buenas o malas, blancas o negras, divididas en dos "bloques"; nos obligaron a caminar en el mundo apostando a la diversidad. Así, el crecer orejanos, nos permitió ser más amplios en nuestras visiones, ser menos sectarios.

Pero la dictadura nos dejó una gran incapacidad de organización,

un gran miedo a hacer en conjunto, una desconfianza que raya muchas veces con el escepticismo. Somos una generación que camina en tinieblas buscando razones para creer en la especie humana; porque "no sólo de consumir vive el hombre".

No reniego de la memoria de mi padre, de lo que fue e hizo, mi odio lo transformo en mi "cañón del futuro", mi lástima es para los hijos de los torturadores.

De hoy, quiero contarles, que la vida me ha provisto de un olfato muy fino para rodearme de los mejores amigos, de los mejores amores, y de una buena capacidad para disfrutar de las "pequeñas grandes cosas" de la vida.

Probablemente esta historia, que les he contado, carezca de la objetividad y precisión profesional de un historiador, simplemente son las impresiones y vivencias de una niña. Seguramente suene egocéntrica, como siempre que se escribe sobre sí mismo; pero a este defecto no han podido escapar ni los mejores escritores.

Sin duda, que el siglo XX está plagado de historias humanas mil veces más atroces que la que acabo de contar, pero el "sufriómetro" aún no se ha inventado, y no se trata de medir el dolor humano, sino de que la estupidez humana deje de generar situaciones como éstas.

Gaia

Poesía III

III

Ya saben
nuestros nombres
y
nuestras formas
nuestras señas y nuestros santos.
Lo saben todo:
mis memorias
y tus recuerdos
mis lunares y tus resfríos.
Han relevado
nuestros gestos y nuestros genes.
Estamos archivados,
rotulados,
envasados,
(Pero nosotros sabemos lo que ellos
no...)
y eso... también lo saben.

Mandala
(22/10/1975)

ENSAYOS GENERALES

Botas, medias de lana, ropa muy abrigada, Edipita pasea por la vereda, delante de la puerta de su casa. La vecina le dice qué linda estás, bueno, siempre sos linda, ese poncho es nuevo, también estás estrenando botas, te abrigaron mucho, no vas a sentir frío, etcétera, etcétera... La niña habitualmente conversadora, extrañamente no abre la boca, sigue caminando, unos pasos para allá, unos pasos para acá. Y la vecina, que vas a salir con tu mamá, que están dando una película de Walt Disney, van a verla, con este frío lo mejor es ir al cine, o van a pasear a... La niña se detiene, la mira y le dice, no puedo hablar, no puedo decirle adónde voy, prometí no contarle a nadie que mi papá está preso, en el cuartel... La madre de la niña, transpirando, da vueltas la llave en la cerradura de la puerta de calle, saluda a la vecina, buen día, toma a la niña de la mano y camina velozmente, casi arrastrándola.

Al padre de la niña se lo habían llevado preso. Supimos rápidamente de dónde; en la esquina de su trabajo estaba informando la plataforma de las reivindicaciones laborales por las que hacían paro ese día. A él y a otros compañeros los metieron en un ómnibus azul de AMDET y continuaron deteniendo varones por la calle hasta que llenaron el vehículo. En la Plaza de Cagancha, veíamos todas las tardes a un hombre con una mesita donde disponía montones de papas, zanahorias, cebollas, manzanas, naranjas, para hacer las demostraciones que comprobaran la utilidad de los aparatitos que vendía para pelar, cortar, rallar, rebanar, exprimir y una víbora (¿o serpiente?) grande, impresionante, alrededor del cuello, para atraer la atención de los posibles compradores. Hombre y víbora fueron empujados y subidos al ómnibus. ¡Hasta al hombre de la víbora se llevaron!, nadie se olvidaba de decirlo, lo que no sabíamos era adónde. Durante varios días y noches, la incertidumbre nos llevó a muchos lugares, algunos verdaderamente insólitos y a personas físicas y jurídicas, conocidas o nunca vistas, en una nerviosa, inesperada, no deseada, pero necesaria tarea detectivesca, para ubicar a los desaparecidos, así los llamamos, así los consideramos.

La niña fue llevada con los abuelos porque empezó reclamando la presencia del padre en su casa, sin recibir explicación satisfactoria y continuó pidiendo la de la madre que también desaparecía para buscarlo.

Como todavía no se había producido la Inauguración Oficial de la Dictadura y se ensayaba con las Medidas Prontas de Seguridad, se denunció la desaparición del padre de la niña hasta en el Parlamento. Varios días después, logramos ubicarlo en el CGIOR, detenido, con un centenar más de hombres de diversas edades, profesiones, oficios, actividades, condición social, económica y cultural. ¡Ah!, y no me olvido, el hombre de la víbora.

No se puede visitar, no se puede ver, está muy bien, abrigadito, le damos un poncho verde de los nuestros, no se preocupe, si no está muy comprometido (no me dijo el capitán, en qué) va a salir pronto. Y muy pronto salió, una mañana tempranito, con rumbo y destino, otra vez, desconocidos. Algunos vecinos vieron a los detenidos subir en varios ómnibus de AMDET que partieron en caravana hacia no sabían dónde. Nuevas peregrinaciones, indagaciones y siempre el funcionamiento de la solidaridad, todos apoyándonos en todos, los sindicatos a nuestro lado con sus múltiples, invalorables aportes, incluyendo el económico que resultó fundamental para muchos bolsillos.

El dinero que gastamos durante estos ensayos generales, desequilibró los presupuestos familiares. Lo importante es que nuevamente ubicamos al padre de la niña y a todos los detenidos.

No es fácil elaborar una historia distinta a la real que sea creíble, verosímil, para una niña de cinco años, que no la lastime, que no la entristezca. Te duele la cabeza de pensar, tal vez, en un viaje inesperado, muy conveniente, o yo que sé qué, para justificar la ausencia del padre, tiene que ser una mentira que se va a convertir en una cadena de mentiras que pueda sostenerse durante no sabemos cuánto tiempo, además contar con muchos cómplices, apartar a los indiscretos. No, no es nada fácil, así que decidimos, no, decidí, contarle la historia verdadera, que también es difícil, empezando por el significado de las palabras, algunas las ha oído aunque su comprensión no sea total, por ejemplo, paro, huelga, pero otras las desconoce totalmente, qué es un cuartel, qué es un soldado, no de los de juguete y especialmente qué es un

preso, qué es estar preso y por qué y para qué y hasta cuándo...

Cuando volvió la niña a su casa escuchó la historia verdadera. Le hice prometer que no se la contaría a nadie, era un secreto que compartíamos sólo con algunos familiares confiables. Fue precisamente uno de éstos que le dijo, a tu papá lo van a fusilar. Es un chiste, una broma, una chanza, no sean necias, no se enojen, después de todo, acá, en este país, no pasa nada y a los que les pasa algo, algo habrán hecho, hay que poner orden y son los militares los que deben encargarse de evitar el caos, estos tipos subversivos quieren destruir la democracia, argumentó el bromista. Algunos compatriotas adoptaron esta postura, pocos, pero los hubo.

Había poderosas razones de seguridad para tratar de mantener en secreto, o por lo menos no divulgar hasta donde fuera posible, la detención del padre. Los integrantes de la JUP (Juventud Uruguaya de Pie), otras organizaciones paramilitares y otros desorganizados, eran muy peligrosos, no se identificaban, de incógnito, atacaban, agredían a los presuntos, posibles, comprobados o sospechosos de ser comunistas, tupamaros, sindicalistas, anarquistas, desocupados, amas de casa y todo bicho con una pizca de sentido crítico de que tenían noticia y a sus familiares, sin olvidarse de los niños que son el futuro de la Patria, bla, bla... tal vez a ellos, especialmente, iban dirigidas las bombas que tiraron en algunas casas, porque ya se sabe, que árbol que crece torcido, mejor se arranca de cuajo desde chiquito. Hacía tiempo que venían preocupándose por los niños, había que protegerlos del oso ruso, de los barbudos, de los que usan vaqueros, toman mate en alpargatas, no se cortan el pelo... Era necesario ocultar. Era necesario denunciar. Decir y no decir. Estoy consciente de las contradicciones, ahora.

Edipita andaba por la casa como un fantasma, monotemática, sólo papá, papá, y si lo fusilaron, preguntaba. Había que llevarla para que lo viera, vivo. Primera visita al cuartel, domingo de julio, madrugón, baño diario, botas nuevas, medias de lana, ropa muy abrigada y el poncho rojo, nuevo, cubriéndola toda. Mamá, puedo esperarte en la vereda, preguntó, sí, contesté, pero no te ensucies, recomendación que hacemos todas las madres, como si fuera lo más importante.

Después de hacer una fila ordenada, bajo la mirada protectora de soldados bien armados con armas largas, los familiares de los deteni-

dos subimos a los ómnibus que habían dispuesto para nuestro traslado al cuartel de San Ramón. Fue una gentileza. Los ómnibus, armados en los talleres de Maricastaña, eran pequeños, estrechos, estaban rotos por dentro y por fuera, las chapas y los vidrios hacían ruidos premonitorios: pronto me desarmo. Marchaban a poca velocidad pero no aceleraban por no querer, sino por no poder. Para colmo, el número de unidades era escaso y tuvimos que comprimirnos más que sardinas en lata para viajar todos. Un anciano me dijo, hacen esto para molestarnos a nosotros también, a los familiares, que no tenemos la culpa, yo qué tengo que ver con lo que hace mi hijo, y qué hace su hijo, le pregunté, bueno, respondió, yo no estoy de acuerdo con sus ideas pero tengo que verlo, tengo que visitar a mi hijo, Edipita miró hacia arriba y le dijo, y yo a mi papá.

A una cuadra del cuartel, comenzó la fila, ordenada, constituida principalmente por mujeres, niños y ancianos, bajo la mirada protectora de soldados, bien armados con armas largas. Otros dos soldados recorrieron toda la fila interrogándonos. Uno llevaba una carpeta dura donde apoyaba papeles rayados en sentido longitudinal y transversal. Cuando me correspondió el turno, me pidió la sagrada Cédula de Identidad, miró, leyó de un lado y otro del documento, anotó. Parentesco con el detenido, esposa e hija, pruebas (menos mal que me habían prevenido, sin libreta de casamiento no se puede entrar), exhibición de la libreta del Registro Civil, registro de familia, acá está él (en el papel, el detenido), acá estoy yo (en el papel). Anotó. La hija, acá (en la libreta) está. Cuál es, allá está (fuera del papel) es aquélla, señalé (la que está juntando toda la tierra de San Ramón, jugando con otros niños). Domicilio. Profesión. Estas anotaciones las hicieron dos veces, dos domingos consecutivos, por suerte, comentamos, era tan lento este registro. Los siguientes fueron para peor porque preguntaban el nombre y ¡tenían que revisar todas las fichas!, hasta que el abecedario llegó hasta San Ramón y hubo nuevo orden, alfabético.

El dolor subía desde los pies, avanzaba a las piernas, las caderas, la espalda, el cuello, prohibido sentarse en el suelo, en qué otro lugar podía ser, llevábamos cinco horas de plantón.

Edipita había preguntado cien veces, y mi papá, dos o tres veces manifestó tengo hambre, tengo sed. Y pichí, mamá, pichí, permiso para

ir al baño, no se puede entrar al cuartel, es por la nena, el soldado te apunta al pecho, no se puede entrar al cuartel, mirábamos a todos lados, no se puede perder el lugar en la fila, las fichas están ordenadas por ese lugar, bueno, aquí mismo bajar el pantalón de lana, la bombachita, agachada no se te ve nada, el poncho te tapa.

Después se abría el portón, entrábamos diez por vez solamente. Nueva fila, filita. Revisación de lo que llevábamos. Sobre una tabla larga dispuesta sobre caballetes quedaba alguna muda de ropa interior limpia, una prenda abrigada, un pedazo de queso, una pascualina desarmada ex profeso, que después entregarían al detenido. Por fin se cumplía nuestro objetivo. En el comedor de oficiales habían colocado mesitas separadas con dos sillas cada una, en una estaba sentado el detenido, en la que tenía enfrente se sentaba el visitante, ambos con las manos sobre la mesa y los brazos cruzados junto al pecho, no estaba permitido acercamiento físico. Edipita logró darle un beso a su papá. Las conversaciones, voz normal obligatoria, audible, ni murmullos, ni susurros, cómo estás, cómo has pasado, bien gracias y vos, y tu mamá y tu papá, y el perro. Todos bajo la mirada protectora de soldados, uno al lado de cada mesita, bien armados, con armas largas.

Terminó la visita, los familiares deben retirarse. Cinco minutos. Convincentes, largas argumentaciones mediante, en no me acuerdo qué comando, logramos extender la visita a diez minutos, después a quince y finalmente a veinte minutos que fue el máximo tiempo concedido.

Todavía no terminó, tuvimos que hacer otra fila, ordenada, protegida, para recibir una bolsa con la ropa sucia del detenido, que abierta en casa ofendía los ojos, la nariz y nos obligaba a ejercitar los músculos para cazar las pulgas que grácilmente saltaban, escapando del encierro para buscar alimento. Algunas bolsas terminaron directamente en la lata de la basura, otras vaciaron su contenido en hipoclorito casi puro. Eso era mugre de la mejor calidad, no hay eufemismo para encubrirla. Circulaban rumores que en las barracas de los detenidos había duchas, que estaban bien alojados, que... y qué queríamos, hotel de cinco estrellas para esos pichis, bien ofendidos estaban porque se les prestaba el comedor de los oficiales para la visita.

Como en este país todavía había trenes que transportaban pasajeros, en San Ramón había estación donde se podía ascender y descender de

ellos y muy especialmente, tratando de viajar con más comodidad, como si fuéramos seres humanos, después de tres o cuatro domingos, decidí no tomar más aquellos ómnibus que además cobraban el pasaje más caro que el tren. ¡Qué lindo! exclamó Edipita en cuanto subimos al vagón en la Estación Central, no estaba muy limpio, ni era moderno, pero disfrutamos los asientos más grandes, confortables, separados, el pasillo por donde se podía caminar y el movimiento más parecido a acunar que a desarmar. El viaje de ida era un placer. Al regreso, el tren que venía de Melo pasaba por San Ramón a las 21 horas, teníamos aproximadamente dos horas de espera para la que podíamos optar entre dos lugares, la estación, mucho frío o el Club Social y Deportivo, muy acogedor, coca-cola,¿coca-cola con este frío? sí, coca-cola y masitas y abrir puertas para curiosear todas las habitaciones, instalaciones y corretear, libertades que se permitían generosa, cordialmente, a los "niños del cuartel", pobrecitos.

El tren que nos devolvía a la Estación Central, con muchos quilómetros ya recorridos, había recogido suficientes viajeros para ocupar todos los asientos y llenar los pasillos de pie, por eso Edipita dormía sobre una mesa, con almohadas improvisadas por los pasajeros que sabían que era una "niña del cuartel". Pudo haber sido casi una niña, a secas, niña, todos los domingos desde julio a diciembre, si voluntaria, empecinadamente, no hubiera resuelto ir a ver a su papá. Estás sacrificando a esa niña, me decían, lindo paseo dominical, dieciséis horas en la calle, entre viajes torturantes, para llenarse de tierra o de barro y ver al padre cinco minutos, diez minutos, quince minutos, veinte minutos. Partíamos a las ocho de la mañana y regresábamos después de medianoche. En varias casas pudo haberse quedado, niña simplemente, pero amenazó, si no me llevan voy sola, tal su determinación, había aprendido el camino y muchas cosas más, esta "niña del cuartel". Comparado con lo sufrido después de la Inauguración Oficial de la Dictadura o Proceso Cívico Militar, podemos decir ahora con certeza, sin ironía, pasadas más de tres décadas, que Edipita, en estos ensayos, realizaba un lindo paseo dominical.

Ese año, previsiblemente, vimos las ramas de los árboles desamparadas cubrirse de yemas que eclosionaron en tiernísimas hojas verdes claras, que crecieron hasta componer frondosa copa, generosa de som-

bra; fue entonces que inesperadamente, sin juicio, sin delito, sin *habeas corpus*, sin nada, tal como había sido detenido, fue liberado el papá, gran alegría de Edipita, a la que nuevamente no se le pudo dar ninguna respuesta satisfactoria, nosotros tampoco las teníamos. Así empezó.

También en diciembre fue liberado el hombre de las naranjas. No era comunista, ni tupamaro, ni sindicalista, no estaba en pro ni en contra de nada ni de nadie, era simplemente generoso, este productor de Canelones. Un día de julio, llegó con su camión cargado con sus naranjas en cajones, a la puerta del cuartel. Donación para los presos, aclaró muy bien. Pase, le dijeron. Abrieron el portón, entró el camión, cerraron el portón. Adentro quedaron camión, cajones, naranjas y el productor. Los detenidos, incluyendo el donante, no probaron ni una sola naranja.

Meses después, una mañana muy temprano, golpes muy fuertes, apremiantes, en la puerta de la calle de la casa de Edipita, me hicieron tirar de la cama y salir a abrir descalza, con apenas un saquito de lana sobre la espalda, lo primero que encontré para ponerme sobre el camisón. Como sospeché, era la policía. Sin una palabra, varios hombres entraron en la casa llevándome por delante. Abrieron cajones, puertas, dieron vuelta sillones, sillas, mesas, colchones. Como cualquier cosa, Edipita fue sacada de su cama por un brazo, sacudieron su colcha, sus frazadas, sus sábanas, sacaron la funda de su almohada, dieron vuelta su colchón, todo quedó en el suelo. Sólo faltaba revolver los libros, observaron varios por las seis caras, hicieron correr las hojas como un mazo de cartas y los tiraron a la escalera; con los que quedaban en los estantes, que eran muchos, sin mirarlos siquiera, los arrojaron detrás de los primeros como si fueran pedradas.

En ese juego estaban, cuando otro uniformado abrió la puerta de la calle, les gritó, por qué demoran tanto, encontraron algo: sí, señor, contestó alguno, estos libros, vea, yo no sé inglés, pero acá dice marxismo. El libro en francés, era de física y en una solapa estaba escrito Marxisme, refiriéndose a otro libro publicado por la misma editorial. El subcomisario que había estado esperando en la camioneta, lo que me informaron después los vecinos, miró el libro y dijo, estos libros son de venta libre en cualquier librería o quiosco, estamos molestando a la se-

ñora, vamos, ordenó. Los subordinados, pisando y pateando los libros que cubrían toda la larga escalera, bajaron y yo detrás de ellos. Me detuve junto al subcomisario (lamento no recordar su nombre), que me advirtió suavemente, tenga cuidado con algunos vecinos, señora. Señora, por segunda vez, ni eh che vos, ni pichi, ni tantos otros apelativos y vocativos que se pusieron de moda tiempo después, en el vocabulario policial y militar. Subí con cuidado, tratando de no caerme y no estropear más los libros y me senté desolada sobre una pila de ropa, en medio de aquel espectáculo que había visto sólo en algunas películas, roperos, cómodas, estantes vacíos; en el piso, cubiertos, platos, ollas, ropa de toda índole que parecía haber aumentado en cantidad, papeles y más papeles y dos patitas tiernas, bien formadas, ignoradas. Edipita abrió la boca, ¡qué relajo! dijo y empezó a transportar un libro por vez y colocarlo en un estante. Yo reaccioné ayudándola con tres o cuatro libros. De pronto, la niña caminando como entre escombros, fue a la cocina y volvió con la bolsa que usábamos para hacer los mandados, adentro cabían diez o doce libros.

Los amigos llegaron. Elogiaron la eficiencia de Edipita. Buscaron zapatitos. Trajeron leche y bizcochos. Comenzaron a ordenar la casa, rellenar estantes, cajones, armar una pila con papeles seleccionados. Hicieron comentarios: hay que lavar la ropa pisoteada, tuviste suerte, ¡suerte!, sí, con ese subcomisario que va a durar poco, breve será su reinado, es muy blando para ellos, en todos lados hace la vista gorda, hay que limpiar la casa para la próxima denuncia que no va a venir este subcomisario, casi indignada les grité acá no hay nada subversivo, replicaron con firmeza, hay demasiado para estos tiempos. Y la pila crecía, con papeles seleccionados, sólo papeles. Está bien, consentí, me voy a deshacer de los volantes, convocatorias a marchas, asambleas, concentraciones, insignias, banderines, retratos, fotografías y todo eso... pero de libros, ah no, eso sí que no. Que sí, que no, finalmente me convencieron. Dos palabras lo lograron: libertad y vida. Libertad opuesta a prisión, nada más y la vida estaba realmente en peligro porque en estos Ensayos Generales previos a la Apertura Oficial de la Dictadura ya contábamos los muertos y la impunidad de los asesinos. El problema era cómo y con qué hacer desaparecer todo ese material sin llamar la atención. Un poco de combustible, fósforos, como la Santa Inquisición, como

los nazis, así lo sentimos, excepto por las lágrimas, encendimos una hoguera en la azotea. En este país de los vientos, volaban los papeles encendidos, vamos a incendiar el barrio, esto va a ser un desastre. La magnífica, brillante, única, idea nuestra, había brotado de las neuronas de casi todos los cerebros también en nuestra situación y convertido a Montevideo en Tierra de Fuego. Una simple vista aérea hubiera mostrado las fogatas delatoras. Así que tuvimos que terminar la operación limpieza con más lentitud pero menos visibilidad, a consecuencia de la cual los artefactos del baño adquirieron manchones negros per secula seculorum.

En la casa aséptica, purificada por el fuego, hubo cuatro allanamientos más, pero uno de ellos fue particularmente relevante. Como siempre, comenzó con golpes matinales indicadores, abren rápido o derribamos la puerta. Tres mujeres dormían, una ya había cumplido seis años, otra adulta, joven, que llevaba a la tercera en su útero. No había más habitantes. En no sé qué operación, entraron corriendo, en fila, muchos soldados con armas largas apuntando a algo, se fueron separando y distribuyendo en los diferentes ambientes en menos que canta un gallo, cuatro o más, no me acuerdo, salieron por la puerta de la cocina y se pararon en los ángulos de la azotea apuntando a algo. Con la protección de las armas largas de sus colegas, otros se dedicaron concienzudamente a revolver, desocupar, tirar, romper, repetían el festival que ya conocíamos por haberlo presenciado anteriormente, lo que aumentaba era la saña. La ira impregnaba a aquellos hombres. Uno interrogaba, quería saber dónde estaba mi marido, no sé, no sabía, estamos separados, dije, él miraba mi vientre, un embarazo de seis meses es notorio, no me cree, no me creía, no me creyó, yo decía la verdad. Edipita, pelitos largos, rubios, escasos, sobre la almohada, de perfil, dormía o tenía los ojos cerrados cuando el interrogador levantó el arma y la apoyó en su mejilla. Apuntó el arma sobre la cara de la niña. Una voz, aquella voz, que era mi voz, susurró, por favor, es una niña, tiene seis años, por favor, por favor, por favor, por favor... la boca se reseca, es de papel, la lengua apenas logra moverse, tiemblan los labios, las piernas, todo el cuerpo, las rodillas se ablandan, la emoción, la angustia, la súplica, la taquicardia, la cabeza da vueltas, por favor, por favor, mezclado con la pregunta, dónde está su marido. Mucho dolor, miedo, terror, angustia, desesperación,

impotencia, inseguridad, vivimos después, yo, sentí después, pero nunca con la intensidad de aquel momento infinito. La imagen todavía está clarísima. La colcha celeste con muchos dibujos del Topo Gigio haciendo travesuras, cubría la cama, ocultaba el cuerpo de la niña; el hombre, uniforme, botas negras, sostenía firmemente, con las dos manos, el arma que apuntaba a la cabecita apoyada en la almohada; la mujer con el vientre prominente, suplicante, temblorosa, aterrorizada. Dónde está su marido, si lo hubiera sabido, se lo hubiera dicho. Creo. Aunque la verdad, que supe tiempo después, sobre las actividades y el lugar geográfico que ocupaba ese hombre por el que me preguntaba, los hubiera conocido y dicho en ese momento, no me hubiera creído tampoco, porque nada tenían que ver con lo que sospechábamos tanto el soldado como yo.

Edipita despertó o abrió los ojos, giró la cabeza, quedó boca arriba y sonrió, como si no pasara nada, al hombre que le apuntaba con el arma sobre la cara y le preguntó dónde está tu padre. La niña contestó, acá, movió sólo el brazo derecho, metió la mano debajo de la almohada, sacó una fotografía chiquita, de las de tipo carné, que el soldado tomó, miró detenidamente y metió en uno de los bolsillos de su camisa, después de bajar el arma.

Los hombres del ejército se fueron. Dejaron un revoltijo, una casa que había que volver a armar, una mujer embarazada que lloró y lloró y una niña muy enojada que gritaba, ellos son malos, ellos son malos, se llevaron a mi papá. Ellos son malos. Los malos, también la obligaron a revelar parte de su secreto de niña, dormía con su papá debajo de la almohada. Sólo parte de su secreto, nunca dijo cómo y de dónde tomó esa fotografía, que por eso era suya y otra no la pudo sustituir. Ellos son malos, los malos, nosotros sufrimos, resistimos, pero no todos éramos buenos. Un revoltijo.

La mujer aterrorizada era yo y no soy ese yo, la niña ha crecido, era tú, ahora también es ese tú y otro tú que conserva imágenes, algunas imágenes, en blanco y negro, el tren, un soldado grandísimo, uno solo, el único que le habló en el cuartel, el Club Social y Deportivo de San Ramón, la escalera de su casa sembrada de libros, una fotografía, el arma que le apuntaba a la cara, el soldado que apuntó... un revoltijo. Si la mujer que era yo hubiera sabido dónde estaba su marido, lo hubiera

podido probar y convencer al que era soldado, éste hubiera podido demostrar la baja calidad moral de los zurdos, de los pichis, no importaba que fuera uno solo, o muy pocos, entre tanta infamia, una vulgar generalización no hace mella. Pero como lo privado no era político y no quebrantaba el orden establecido, lo más probable es que se hubiera divertido, reído, gozado con solidaridad masculina. Aunque políticamente en las antípodas, eran dos machos, uno aterrorizaba, acosaba, el otro engañaba, traicionaba, mentía a la mujer que era yo. Un revoltijo que la memoria tratará de ordenar, armar.

Una Mujer

Crónicas de una calle

La calle José Ellauri nace en Punta Carretas, atraviesa este barrio y Pocitos, y termina en Gabriel Pereira. Cerca de cada uno de esos dos extremos de la calle están los escenarios de esta crónica: el Penal de Punta Carretas, (hoy Shopping, prisión de otra dictadura, la del consumismo) enfrente a la calle Héctor Miranda, y la Parroquia San Juan Bautista, de Pocitos, exactamente en la esquina de Luis Lamas (hoy Domingo Tamburini) y Ramón Masini, a diez pasos de la esquina con J. Ellauri.

Algunos de estos relatos no corresponden a la época de la dictadura, sino al período anterior, probablemente a los tiempos de Pacheco Areco. Tiempos de muchas "chanchitas" y "camellos" por las calles montevideanas. Sin duda que la memoria me jugará malas pasadas: recordaré como próximos, hechos acontecidos en tiempos diferentes, y sin duda será imposible rescatar del olvido sucesos y caras tal vez relevantes.

Había caído preso mi hermano Fito. Después hubo un allanamiento en nuestra casa de Punta Carretas (ubicada exactamente frente al Penal) y fueron llevados detenidos dos hermanos más y mi cuñada. Eran días de mucha angustia y temores en la familia. Prácticamente no recibíamos información alguna sobre ellos. Finalmente fueron liberados todos, menos Fito. Dónde estaba no se supo en un comienzo, luego se nos dijo que en Jefatura (San José y Yi), y más adelante, que lo habían pasado a Punta Carretas. ¡Qué ironía! Pensar que nos separaba sólo una calle, y sin embargo, qué abismo infranqueable constituían esos pocos metros. Era fácil cruzarlos y averiguar, por ejemplo, cuándo tendría visita Fito, o qué cosas podíamos hacerle llegar, pero no era posible aún verlo, darle un beso o abrazarlo. La visita sería los sábados de mañana. Pero las visitas fueron suspendidas porque algunos días antes de ese primer sábado ocurrió la fuga de varios tupas del Penal.

Durante esas dos o tres semanas que mediaron entre que supimos que Fito estaba enfrente, y el día en que lo vimos por vez primera en una visita, es que ocurre lo que ahora me propongo relatar.

Salía yo de casa, –imposible recordar si era de mañana o de tarde, verano o invierno o si me iba al trabajo o a estudiar– cerré con llave, atravesé el corto espacio entre la puerta y la vereda, y en ese último paso, antes de doblar a la derecha hacia la parada del ómnibus, miré hacia el Penal: allá, en una ventana estaba Fito, sentado en una posición aparentemente cómoda, distendida; se distinguía una venda en la muñeca y ningún otro detalle, pero era él, sin duda; ése era su cuerpo joven, delgado. El impacto me hizo frenar en seco la marcha. Sin mucho pensar, sin siquiera mirar si había "chanchitas" o algo similar por la cuadra, levanté el brazo en un saludo. Sentí como si lo estuviera abrazando. Fito contestó el saludo, también con su mano en alto, el brazo extendido; también me estaba abrazando. Volví a la casa y entré a los gritos: "Ahí está Fito, enfrente, en una ventana". Subimos corriendo la escalera con mis padres y salimos al balcón de su dormitorio. Saludábamos nosotros tres desde el balcón y Fito contestaba desde su ventana. Se había puesto de pie, y ahora saludaba con los dos brazos. Por un rato hicimos desaparecer el abismo entre la casa y el Penal.

Me tenía que ir, y finalmente me fui. La imagen de aquellos dos brazos fraternales saludando me acompañó todas las horas de ese día. Regresé a casa por la noche. Todos dormían. Ya lo había pensado: le haría señales con las luces. Las habitaciones que daban a la calle eran el hall de entrada y el escritorio en la planta baja, y arriba, el baño y los dormitorios de mis viejos y el mío, también se veía desde el frente la luz de la escalera. Le fui indicando con las luces lo que iba haciendo, por si quería acompañarme. Comí algo en la cocina, apagué todas las luces de abajo, subí la escalera, la rutina habitual; ya en mi cuarto, pronta para ir a dormir, encendí y apagué varias veces la veladora de la mesa de luz. De la ventana del Penal me respondió dos o tres veces una pequeña llama de encendedor. Buenas noches, que descanses, nos dijimos.

Ahora no puedo recordar si en los días siguientes volví a verlo en la ventana, pero sí estoy segura de haber seguido varias noches el mismo ritual con las luces.

Las visitas seguían suspendidas, pero un día nos entregaron una carta

de Fito. En el reverso del sobre, estaba escrito el número de celda: no era el mismo número que yo había leído, mirando con los binoculares desde mi ventana. Me quedé como paralizada. ¿A quién le habría estado haciendo señales de luces? No lo hice más, casi ni miraba hacia la ventana, sin embargo alguna noche vi la lucecita del encendedor. Me dio pena; ¡pobre tipo!

Finalmente un sábado tuvimos la primera visita. Al contarle algo de esto Fito me dijo: "Nosotros no vemos la calle, esos son todos comunes". Creo que me sentí un poco tonta, pero tal vez también tuve algo de miedo.

Este segundo relato bien puede ser la continuación del anterior. No porque haya relación entre los sucesos, sino porque este último ocurrió enseguida del primero. Ese sábado en la visita, mi hermano me pregunta si me animo a "sacar algo" que después debía entregar al Charrúa, uno de sus compañeros, hermano también él, de otro de los presos. Pasaron muchos años antes de que yo me preguntara por qué no era el Charrúa mismo el que se ocupaba de esa tarea militante. En ese momento ni se me ocurrió. Dije que no en "esa" visita, expliqué que quería ver cómo era la revisación a la salida. Por cierto que la revisación, al entrar y al salir era cualquier cosa menos agradable. Las mujeres debíamos pasar a una habitación sobre el lado derecho del edificio, –la de los hombres estaba a la izquierda– y allí éramos minuciosamente revisadas por (tal vez dos) mujeres. Mi memoria sólo retiene una. La otra u otras, si existieron no dejaron rastro alguno por mis neuronas. Esta mujer tendría unos cuarenta o más años, era fea, tenía la cabeza grande, la piel de la cara llena de unos raros lunares o manchas que llamaban mucho la atención, a pesar de lo oscuro del cutis, y el pelo lo teñía de un color entre marrón y rojo. Lo peor no era el aspecto físico, sino sus modos. Dicho sin rodeos, nos basureaba. Era además obsesiva buscando pequeños escondrijos en la ropa o el cuerpo donde pudiera haber algo oculto. Sólo a modo de ejemplo, recuerdo la fuerza que hacía intentando "destornillar" los palitos de mi montgomery, maderitas de una sola pieza, absolutamente "indestornillables".

Un día en la revisación de salida comprobé otra de sus características: le era muy difícil reconocer un error. Al entrar no había habido

ninguna situación particular. La mujer revisó mi chaqueta de cuero, supongo que incluso los bolsillos, nada especial, la rutina de siempre. Durante la visita Fito me "pasa" algo para sacar; era como una pastillita de forma y tamaño parecido a un supositorio, sólo que un poco más grande; el interior era papel escrito, pero estaba forrado de nylon, pensado para llevarlo en la boca, así me lo sugirió mi hermano. A mí la idea no me pareció buena y lo coloqué dentro del *soutien*, en la parte más baja, pegado al (y sostenido por el) elástico que rodea el costillar. Calzado en el pliegue entre el seno y la musculatura yo percibía ese pequeño cuerpo y sentía que lo tenía bajo control, como si fuese un liceal que ha ubicado su trencito en un lugar perfecto.

Salí tranquila, sin temores. La "manchada" empezó a revisarme y al sacar su mano de uno de los bolsillos de la chaqueta, sacude en el aire un papelito. "¡¿Y esto?!", chilló. Todas las mujeres se volvieron hacia nosotras dos, se hizo un silencio grande. Metí la mano en el bolsillo, recién ahí noté que había un pedazo descosido, la mano pasaba por el agujero y se tocaba con el dorso la parte interior del cuero, y con la palma de la mano la tela que forraba la chaqueta. Saqué el bolsillo para afuera y mostré el agujero. La mujer estaba fuera de control y sólo repetía que el papel yo no lo tenía cuando pasé por la revisación al entrar. En el papelito había algo escrito, una suma como de almacén, unas pocas cifras, y estaba coloreado con el marrón del cuero de la chaqueta. Cualquiera podía darse cuenta que llevaba días, semanas, tal vez meses entre el cuero y el forro. Fueron saliendo las demás mujeres a medida que eran revisadas; yo debía esperar. Recuerdo que transpiraba muchísimo, pero por ningún motivo quería sacarme la chaqueta. La revisación de la ropa más próxima al cuerpo y del cuerpo mismo, había quedado suspendida ante el hallazgo. Sentía la transpiración particularmente bajo los dos senos, pensé en la pastillita pero no me preocupó que pudiera mojarse, si estaba preparada para la boca esa humedad no podía hacerle nada. Fui llevada a algún otro lugar y continuó la espera. Finalmente, acompañada de la mujer entré a un despacho grande. Allí estaba un hombre de civil, que sin decir palabra escuchó la explicación histérica de la mujer, que seguía poniendo el acento en que ella me había revisado a la entrada y que ese papel yo no lo tenía. Mi boca estaba totalmente seca, toda la humedad de mi cuerpo salía por los poros; yo

estaba realmente muy asustada y nerviosa. La mujer debe haber repetido tres o cuatro veces su relato casi con las mismas palabras y entonación. Creo que yo dije algo, pero eso la puso más enardecida. Finalmente el hombre con mucha calma le agradeció y le hizo un gesto como para que saliera del despacho. Quedamos el hombre y yo solos, sobre su escritorio estaba el cuerpo del delito, el papelito. El otro cuerpo del delito, la pastillita, seguía en su lugar, la sentía en cada inspiración, presionando contra una costilla.

Sin la presencia de la mujer pude hablar tranquilamente, de todos modos me parece ahora que no fue necesario, el hombre tenía clara toda la situación. Creo que dijo muy poca cosa después de escucharme, tiró el papelito o me lo dio, francamente no recuerdo eso, y me hizo salir. Cuando pude respirar el aire de la calle sentí un alivio enorme. En casa me estaba esperando el Charrúa, al que le di la pastillita. Estaba charlando muy animadamente con mi viejo, no parecía que nadie estuviese preocupado. Me dio mucha bronca, pero ni se me ocurrió decir "la próxima la sacás vos". Y por cierto que seguí sacando varias más. La "manchada" no encontró nada en mi ropa ni en mi cuerpo jamás. Nunca la vi por la parada del ómnibus, ni cruzando una calle, o en el bar de la esquina o en la panadería.

¿La reconocería ahora si la viera?

Meses después tuvimos el aviso por alguna vía oficial, probablemente judicial, de que Fito sería liberado. Gran alegría en casa. El tema se habló, recuerdo, en un almuerzo. Mi hermano menor, tres o cuatro años de edad, escuchaba con atención.

Durante las visitas y, dada su edad, él podía entrar a la "jaula" donde estaban los presos, y alrededor de la cual nos sentábamos los restantes visitantes, y estar durante la visita sentado en la falda de Fito. Al fin de la visita algún familiar de cada niño o bebé que estaba dentro de la jaula, se acercaba a la puerta de ésta, y lo recibía en sus brazos directamente de los del preso. Esto era aprovechado por quienes no tenían niños, para poder besar o abrazar a su familiar. Mi hermano menor fue "prestado" varias veces con ese fin; en particular recuerdo que más de una vez, sobre el fin de la visita, salía a la puerta en brazos de otro compañero preso, y era recibido por su esposa (se habían casado estan-

do él preso) y no por ninguno de nuestra familia. El gurí estaba bien empapado de la situación, a pesar de sus pocos años. Pero lo que seguramente no sabía era qué significaba exactamente "a Fito le dan la libertad".

Después del almuerzo mi hermano se esfumó. No estaba en la casa. Lo encontré afuera, a medio paso de la puerta de entrada de la casa, sentado en el escalón, mirando hacia la calle. Estaba esperando a Fito. Me costó bastante hacerle entender que no lo iba a ver llegar en cinco o diez minutos, cruzando la calle, como si viniera de la rambla, o de la parada del ómnibus; que lo sacarían de Punta Carretas seguramente en un vehículo, y lo llevarían a otro lugar por algunos días. Parecía sordo a mi explicación y repetía: "Yo lo voy a esperar aquí".

Por suerte entendió justo antes de que yo me pusiera a llorar de impotencia.

Elisa Mármol

Sic. lo juro

Dicen que durante el Proceso Cívico Militar, Aristóteles desapareció de librerías, bibliotecas públicas y clases, que eran sus lugares de concurrencia habituales. No sabemos si era comunista, anarquista, tupamaro, sindicalista, gremialista; si atacó la moral de las fuerzas conjuntas o se asoció con otros usuarios de la lengua escrita para delinquir. Algo habrá hecho. Ahora desapareció el Proceso Cívico Militar y reapareció Aristóteles, que en su "Poética" dice: "Lo imposible verosímil se ha de preferir a lo posible inverosímil". Como la necesidad de ser fiel a la realidad, tiene cara de hereje, voy a relatar "lo posible inverosímil" y no precisamente porque lo prefiera.

En una de sus visitas de fiscalización, la Señora Maestra Inpetora (sic) de zona, solicitó a la maestra de clase, Señora de González su cronograma de tiempo (sic). De aquí en adelante, basta de (sic) y nada de comillas, cuando me parezca increíble, en un conveniente ejercicio visual, volveré los ojos al título.

Desde las ocho hasta las doce horas, la Señora Maestra Inpetora o Impetora y la Señora Maestra, permanecieron en la clase de esta última, con los niños, los educandos. Finalizado el horario escolar, los alumnos se retiraron, algunos a sus hogares, otros al comedor que funcionaba en la escuela a ingerir la polenta, el arroz o la sopa, lo que correspondiera ese día. Ya solas, la Señora Maestra Inpetora o Impetora se dispone a hacer la crítica del trabajo de la Señora Maestra de clase.

–Señora de González, si usted tiene problemas con su esposo, ¡no se asuste!, no le pregunto, la vida privada no me interesa, a nadie le importa la vida privada de nadie, pero debe saber que mientras esté casada, si es casada, ¿es casada?, los niños deben llamarla Señora de González. La llaman María, ya sé que es su nombre, pero enseñe a respetar, que la llamen Señora de González. ¡Ah!, no se firma de González, es muy moderno. Así comienza a destruirse la familia que es la célula de la sociedad, el cimiento, el pilar de la sociedad. Hay que respetar al

esposo que es el jefe. Oí también, que algunos niños la tutean. Sí, es falta de respeto, no importa lo que usted crea. Claro que la tutean como a la madre, pero entienda que antes, cuando los hijos no tuteaban a los padres, la sociedad era de verdad respetuosa. Además, de la familiaridad, se pasa a la confianza y a ser confianzudo. Los que educamos queremos que los jóvenes traten de usted a todos los mayores, a los padres también. Eso es educar. Usted es maestra, eduque. No se ponga nerviosa, no lo voy a poner en el informe. Voy a hacer de cuenta que no los oí, veremos si esto cambia, yo soy muy amplia, le voy a dar la oportunidad de corregirse, eso sí, lo tendré muy en cuenta en la próxima visita. Póngase en campaña mañana mismo. Enseñe a respetar, eduque, Señora de González. Hablamos de lo más importante, pasemos a lo técnico. Cronograma de tiempo. No trabaja todas las asignaturas todos los días, con media hora cada una le da el tiempo y no descuida nada. Faltan asignaturas importantes, todos los días debe trabajar Educación para el Hogar y la Salud, la familia, maestra, la familia es la célula de la sociedad y también Educación Moral y Cívica, con mayúscula, todos los días y acá entra lo que ya conversamos, respeto, mucho respeto por la autoridad, Señora de González. Veamos los objetivos operacionales, están todos, ya los conté. Sé, sé, sabemos que da mucho trabajo hacer tantos objetivos operacionales y escribir todos los días, todo lo que se va a decir y nos alegra que se acueste de madrugada, muy cansada, nos alegra mucho saber que las maestras ocupan sus cabecitas con el plan diario, interesadas en la clase y en los niños, no como antes, organizando paros, huelgas, asistiendo a asambleas que terminaban más tarde y servían nada más que para perjudicar a la escuela. Vamos a ver este objetivo operacional: "Dados 4 triángulos, medir los ángulos, con un margen de error del 25% en 15 minutos". Muy bien. Ha utilizado el verbo correcto, permitido: medir. Usted ya habrá leído la lista de verbos, la Circular llegó a esta escuela. Sería conveniente que los memorice. Usted entendió porqué, pensar, reflexionar, analizar, interpretar, meditar y los otros de la lista están prohibidos, se da cuenta que el empleo de ciertos verbos en los objetivos operacionales resulta ambiguo, en cambio los verbos permitidos, como medir, trazar, contar, escribir, leer, subrayar, son claritos, quiero decir concretos, los niños saben lo que tienen que hacer, no tienen dudas. Uno de los prohibidos, por ejemplo

pensar, se pueden pensar tantas cosas, hasta disparates, puede haber confusiones, usted entiende, tiene que haber verbos prohibidos, beneficia a los niños. En este poema que copié de los cuadernos de los niños hay un verbo interesante, le explico, maestra, besar no está en la lista de los prohibidos ni de los permitidos, es un verbo optativo, depende del beso, si lo da una madre a su hijo, es permitido, otros besos, usted entiende, esos son prohibidos. Lo importante es terminar con la corrupción de las costumbres y consolidar a la familia, la autoridad del padre, que es el jefe, el que manda, la madre da cariño, ternura, mimos, besos. Por esto mismo, también son optativos acariciar, abrazar, mimar. Hay que tener claro, distinguir muy bien entre buenas y malas costumbres, reconocer y respetar la autoridad. Acá, en estos versitos:

La primavera besaba
suavemente la arboleda
y el verde nuevo brotaba
como una verde humareda.

no es la madre la que besa, es la primavera, ¿o la arboleda?, bueno, no importa, igual es un beso inocente como el de la madre. ¡Ah!, estos versitos los copiaron nada más que para aprender la terminación "aba" con b, pero se olvidó de las excepciones, ¿cómo cuáles?, ¡maestra!, lava, por ejemplo.

Lo que voy a decirle ahora, es grave, pero puede arreglarse. Yo no lo vi ¿entiende? Un poema muy lindo, el de la placita y la fuente, ¡es de Antonio Machado! ¡Maestra! Arranque la hoja del cuaderno de los niños. No, usted no, los niños, cada uno de su cuaderno. ¿Cómo les va a explicar qué? No tiene nada que explicarles, que arranquen la hoja y yastá. En la clase usted es la autoridad, nosotros se lo permitimos, no tiene nada que explicar. Pero como yo soy muy amplia, a usted se lo voy a explicar. A nosotros, los directores y los inpetores nos dieron la clase en la sala 18 de Mayo, por eso sabemos tanto, a las maestras también les van a tener que dar clases, queda todo tan clarito, tienen que enseñarles igual que a nosotros. Fíjese, maestra, que este señor, Antonio Machado, hace años, no quería que hubiera orden. En España, como acá ahora, era un caos, como siempre, la culpa la tenían los comunistas, los anarquistas y todos esos. Bueno, este señor se fue de España porque

no quería el orden en su Patria y se murió. Las maestras aprovechan para hablar de la gente que se va de acá, ahora, la mayoría para hacer plata y desprestigiar al país con mentiras; claro, están también los que tienen que disparar porque son subversivos que hicieron cosas horribles, como crímenes, robos y saben que van a ir presos. Las maestras comparan la situación de estos señores con la de Antonio Machado, no es por los versitos, que son tan lindos; como nos enseñaron, es por el manejo político malvado que hacen. Pero hay otro peor, García Lorca. No se preocupe no vi nada de este señor en los cuadernos, pero igual le voy a explicar. Empiezan por decirle a los niños que es una barbaridad que a García Lorca lo hayan fusilado. Algo habrá hecho ¿no? ¿Usted sabía que lo fusilaron? Lo que se entiende, es que a nosotros, nos choque la pena de muerte porque somos muy humanos, somos el país que tiene el mayor número de presos políticos con vida, presos, claro, como corresponde, pero no los matamos como hacen en otros países, y está bien si así terminan con esa gente. Lo que pasa es que nosotros somos más humanos, más sensibles, puro corazón. Esto también nos enseñaron en las clases que nos dieron en la sala 18 de Mayo. Yo no lo sabía, ahora que usted también lo sabe téngalo muy en cuenta. Los educadores tenemos la obligación de educar. Tengo más que decirle de ese señor García Lorca, no era nada respetuoso de las buenas costumbres, se la llevó al río a una mujer casada. ¿Señora de González, usted que es casada, se iría al río, para hacer "aquello" con otro hombre? No me conteste, porque hay más barbaridades, García Lorca no era muy hombrecito. ¡Qué ejemplo para los niños, un rarito de esos! Hay motivos suficientes para prohibirlo ¿no le parece?.

No se levante, que se tiene que ir, que trabaja en otra escuela, privada, que también tiene que cumplir con el horario como en la escuela pública, que ya llega tarde, no, señora de González, usted no se va, todavía no terminamos.¡Siéntese! ¡Siéntese! No se vaya. Por supuesto que voy a hacer lo que quiero, yo soy la autoridad. Mañana, acá, a las ocho en punto continuamos.

(Aclaración superflua. La señora de González pudo haber llegado tarde a la escuela privada considerando que estaba con la señora inspectora).

Día siguiente, ocho horas en punto, en un salón, inpetora e inspeccionada, solas.

Buenos días. Usted, maestra, como tenía planificado ayer, en mi presencia, trabajó historia, viajes de Colón. ¡Maessstra! ¡Usted no puede decir Cuba! ¡No diga Cuba! ¡No se dice Cuba! Que Colón llegó a Cuba, ya sé, pero no lo diga, no puede decirlo. ¡No se dice Cuba! Está el comunismo y todas esas cosas. Igual van a aprender los viajes de Colón. Otra cosa, es suficiente que diga Juana. Habrá notado cómo se ríen los niños con Juana la Loca que se casó con un hombre lindo, esas risas son una falta de respeto a la autoridad, a las figuras importantes de la historia. Recuerde, Juana, nada más y de paso no tiene por qué decir Cuba, tampoco debe decir costas de Venezuela, todo lo demás está muy bien con respecto a Colón.

Pasemos a otros aspectos importantes. Muy bien, los cajones del escritorio, están vacíos. Por la biblioteca podría hasta felicitarla, muy ordenada. Los maestros ya están aprendiendo y no encontramos más aquellas bibliotecas tan desordenadas y llenas de cosas que no se sabía para qué las usaban, material didáctico decían, perdone la expresión, eran suciedad. Ahora, hay poquitas cosas, bien colocadas, da gusto verlas. Habrá notado que le dije que podría hasta felicitarla, pero no puedo hacerlo por estos libros que retiré, acá están, son libros prohibidos. ¡Ah! los iba a retirar, bueno, está bien. Lo grave sería que los niños ya los hubieran leído. Dice usted que no, vamos a comprobarlo. Seleccione tres niños de la clase, uno muy bueno, otro bueno y otro malo o muy malo. ¿Cómo que todos son buenos? Acá veo que todos tienen diferentes calificaciones que usted misma les puso. Está bien, los selecciono yo. Esta niña con sobresaliente, este varón con bueno muy bueno y éste con bueno regular. No se mueva, usted no, la empleada de servicio los va a ir a buscar a la clase que está atendiendo la Señora Directora.

Buenos días, niños ¿cómo están? Les quiero hacer algunas preguntas nada más. Antes miren bien estos libros. Vuelvan a mirarlos. ¿Leyeron alguno? Las tres cabezas se movieron varias veces de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. No, muy bien. ¿Los vieron alguna vez en algún lugar? Las tres cabezas volvieron a oscilar, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Pueden retirarse.

Bien, Señora de González, ahora puedo felicitarla por la biblioteca,

estos libros se quedan acá y hay que hacerlos desaparecer.

La Señora de González vuelve a su clase. Los niños le preguntan. –¿Estuvimos bien?– ¿Qué dijo la inspectora? Los tres llamados especialmente por la Inspectora, desordenadamente hablan de su experiencia: –estábamos tan nerviosos –temblábamos de miedo– no podíamos hablar –hicimos todo mal– creímos que el señor CONAE (Consejo Nacional de Educación) nos iba a echar. Los niños le temían al poderoso Señor CONAE. La maestra piensa (verbo pensar prohibido) –muy bien Señora de González, se porta muy bien, educa, miente, felicita a los niños que mienten, muy bien señora maestra.

En el informe que envió la señora inpetora no mencionó ningún aspecto negativo, consideró correcta la labor de la señora de González. Malas lenguas opinaron que la cobardía le impidió enfrentarse a informes anteriores. En las conclusiones manifestó: los alumnos buenos, trabajan bien, los alumnos malos, trabajan mal.

Al año siguiente, en julio, a las once y media de la mañana, la señora de González fue llamada a la dirección. Era urgente. Nunca había ocurrido. Algo malo pasó en mi casa, pensó, mientras cruzaba el patio. ¡Qué frío! dijo, extendiendo el brazo para tomar el papel que le ofrecía la directora. Leyó. Algo así se decía: cesa el contrato de trabajo entre el Estado y la señora de González... bajó el papel mientras se recostaba a la pared, murmuró, me echaron, me tocó a mí. Corresponde mencionar el estado emocional doloroso de la maestra destituida y la reacción de triste rebeldía, impregnada de sentimientos y refrenada por la impotencia de sus alumnos y los padres. Hubo llantos, amagues de hacer algo... dominó la impotencia.

La tarde de ese día de julio, en la Inspección de Escuelas, le mostraron a la señora de González el expediente de destitución, más voluminoso que el de Jack el destripador. En todas las hojas había sellos rectangulares, cuadrados, circulares, ovalados, con firmas ilegibles. En una de las hojas escribieron: "Se deja constancia expresa que la interesada registra 63 días de faltas por paros magisteriales...". "Sin desestimar la actuación técnico docente, se hace constar..." "...que registra 63 días de paros...".

Ahora debe constar, que fueron más de 63 días de paros; que la huelga es un derecho garantizado por la Constitución y por convenios

internacionales; que esos días de paro (más de tres meses), tal vez fueron (no se aclaró en el expediente, tampoco las fechas) los que se hicieron para oponernos a la Ley de Educación aprobada en 1972; que no trabajamos y trabajamos más que nunca, estudiamos e interpretamos el Proyecto de Ley, diariamente hubo asambleas con el gremio e informativas con los padres de los alumnos; que rodeamos el Palacio Legislativo todas las veces que deliberaban diputados y senadores y hablamos con todos los que quisieron escucharnos; que manifestamos por las calles, que abordamos a todos los ciudadanos que se interesaban, en la calle y en sus casas...; que la Ley de Educación fue aprobada con todas las de la ley, de manera que en asuntos de educación, de enseñanza, la dictadura tuvo su soporte legal aportado por la democracia y su autor fue un Ministro de Educación.

Nuestra inpetora tipo, promedio, modelo ideal de su especie, trasmitía y reproducía el saber y la ideología de la dictadura sin hacer uso de verbos tales como pensar, reflexionar, meditar, discernir, observar, porque estaban prohibidos. Nunca concursó para ocupar ningún cargo, formaba parte del personal de confianza, de absoluta confianza, legalmente, por Ley de Educación de 1972.

Se oye reiteradamente: la dictadura lo jubiló. Gran error. La dictadura destituía, destituyó a miles de docentes (y a miles de no docentes), los puso de patitas en la calle, sin desconocer las condiciones técnico docentes (con sentido del humor), sin importarle antecedentes ni consecuencias. Lo que ocurrió es que los que lograban el puntaje suficiente, que se deduce de años de edad y años de trabajo, se jubilaron legalmente, haciendo sus trámites, con la colaboración de algunas empleadas de la Caja de Jubilaciones, actual BPS. Así se jubiló la señora de González. Después la dictadura, igual que a 31 mil jubilados más, le congeló los haberes. Puede leerse en las observaciones de los recibos hasta 1985: Usted no tiene derecho a recibir aumentos.

En otra hoja del expediente de destitución, la señora de González, leyó que su destitución fue aconsejada por el ESMACO (Estado Mayor Conjunto). Es un verdadero honor que tan distinguido Señor ESMACO, haya encontrado motivos suficientes para apartarla de tamaña infamia

Verosími

Espantando la impunidad (i)

La Largo-Largo y un día de trabajo:

–¡Salgan, rápido! Vayan bajando. Rápido sector E, atención, rápido les dije: 021, 016, 102... ya tendrían que estar abajo, vamos saliendo, no hagan tiempo.

–Me estoy calzando, soldado.

–¿Para qué es, soldado?

–No tengo por qué darle explicaciones a una reclusa. Usted, baje.

–Ya va, soldado.

–Ya va no. ¡Ya! Coordinadora, avise que hacen tiempo, que no se apuran en salir.

–Estoy desayunando, soldado.

–Ya tuvo tiempo así que baje, ¿o quiere que la mande al calabozo? Mire que hay lugar ¿eh? No se haga sancionar.

–Tengo que pasar al baño, soldado.

–No, no pasa. Tuvo tiempo, así que baje y no le digo más, es la última vez que se lo digo. Rápido, a paso ligero, largo, largo. Soldado abra la reja que bajan del E. Formen de a dos, cállensen, dejen de murmurar. ¿No tienen todo el día para hablar? ¿De qué se ríe 102? Siga nomás 541. Siga que se va a reír en el calabozo. ¿Qué mira, se le perdió algo? No mire para el otro sector. Ustedes ya saben. No les repito más. Anótelas soldado, a todas por morosas, por mirar a otras detenidas de otros sectores, por pedir explicaciones que no corresponden, por intentar comunicarse, por hacer señas...

–¿Viste? Llevan a una compañera al calabozo.

–¿Quién es? No la puedo ver bien.

–¡Se callan! ¡No miren! ¿Qué miran ustedes? ¿Qué les importa? Se ponen todas mirando a la pared. ¡A la pared, dije!

–Soldado, avise que salen. Guardia, traiga las herramientas. Voluntarias, para cargar las herramientas ¿nadie? Ah, muy bien, anótelas, soldado, por falta de voluntad. Usted ¿es voluntaria? ¿usted tampoco?

Bien, todas sancionadas. Se hacen sancionar, peor para ustedes, usted qué mira, pichi...

–No me insulte, soldado. No estoy haciendo nada. No tiene por qué hacerlo.

–Yo la insulto todo lo que quiero, pero qué atrevida esta tupa.

–No me insulte, ni me grite.

–¿No le griten? Ah sí, claro. Pero, qué se creen. Cállese y caminen más rápido, trabajen, vamos. Usted agarre el rastrillo, usted el pico, usted la azada, 021 tome... trabajen, vamos, usted ¿qué mira? No levante la cabeza, ¿o quiere que se la baje de un toletazo?, ¿eh? ¿Qué quiere? Usted ¿a dónde va?

–A tomar agua, soldado.

–No puede. Dónde cree que está, esto es una cárcel, ubíquese, está presa, así que siga trabajando y no proteste.

–Pero, soldado, tengo sed.

–Qué sed, ni qué sed, yo le doy la orden y usted la cumple.

–Usted 049, agarre esa bolsa y póngase a juntar puchos... vamos, ¿qué hacen? No hacen nada, sólo tiempo, están paradas, pero, qué se creen, trabajen. O tal vez, ¿quieren quedarse sin visitas? Usted, ¿qué hace? Devuélvale la herramienta a su compañera, no se pueden cambiar.

–Soldado, el pico pesa.

–No importa, devuélvale la azada. Las órdenes las doy yo.

–No soldado, la compañera se siente mal.

–Y a usted qué le importa, siga trabajando. Vamos, acá mando yo. Ya va a pedir para pasar al baño en el calabozo y va a pasar, sí... ya va a ver y baje la cabeza, no mire, quédese allí. Póngase firme, no salude, no se toque.

–Que día lindo ¿no?

–Sí está precioso ¿estás cansada?

–Un poco. ¿Y vos?

–También. Me duele la columna. ¿Terminaste el libro?

–Sí, me pareció bueno, voy a pedir otro de Roa Bastos. Son como las 12, ¿no?

–¡Ustedes! Se callan. ¿Qué tienen que estar hablando? Usted no haga tiempo. Y carpa. ¿Qué se piensan? A palos van a aprender. Se van a pudrir acá dentro.

–¡Soldado! La compañera se siente mal.

–Usted siga haciendo lo que estaba haciendo.

–Che, cuando esto sea nuestro vamos a hacer una granja, la tierra es preciosa. Mirá las gaviotas.

–Se callan, es lo último que les digo. Terminó. Pasen a formar. Formen ya. Caminen más rápido. No miren. Soldado, avise que del sector D de arriba están mirando. Que cierren las ventanas y que no silben. No miren ¿o son sordas? Ya empezaron las calandrias. No salude. No se toque la cabeza ¿o cree que no me doy cuenta?

–¡Suben! –soldado, abra las rejas del E.

–Anótelas a todas, por saludarse con las de arriba. Suban. Largo. Largo.

–Hola, hola ¿cómo andan?

–Muy bien ¿y ustedes?

–Aquí volvimos... ¿está el mate?

–Nuevito, con espuma.

–¿Acá cómo están?

–Bien. Traé la guitarra, vamos a cantar un rato.

–Sector D se calla. No hablen alto. ¿O no saben? Pasen a las celdas hasta que yo les diga; no pueden pasar al baño. Así que adentro. Sector E no canten a coro, ¿o no saben? Cierren las ventanas. Bajen las rancheras. Comen y enseguida bajan a quinta 134, 045...

Verano de 1976
Abriles

TE ESCRIBO DESDE EL INTERIOR

Te escribo desde el interior, hoy es 8 de marzo y todo el mundo habla del "Día Internacional de la Mujer", pero ¿sólo hoy?, qué loco... ¿sólo hoy tenemos que desearnos "feliz día"?, no, todos los días son nuestros mejores premios, la vida es el premio. Pero quiero contarles cosas que están en mi memoria, ya que yo fui una de las personas que fui custodia de alguna de las otras mujeres que "se asociaban para delinquir", teniendo ideas diferentes a las del gobierno de turno y no lo podían manifestar, había que aceptar pasivamente lo que sucedía, pero no protestar, no molestar, no se aceptaban los pedidos de cambios, yo hablo de años muy duros, de lo que sucedía de los dos lados, años en que había personas presas por tener ideas diferentes y personas que del otro lado, éramos las vigilantes de aquéllas, pero sin tener el más mínimo conocimiento de lo que estaba pasando, ya sea por nuestra juventud, porque en mi casa no se hablaba de política ni de nada, en realidad porque "existía una dictadura moral ejercida por mi padre" pero que después, con el paso de los años también entendí..., en fin por muchas circunstancias, pero yo fui una de aquellas gurisas que aterrorizadas entraba a un Batallón sin arma, sin maldad, sin instrucciones, sólo cumplía la orden que emanaba de la superioridad, la cual consistía en el caso que les voy a contar: mantener a una mujer parada con las piernas abiertas, durante horas, sin poder sentarse, recostarse, descansar de alguna forma, esto como parte de lo que se llamaba "tratamiento" y la primer noche en la que fui por primera vez al Batallón yo debía controlar que esas premisas se cumplieran, y lo hice, sí, durante las horas en las que estuve de guardia, miraba permanentemente por el "agujerito" de la puerta de chapa de color gris en donde estaba aquella mujer de tremendos ojos azules, aterrados, que aún no puedo dejar de ver... pero en ningún momento, aún hoy recuerdo su cuerpo pequeño, su cabello rubio y aquellos ojos... que aún me preguntan ¿por qué? y... porque era mi trabajo, porque no tenía experiencia, porque la realidad mía era esa...,

hoy te pido perdón María del Huerto, es como que de alguna manera espero que me entiendas, yo también tenía miedo, mis ojos negros se fueron con todo tu dolor, no sé qué pasó después, pero ese día está grabado a fuego en mi memoria.

Después, pero mucho tiempo después, cuando ya teníamos la experiencia, "usar la cintura", todos nos conocíamos, sabíamos con qué guardia y con qué soldado (los que también eran gurises y la mayoría del norte y con poca instrucción), podíamos estar distendidas y mantener charlas relativas al mundo y la vida, pero nunca hablamos de política, yo aprendí mucho en esa época, y lo que sólo les daba, era que las trataba humanamente, no como aquel día... y por ejemplo les contaba qué espectáculo se había puesto en escena en el Teatro, cómo estaba la ciudad, qué cambios habían habido, etcétera, yo aprendí mucho en esa época, me enseñaron a gustar de la lectura, a hacer todo tipo de manualidades, aprendí que la actitud positiva es lo más importante frente a cualquier situación por más difícil que ésta sea... por ejemplo, la que ellas vivían, que era estar privadas de su libertad por un ideal.

Recuerdo a Margarita, y su sonrisa y su trato hacia mí con tanta ternura, ternura que hoy, cuando han pasado tantos años, sé que también su hijo, del cual guardo como un tesoro un pelito, sí, un cabello rubiecito que luego de una visita, cuando se abrazaban, le quedó enganchado en una prenda... no saben qué alegría, qué tesoro tan preciado, fue aquel momento en que lo descubrió, y hoy, todavía hoy, no me he animado a decírselo... ya que lo conozco al chico, es Maestro de Escuela, como su madre, y nunca me he animado a acercarme y decirle estas cosas, pero ahora, tengo la oportunidad de decírtelo: Carlitos, tenés toda la ternura y la alegría de tu madre y también la entereza y la valentía de pintar con tanto humor la realidad tan cruda que vivimos, denunciando desde tu lugar lo que hoy nos pasa.

También recuerdo a Raquel, a Gladys, sé que falleció por un problema renal, y luego comenzaron a venir "reclusas" de otros Batallones, las hacían rotar, vinieron muchas, pero nuestra relación con ellas ya no era lo mismo, existía una distancia con ellas, no sé por qué, a veces "las de este lado" pensamos que no eran detenidas, sino quienes controlarían nuestra manera de proceder dentro de la Unidad.

Quiero que sepan, que todo esto, lo vivido por mí en aquellos años,

siempre lo hablaba con mi hijo, que ahora tiene 20 años y sabe de política, lee, se informa, escucha mucha radio, es libre de tomar las decisiones por sí mismo, elegir el camino a recorrer sin que lo juzguemos.

Son muchas cosas, todos opinamos en casa y buscamos siempre en algún momento del día para reunirnos, tirados en la cama de mamá, o en el fondo, tirados en el pasto, y nos respetamos en cuanto a lo que pensamos, pero todos ellos, el de 20, la de 13 y la de 8, saben que tienen que ser auténticos, saben que hubo una época donde no se podía decir lo que uno pensaba, y también saben todo lo bueno que significa la democracia, vivir democráticamente... la libertad.

Anónimo

Espantando la impunidad (II)

Tampoco tengo pruebas

Creí que era el final. Sentía fallar todo en mí. La fiebre me trasladaba a un mundo sin fronteras, mi mente entreveraba realidad con pasado y el futuro bailaba un vals completamente desnudo ante mí.

Durante el último plantón en la antesala de la Sala 8, me había desmayado, y cuando me despertaron con aquel:

–Responda, responda por favor al interrogatorio... –y había sentido las manos del "médico" levantándome la cabeza, y vi su cara agigantada respirándome cerca, no entendí nada. Por un instante había estado parada en una larga cola, en una esquina del Hipódromo esperando para votar. Me apoyaba en un muro y una señora me ofrecía una jarra de agua para beber, que nunca llegué a tocar porque esa cara me había despertado.

Poco a poco cobró sentido lo que tenía a mi alrededor. Sentí algo así como un murmullo que se apagó ante el roce presuroso y arrogante de una bota y el sonido del garrote al pegar amenazante contra el barrote de una cama. El soldado, un bayano para el que todos los que estaban allí eran "pichis", iba y venía a lo largo de la sala. De a ratos se detenía en la reja que precedía la sala de presos para hablar con el guardia que estaba afuera. Y que afilaba su puntería apuntando a las camas para mostrar su disposición alerta ante el enemigo.

Los enemigos yacían en las camas, con sueros, con vendajes, con los ojos amoratados, con la vida pendiente de la buena voluntad de la política hospitalaria dictada desde los cuarteles. Los enemigos, mujeres y hombres, casi niños muchos de ellos, estaban bajo la honda zozobra de las "altas" que los conducían a las "capillas" del 9° de Caballería, del 1° de Artillería. Allí el "alta médica" tenía el signo precedente de la continuación de los interrogatorios, y estos implicaban sin duda las más diversas torturas, físicas y psicológicas.

Paradoja de un tiempo metido en el Uruguay del 70, del 80, paradoja de una ética que aún no alcanzo a descifrar. Paradoja de un tiempo donde el amor yacía bajo las vendas y capuchas, en la bolsa cargada del paquete, paradoja de un Uruguay sin cuentos de lobizones, porque los habían soltado a todos, como si fueran siempre noches de luna llena.

Paradoja de las fachadas. Hoy, paso todos los días frente a la fachada del Hospital Militar y lo están poniendo a nuevo. El reciclaje histórico supongo habrá derrumbado parte de los calabozos que éste tenía, pero no la mentalidad. Allí nomás, cualquier día de invierno de no hace mucho entraba aquella soldado, que le decíamos "Largo-Largo", porque era lo que nos decía empujándonos –por supuesto– con su palo.

La sala era una extensa estructura que habían dividido con biombos, y separaba a las mujeres de los hombres en la que venían y nos tiraban sobre la camas con la orden estricta de : "No hable. No mire para ningún lado. Tápese la cabeza que va a pasar un detenido". Y más.

Recorriendo toda esa sala, al fondo, estaban los baños. Por allí pasábamos, portando colgados los sueros, con muletas o agarrados por los soldados. Los ojos se salían de sus cuencas. Tratando de ver al que estaba allí, mirando al frente pero tratando que sólo te escuchara el o la compañera del costado.

A raíz de un accidente con agua caliente, en el cuartel, se le había desencadenado un tumor galopante, era piel y hueso cuando la trajeron. La sacaron y llevaron muchas veces de esa sala, vinieron médicos a verla.

La petisa, María Elena, siempre estaba allí trabajando debajo de las sábanas, haciendo rosas de migas de pan, que teñía con trozos de remolachas o zanahorias escondidas de las comidas que nos servían. Y con su eterna palidez fantasmal y lo más extraño: su sonrisa.

Siempre estaba allí alentadora, protectora, como estaca porfiada ante la muerte de esa sala que recordaba más que un hospital un laboratorio de miedo y angustias. Ella se las ingeniaba para llegar desde su inmovilidad a todos los compañeros. Y cada vez que volvía la Flaca, con su angustia de tumores y veinte años para afrontarlo, la miraba y ella sentía que sí, que se podía aún.

Entre los diferentes médicos que venían, un día cayó –de no se sabe dónde– uno que con sólo hablarle –hecho prohibido, por las reglas militares– la alentó. Le buscó el tumor y le dijo:

–Es difícil, pero se puede, tenés que poder vos... –El soldado se retorcía nervioso, muy pegado a él, tratando de oír lo que éste decía, pero no atreviéndose a decirle nada, porque era doctor. Y a su vez mirando que nadie viniera y viera al médico hablar con una reclusa.

De ahí en más, el médico venía a diferentes horas a ver a la "paciente número cinco"; los soldados le abrían la puerta, entraba y se sentaba y le hablaba de lo que le haría, de lo que le iba a doler y que él la iba ayudar. Un día le preguntó cómo se llamaba. Y de allí en más le llamó por su nombre.

Los médicos no debían conocer nuestras identidades, operaban números no personas, daban las altas al "número 10 de Libertad", "al número 3 de Artillería", "al número 267 de Punta de Rieles". Eso tal vez haría más llevadero para la conciencia de ellos resolver que se continuara torturando o se cayera en omisión de asistencia.

Él la operó. Fue terrible. La recuperación compleja. Los injertos tuvieron que ser realizados una y otra vez. Él venía más a menudo. Un día que no vino a realizarle la curación –porque había dejado orden estricta que no la tocaran después de la primera infección– le explicó que había sido el cumpleaños de su hijo.

Al principio ella se encontraba pensando quién sería ese tipo, que querría, ¿sería el "bueno" de la película?, pero no.

Poco a poco vio que él se la jugaba, y comenzó a confiar, lo saludaba y lo esperaba. En la aridez de ese mundo sus palabras eran bálsamo a su dolor. Lloró varias veces cuando la curó. Y poco a poco podía percibir la desconfianza hacia él de la guardia, el odio de las enfermeras de que ella fuera la "paciente" exclusiva de él, y no un número.

Tres veces tuvo que intervenirla. Y estuvo siempre allí, venía a cualquier hora que tenía un "hueco" y la curaba.

Un día le dijo que era el último que venía, que lo "retiraban de esa sala". Ella lo miró, lo hubiera querido abrazar. Le dio las gracias y las lágrimas se le caían. El guardia le gritó que no hablara.

El se arrimó y le apretó la mano y le dio un beso. Dijo:

–Nos veremos. Suerte. Fuerza tenés mucha. Saldrás. –El soldado, casi

se desmaya y aquel asunto de que "era el doctor" quedó de lado y pareció que el blanco de la túnica se convirtiera en gris y le gritó–:

–¡Salga, doctor! –éste, lentamente, nos dijo a todos–:

–¡Buenas tardes y suerte! –quedábamos allí y los hombros de ese médico se llevaban la cárcel, aunque no era conducido por nadie. Los soldados comentaron el hecho y venían a ver a ver a la Flaca como si ella algo terrible hubiera provocado, la controlaron durante días, reprimiéndola por todo.

Teníamos la certeza que ese médico le había salvado la vida. Durante varios días nos impidieron ayudarnos, "sin hablar". Era cuestión de tiempo y paciencia. Ya vendría el "ablande". A los pocos días vinieron los blandengues y la "amabilidad" retornó. Podíamos sentarnos un poco más en las camas y mover las manos y sonreír prudentemente. Ellos parecían estar en medio de la disyuntiva de ser los blandengues de Artigas o aceptar que en esta guerra se enfrentaban a un enemigo que debían tenerlo siempre contra el piso y con las botas encima. Los esquemas de la dictadura funcionaban a medias en algunos de ellos, aunque no se atrevían a violar ninguna norma, a veces con gestos demostraban no entender mucho esa historia de que eran presos políticos. Y había mujeres: eso era un agravante, fijate que dejaron hijos para meterse en esto. Eso a sus ojos era intolerable. Algunas casi niñas… y eran: el enemigo. Oscilaban entre la admiración y el "¿para qué te metiste?" .

Eso claro, allí en la Sala 8. Lo cierto es que a los soldados les resultaba difícil entender por qué hacer flores de miga de pan y hablar era subversivo, y menos aun peligrosos si estábamos enfermos. Pero se trataba sólo de acatar órdenes, no de entender.

Fue ante el Tribunal de Ética médica, donde me presenté para denunciar a un médico participante como asesor en las torturas, donde se desencadenó en mi memoria esta historia. Me lo topé en la traumatología de un importante centro de asistencia.

Tal vez mi cerebro guardó la antítesis de una ética que lleva a absolver a algunos por falta de pruebas. Y se condena genéricamente estas prácticas y no nos atrevemos a decir: las pruebas son morales también, porque yo no tengo otros testigos, no puedo demostrarles hoy que en la

mesa de una sala de operaciones un médico diga: "Soy especialista en romper huesos, también de arreglarlos, si me mandan", o diga "seguí", "pará", "dejala que no da más", te suba a una camioneta militar y les indique "recauchútenlo, tiene que volver al confesionario ante el cura...".

Claro, hoy, yo porque lo reconocí puedo optar y no ir a él, como médico. Pero otros, no.

Mejor será que no baste sólo eso. Por eso fui al Tribunal y hoy vuelvo a él, para que me ayuden a localizar al médico aquel.

Ah, y tampoco tengo pruebas de que como bicho raro apareció y salvó una vida, pero estuvo y hay testimonios vivientes. Y lo mismo que en el otro caso, conozco su nombre, apellido, su voz y su rostro.

Prometo no tener que recordarlo, porque nunca lo olvidé.

Abriles

Una historia sin final

Aquel día, cuando arrancó la camioneta militar, no sabía o no podía imaginar cuánto iba a cambiar mi vida a partir de ese momento. Lo último que pude ver antes que me sorprendieran con "la capucha" fue a mi madre, paradita en el patio de la casa, llorando en silencio, confundida, sin comprender nada, ni siquiera por qué no le habían dejado darme un beso de despedida. Esta imagen me acompañaría durante mucho tiempo.

En el "camello" éramos varios, nunca supe cuántos, y de a ratos, aprovechando las frenadas, nos rozábamos con los pies para darnos valor y sentirnos menos solos.

El viaje debe haber durado una hora o menos quizá. Mi mente se empeñaba en el desorden, se atropellaban recuerdos, suposiciones, incertidumbres, miedos. Angustia por mi compañero que iba en algún sitio del mismo vehículo. ¿Y a dónde iremos ahora, cuándo llegaremos, qué pasará? Cómo duelen las manos esposadas atrás. Y dentro de ocho días, la Navidad. Con o sin nosotros, la Navidad. En enero el casamiento y mi madre que amenazó al de bigotes si me tocaba. No estoy segura si quiero llegar pronto para terminar con las incógnitas o mejor no llegar nunca, seguir así, dando vueltas por todo Montevideo, seguir imaginando, recordando, soñando. Cuando lleguemos ya nada volverá a ser igual. Solo algunos sueños permanecerán esperando, ocultos, intactos, inviolables.

Era el 17 de diciembre de 1974. En París mataban al coronel Ramón Trabal y poco días después cinco compañeros traídos de Argentina aparecerían muertos en los alrededores del Aeropuerto de Carrasco.

Fui una de los muchas detenidas por causa política, una más de las maltratadas y torturadas para finalmente terminar procesada y encarcelada por espacio de cuatro años y medio. Me casé en mayo de 1975 en el 5° de Artillería en una ceremonia civil que fue tan emotiva como

jocosa. El día que nosotros habíamos elegido para tal acontecimiento se había postergado cuatro meses.

Llegaron los familiares más directos junto con la jueza en un auto que traía la valija ocupada con sándwiches, coca-cola, torta y alguna pizza casera. El novio iba de alpargatas y a mí me habían peinado unas trencitas. Algunos de los testigos estaban presos con nosotros.

Firmamos el acta matrimonial, hubo besos, saludos, felicitaciones y mi hermana insistía en convidar con refrescos y sándwiches, cosa que no le permitieron. A nosotros, los novios, nos dieron treinta minutos de "luna de miel" encerrados en una oficina, mientras el oficial de guardia se paseaba de un lado a otro.

Cuando llegó el momento de despedirnos teníamos claro que se abría un paréntesis bastante insalvable para cualquier pareja en similar situación. El futuro se presentaba tan confuso como inexorable. Lo único cierto eran las promesas hechas de sobrevivir con dignidad y no olvidarnos la alegría.

De vuelta en las barracas del cuartel, cada uno de nosotros tuvo su propio festejo y regalitos varios que aún hoy conservamos y que muchas veces fueron curiosidades para nuestras hijas.

Trasladada meses después a la Brigada de Infantería Nº 1 compartí mi vida con una veintena de compañeras. Disfrutábamos media hora diaria de sol y aire, la lectura en grupo y los golpecitos secretos que nos comunicaban con la barraca contigua donde, junto a muchos compañeros, estaba mi flamante marido. En los vidrios pintados habíamos dibujado pequeñísimas lunas por donde vichábamos lo que sucedía en el patio de armas y por allí a veces también descubríamos la figura de algún ser querido.Teníamos un baño con ducha que hacía las veces de cocina porque nos servíamos de los enchufes para calentar agua con un "sun" para el mate o el té. Fue precisamente aquí que sufrí el accidente que obligaría a transitar mi vida carcelaria por otros carriles.

Era pleno invierno. Esa mañana me había levantado indispuesta y decidí ducharme, cosa que hice sin percatarme de que alguien había puesto a calentar una gran jarra de agua. Las vibraciones del agua al hervir fueron poco a poco arrimando la jarra al borde del armario hasta que cayó sobre mi espalda. Al sentir mis gritos las compañeras corrie-

ron a auxiliarme: me bañaron con agua helada, me llevaron a mi cama, me pusieron boca abajo. Luego supe que las quemaduras eran de segundo y tercer grado.

A pesar de esto no fui trasladada a ningún hospital, ni siquiera a una enfermería. Todos los cuidados me los prodigaron las compañeras que fueron logrando una lenta, muy lenta mejoría. Pero no fue fácil ni para mí ni para ellas. Permanecía todo el día desnuda, boca abajo, quieta, ocultando el dolor en un esfuerzo por mantener el equilibrio colectivo. Sólo contábamos con el agua helada y unas gasas especiales que trajo mi familia. Las curaciones se fueron tornando cada vez más traumáticas y no pudieron impedir que algunas heridas se infectaran. El tejido muerto me lo quitaban con pinzas de cejas. La responsabilidad, el esmero y el cariño que ponían las compañeras, fueron clave para sacarme adelante.

Meses después me destinan al Penal de Punta de Rieles. Esto trajo a mi vida momentos de profunda satisfacción. Me refiero a la experiencia de compartir continuas vivencias de solidaridad y lucha. A esta altura mi estado de salud seguía declinando: me sentía un poco débil y tenía molestias, secuelas de las quemaduras. Pero al comienzo la exigencia de tener que encarar una "nueva vida" basada en parámetros diferentes, desconocidos hasta ese momento, hizo que mi estado físico saliera momentáneamente del centro. Estaba en un penal, era una presa, un uniforme gris más, para ellos un número. Un número sin historia y en lo posible sin futuro. Había que tenerlo claro desde el principio: era una guerra sin tregua, ellos por destruirnos, nosotras por sobrevivir y preservar aquello que nos había llevado hasta allí.

Los días empezaron a transcurrir un poco más organizados y productivos. Teníamos que cumplir con distintos trabajos: huerta, cocina, limpieza, etcétera. Por otro lado y en un plano diferente, estaban las actividades que nosotras mismas nos fijábamos: charlas, lecturas, estudio, manualidades, deporte. Además las visitas, las cartas a la familia y a los compañeros, los festejos de los cumpleaños, todo un esfuerzo especial por guardar en cajita de cristal ese mundo afectivo del cual querían despojarnos. Con todo esto me sentía espiritualmente reconfortada, pero físicamente iba cada vez peor: me mareaba mucho, me dolía la espalda, me molestaban las cicatrices de las quemaduras y cada día me sentía más débil.

Luego de varias semanas de insistencia había conseguido que el médico del Penal, doctor Marabotto, me mandara a hacer análisis. "El Cuervo", como le decíamos nosotras, igualmente tomaba las cosas sin adjudicarle demasiada importancia. Un día me decía que sí, que era necesario hacerme atender con un especialista, y otro día que no, que aparentemente todo iba bien. Incluso en una oportunidad me había firmado el pase a un cirujano y me avisaron que en dos días iba para el Hospital, pero se les "traspapeló" la orden de salida y yo me quedé viendo cómo el vehículo que trasladaba a otras compañeras al Hospital se marchaba sin mí. Por lo menos tendría una semana más de espera.

A los quince días me llevan por fin, pero sólo fue un paseíto, nunca supe si porque no estaba el especialista o no pudo o no quiso atenderme. Volví al Penal cansada y llena de bronca por el manoseo del que estaba siendo objeto. Era evidente que había una especie de forcejeo con mi salud, un intento de quebrar, de amedrentar o de utilizarme como castigo ejemplarizante –cosa que hicieron con muchas compañeras enfermas. Era como decir: no sos nadie, no contás, mandamos nosotros y si queremos te morís uno de estos días.

Entre idas y venidas, al cabo de algunos días más, me decidí a hacer una solicitud por escrito dirigida al entonces Director del Penal, coronel Barrabino, tristemente famoso por la saña con que llevaba adelante "su disciplina carcelaria". En la carta pedía la atención médica adecuada que hasta el momento me había sido negada.

No recibí ningún tipo de contestación, como si la solicitud nunca hubiera sido hecha. Sin embargo, al tiempo, una mañana me llamaron para que me aprontara. Tendría una consulta con un cirujano. A esta altura corrían los primeros meses del 76. La entrevista se desarrolló en un clima bastante más parecido a lo usual entre un médico y un paciente. El doctor en cuestión se mostró amable e incluso tuvo un entredicho con la custodia (policía militar femenina) que dijo tener orden de permanecer en el consultorio mientras durara el examen. El diagnóstico fue casi inmediato: era necesario operar cuanto antes. Se podía apreciar lesiones de piel que por su aspecto daban la pauta de haberse transformado en algo serio.

Una mezcla de sensaciones extrañas me invadió de pronto. Sentí miedo. Me encontraba sola en el umbral de algo que intuía iba a exigirme

mucha fortaleza. Tenía a mi favor la buena disposición del especialista que me iba a operar que, desde el primer momento, parecía ser más médico que militar. Quise interpretar esto como una señal afortunada en medio de tanta intención destructiva.

Se coordinó la operación para la mañana del 26 de mayo. Días antes fui internada para la realización de los análisis previos. Estaba alojada en una celda grande que oficiaba de sala de hospital donde además había varias compañeras, algunas en estado delicado y otras viviendo sus últimos días. Allí adentro yo era la que estaba menos enferma. A la entrada de la sala-celda había siempre un custodia armado y la puerta se cerraba por fuera con alguna especie de tranca. No podría dar más detalles porque al salir de allí automáticamente nos vendaban y esposaban. Así concurría a los diferentes consultorios donde se practicaban los exámenes. Así subía y bajaba escaleras, recorría pasillos, entraba y salía de los laboratorios, tropezando todo el tiempo. Muchas veces me pregunté qué pensaría, qué sentiría la gente común que se cruzaba con nosotras, qué impresión les dejaría aquella visión en los pasillos de un centro de salud.

Desde que me encontraba en el hospital, mi familia no había conseguido verme y tampoco tenía mucha información de lo que estaba pasando. A través de la intervención de mi abogado defensor lograron saber al menos que iban a operarme. Todo parecía indicar, les dijeron, que sufría de un tumor de piel, posiblemente maligno. El único contacto era el que se realizaba a través del intercambio de ropa sucia por limpia. Esto me mortificaba mucho. No tenía posibilidad de infundirle ánimo a mi madre, ya entrada en años, cuyo único consuelo era perfumarme la ropa que me enviaba en un porfiado intento de estar a mi lado.

Sin embargo, no todo estaba bajo control en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas. Hubo alguien de allí dentro que al enterarse de que me operaban, y tratándose de una intervención delicada, se comunicó con mi familia y los puso al tanto hasta del día y la hora. Con mucha preocupación y no menos urgencia se apersonaron mi hermana y mi madre para intentar verme aunque fuese unos minutos antes de irme al quirófano. No pudo ser, no lo permitieron. Aunque, en un acto de extrema amabilidad, asintieron a que una de las dos se sentara a esperar en el banco de un corredor.

Fue allí, precisamente aquella mañana del 26 de mayo, cuando mi hermana vio aparecer rumbo al block quirúrgico algo parecido a un pequeño cortejo. Lo encabezaba un custodia armado que, muy ceremonioso, abría paso a la camilla. Atrás, algo más distendidas, iban la policía femenina con su correspondiente tolete, la enfermera con algunos papeles en la mano, y el camillero, muy joven, que miraba a todos lados como avergonzado de estar allí. Mi hermana algo adivinó y acercándose lo más posible comprobó que quien iba en la camilla era yo. Era su hermana que estaba siendo conducida a una operación. Así, de ese modo, esposada y con una venda negra en los ojos. Algunos años después yo le conté que también llevaba atados los pies.

Sentí que gritaban mi nombre en un grito que además era bronca e impotencia. Fue como un disparo de ánimo. Imaginé a mi madre, al resto de mi familia, a mi compañero, a mis amigos. Alguien estaba allí para traer a mi memoria ese mundo prohibido para mí desde hacía tantos meses. Me decían que no estaba sola, que debía ser fuerte, que me esperaban, que resistiera, ganara la partida y viviera.

En realidad, yo no pensaba, no pensé nunca en la posibilidad de morir. Con veintidós años me resistía a pensar con pesimismo mi futuro. Sabía que la prisión era un hecho transitorio y que en pocos años más podría estar libre a la búsqueda de los sueños postergados. Traté siempre de restarle tremendismo a mi situación y aunque el miedo por momentos me buscaba, aposté siempre a la vida.

Momentos antes de entrar al quirófano me sacaron las esposas y la venda, los recuerdos y las reflexiones me abandonaron, sentí un gran desasosiego. Más que un lugar donde debían sanarme, aquello parecía destinado a algo diferente. Era la primera vez que me operaban y ni siquiera sabía el nombre completo de quien lo iba a hacer. La voz del cirujano que se acercó a mí, hablándome calmo, me infundió un poco de confianza.Tal vez intuyendo mis miedos me recalcó que allí estaba bajo su responsabilidad y que su misión era hacer todo lo necesario para curarme. La operación duraría un par de horas y después retornaría a la sala junto a mis compañeras. Ya comenzaba el anestesista a trabajar conmigo y todo empezó a darme vueltas. Antes de quedar dormida alcancé a ver, por encima mío, a la altura del techo, unas vitrinas cerradas por las que asomaban varias personas.

Cuando desperté, horas después, me sentía horrible. Todavía atontada no me daba cuenta de dónde estaba. Las compañeras de sala hablaban conmigo desde sus camas dándome todo tipo de recomendaciones. Debía permanecer dos o tres días boca abajo y sin moverme. Me habían hecho injertos con tejido extraído de mi pierna derecha. Esto dolía infinitamente más que la propia operación.

Fueron días de verdadero calvario. Apenas me alimentaba por la incomodidad de mi posición y porque comenzaba el estómago a resentirse a causa de unos calmantes muy fuertes, muy usados con los presos políticos en el Hospital Militar. Después supe que eran un derivado de la morfina, así que decidí evitarlos.

El médico venía todos los días a verme pero no se mostraba muy conforme. Los injertos no prendían, la herida no cicatrizaba. Mi estado general era sencillamente desastroso. Decidieron hacer una transfusión de sangre para intentar combatir la anemia. El médico dejó la orden y se fue. La enfermera regresó al poco rato con un frasco de sangre que conectó a mi brazo izquierdo. A esta altura ya me movía libremente y caminaba hasta el baño. Habían pasado ocho días.

La transfusión, lejos de ser un apoyo a mi recuperación, terminó menoscabando aún más mi salud. A poco de comenzar a recibir la sangre desarrollé una reacción alérgica. Rápidamente mi cara, mi cuello, mi cuerpo todo, se cubrió de un sarpullido que producía una picazón irresistible. No sé de dónde saqué fuerzas pero, incorporándome, me retiré la aguja y grité llamando a la enfermera. Las compañeras de sala, las que podían levantarse, golpeaban la puerta para que el guardia avisara que algo sucedía. Me sentía asfixiada, mi cuerpo parecía prenderse fuego. Llegaron una enfermera y alguien más que debía ser el médico de guardia gritándome por haberme quitado la aguja. Me examinaron y me inyectaron un antialérgico. Por fortuna reaccioné de inmediato y en pocos minutos me sentí más aliviada.

Todo volvía a la normalidad salvo la taquicardia que persistió varios días más. Al otro día, con la supervisión del médico, que venía a cada rato, se hizo una nueva transfusión, esta vez con éxito. Nunca me dieron una explicación concreta de lo que había sucedido. Una severa reacción alérgica, fue todo lo que me dijeron. Yo no soy alérgica, nunca lo fui.

De a poquito iba sintiéndome más fuerte pero cuando se concretaban las dos semanas me informaron que era necesaria una segunda operación. Algunos injertos se habían desprendido y además la anatomía patológica confirmaba el tumor maligno.

Sentí que el suelo se abría debajo de mí y que caía en una especie de abismo. Aquello parecía no tener final. Volví a pensar en mi madre que no veía desde hacía semanas así que escribirle una carta a ella y otra a mi compañero fue la tarea que me devolvió a tierra firme. No podía plantearme ninguna tregua: estaba peleando a dos frentes: la enfermedad y la cárcel.

Tiempo después me daban el alta. Estaba ansiosa por regresar al Penal aunque parezca un contrasentido. Tenía ganas de estar con las compañeras, ver a mi familia.

La segunda operación había sido algo más profunda y esta vez me extrajeron de la pierna izquierda para los nuevos injertos. La recuperación había sido rápida y los dolores lentamente se iban atenuando. Cada pocos meses me hacían un control.

Comencé una etapa nueva donde tenía que lograr el equilibrio justo entre no excederme físicamente y no sentirme una incapacitada. La operación había sido grande y en mi espalda, exactamente debajo del cuello, había quedado un hueco en el que entraba un puño. Parte importante del músculo trapecio había sido mutilado y eso me condicionaba el movimiento normal de ambos brazos.

Al principio me eximieron de trabajos pesados, pero antes de que estuviera pronta para realizarlas fui incorporada a las tareas de huerta y otras de cocina y limpieza. Esto me acarreaba un gran cansancio y fuertes dolores, pero me esforzaba. No quería ser objeto de ningún tipo de consideraciones especiales. Estas tenían en ocasiones un precio muy alto.

Formaba parte de un todo y quería correr la misma suerte que el grupo de compañeras. Me sentía bien en esta convivencia, en este caminar de a muchas. Quería estar presente en ese empeño colectivo. Aun enfrentando una situación límite madurábamos, avanzábamos, moldeábamos un mundo rico en valores morales y humanos que en lo personal me hicieron crecer.

El 19 de julio de 1979 recuperé la libertad, el mismo día que en Nicaragua caía Somoza. Participar de tal acontecimiento le dio a mi liberación un tópico más hermoso. No obstante, la felicidad de verme de nuevo en la calle estuvo empañada por la tristeza que me causaba separarme de gente que quería entrañablemente, compañeras ejemplares con las que, sin duda, había compartido la etapa más importante de mi vida. Una etapa que grabó enseñanzas que aún hoy continúan siendo un referente de vida. De nuevo en la calle, el gris había quedado atrás pero, de a ratos, alguna de aquellas experiencias ocupaba mi mente como relámpagos indicando el camino.

Y era el reconocer a la gente, el redescubrir, el readaptarse a la vida, el mirar al futuro, un futuro tan especial para mí. Mi compañero seguía preso y yo no podía olvidar que había sido víctima de una enfermedad ladina. Hasta ahora le iba "garroneando" años de vida. Buenos años, fecundos a pesar de todo. Pero, ¿hasta cuándo? ¿Y si se le ocurría dar otro zarpazo? Estaba obligada a convivir con esta duda, con esa posibilidad.

Trataba de encauzar mi vida de la manera más normal posible. Retomé las relaciones de familia, comencé a plantearme algún trabajo, pero el esfuerzo mayor lo volcaba en la relación con mi compañero, que concentraba cada quince días en treinta minutos de visita y dos carillas censuradas. Sin embargo, en esto no había misterios, el tiempo parecía no haber pasado, lo esencial de nuestros sentimientos permanecía intacto. Cada encuentro resultaba una gran felicidad a fuerza de años contenidos.

Aún faltaba bastante para que la dictadura cayera derrotada. Persistía en sus intentos devastadores y cada vez que se presentaba la oportunidad, golpeaban. Como toda ex presa, debía presentarme semanalmente en una unidad militar. La semana que coincidía con la visita al Penal de Libertad era particularmente difícil. Me hacían esperar largas horas para entregarme la autorización de ingreso al Penal, no sin antes someterme a algún tipo de interrogatorio sobre mi vida o sobre la visita con mi compañero. No pocas veces la conversación derivaba en sutilezas que eran una forma de amenaza.

Así una y otra vez fueron consiguiendo que yo entrara en un "stress" no recomendable para nadie y mucho menos para mí. Todo hacía pen-

sar en la posibilidad de una nueva detención. De manera que tomé una mochila, guardé en ella algunos afectos, las lágrimas de mi madre y la confianza de mi compañero y marché al exilio. Un destierro casi voluntario que duraría cinco largos años y que otra vez me separó de mi mundo, de mi pueblo.

Ya desde niña distintas circunstancias de la vida habían jugado siempre en contra, alejándome, privándome de mis afectos más inmediatos. Ahora, tomaba esta nueva etapa con la esperanza y anhelo de que en algún recodo del camino me estuviera esperando la vida en familia.

Desde que me instalé en Suecia, cada tanto, me seguía haciendo chequeos. Así tomé contacto con un equipo de médicos de ese país que se interesaron por mi problema y se ocuparon de estudios más complejos. Estos, teniendo en cuenta el diagnóstico del Hospital Militar, me demostraron que yo estaba en muy buenas condiciones.

Los suecos opinaban que había muchas posibilidades de un diagnóstico equivocado. Y si esto no era así ¿por qué no se me habían hecho tratamientos posteriores que aseguraran un poco más mi curación (quimioterapia o radioterapia)? Me debatía entre dudas, miedos y broncas. Tuve que optar por un pensamiento consistente que me permitiera vivir en equilibrio. Lo importante era que estaba bien. El servicio de salud de Suecia afirmaba que estaba sana y lo demás no estaba a mi alcance averiguarlo. Firme en ese pensamiento, los cinco años los viví en una intensa actividad que me ligó a la lucha contra la dictadura en mi país.

No sabía que quince años después aquellas dudas, aquellos miedos y aquellas broncas iban a reaparecer una vez más. Sucedió hace pocas semanas.

La funcionaria que me estaba atendiendo se ausentó de la oficina en busca de alguna respuesta a mi pedido. Mientras esperaba, no pude evitar sonreírme recordando la cara de asombro de ella y el diálogo casi ridículo.

–Vengo a retirar una historia clínica del año 1976.

–¿Hizo la solicitud?

–Sí, aquí está.

–¿Cuál es el número de la historia?

–No lo sé.

–¿Qué número de socia tiene?

–No soy socia.

–¿Carnet de asistencia en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas?

–No tengo.

–¿Número de registro?

–Tampoco tengo.

–Deme su nombre. ¿Fue un accidente?

–No. Siendo presa política me operaron aquí dos veces ese año.

Hubo un silencio sepulcral y enseguida, reaccionando, dijo:

–Le ruego que me espere. Necesito consultar con mi superior.

Fue allí que vinieron a mi mente esos últimos quince años. Un cúmulo de acontecimientos vitales que forcejeaban unos con otros por aparecer en primer plano. La amnistía, mis últimos días de exilio, los primeros pasos en libertad de mi compañero. El reencuentro, el amor. El estrenar la vida de a dos, obstinadamente juntos. Los hijos, que no fueron cinco como nos prometíamos en aquellas cartas ahora ya amarillas, sino dos. Dos niñas soles que todo lo revolucionan y que no esconden su orgullo por nuestra historia. Valió la pena tanto tiempo de ausencias y soledades. Tanto sufrir creyendo y creer luchando, luchar soñando. Siento que no tengo derecho a pedirle a la vida más recompensas, aún conservo viva la esperanza.

La funcionaria, casi una hora después, regresó sacándome de mis pensamientos:

–Señora, en Archivos no encuentro nada. Déjeme su teléfono que vamos a seguir buscando. Cualquier cosa la llamo.

Le dejé el número, saludé y me retiré. En realidad yo no esperaba demasiado de aquella gestión. Es cierto que sentía la necesidad de poner punto final a un trámite pendiente, pero más que nada fue la insistencia de mi médico actual, Tabaré Vázquez, lo que me decidió a volver allí después de 25 años.

Al salir me sentí reconfortada por el aire fresco de la calle. Había sido una espera larga y de una cosa estaba segura: no quería sumergirme otra vez en las profundidades de la incertidumbre. Mi salud había vuelto a sufrir un quebranto y en eso radicaba la importancia de esos papeles.

Un par de semanas después, la voz de la secretaria del director del Hospital trasmitía cierta ansiedad por terminar aquella conversación.

–Señora, lo lamento mucho. El informe de Archivos dice que aquí usted no tiene historia clínica.

–¿Puedo quedarme yo con ese informe?

–No, señora, es un informe interno.

–¿No puedo tener una respuesta por escrito?

–Por favor, haga la solicitud. Buenos días.

Permanecí reconcentrada un largo rato más, empecinada en descubrir la frontera entre lo real y lo absurdo. ¿Habría imaginado, habría soñado aquella pesadilla de hace tanto tiempo atrás, qué era esto que aún dolía en mi espalda? Todavía sin colgar el tubo marqué otro número. Una voz más simpática que la anterior me confirmó la entrevista. Al fin lo he localizado. Dentro de tres días iré a ver al cirujano plástico. El mismo que dibujó las señales que llevo en la espalda desde hace 25 años.

Flor de cardo

Hotel Pinot

A mi hija

El vapor de la carrera salía a las 10 de la noche. Tenía el tiempo suficiente, por no decir justo, para después de pasar a buscar mis notas al liceo, volver a la casa de mis tíos por mis cosas y seguir viaje hacia el puerto. Era un 23 de diciembre de 1975. Todo había sido pensado de modo tal que el 24 se produjera el reencuentro.

Unos días antes, por la mañana, todo parecía inalterable. Yo me encontraba en el escritorio de mi tío, donde cada noche recostaba tortuosamente un colchón en diagonal entre el escritorio esquinado y la mesa de dibujo, sobre una superficie por la cual se caminaba zigzagueando para esquivar los ángulos de los muebles, y donde milagrosamente encajaba aquel, mi reducto, mi colchón, que no era mío. Desde allá abajo, aquellas patas que me rodeaban al acostarme semejaban edificios, altas torres habitadas por personas que surgían de mi fantasía adolescente y la complicidad de la oscuridad. Me dormía imaginando historias de vidas concretas, amores, familias. Mi mundo desarticulado. Al día siguiente el colchón se paraba, la ropa de cama se guardaba y todo volvía a su estado natural. Aquí no ha pasado nada. Ni nadie. Sin embargo, parecía que hasta el aire que empujaba mi abundante y roja cabellera al moverme conmocionaba por completo la apacible existencia de los dueños de casa.

Mis padres se habían ido para Buenos Aires a principios de año. Era por poco tiempo..."esto no va a durar... en seis meses volvemos"... En ausencia de mis padres, quedamos al cuidado de mi abuela materna en nuestra casa. Unos meses después un concilio de familia decidió mi "conveniente" traslado de la casa paterna a la casa de mis tíos. Mis hermanos, ambos varones, tenían 15 y 2 años. Yo 13.

Durante ese año pasamos largos períodos sin noticias de Buenos Aires, hasta que aparecía una carta algo atrasada, sin remitente, mensa-

jera de sus vidas, portadora de sus huellas dactilares, testimonio de un estado ya pasado, pero testimonio al fin...

Aquella mañana de principios de diciembre yo estaba, como de costumbre, estudiando. Algo me hizo darme vuelta. No recuerdo haber percibido ruido alguno. Quizás simplemente lo supe, o quizás ya sabía reconocer el peso del amor sobre la piel y el pelo.

Me di vuelta y estaba parado en la puerta, con su sonrisa bonachona. Se repetía la foto, la escena tantas veces vivida en la infancia, cuando nos disputábamos con mi madre su abrazo, corriendo ambas hacia él cuando llegaba del trabajo. Corrí hacia mi padre y me colgué de su cuello...

Entonces, por primera vez en meses, lloré, chiquita y protegida en el abrazo. Seguramente mi madre alguna vez también así lloró contra él.

Mi padre se llevó a los varones para Buenos Aires uno o dos días después. Yo me quedé unos días más para terminar mi año lectivo. Los adultos se encargaron de hacer coincidir mi viaje con el de una entrañable amiga de mi madre que también viajaba a pasar Navidad con su hija.

No hubo despedidas.Todo fue rápido, silencioso. Que nadie se diera cuenta... casi ni yo.

Aquella amiga de mamá quedó ubicada en el extremo opuesto del barco, y eso le daba a la situación una cuota de emoción y aventura muy valorada por mí, después de meses de claustro y a mis recién estrenados 14 años.

Yo estaba deseosa de reunirme con mi familia, necesitaba imperiosamente esa pertenencia, por lo que no recuerdo angustia en el momento de embarcar. La advertencia me la hizo Montevideo...

"... si una vez me viste así, empequeñeciendo en la noche y apagando mi perfil en tu horizonte, pues así me recordarás estés donde estés. Te seguiré donde vayas y a mí querrás volver..."

Adiós Montevideo...

El Hotel Pinot quedaba sobre la avenida Díaz Vélez, Caballito. Oficiaba de refugio y en cada cuarto se alojaba una familia. La nuestra, por estar constituída por cinco personas, rápidamente pasó de la piecita en el fondo con ventana al patio interior, a la del frente que era la más

grande. La mudanza significó un cambio sustancial para mi cotidianidad, fundamentalmente por un motivo: esa pieza tenía una gran ventana balcón, con una cómplice cortinita de "voile", que me aportaba a diario un paisaje humano siempre cambiante, el bullicio del tránsito porteño, el brillo de la vereda mojada después de la lluvia, la entrada del hospital Durand de impredecibles connotaciones ulteriores para mí. El temible pasar de los Ford Falcon...

Fue desde esa ventana que descubrí que en el refugio de al lado vivía un joven chileno de mirada muy dulce, que me sonrojaba al coincidir con la mía.

Por lo demás, yo seguiría compartiendo la litera inferior con mi hermanito menor por los meses que restaba pasar allí, ya que el número máximo de camas por cuarto era de cuatro. Una cama de matrimonio o dos de una plaza, más una cucheta. Por lo tanto la distribución era obvia: los dos menores dormíamos juntos.

A poco de estar allí, fui asumiendo una rutina. Mi hermano mayor empezó a hacer "changas" de albañilería y los viejos trabajaban. Yo amanecía sola y a cargo de mi hermanito menor.

Mamá me dejaba a diario algún dinero para reforzar la alimentación que recibíamos en el refugio. Al despertar yo debía ir a la cocina a recoger una bandeja con el desayuno. Me ponía en la cola y esperaba el café con leche que una mujer de nívea blancura y cuyo nombre no recuerdo, servía con seria dificultad, tanto por el tamaño inapropiado del enorme cucharón de aluminio, como por el reuma deformante que se había adueñado de sus manos. Esa mujer me recordaba a otra, a la querida Azucena, limpiadora de mi escuela, barrendera de hojas contra el viento, de túnica blanca sobre su piel, más blanca que su túnica.

El segundo paso era poner mi palangana de ropa en una fila, que avanzaba hacia la pileta de lavar del fondo. Me hice experta en el lavado a mano sobre aquella superficie con ranuritas escalonadas.

Era cuestión de estar alerta y a cada rato ir hasta el fondo a fijarse, no sea que perdiera el turno. Tampoco debía descuidar la ropa por mucho rato, ya que había quien se quejaba de que le hubieran faltado prendas. Cuando la palangana llegaba a destino, me entregaba por completo a la tarea. Como lo hacía a diario, no se acumulaba tanta ropa, pero siempre había un montoncito respetable. Éramos cinco...

La ropa de cama la lavaban en el "hotel", pero todo giraba en espeso chocolate en un lavarropas a vaivén. Hasta ahora puedo evocar el olor de aquellas sábanas todas juntas, decenas de sábanas colgadas, testimoniando secreciones humanas, exhibiendo huellas de vidas que sobre ellas reposaban, luciendo grandes remiendos, flameando al sol.

Por este motivo, cuando la señora encargada nos lo permitía, poníamos jabón aparte y lavábamos nuestras sábanas. Pero esto no ocurría seguido, generaba "privilegios" que se querían evitar. Así que casi siempre... sí... me tocaba a mí.

Años después entendí la simbología de tantos detalles... las ollas azules esmaltadas que mis padres compraron a pesar de la transitoriedad de nuestra permanencia allí, nuestras toallas, nuestros paseos, los consejos de mi madre. La lucha por la dignidad en cualquier circunstancia.

Muchas veces, parada junto a aquella pileta, recordaba una de las fotos que de mi abuela se conservaba en casa. En casa...

Era la imagen de una esbelta mujer, muy erguida, en pantalones pescador con tajito al costado bajo la rodilla, blusa de amplio cuello bote que dejaba ver sus redondeados hombros, de negro cabello corto, con ambas manos posadas sobre una pileta de lavar.

Sonreía enigmática, hermosa y bronceada al sol.

Yo era alta y aún no había desarrollado formas de mujer, por lo menos en mi percepción y en comparación con amigas, como suele ser que se forma esa percepción. Algunas de ellas usaban *soutien* desde hacía dos años. Para mí era totalmente innecesario por el tamañito de mis incipientes senos.

Y a esa edad, el *soutien* era un tema de prestigio. Poco antes de irme de Montevideo, me había cortado el pelo cortito y creo que eso me hacía más infantil.

Al llegar a Buenos Aires mis padres me habían comprado unas sandalias con plataforma que estaban muy de moda y yo las lucía todo lo que podía con una solerita, en mis paseos por la tarde.

Mis paseos...

Inicialmente yo simplemente organizaba juegos con mi hermanito y sus amiguitos en el patio del refugio. Claro, pronto se fueron sumando

niños y más niños a aquellas rondas y "Martines Pescadores".

Los había desde los casi diez u once años hasta de dos años como mi pequeño. Pero yo a veces quería llevarlo a la placita infantil del parque que quedaba muy cerquita. Allí había hamacas... toboganes... y hasta una calesita. Me daba pena irme sólo con él y empecé a pedir autorización a los padres para llevarlos.

Terminé con un trencito de casi diez niños a mi cargo todas las tardes. Se portaban bien, sabían que era la condición para seguir yendo. Yo me sentía muy responsable de ellos y no les perdía pisada. A la calesita no podían subir porque no todos llevaban dinero y entonces no subía nadie.

Allí trabajaba un muchacho al cual le llamó la atención mi numeroso grupo de "hermanitos" y me preguntó por ellos. Así supo que vivíamos en el refugio y a partir de entonces teníamos garantizada una vuelta gratis para todos los chicos.

Una mañana, cuando ya se habían ido todos y el chiquito aún dormía, al levantarme e ir al baño, descubrí mi ropa interior manchada de sangre. No reaccioné de inmediato. No lo esperaba.

¿Estaba menstruando?... Sí, parecía que sí.

¿Y era así de sencillo? ¿No debía dolerme algo? ¿Era tan natural?

Me acosté para saber cómo estaba. Algo de mi interior se volcaba, se vertía y yo no tenía a quién decirle nada. Me sentía perfectamente bien físicamente. Pero algo importante me estaba pasando y yo no sabía muy bien a qué se debía mi alteración.

La cadena se continuaba. Otra mujer en condición de procrear, recuerdo haber pensado. Acudieron los cuentos de mi madre, su abuela, los pañitos, la prohibición de bañarse, el miedo a la locura, la semana en cama, y todo el folclore popular que ya cargaba en mi memoria.

Creo que sonreí orgullosa al contárselo a Mamá.

Desperté con la sensación de que aquellos golpes participaban de mi sueño desde hacía rato.

Reconocí el ruido de la cadena corriendo entre las rejas de la puerta cancel, y al abrir los ojos ya tenía un hombrón tamaño ropero junto a mi cama. El arma iba desde la axila hasta casi la rodilla.

Bufanda tapando su boca, gorra con visera. Miré entrecerrando los ojos, molesta por la luz que del comedor se colaba por la puerta que habían dejado abierta y deduje en voz alta: ah, es un allanamiento.

Inmediatamente intenté taparle la cabeza a mi hermanito para evitar que se despertara, pero por suerte o por herencia de familia seguía dormido a mi lado sin enterarse de la intempestiva visita.

El tipo martilló el arma al percibir mi movimiento por lo que entendí que esta vez no se trataba de un allanamiento más.

–¡¡Documentos!! resonó una voz como navaja en nuestro somnoliento silencio. Ya eran varios en el cuarto, otros corrían entrando en la casa.

–¡¡Ah... uruguayos... llamá a Fulano!! y se retiró como para seguir la "visita" por los cuartos.

Estábamos inmovilizados en las camas y habían dejado a uno custodiándonos. Se escuchaban voces de mando desde el fondo y la planta alta, y pasos fuertes por todo el lugar. Hablaban rápido y enérgicamente. Había apuro.

De pronto en el cuarto apareció Fulano y dirigiéndose directamente a mis padres inquirió: ¿De qué barrio son?, ¿y de qué calle?

No recuerdo quién respondió, pero intuyo que fue mi madre. Papá estaba enfermo y su aspecto realmente era de debilidad. Creo que lo aquejaba un principio de neumonía y sobre la mesa de luz estaban los inyectables y un arsenal de medicación.

Fulano miraba nuestro pasaporte español, abría una carpeta y cotejaba. Parecía buscar nuestro apellido en un listado, menuda tarea, ya que el nuestro es de los comunes. Salió del cuarto sin decir nada.

Otra vez quedamos en silencio y custodiados.

¿Qué pensarían mis padres, más conscientes ellos del peligro que nosotros? Cruzábamos miradas, esperábamos todos igualmente indefensos. Ahora que soy madre, imagino que aquellos sus ojos querrían cubrirnos de un manto impenetrable que nos mantuviera a buen resguardo a los tres.

De pronto volvió a entrar el primero y sus palabras rompieron aquel expectante silencio nuestro.

"¡De acá nos llevamos al nene... vos, vestite, hijo de puta!".

Frente a la puerta del cuarto empezaron a aparecer en fila, con las piernas bien abiertas y las manos en la nuca, los hombres del refugio.

Todos ellos desfilaron frente a mi vista para ubicarse en el lugar asignado. Pasaban como ante la ventanilla de un tren en movimiento las caras de los que están en el andén. Seguían sin detenerse ni ante la puerta ni mi mirada. Parado exactamente frente a nuestra puerta y mi cama quedó Armando, un joven padre de dos preciosas niñitas, chileno, con el cual nuestra familia tenía una cordial relación y simpatía.

Se los llevaban. Secuestro... aquello era un secuestro...

Yo seguía mirando quietísima, haciendo conciencia de que mi hermano ya se vestía y de que se lo llevarían junto a aquellos hombres, nuestros vecinos.

¡Secuestrados!

Armando encontró mi mirada por un instante y desde la fila, con la cabeza agachada, me regaló una sonrisa apaciguadora al tiempo que una diminuta guiñada acompañó el gesto.

Creo que de haber podido hablar me hubiera dicho: no temas, nada malo ocurrirá.

Ellos eran muchos, iban y venían casi corriendo, entraban una y otra vez al cuarto. Nos miraban, salían. ¿Buscarían reconocer a alguien...?

De pronto irrumpen en el cuarto y mi madre no les dio tiempo a más.

–¡¡No se lleven a mi hijo, llévenme a mí!!... rugió la leona defendiendo la cría.

Llévenme a mí, repetía ella, ya levantándose de la cama. No recuerdo si mediaron palabra con ella.

La respuesta de ellos fue la ignorancia. Se dieron media vuelta y siguieron en lo suyo. Se estaban demorando y el estado de nervios iba en aumento.

Después de todo, era una operación clandestina, aunque actuaban con total impunidad. Algunos, hasta terminaron el operativo a cara descubierta.

Yo sabía del carácter arrojado de mi madre. La sabía audaz hasta la inconciencia. La vi sobreponerse a la amenaza de muerte recibida y salir al día siguiente a militar.

–"Si me atemorizan estoy perdida"... le oí decir alguna vez.

Pero esto no me lo esperaba, tampoco ellos.

Quedamos solos en el cuarto. Mi hermano ya se despedía "bueno... chau".

–¡No te muevas de ahí!... le rogó mi madre.

Se iban. Se iban... escuchábamos muchas puertas de auto... subían a los hombres a varios vehículos y se los llevaban.

Mi hermano quedó mudo, inmóvil... olvidado.

Minutos después mi madre y una chilena calma y solitaria madre de un chico de nuestra edad, organizaban una asamblea de las mujeres, para decidir los pasos a seguir. Entonces me enteré que habíamos sido amenazados. Si se denunciaba lo ocurrido tomarían represalias contra los secuestrados y volverían por los restantes. Algunas mujeres dudaban de cómo proceder. Temían se cumplieran las amenazas. Mi madre y esta compañera lograron convencer a las demás de que el silencio sería el peor enemigo y cómplice de la situación.

Rato después salíamos del refugio en delegación hacia la comisaría que quedaba a una cuadra. Se la podía ver desde la puerta del refugio, pero por supuesto no se habían percatado de que de cuatro vehículos descendió más de una veintena de hombres fuertemente armados, y que el refugio había sido asaltado.

Al día siguiente las dos se presentaban ante Naciones Unidas para hacer la denuncia.

Volvieron golpeados, picaneados... los habían torturado para "asustarlos".

Los fueron soltando por diferentes lugares de Buenos Aires, descalzos, semi vestidos.

Yo vi llegar a Hugo... no olvidaré más la expresión de su cara. Se apoyó en el marco de la puerta como para juntar fuerzas para seguir hasta su compañera y su hija.

Así fueron llegando todos durante el día.

Unos días después salíamos rumbo al norte. Casi todos fuimos repartidos por diferentes países de Europa. Alguno salió para Canadá.

Adiós Buenos Aires...

Yo iba muy seria y concentrada por la vereda, siempre pendiente de los movimientos de la cuadra al alejarme del refugio. En sentido con-

trario venía Sergio. Yo había oído que lo llamaban así, pero nunca habíamos cruzado un saludo ni palabra alguna.

Me miraba desde lejos y yo temblé. Él tendría unos veinte, todo un hombre para mis catorce.

Al encontrarnos se detuvo para decirme algo. Yo también me detuve.

–Hola... ¿cómo te llamás?... dijo con un acento que para mí ya era familiar.

Contesté evidentemente turbada y arremetí con los recientes hechos. Le pregunté por ellos, los del refugio de al lado, si habían escuchado lo de aquella noche y si para ellos había tenido alguna repercusión lo acontecido. Él me explicaba y ninguno de los dos pensaba realmente en sus dichos.

–¿Quieres que salgamos a algún lado mañana?

–Mañana me voy... nos vamos.

–Ah... y todo este tiempo por invitarte... y dime... tampoco podré escribirte, no sabes cuál será tu dirección...

–No, no la sé. Qué pena, Sergio... Adiós... dije al besar su mejilla.

Al día siguiente, al salir casi de madrugada del refugio rumbo al aeropuerto, a unos pasos estaba Sergio parado, mirando en silencio nuestra partida.

La Bruja

Lo de la estrella...

Lo de la estrella no lo entiendo. Le pregunté a Karina pero dice que no sabe. El otro día yo tenía una figurita de esas que vienen con los chicles, que tenía una estrella amarilla. Mi madre la vio y me dijo que esa estrella la habían prohibido los milicos porque tenía cinco puntas y era de los Tupamaros.

Yo no le pregunté más nada porque mi madre cuando habla de algunas cosas se pone medio rara, pero desde ese día empecé a encontrar estrellas de cinco puntas por todos lados, en la calle, en los libros de cuentos, en los carteles de la estación y en un buzo de mi hermana que tiene 17 estrellitas azules, y todas de cinco puntas.

Y la verdad que no entiendo mucho. ¿Serán todas de los Tupamaros?

Y los milicos, ¿no las habrán visto? O capaz que las vieron y como son tantas no les dio el tiempo de sacarlas.

Mi padre dice que los presos políticos están en la cárcel "por sus ideas y no porque hayan asaltado o robado a alguien".

Jorge está preso porque es Tupamaro, (y el padre de Manuel porque es Comunista. El hijo del vecino del séptimo no sé qué es, pero también es preso político).

Jorge es amigo de mis padres, y a mí me conoce desde chica, pero yo no me acuerdo de él porque lo metieron preso cuando yo era bebé.

A veces viene a casa la madre de Jorge, que se llama Dora y es de Mercedes.

Una vez fuimos todos a Mercedes y estuvimos en la casa de Dora, pero yo me acuerdo sólo del jardín, que era chiquito pero lleno de flores.

Dora es bien flaca y habla despacio y suavecito. Cuando viene a casa trae siempre unas manualidades que hace Jorge en el Penal para venderlas.

Una vez Jorge nos mandó de regalo a mi hermana y a mí unas carte-

ras de tela de vaquero, que siempre usamos para ir a los cumpleaños. A mí me encanta mi cartera, pero mi amiga Karina dice que es medio rara.

También hace unas cajitas de madera preciosas. Mi abuela tiene una que la abrís y se le saca un cajoncito chiquitito de adentro. A mí me gusta pila, porque además mi abuela guarda ahí las pulseras y las cadenitas y cuando me presta la cajita, me deja ponerme sus pulseras para jugar.

Con la plata de las manualidades Dora le compra cosas de comer a Jorge porque dice que la comida del Penal es horrible. (Para mí que les deben dar de comer mondongo todos los días, que es la comida que yo más odio.)

La otra vez que vino nos contó que Jorge le había hecho un barco enorme todo de escarbadientes para su cumpleaños, que le había llevado no sé cuántos meses hacerlo y que los milicos se lo habían robado.

Mi padre dijo como tres veces "¡qué hijos de perra!" (que es lo que dice siempre cuando se enoja mucho y no quiere decir malas palabras), mamá se quedó callada y a mí me dio una lástima...

Ayer fui a votar con mis padres. Yo no voté, porque los niños no votan, pero igual los acompañé.

El otro día mi hermana andaba cantando la cancioncita esa de "...sí por mi país, sí por Uruguay..." y mi padre nos explicó que ellos iban a votar el "no", porque los milicos querían reformar las leyes para seguir gobernando ellos.

Mi hermana preguntó por qué no había una cancioncita del "no", y él nos explicó que estaba prohibido.

Mi abuela dice que está todo acomodado y que va a ganar el "sí". Capaz que son exageraciones de ella, porque mi abuela no los puede ni ver a los milicos. Cuando aparece uno en la tele, empieza a rezongar, y siempre dice "cuándo reventarán todos juntos", y resopla, y a veces también dice malas palabras, o apaga la tele.

De noche se pusieron a escuchar todos esa radio que me parece que es de Inglaterra y que se oye horrible.

Mi hermana y yo nos fuimos a dormir como siempre, pero al hoy de

mañana despertamos, mi madre entró al cuarto toda contenta y nos dio un beso, y nos dijo que había ganado el "no" y que eso era bueno, porque quería decir que a lo mejor se terminaba el gobierno de los milicos.

Yo también me puse contenta.

Mi madre me contó que cuando vivíamos en la otra casa Jorge se había tenido que esconder en casa unos días, porque lo estaban buscando; que dormía vestido y que si los milicos llegaban a venir se iba a escapar por las azoteas.

También me contó que Jorge me había hecho una canción y que cuando yo lloraba mucho me la tocaba en la guitarra para que me durmiera.

El otro día estaba Dora en casa y hablaban de cuando Jorge saliera, y de que a lo mejor lo dejaban salir si en vez de quedarse en Uruguay se iba para otro país, y yo le pregunté cuántos años hacía que Jorge estaba en el Penal.

Ella me contestó que nueve, y yo empecé a sacar la cuenta, porque son los mismos que yo tengo, y me puse a pensar en todo lo que yo había hecho en esos nueve años, desde que era bebé, y el jardín, y el otro jardín cuando nos mudamos, y la escuela, todo primero, todo segundo, todo tercero y ahora que estoy en cuarto, y mientras tanto él siempre preso, y me pareció tanto tiempo que le pregunté a Dora qué hace Jorge en el Penal, y cómo aguanta.

Ella se rió y me dio un beso con ruido y después me explicó que él hace manualidades, y lee, y estudia y que charla con los compañeros en el recreo (porque en el Penal hay recreo como en la escuela, pero un poco más largo) y que con todo eso se entretiene. A mí no me convenció mucho, y me pareció que si yo estuviera todo el día encerrada no podría aguantar, pero igual no le quise decir nada porque me di cuenta que aunque se rió, Dora estaba medio triste.

El otro día fue el cumpleaños de una amiga del otro quinto y nos invitó a todos. Era en la casa y en el medio del cumpleaños llegaron dos soldados, de esos que usan uniforme todo verde, con unas cajas llenas de comida.

El padre de mi compañera es Coronel, y ella dice que por eso traen todas esas cosas. Además de las cajas había una bolsa con carne y otra bolsa enorme llena de rollos de papel higiénico.

El padre empezó a tirarnos los rollos, y se armó una batalla de papel higiénico, las niñas y el padre de un lado, los varones del otro.

Estaba divertidísimo, pero llegó la madre y nos hizo juntar los rollos (algunos se habían desarmado y el comedor estaba lleno de tiras de papel) y nos trajo unas galletitas raras con brotes de soja y tallos de bambú (el padre nos explicó que eso se come en China y se puso a contarnos cosas de los chinos).

El cumpleaños estuvo buenísimo, creo que nunca había estado en uno tan divertido, pero cuando llegué a casa me puse a pensar si el padre de mi amiga será como los milicos que me contó mi madre, que la corrieron en 18 de Julio con los caballos, o como los que les pegan a los presos.

Ojalá que no, porque a mí, el cumple me encantó, y los cuentos de los chinos estaban bárbaros, y el padre de mi amiga me pareció buenísimo y simpático.

Mis padres me mostraron una hoja que tienen escondida abajo del nylon del último cajón de la cómoda.

Me contaron que todos los nombres que aparecen allí son de gente que los milicos se llevaron presa y la hicieron desaparecer.

Había un montón de nombres, son dos hojas escritas a máquina y con fotos.

Hay personas mayores y niños, porque se los llevaban con sus padres.

Al lado de las fotos está el nombre y la fecha en que nacieron. Hay uno que nació en el setenta y dos, como yo.

Al principio yo no entendía muy bien qué quiere decir que desaparecieron y les pregunté si los tendrían presos en algún lado y no querían decir dónde, o si a lo mejor estaban muertos.

Mi madre me explicó que ellos pensaban que los habían matado porque ya hacía mucho tiempo que se los habían llevado, y que no creía que los tuvieran presos a escondidas tanto tiempo. Me dijo que a lo mejor a los niños los habían dejado en algún hogar del Consejo del Niño, o se los habían dado a alguien.

Ellos conocían a algunos, hay una maestra que era amiga de mi tío Walter, y un Doctor que atendía a mi madre cuando era joven, que era buenísimo, y se lo llevaron por comunista.

A mí me pareció horrible y me dio una bronca bárbara.

Ellos me explicaron que no tengo que hablar con nadie de este tema y que no puedo contarle a nadie que esa hoja está ahí. Que me lo cuentan porque ya estoy grande y tengo que saber algunas cosas que pasan en el Uruguay.

Yo ya sé que hay cosas que no se pueden comentar, que no se puede decir en la escuela que en casa caceroleamos (mi hermana y yo con las tapas de las ollas, mi abuela con el colador grande, el de los fideos).

Que no conviene decir que vamos a los festivales de canto popular, y que cuando estamos escuchando esos casetes que nos mandan de México y suena el portero eléctrico, hay que apagar el grabador antes de atender, y otras cosas por el estilo. Lástima que no le pueda contar a Karina, que es mi amiga y estoy segura que no sabe nada de todo esto, pero ya sé que no se puede.

El martes liberaron a Jorge. Era martes 13, pero parece que a él le dio suerte. Por suerte pude convencer a mis padres de que me dejaran faltar a la prueba final de Biología, para ir a buscarlo al Penal.

Mi madre no quería que faltara, pero Papá dijo que después de 12 años y pico y sabiendo que lo iban a largar, podía faltar hasta a la fiesta de fin de año.

Así que marchamos todos en el Volkswagen, recontra nerviosos y con un poco de miedo, porque dicen que a veces a último momento deciden no soltarlos. Al llegar nos hicieron entrar por un camino de tierra, parar frente a una barrera, nos pidieron los documentos, tuvimos que dejar el auto parado frente a un portón grande y Papá tuvo que entrar solo a buscarlo. Demoró un ratito y nosotras estábamos medio nerviosas ya, cuando los vimos aparecer por el camino, los dos abrazados y cargando a medias la bolsa de la ropa.

Nos abrazamos todos, nos besamos. Mamá se pasó para el asiento de atrás y Jorge se sentó al lado de Papá.

Nosotros pensábamos que lo iban a largar pelado, pero tiene un poco de pelo, cortado como un cepillo.

Quedó justo delante de mí y yo le miraba la cabeza con ganas de tocársela y ver como se sentían esos pirinchos, pero me daba un poco de vergüenza.

Al final me animé, le pedí permiso y le pasé la mano por la cabeza. Es bien suavecito. Todos se rieron de mí, pero mi hermana aprovechó para hacer lo mismo.

Cuando llegamos a casa, mi abuela lo abrazaba, y a Jorge se le caían las lágrimas; parecía que no lo iba a soltar más, pero ni bien lo largó, lo primero que hizo fue decirle que estaba muy flaco, y le dio una milanesa al pan (mi abuela siempre encuentra a todo el mundo flaco, pero la verdad es que Jorge está flaco en serio).

Charlamos horas, creo que se contaron los 12 años en una tarde.

Ahora se fue para Mercedes, a encontrarse con Dora, pero quedamos que cuando vuelva me va a contar más cosas del Penal.

La de Biología no me dejó hacer la prueba otro día. Se ve que no le convenció mi explicación de que había faltado por "motivos familiares" (¿se habrá enterado que fui al Penal?).

Cuando mi madre fue a buscar el carné, la adscripta le dijo, con su mejor cara de vinagre, que "era una lástima que no hubiese hecho la prueba de Biología, porque eso me había impedido mantener la nota", y que por eso no había pasado con seis a segundo.

Mamá me miró y nos sonreímos; después nos besamos las tres con besitos fallutos y nos deseamos "felices vacaciones".

Mavi

CUANDO NIÑA...

La captura
10 de agosto de 1970

I

–A mí no me agarran vivo–, había dicho mi padre más de una vez y esto no lo perdíamos de vista.

Ese día, después de la escuela, almorzamos, fuimos al Parque Rodó, nos sentamos en la rambla, mi hermana Rocío, mi padre y yo, tres saboreando el mar.

Las últimas libertarias de mi padre:

–¿Qué etapa de la vida te gustó más?

–Ésta, porque me siento útil, estoy luchando por lo que creo y encontré el verdadero sentido de mi vida.

Llegamos a la iglesia del padre Asiaín Márquez. Papá entró y nosotras quedamos en la fuente del jardín del fondo. Estaban negociando por el secuestro de Dan Mitrione. Eso lo supimos después, por los diarios. El padre Asiaín y monseñor Partelli, obispo de Montevideo, fueron apresados en la misma iglesia. El padre Asiaín, para que liberaran a mi papá, declaró que él era tupamaro, no mi padre, que si había una cruz, tenía que cargarla él y no otro. En el juicio donde mi padre asumió como abogado su propia defensa, consiguió la libertad de quien se autoacusaba para salvarlo, usando el mismo método, autoacusándose. Asiaín debía quedar libre. Mi padre ganó el juicio quedándose como tupamaro preso.

Estábamos esperando sentadas en la fuente del jardín del fondo de la iglesia.

Mi padre volvió y nos despedimos del viejito Asiaín. Salimos de la iglesia buscando el auto, que había quedado estacionado en la esquina.

Mi padre ya estaba en el volante, mi hermana en la ventanilla de atrás, yo tenía un pie adentro y el otro afuera. Cuatro tipos con metra-

lletas y de particular nos rodearon dando la voz de... ¡Alto! Mi padre miró a mi hermana, me miró a mí, puso el pie en el acelerador, él nunca se entregaría vivo. Miró a mi hermana... Entré rápido y cerré la puerta. Nos miramos... Salió lentamente con las manos en alto. La gente se amontonaba para asistir al espectáculo de nuestra detención.

–Hay dos niñas–, corrían las voces rodeando a los que nos rodeaban.

–Documentos, nombres...

–Marino Pereira–, su nombre era el mío en la clandestinidad. Lo dijo bien alto para que nosotros lo repitiéramos.

–Nombres...

–Marina Pereira.

–Rocío Pereira–, repetimos.

Nos revisaron, no teníamos armas.

–Son dos niñas. ¡Qué les van a hacer! ¡No se las pueden llevar! ¡Somos testigos!

Los vecinos, multitudinarios en la calle, nos defendían, nos salvaban.

–¡Desalojen! ¡Abran paso!

Encañonando a la multitud nos subieron a un auto. Obligaron a mi padre a conducir hasta su propia cárcel. Casas de rostros vacíos, ciudad sin sentido, calles indiferentes de transeúntes... Mi hermana lloraba.

Entramos en la Jefatura, ese pulpo que amenaza con tragarse la ciudad. Apuntaron nuestros nombres en un libro grandote. Fue entonces cuando entró un gigante gordo y le quitó la peluca a mi papá. Descubriéndolo irrumpió en gigantescas carcajadas que hacían eco en toda la Jefatura. Los gritos de los presos, los gritos de dolor, de huesos quebrados, carcajadas, los ahogos de los gritos, la explosión de las risas, los ecos de esas voces salían por las ventanas pero nadie las escuchaba.

–¡Pero miren a quién tenemos aquí!

–¡Así que te estábamos buscando hace tiempo y mirá vos dónde te venimos a encontrar!

Corrí hasta el gordo, le di piñazos en el estómago, era enorme y me tiró de un empujón. Fui a dar a los brazos de mi padre... Por un momento fuimos a pasear al Prado, me nombró los árboles, de los pájaros el vuelo, hojas cayendo... Hojas cayendo sobre este momento infinitamente sencillo en los ojos.

– No llores Marina, ya nos volveremos a ver... entre rejas.

"Ni una lágrima más", prometí en silencio y aprendí a ser fuerte y no hablar, aguantar pase lo que pase. Me abracé a la confianza serena de su mirada.

–¡Ustedes, contra la pared! ¡No se muevan!–, nos gritaron.

–¡Usted, venga con nosotros!

Lo introdujeron por la pequeña puerta gris desde donde salían gritos cortando el aire como la carne. Miré a mi hermana con los ojos fijos en la pared. Desde el Prado de su nacimiento una hoja de otoño caía despacio, sola, desesperada. Permaneció el otoño del Prado en nuestra pared... y los rugidos de los presos. Salí corriendo y abrí la puerta. Mi padre estaba desnudo, sus ropas a los pies. Me vio, recogió algo del suelo y se cubrió. Se quedó mirando mudo. Un milico lo golpeaba partiéndole el garrote en la espalda. Se rompía el golpe en la espalda inmóvil. Ni un gesto, ni una nada. En el hilo invisible de nuestra mirada pasaron siglos, horas, minutos en que la espalda detuvo no solo el golpe sino el ronquido seco del madero partiéndose en la piel. Luego todo siguió como si no ocurriera, el golpe se volvió invisible, el verdugo desapareció y quedamos solos paseando por el Prado junto al árbol de magnolias como en un ensueño de Jardín Botánico. Pasó la eternidad que la realidad rompió. El garrote se descargó, pero la terquedad de su espalda no se dobló. La manaza del gordo fue a dar asquerosamente en mi cara. Patié, arañé, mordí. Me convertí en un perro cimarrón. La pequeña puerta se cerró a mi espalda y mi padre desapareció. Me levantaron en vilo de los pelos. Quedé con los pies en el aire. Recibí patadas y seguí arañando, patadas y seguí arañando, patadas. Decidí esperar. Habían cazado a mi padre y ahora estábamos en sus redes.

II

Nos llevaron a una pieza sin nada. Entró una mujer policía y dos funcionarios. Comenzaron las acostumbradas preguntas para las que teníamos premeditadas respuestas. Una emisora radial trasmitía los movimientos de la ciudad, aturdía: "En la Plaza Libertad una pareja conversa, llevan diez minutos allí, continúan hablando"... "En la esquina de Tristán Narvaja hay tres estudiantes hace quince minutos"... "En la Plaza Independencia, una mujer con un niño"... "Un obrero va por

"El Entrevero", entra en El Día... "Detenidos en la Plaza Libertad"... "Detenido en una esquina escuchando a Viglietti"... "Detenida amamantando a su hijo"...

Es un delito estar más de quince minutos en un mismo lugar. El silencio se mueve en la ciudad. Nos acompaña. Abrieron el portafolio de la escuela, revisaron, leyeron los cuadernos. Encontraron la redacción..."Retrato de un amigo: Ojos grandes, oscuros"...

–¡¿Quién es?! ¡Contesten!

–Artigas.

–"Labios gruesos..." ¿A quién conocen así?

–Artigas.

–Pero déjense de joder... "nariz respingada". ¡¿Quién es?!

–Artigas.

–Mirá, nenita, vos tenés que colaborar, si se trata de un amigo de tu papá, tenés que decirnos quién es.

–Artigas.

Los funcionarios se fueron. Quedamos solas con la mujer. Volvió a su rutina de los papeles. Sin levantar la vista preguntó para anotar en el libro grandote:

–¿Ustedes por qué están aquí?

–Si usted no lo sabe, nosotras tampoco–, dijo Rocío.

– ¿Por qué?

–¿Por qué estamos presas?–, seguí.

–¿Son tupamaras?

–Somos niñas–, dijo Rocío.

–Está prohibido llevarse a los niños presos–, dije.

Uno de los oficiales volvió a entrar.

–No se preocupen que enseguida se van a ir–, aseguró la mujer.

–¡Acompáñenme!–, ordenó el oficial y nos encerró en un ascensor.

III

Cuarto piso encerradas en el ascensor. Me sujetan del brazo... Ayer en la fuente del Prado maté bichitos de luz. Cacé una largartija. Se desprendió de la cola y escapó de mis manos. Si yo pudiera desprenderme del brazo y escapar..., escapar... Estuve leyendo un libro sobre Van Troi, el vietnamita del Tío Ho. Cuando Van Troi cae preso le arrancan las

uñas. Van Troi se tira por la ventana tratando de escapar. Cae arriba de un camión en marcha y se rompe los huesos. Pero yo voy a tener suerte. Voy a buscar a mi padre que está en los pisos de abajo. Rocío me va a seguir y nos escapamos. No necesitamos tirarnos por la ventana, es una suerte.

Cuarto piso, Inteligencia y Enlace. La puerta del ascensor se abre y salgo corriendo. Le grito a Rocío que me siga. Encuentro la escalera. Bajo corriendo. Le grito a Rocío que me siga. El que me sigue es el gordo. No importa, después de rescatar a mi papá, vuelvo a buscar a Rocío que ya sé dónde está. La escalera de caracol no termina nunca. El gordo se me está acercando. Tengo vértigo, no puedo mirar para abajo y tampoco mirar para atrás. Mis pies ya no tocan los escalones. Otra vez el gordo me levanta en vilo por el pelo. Me sube hasta el cuarto piso con los pies en el aire. Soy demasiado flaca y no peso nada. Prometo comer todo el plato y engordar, así no me podrán seguir levantando por los pelos. Bajé cinco pisos y no encontré la salida. Debe haber otra escalera que me conduzca a mi padre. Esto es un laberinto.

IV

–¡De rodillas contra la pared!

Rocío llora, se agacha pegada a la pared y llora, es más chica. Hay un aparato mecánico donde gira una aguja de reloj. No sé qué es pero no importa. Hay una ventana pero está cerrada. Arranco la aguja que da vueltas. Rocío se levanta y me mira. No llora, está asustada. Rompo el aparato contra el piso. Cuatro policías armados nos rodean. Nos apuntan con el revólver. Nos enfocan con una luz que encandila. Traen dos sillas y nos obligan a sentarnos. Me levanto como un resorte y me vuelven a sentar, me levanto, me sientan, me levanto...

–A mí nadie me manda.

–¡Cállese la boca! Está hablando con el comisario Otero.

Es bajo y no se ve a contraluz. No lo vemos, sólo lo escuchamos... El comisario Otero es el mismo que sale en los diarios.

–¿Dónde se encontraban con su padre? ¿Tus padres se ven?

–No. Están separados–, por suerte Rocío se acordó de lo que había que decir.

–¿Están separados?

–Sí.

–¿Dónde estuvieron antes de ir a la iglesia?

–En la escuela.

–¿Y después?

–En la escuela.

–¡Después de la escuela!

–En la iglesia.

–A la iglesia llegaron dos horas más tarde. Ustedes seguramente quieren irse para su casa y que su madre las venga a buscar. ¿Dónde trabaja tu mamá?

–No sé.

–Número de teléfono.

–No sé.

–¿De dónde venían al encontrarse con su padre?

–De la escuela.

–¡¿Dónde fueron después?!

–A jugar.

–¿Dónde?

–A un parque.

–¿Qué parque? ¿El Parque Rodó?

–Sí.

–¿Qué hicieron? ¿Con quién se encontraron allí? ¿Quién vive en el Parque Rodó?

–Los juegos. Fuimos a jugar y nada más.

–¡¿Quién vive en el Parque Rodó?! ¿A quién fueron a visitar?

–A nadie.

Yo me callé y no dije más nada. Rocío siguió contestando. Yo había metido la pata. En el Parque Rodó vive mi prima Jaqueline que es más chica que Rocío. ¿Y si traen presa a mi prima Jaqueline que es más chica que Rocío? ¿Si le pasa algo a mi prima Jaqueline por culpa mía? Tengo que repetir lo mismo que Rocío, es más chica pero contesta mejor. Tenemos que mentir, mentir, mentir.

–¿En dónde estuvieron?

–En ninguna parte.

–¡¿A quién visitaron?!

–A nadie.

–Número de teléfono del trabajo de tu mamá.
–No tiene.
–Nombre completo de tu mamá.
–No me acuerdo.
–Lugar a donde fueron antes de la iglesia...
–Ninguno.
–¿Se encontraban antes con su padre?
–No.
–¿En qué trabaja tu madre?
–No sé...
–No sé...
–No sé...

El interrogatorio siguió. Rocío los convenció, los dio vueltas en el Gusano Loco del Parque Rodó. Mi prima Jaqueline por suerte está salvada. A Rocío, aunque tiene nueve años, no logran aturdirla. Yo la sigo, repito todo lo que dice. Después, cuando por fin nos dejan tranquilas, Rocío no hace más que llorar. Me encañonan con un revólver en la sien. Me dicen que los calabozos están muy fríos y que me van a aplicar el hierro caliente para marcarme como hacen con los terneros en la yerra.

–¡Y a mí qué me importa!

Los desafío para que Rocío no se asuste. Ella contesta y no se equivoca nunca. Yo no hablo y cuando me obligan, repito palabra por palabra lo mismo que ella, miento. Somos unas mentirosas.

V

Traen un montón de estudiantes. Los agarraron en una manifestación. Los ponen de plantón durante horas. Yo los acuso...

–Torturadores, asesinos. ¿Qué le están haciendo a mi padre? ¿Dónde está?

Estoy planificando escaparme otra vez. En algún lugar debe haber una puerta que me lleve a mi padre. Estoy segura de que es así. Tengo la impresión de que está cerca. No sé explicarlo. Tengo la sensación que nos está escuchando. Yo siento que él nos está escuchando. Entonces no puede estar lejos. Lo voy a encontrar y nos vamos a escapar.

Los muchachos están cansados. Les pegan cuando se mueven, les dan garrote.

VI

Ponen a los muchachos contra la pared del fondo. El gordo da la orden...

–¡Preparen! ... ¡Apunten!...

Rocío llora tapándose la cara.

–Si me escapo, te prometo que te voy a sacar de aquí.

–Callate…

–Vas a ver que vamos a salir, voy a encontrar la salida.

–Nos van a matar, callate.

–¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!

Oigo los disparos, los muchachos caen. No veo sangre porque no tengo los lentes. Es raro, algunos mueren de pie. Salgo corriendo, me escapo. Abro puertas, puertas, puertas. Detrás de alguna puerta está mi padre escuchándonos. Abro una puerta tras otra. Bajo corriendo las escaleras. Sigo abriendo puertas. De vuelta mis pies no tocan el piso. Otra vez cazada por los pelos. Paso cerca de los estudiantes muertos. Muy lentamente se levantan. No hay sangre en el piso.

–¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Ustedes son los asesinos de mi hermano! ¡Ustedes mataron a mi hermano Alfredo! ¡Fueron ustedes! ¡Asesinos!

Alfredo aparece desde la nada. Mi hermano Alfredo. Lo veo llegar desde la fuente del Prado, desde el Jardín Botánico, justo por el camino de las palmeras butiá. Desde donde me empapé porque me caí en la fuente en invierno, y él se rió. Se rió porque yo estaba haciendo piruetas en el murito de la fuente y no me di cuenta y me caí. Se rió y pescándome de la solapa me sacó de la fuente chorreando agua como las estatuas. Mi saco empapado pesaba. Salí con cara de musgo. Alfredo se rió salvándome porque hacía frío. Alfredo se rió y todas mis hermanas y mi padre, el agua, las palmeras, la fuente y el camino de la fuente fue una risa. Alfredo llega con el gesto de su risa y está aquí tan cerca, que nada me importa. Alfredo, mi hermano grande, ha venido a visitarme. Me va a cuidar, me va a ayudar, me va a defender… No sé cómo, pero estoy segura de que vamos a salir. Los muchachos, como si no estuvieran muertos, se van levantando del suelo. No entiendo nada. Me abrazo a Rocío.

–¿Qué pasó?

–No sé, pero vas a ver que vamos a salir.

–Hijos de puta. Nos hicieron un simulacro de fusilamiento–, contestó uno de los caídos.

Los milicos se mataban de la risa.

VII

Se llevaron a los muchachos y quedamos solas otra vez con los interrogatorios. Éramos responsables de nuestros padres. La vida de mi padre, la vida de mi madre, estaba en nuestras palabras. Dependía de lo que dijéramos el surco que haría la línea de la vida en nuestras manos.

Habían pasado las horas y a esta altura nos podía pasar cualquier cosa. Ya era de noche y era tarde. ¿Qué pensaría mamá que no habíamos regresado de la escuela? ¿Cuándo volveríamos a casa? Mamá nunca se va a dar cuenta de que estamos acá. ¿Nos van a dejar presas? Por suerte ya no nos preguntan por mi prima Jaqueline, quiere decir, por el Parque Rodó. Es verdad que alguna vez fuimos con mi prima Jaqueline y con mi papá al Parque Rodó, pero eso no lo podemos decir. Si lo preguntan es porque no lo podemos decir.

–Ustedes no nos pueden tener aquí. Tienen que dejarnos ir. Mi mamá nos debe estar buscando.

–Señor, lléveme con mi mamá.

–Rocío, ellos tienen la obligación de dejarnos en libertad.

–Nosotros queremos llevarlas a su casa. Tenemos un patrullero esperando afuera. Pero, para eso tienen que darnos los datos que les estamos pidiendo. Sabemos que ustedes viven en el Prado, pero no tenemos el teléfono para llamar y que las vengan a buscar.

–Usted dijo, señor, que había un patrullero para llevarnos. ¿Para qué quiere el teléfono?–, preguntó Rocío con la agudeza de siempre.

Mi casa en la calle 19 de Abril es la casa más linda del mundo. Pienso en mi casa... pienso en el Prado... Se me olvidó mi teléfono... De verdad que se me olvidó y si quiero acordarme no me sale.

–¡Hasta cuándo nos van a tener acá! Somos niñas, esto es ilegal.

–¡Cállese la boca! Usted está hablando con el comisario Otero.

–Usted no es nadie.

–Limítese a contestar lo que se le pregunta.

–Dígame dónde está mi padre y lléveme con él. Yo sé que lo están

torturando. Ustedes son unos torturadores, son unos asesinos. ¡Criminales! Eso es lo que son.

Ahora el interrogatorio fue distinto. Yo también preguntaba, acusaba. Ninguna de las dos contestaba más, nunca más. Apareció el gordo no sé ni de dónde y empezó a burlarse como si relatara un partido de fútbol...

–Vietnam contra Estados Unidos, señoras y señores, esto se está poniendo muy interesante, avanza Vietnam, avanza por el medio de la cancha. Sale al ataque Estados Unidos, retrocede Vietnam. Buena defensa la de Vietnam. Estados Unidos le va a cobrar penales, le lleva ventaja. Esto es sensacional, señores y señores. Imposible de creer. Vietnam se recupera y avanza otra vez...

Nosotras quedamos mudas y ellos como si le hablaran a las paredes.

–¡Goool! ¡Goool de Estados Unidos! Esperen señoras y señores, no se impacienten, este partido continúa, veremos qué va a hacer Vietnam en el segundo tiempo...

Me acordé de Van Troi, el héroe del Tío Ho. Me acordé de su plan para escapar. Mis intentos de fuga habían fracasado, pero ahí estaba la ventana, cerrada. Si abro la ventana, me tiro cuando no haya ningún auto en la calle, vuelvo a entrar, busco a mi papá, me voy con él y después venimos a rescatar a Rocío. Evidentemente es un buen plan. El único problema es calcular la caída justito en la vereda, para que no me vaya a pasar lo mismo que a Van Troi. Entonces empecé a toser...

–Por favor, podrían abrir la ventana.

Abrieron una rendija de la ventana. Me acerqué a mirar. Estaba lleno de patrullas y chanchitas circulando o estacionadas. Había que esperar que se vayan a dormir. Entonces la calle quedará vacía. Hay que tener paciencia.

VIII

Vino una mujer policía y nos dijo:

–Pasen por aquí, vengan conmigo, van a comer.

Con el hambre se me olvidaron todas las ventanas. En un cuarto, arriba de la mesa, había dos tazas de café con leche y bizcochos.

–Pobrecitas, están muertas de hambre.

Tenía una voz suave. No nos preguntaba nada. Nos tranquilizaba

diciendo que nos iba a encontrar un buen colchón para dormir, con sábanas y todo. Después de comer se me cerraban los ojos arriba de la mesa.

–No te duermas–, me decía Rocío dándome un codazo o una patada por debajo de la mesa.

Fuimos al baño. Nos echamos agua en la cara. De repente apareció el gordo:

–Recojan todo y vengan conmigo.

–Con usted no vamos a ninguna parte.

–Vengan, tu mamá las está esperando.

IX

Mi madre era la fuente de agua clara en el desierto del Principito.

–Bueno, querida Isabelita, ahora estarás contenta, ¿verdad?

–Es la tercera vez que vengo aquí y me decían que no estaban. Es la tercera vez, García, si no me encuentro con usted no me devuelven a mis hijas.

–¿Te acordás, Isabelita, cuando íbamos al liceo, y estábamos en la misma clase? ¿Te acordás de mí? Yo me sentaba en el último banco. ¿Quién iba a decir que nos volveríamos a encontrar aquí? Supongo que te acordarás de mí.

El gordo decía todo eso mientras nos mantenía agarradas de la mano, sin soltarnos.

–Por favor, señor...

–García, podés tutearme.

–Por favor señor, si usted quiere yo me quedo presa, dejo a mis hijas en casa y regreso para que me detengan. Por favor, ¡entrégueme a mis hijas!

–Sería un buen trato–, dijo sonriendo, –pero... por ahora no es necesario. Antes de irte tenés que firmar aquí. Este documento dice que la atención para con las niñas ha sido impecable y que se encuentran en excelente estado físico.

–Es mentira, mamá, él me pegó. A papá también le pegaron–, dije.

–Esta es un tesorito, igualita a vos, pero la más grande es una leona, igualita al padre. Tené cuidado con ella. Seguramente la vamos a volver a tener por aquí.

El gordo le acercó un documento.

–Tenés que firmar. Si no firmás, no las podemos dejar ir.

Mi madre firmó. El gordo nos soltó. Mamá nos agarró fuerte.

–¿Ya nos podemos ir?

–Sí, claro, cuando quieran.

–No mamá, no podemos irnos hasta no ver a papá. Tenemos que verlo porque yo sé que lo están torturando. Yo lo vi. Usted me va a decir dónde está mi papá. Yo no me voy de aquí.

–¡Vamos!

Mi madre me agarró fuerte llevándome escaleras abajo. Yo iba gritando...

–¡Torturadores!... ¡Asesinos!...

Mis gritos taladraban las paredes para que mi padre sintiera y, desde no sé qué lugar, respondiera.

Cuando llegamos a la calle, afuera, empecé a llorar.

–Marina, ¿qué te pasa? ¿Qué te hicieron? Si querés vamos a la prensa, vamos a *Marcha* y contás todo. Esto hay que denunciarlo.

–Quiero ir para mi casa–, dijo Rocío y nos fuimos.

X

Rita, mi hermana melliza, y mi amiga Cecilia estaban sentaditas en el portón, esperándonos. Susana, la mamá de Cecilia y Leticia, también estaba en el jardín esperándonos. Leticia y mi hermana Gabriela jugaban adentro, esperándonos, estaba la abuela en la cocina. Nos habían buscado todo el día, por todas partes. Cuando mi madre escuchó por la radio la noticia de la detención de mi padre, se le ocurrió que podíamos estar con él. Fue a la Jefatura y le dijeron que no estábamos. Fue por tercera vez y ahora estábamos en casa, abrazadas, abrazadas, abrazadas.

XI

La policía vive llamando por teléfono. Agarran a mi madre y le detallan las torturas que le están haciendo a mi padre. Le dicen que si quiere volver a verlo con vida tiene que decir todo lo que sabe. Mi madre dice que se acuerda de Haydée Santamaría, que es cubana, y piensa: "Si él está resistiendo y no dice nada, yo no tengo nada que decir". Cuando

suena el teléfono, mi madre levanta el tubo y dice que no sabe nada de nada. Pero si lo levanto yo, o cualquiera de mis hermanas, entonces la abuela aprovecha, nos quita el teléfono de la mano, y les dice hijos de puta y les dice de todo.

Diez días después fuimos a ver a mi padre.

Presentamos documentación. Pasamos por corredores. Nos detuvieron ante rejas. Abrieron la puerta y entramos. No había casi luz. No había nadie. Esperamos en un banco. Mi padre apareció escoltado. Le quitaron las esposas. Mi madre y mi padre se abrazaron. Apoyado sobre mi madre se sentó en el banco frente a nosotras. Le colgaba el cuello de la camisa. Las mangas estaban rotas, la cara con moretones. Le costaba moverse. Le costaba hablar.

–¿Qué te hicieron? ¿Qué te hicieron?–, repetía mi madre.

–Me torturaron... Creo que tuvieron que parar porque la presión me subió a veinticuatro... Estuvieron toda la noche preguntando... No les dije nada... Les hablé de marxismo...

–Esto hay que denunciarlo. Cuando salgamos de aquí voy a *Marcha* para que lo publiquen.

–No... No hagas nada... Si quieren seguir,... van a seguir... Ni tú, ni *Marcha*, van a poder hacer nada... Hay que ser cuidadoso... Pueden tomar represalia contigo y con las hijas.... Hay que pensar en las niñas... Esto no va a durar mucho... Dentro de poco me pasan a Punta Carretas...

Me preguntó por la escuela. Hablaba muy lento. No sé ni de dónde sacó un papel, y me lo dio.

–Es para ti, que no te lo vean–, me dijo al oído cuando nos despedimos.

La visita terminó. Nos abrazamos y se fue, en su mirada, nosotras. En el puño de mi abrigo la carta se convirtió en invisible. Era un escondite demasiado evidente, pero la carta se había convertido en invisible. No me cachearon los puños. No terminaba de coordinar la visión de mi padre con la realidad. Tenía bronca. Tenía ganas de gritar. Tenía lo más importante: la carta. Aprendí que las cosas, muchas cosas, se pueden volver invisibles. Cartas, papelitos, mensajes. Yo misma me podía convertir en invisible. Esto era verdaderamente asombroso. Mi padre estaba adentro, preso, pero su carta, su mensaje, estaba afuera. ¡Libre!

XII

Cárcel Central, 18 de agosto de 1970

"Querida Marina:

Recién hoy pude conseguir papel y lápiz para escribirte. Es ésta la primera carta que escribo desde la cárcel. Es para ti porque estoy orgulloso de tu conducta. Fuiste valiente frente a los esbirros, Rocío también se portó muy bien ante las circunstancias. Ella es más chica, pero tú, con sólo doce años, demostraste una combatividad ejemplar. Ganaste el título de ser llamada una niña rebelde. Capaz de reaccionar con energía, con dignidad, frente a una docena de milicos que te acosaban para que tu padre lo sintiera desde una pieza contigua. No tuviste miedo a pesar de que eran hombres dentro de su propia fortaleza. Los acusaste certeramente. Les gritaste que eran los asesinos de tu hermano Alfredo. Preguntabas ¡qué crimen van a cometer con mi padre! (...)

No pocos quedan en rebeldes. Mas la condición de revolucionario no se logra de golpe. Es el producto de un proceso en relación con la vida, o mejor dicho, con los hechos de la vida que devienen en experiencia. Es una capacidad para sentir o ser sensible acerca de esos hechos o sistemática con esos hechos. Para ello es necesario: ser capaces de amar. No en un sentido egoísta. Me amo a mí misma, amo a mi novio, a algunos miembros de la familia, o aborrezco a otros dentro o fuera de ella. No. El amor auténtico es el que no es patológico, el que no está limitado por una estructura económica competitiva, en la que unos se clavan el diente a los otros para poder subsistir. El amor es más amplio, es infinito. Se traduce en esto: amo en ti (a mi esposo, padre, madre, hermano, abuela, etcétera) a la humanidad. Puedo y debo amar más intensamente o profundamente a los que tengo más cerca o a aquellos con los que me relaciono más íntimamente. Pero este amor no sería sano si no es compatible con el amor al prójimo o con el sentimiento de sentirse hermano de cada uno de los que integran su pueblo y a su vez de cada ser humano que habita el planeta. Porque este es realmente el verdadero amor. El que corresponde a la virtud esencial del ser humano no degradado, no deformado, y por tanto en condiciones de cumplir con los grandes fines de la vida en el marco de todas sus potencialidades creadoras.

Para ser revolucionario es necesario tener capacidad de amar frente a todas las manifestaciones de la vida. Amo en ti a la humanidad.

Te abraza,

tu padre."

Amazona

La paisana

Nació en un hogar con nueve hermanos; pasó hambre y frío; salió a trabajar a los diez años en las estancias para cuidar niños y lavar cocinas.

A los 13 años se vino a Montevideo como doméstica, vivía en Yi y Durazno.

Conoció a un muchacho a los 16 años, para mí era un niño, me enamoré y él también, pero yo tenía claro lo que quería y era entrar en las fábricas, para poder luchar en los Sindicatos. Cuando me vino a visitar ya no estaba, me fui, para no hacerle daño.

Entré en las fábricas textiles, luché junto a Héctor Rodríguez, Gaetano, Garmendia y otros.

En los primeros años teníamos que esconder el carné sindical para poder conservar el trabajo.

Nuestro patrón era Pedro Saenz, el más reaccionario de los patrones.

Y pasaron los años. Yo tenía mi compañero del cual nacieron dos hijas que se llevan 15 años, porque yo vivía a "campo", porque estaba siempre suspendida o presa.

Cuando pusieron las Medidas Prontas de Seguridad en 1968, estuve presa en la Escuela de Nurses, con los compañeros de la Comisión de fábrica; mi hija mayor ya tenía 16 o 17 años y nos dijimos, vamos a luchar y la que caiga, mala suerte.

Ella era estudiante, cuando llegó la dictadura en 1973 tenía una nena de cinco meses y con el esposo cayeron presos; tuve que hacer de mamá. También estuve presa pero pocos días.

En una de las visitas que le hice a mi yerno, al Penal de Libertad, me pidió que ayudara a un muchacho que le estaban dando duro, no lo conocía, pero tuve que inventar algo para poder verlo y que me dieran la visita; fui como nueve o diez años a visitarlo y llevarle el paquete. En 1976 cae mi hija de nuevo presa, estaba embarazada de otro bebé; nació el 11 de mayo de 1977, estaba en Punta de Rieles.

Yo iba a Libertad los miércoles, los jueves al Cuartel y los sábados o domingos a Punta de Rieles.

Tenía tres nietos a mi cargo.

El 24 de octubre de 1978, me echaron de la fábrica por notoria mala conducta, después de 26 años de trabajo, pero les gané el pleito en la dictadura y me tuvieron que pagar el despido.

Cuando nació mi nieto, pedí para sacarlo del Penal; lo sacaba de mañana de Punta de Rieles y lo tenía que entregar antes de las 17 horas, caminaba 12 kilómetros por día para poder llevárselo al padre a Libertad. Tenía tres visitas con Walter, Eduardo y Alberto.

En mi casa hacíamos 40 paquetes para los presos políticos, porque nadie se animaba a hacerlos por temor a la represión.

Durante la dictadura estábamos muy pobres, yo sin trabajo y mi esposo jubilado con una miseria, tuvo que dejar la jubilación y entrar en las curtiembres, para poder tener para llevarle el paquete a nuestra hija y poder visitar a los otros compañeros; no nos alcanzaba y comíamos de la basura para poder vivir, juntaba de los cueros de oveja, en la curtiembre, los rabitos, para hacerlos con arroz, para poder dejar el sueldo para llevarle el paquete a nuestra hija, darle leche a los niños y tener para los pasajes, bastantes veces me faltó pero teníamos compañeros de oro, como la compañera Iris Wolf, que muchas veces me pagó el pasaje.

En 1973 nos sacaron de la fábrica y nos llevaron a la Base N° 1 en Carrasco, a siete compañeros, estuvimos presos con el Padre Luis Musetti, que era de la fábrica Textil Uruguaya. Quince días en la Comisaría 17, en la dictadura caí tres veces detenida.

Esto es parte de lo que pasé en mi vida y en la Dictadura.

Hoy puedo decir que los mejores hijos de este país se mueren sin ser felices, por los malos gobernantes que tenemos.

La paisana

El movimiento "hi"

Para decir las cosas como son: cuando llegamos al Penal de Olmos, allí el aire se cortaba con cuchillo. Un grupo y otro se habían enemistado; cosas del encierro y tal vez de la poca experiencia. Casi todas eran muy jóvenes. Las uruguayas, en cambio, teníamos entre cinco y diez años más que ellas. Pero sobre todo se notaba que veníamos de un gran revolcón. En el otoño de 1975, quien más quien menos, arrastraba ya una o más canas, tal vez alguna fuga, dos exilios –Chile, Argentina–, quizás dos golpes de Estado –Chile, Uruguay– y los sueños "un poquito" postergados.

Como quiera que fuera, con la llegada de nuestro contingente al Penal de Mujeres de Olmos las relaciones empezaron a cambiar para mejor. Por tanto, ya adelanto que esta es una historia con final feliz, en plena época de crueles y desgarrantes desdichas. Es necesario explicar que las recién llegadas éramos mayoritariamente orientales, aunque también traíamos a algunas argentinas y a una chilena, para más datos, de distintas fracciones, lo que no se expresaba en fricciones políticas. Esto último quizás sucediera porque llegábamos de la misma desdicha: todas, en el error o en el acierto como suelen decir los cronistas, habíamos sido interrogadas por uruguayos, torturadas por uruguayos, consideradas uruguayas ¡en medio de la Provincia de Buenos Aires, República Argentina!

Daría para llorar, por cierto, pero podemos reírnos ahora, con el tiempo, del craso error de la "legión extranjera" de nuestras uruguayas Fuerzas Conjuntas de 1975. Cosas que tiene la historia, un buen día el Comisario que comandaba la Brigada de San Justo, donde nos habían guardado, cansado ya de los renovados interrogatorios de los uruguayos que le habían ocupado la planta alta de su dominio, su comisaría, decidió poner fin al asunto: no les dejó que nos tocaran más.

–Ustedes, muchachas, ya sufrieron bastante –nos dijo–. De ahora en adelante están bajo mis cuidados. Nadie las va a sacar del calabozo si

no lo mando yo. Y si alguien quiere sacarlas, ustedes me llaman a mí.

Nosotras no cabíamos en nuestro asombro; pero así fue, como había dicho el Comisario Britos: los represores de visita mostraban su impotencia del lado de afuera de nuestra celda colectiva amenazando con nuevas verdugueadas, mostrando la "parrilla" donde tantos compañeras y compañeros habían sido torturados con picana y amenazando: "Ya te vamos a agarrar de nuevo". Lo cierto fue que no pudieron. El Comisario Britos había hablado en serio: nos protegía. Entusiasmadas, pese a la situación, por aquel modesto triunfo de la ley y el orden, puede ser que haya sido que nos diera por cantar. (O habremos cantado porque sí, nomás; no hay que pedirle muchas explicaciones al buen humor.) ¿Qué cantábamos? Todo lo que nos salía a coro; no pusimos énfasis especial ni en canciones de protesta ni en resistencias, cantar servía para... para cantar nomás.

Si yo fuera forzada a escribir seriamente acerca de los orígenes y desarrollo del Movimiento "Hi", quizás dijera que todo empezó aquella noche de la llegada de nuestro contingente al Penal de Mujeres de Olmos, a fines del otoño de 1975. Habíamos salido por la tarde de la Brigada de San Justo con rumbo desconocido. Se nos acababa la protección de Britos y aparecía de nuevo la intemperie, el fantasma de la amenaza, la pregunta siempre presente: ¿será esto el traslado al Uruguay? Pero no.

Nos dejaron en Olmos, que era un casco de estancia convertido en prisión para mujeres, en medio de la pampa húmeda, lo que después bautizaríamos "la estancia de papá". Las ya residentes se reunieron en la cocina para recibirnos con sus guitarras. Cada una cantó una o más canciones. Lindas todas, sinceramente sentidas... mucho "puño en alto", mucho "pueblo"; realmente conmovedor...

Después nos preguntaron si no queríamos cantar algo nosotras. Creo, no me atrevo a aseverarlo, que aquellas buenas compañeras no creyeron lo que sus ojos les mostraron y lo que sus oídos ingresaron a sus cerebros militantes: una fila compuesta por las recién llegadas, sin distinción de nacionalidad ni credo, se enfrentó a la asamblea compañera, cada una se ladeó suavemente, extendió el brazo derecho y –como en un acto de revista–, la fila fue entonando (con contoneos de cabeza, caderas y brazos que iban y venían): *"Duerme, duerme, negritoooo, que tu*

mama 'ta en el campo". Al llegar a esta parte, una porción del coro le respondía a la otra *"Chacabún, chacabún, chacabún"* y continuaba la canción. Era el fruto mejor de nuestros ensayos en la Brigada de San Justo, recién salidas de la biaba y en medio de las amenazas varias. Me parece que las compañeras quedaron realmente impresionadas; no lo esperaban. Pasado el tiempo fueron dándose cuenta que nuestro ingreso distendía las relaciones porque, sin abandonar nuestras ideas, habíamos llegado con un irrefrenable deseo de reírnos. Lo bueno es que las demás compañeras del Penal nos siguieron.

Pero se hace necesario mencionar en especial a Estela, nuestra "montonera oriental". En la Brigada de San Justo, a pocas cuadras de la casa donde había nacido, donde había habitado hasta hacía pocos días, había sido interrogada sobre cuestiones del Uruguay. Encapuchada, Estela fue verdugueada por error, por las Fuerzas Conjuntas de Uruguay; ella no entendía qué le estaba sucediendo, ¡¡a la vuelta de su propia casa!! El día que le quitaron la capucha y se vio totalmente rodeada de uruguayas, su asombro no tuvo límites. ¿Dónde estaba? ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué era aquella pesadilla? Estela fue la única que tenía una mamá que llevó comida a la Brigada; ella la repartía entre veinte mujeres que no tenían ni un solo familiar por aquellos lugares. Ella se hizo la integrante más querida por el grupo, que después le cantaba –todavía en San Justo–: *"De todas partes vienen los orientales"*. La negra, de sonrisa discreta y alma grande, nos miraba con su recia ternura. Estela fue, –cómo podía ser de otra manera– una de las ideólogas del Movimiento "Hi".

Por argentina, por cautiva de la legión extranjera de las Fuerzas Conjuntas y por participante de las luchas internas de la izquierda argentina, era un modelo para sus compatriotas; tenía motivos para fundar sola el Movimiento. Pero la acompañamos; creo que fuimos cuatro aquella noche, que nos sentamos en la cocina y nos pusimos de acuerdo en los postulados más básicos. Escribimos una declaración de principios, diseñamos un logo unitario que calzara correctamente con los diferentes grupos, (optamos por una V y arriba una estrella de cinco puntas que por debajo en semicírculo ostentaba la consigna: "Alegría vuelve"). Colocamos copias de la declaratoria fundacional en diferentes lugares visibles.

Quedaba así fundado, aquella noche, *"en algún lugar de Olmos"* (nos guardamos discretamente el preciso lugar histórico de la reunión), el "Movimiento Hilarante Para la Liberación" (MoHiPaLaLi). El Movimiento produjo tremendos festivales que hicieron las delicias de las compañeras. Me viene ahora al recuerdo aquella conferencia sobre el uso abusivo del papel higiénico y la obra de teatro para niños intitulada "Las Escuadras Pajaritas". Tremenda línea tenía aquella obra; cuando el personal carcelario se dio cuenta ya era tarde; estaba llegando al final la representación que –con entrada especial de nuestros niños–, habíamos montado para un día de celebraciones que quizás fuera el Día de la Madre.

Cuando "las bichas", es decir las funcionarias, se enojaron por el contenido ideológico de la obra, nosotras ya estábamos en la escena final, –grandiosa ella–, en que todas desfilábamos con nuestras alas de papel de diario, entonando, con los acordes de la Marcha San Lorenzo, aquel texto que decía: *"Las escuadras pajaritas/ todas juntas bien unidas triunfaremos/ y a las águilas, las malditas/ picotones, picotones les daremos./ Adelante, pajaritas/ adelante con la fuerza y el coraje./ Los caranchos, miserables,/ no podrán hacerle frente al que trabaje..."*

El MoHiPaLaLi representó también con mucho éxito, "La muerte del cisne". Era un ballet unipersonal, en que una compañera –de pollerita corta– aleteaba como una gallina moribunda, en tanto el "audio" había sido resuelto acudiendo a la voz de soprano de una compañera que entonaba "a capella" algo para que la otra lo bailase. Tuvimos cuidado de que la cantante no desentonara con el traje de la bailarina; ésta iba vestida con sábanas de lienzo del Penal, como una matrona romana y en la cabeza llevaba un montón de lana amarilla, destejida, arrugada, que parecía –talmente– una peluca de largos rulos rubios.

No faltaron declamaciones infantiles, como la de aquella niña –que era una de nosotras– vestida con un camisoncito corto celeste, colorete rabioso en las mejillas, el cabello con moñas y una "puesta en escena" consistente en alaridos y corridas destrozando un poema de Juana de Ibarbourou llamado "El vendedor de naranjas". También introdujimos una actuación de murga interpretada con singular devoción por las habitantes de una y otra orilla del Plata.

Entre número y número producíamos comerciales al uso del mo-

mento. Recuerdo aquel que, motivadas por la ardua polémica acerca de si podíamos encargar champú o no a nuestros familiares, resultó en una lucida puesta en la que dos chicas se presentaban en escena; una con una larga y brillante cabellera color avellana decía, con la cabeza gacha: *"Yo uso el champú de la burguesía... y me autocritico"*. En tanto la otra aparecía con el pelo hecho una mata inmensa, seca y sin brillo y decía: *"Yo soy una verdadera proletaria y me lo lavo con jabón de la ropa"*; entonces, sacudiendo la mata informe al aire con un gesto bien seco, exclamaba: *"¡Shock!"*, (al estilo de la joven Susana Giménez).

Fue tanto el éxito del Movimiento que con el tiempo y la masiva adhesión a la causa, le cambiamos el nombre –levemente–. Fue desde entonces el Partido Hilarante Para la Liberación (PaHiPaLaLi) lo que se dice dar un salto cualitativo. El PaHiPaLaLi sobrevivió todo lo que el pobrecito pudo, en aquellos tiempos difíciles. Cada vez que llegaba traía consigo la alegría y la unidad. ¡Linda pareja!

Toddy

Nuestros años más difíciles

A la memoria de Hugo.
A mis nietos.

Éramos una familia de clase media: padres profesionales, cuatro hijas estudiantes. Vivíamos en el Prado desde hacía varios años. Estábamos a gusto y no pensábamos irnos de allí. En los años 60 y 70, como le ocurrió a tantos, cambiaron radicalmente nuestras vidas. No voy a enumerar las situaciones de violencia, arbitrariedad, inseguridad, injusticia e incluso muerte que los uruguayos padecimos. Son muy conocidas. Quiero dar testimonio de lo que mi familia y yo vivimos en esos años.

En nuestra casa siempre se comentaba lo que ocurría en el país y en el exterior. Hugo y yo repudiábamos la injusticia y la explotación del ser humano en cualquier lugar del mundo que ocurriera. No teníamos dudas sobre de qué lado teníamos que estar. Cuando a fines de los años 50 Argelia estaba luchando por conseguir su independencia de Francia, vino a Uruguay una delegación de varios argelinos y un sacerdote francés radicado en Argelia para divulgar la situación de ese país y buscar apoyo para su causa. Almorzaron en casa y nos enteraron de la situación, que en parte conocíamos por la prensa. Se formó un comité de apoyo a la lucha del pueblo argelino. Mi marido se incorporó enseguida a trabajar por la liberación de Argelia. De una u otra manera acompañamos y apoyamos los movimientos de lucha popular que surgían en distintas partes del mundo en aquella época.

Hugo era abogado, especialista en derecho laboral. Desde el principio de su carrera tuvo a su cargo la defensa de varios sindicatos. Todavía recuerdo cómo, recién casados, al mediodía se llenaba nuestra casa de obreros: ¿está Hugo, está Hugo? Venían a buscarlo a casa cuando él dejaba su estudio para venir a almorzar. Defendió a los obreros de la carne en la huelga del sindicato que duró seis meses. Y al sindicato de los cinematografistas. Y a tantos otros.

Luego, cuando fueron detenidos y procesados los primeros presos políticos de la década del 60, asumió la defensa de varios de ellos. Fue de los primeros abogados que denunció en sus escritos y en *Marcha* las torturas y el trato degradante a que eran sometidos. Nunca recibió por ello ninguna observación de la justicia civil, mientras ésta pudo funcionar.

Las objeciones por su posición y su trayectoria como abogado vinieron de otro lado.

Una mañana de 1970 cuando salía para la feria encontré un sobre que habían dejado por debajo de la puerta. Contenía una foto del auto donde había aparecido el cuerpo de Dan Mitrione. Escrito a máquina decía: "Esto hacen los que usted defiende. Le va a pasar lo mismo si no se va del país".

También aparecieron mensajes escritos con letras recortadas de diarios, y hubo varias llamadas telefónicas anónimas. De éstas recuerdo una de las que atendí yo: una voz citaba a Hugo a que fuera al cementerio del Buceo para hablar con una persona de la que daban el nombre. Ingenuamente lo anoté. Era el de un policía que había muerto en un enfrentamiento con tupamaros.

Los allanamientos se hicieron frecuentes. En algunos se dieron situaciones jocosas, que servían para distendernos. Un soldado, después de revisar toda la casa, apoyó su arma y el gorro en la pared y, sentándose en una silla, se puso a examinar los libros de una de mis hijas. Cuando dio por terminado su cometido y se retiraba, tuve que advertirle: mire que se deja sus cosas. Apresuradamente tomó gorro y arma y, sin decir palabra, salió como había llegado. En otro allanamiento un agente encontró una foto de Julio Cortázar. La estudió con detenimiento durante largo rato. Para abreviar la espera le aclaré que no era un tupamaro sino un gran escritor argentino. Su confusión aumentó cuando dio con un poema de Bertolt Brecht que una de mis hijas había ilustrado con colores. Como pasaba el tiempo y el hombre seguía empeñado en descrifrar aquello, le dije de qué se trataba; decidió no investigar más y salir del aprieto.

Hubo otros episodios nada jocosos: las balaceras, al anochecer o durante la noche. Fueron cinco. No recuerdo las fechas. Un domingo de mañana acababa de levantarme y, al pasar por el living, vi que el piano tenía una capa de polvo. Me acerqué y encontré una latita abollada so-

bre la tapa. Se la llevé a mi esposo. Es una cápsula de bala, me dijo. Volví al living y descubrí, a la altura de mi cabeza, un agujero en la cortina de la ventana y otro en la pared de enfrente, a la misma altura.

Otra vez fue al atardecer. Unas adolescentes que iban de camino al liceo Bauzá vieron que desde un auto disparaban tiros contra nuestra casa; se asustaron, volvieron a su casa y se lo contaron a su madre. Eran las hijas del senador Juan Pablo Terra.

Una noche oí una ráfaga de disparos frente a la ventana de nuestro dormitorio. Yo salía del baño y al entrar al cuarto no vi a Hugo, que se disponía a acostarse. Pensé lo peor. Cuando entré al dormitorio él se incorporaba. Se había tirado al suelo.

Al día siguiente de estos episodios hacíamos la denuncia en la seccional policial. Nunca vinieron a investigar.

Pero hubo más: las bombas. Las primeras fueron de alquitrán, contra la fachada. Después pusieron una incendiaria, que quemó la puerta de entrada. Siguieron las bombas explosivas. Entre las dos y las tres de la madrugada nos despertaba el estruendo y el olor a pólvora. La primera explosión hizo saltar la puerta de entrada y destrozó todos los vidrios. Fue el día que asumió Bordaberry, lo recuerdo porque vinieron a entrevistarnos a casa dos periodistas suecos que estaban en el país por ese motivo y se habían enterado del atentado por el semanario *Marcha*.

Diana, mi hija mayor, dormía en una habitación de la planta alta justo arriba de la entrada. Cuando entré al cuarto ella salía medio aturdida. No encontré vidrios en el piso. Habían quedado embolsados en el dobladillo ancho de la cortina. Eso la salvó.

La segunda vez, con más saña, fueron dos bombas, una en la puerta de entrada y la otra en la ventana de la cocina, que daba a la calle del costado. La cocina quedó destruida: volaron el techo y la puerta de la heladera, y las puertas de los armarios, la cocina a gas fue arrancada de sus caños (por suerte teníamos la costumbre de dejar cerrada la llave de paso), la mesada de mármol, de 5 cm de espesor, se partió en dos. Fue en la madrugada del 15 de abril de 1972.

Como culminación de estas jornadas, a los pocos minutos de las explosiones, en medio de nuestra rabia y estupor, la casa era tomada por agentes de inteligencia que nos iluminaban con grandes linternas. No

hablaban. No nos interrogaban. Sabían más que nosotros.

Nos costaba decidirnos a dejar la casa, a pesar de que nuestras hijas insistían: ¿qué están esperando para mudarse? Después del último atentado fuimos a vivir con familiares y amigos mientras se reparaban los daños. Todos nos decían lo mismo: no pueden seguir viviendo allí. Finalmente, con dolor, Hugo y yo nos decidimos a dejar la casa. Allí habían crecido nuestras hijas. Como balance, nos reconfortábamos pensando que estábamos todos con vida. Muchas otras familias no pudieron decir lo mismo.

En junio de 1971 nuestra hija Edda fue detenida junto con un grupo del MLN. Dos soldados me avisaron que estaba en el Hospital Militar herida de bala. Le habían disparado por la espalda cuando ya la tenían de cara contra la pared con los brazos en alto. No me permitieron verla. Pude hablar con el médico que la atendió, que me dijo: "Su hija tuvo suerte, la herida sólo le interesó partes blandas". Con un disparo similar, mientras corría, mataron a Líber Arce. No tuvo la suerte de Edda. Él se desangró y murió.

Días después trasladaron a mi hija a Cárcel Central. Allí hablé con el inspector Campos Hermida, que me dijo que a uno de los policías se le había escapado un tiro debido a que tenía un defecto en el brazo. ¿Un lisiado agente de Policía? Ver para creer.

Me autorizaron una visita de pocos minutos, donde pude verla, renga todavía, con buen ánimo. Después la trasladaron a la cárcel de la calle Cabildo, donde estuvo hasta la fuga de las presas en julio de 1971.

Días antes de su detención, una mañana, mientras desayunábamos con Edda en casa escuchamos por la radio que en una sucursal de Manzanares acababa de ocurrir un enfrentamiento entre un grupo de tupamaros y un policía que vivía enfrente y que intervino, aunque no estaba de servicio. En el enfrentamiento murieron un tupamaro y el policía. No hubo detenidos.

Cuando a los pocos días de ese hecho detuvieron a Edda, fue acusada de la muerte de aquel policía. Quienes la "reconocieron" fueron la esposa y un familiar del policía muerto. El juez rechazó la acusación por invalidez de la prueba. Más tarde, bajo la dictadura, la justicia militar desconoció aquella decisión y la procesó por coautoría de homicidio.

A una cuadra de casa había un boliche donde se reunían miembros de la JUP. Días después de la detención de mi hija aparecieron pintadas en los muros del jardín de casa: "Edda Fabbri asesina de tus hermanos", "Aquí vive una asesina". El comité de base del FA organizó un acto de desagravio en la esquina de casa y los jóvenes limpiaron los muros.

En esa época yo daba clases de Química en el Liceo Francés y en varios liceos públicos. Una tarde de junio de 1972 al volver a casa después de mis clases en el Bauzá no pude abrir la puerta de entrada. Insistí y por la hoja entreabierta pude ver a un soldado que me apuntaba con su arma. Me dijo que no podía entrar. Me identifiqué y me hizo pasar. Vi a varios soldados preparando comida en una gran olla en la cocina, adonde no me dejaron entrar. Me llevaron a una habitación en el entrepiso, donde estaba mi hija Helena que ese día había venido a casa con su hijo de once meses. Allí nos tuvieron custodiadas. En un momento le dije a un soldado que tenía que ir al baño. Me siguió y en la puerta me detuve y le pregunté: –¿Usted piensa entrar conmigo? Cuando salí, ahí estaba esperándome para conducirme de nuevo a la habitación del entrepiso. Al anochecer vinieron dos oficiales. A Helena la dejaron irse; a mí, después de interrogarme, me llevaron en un jeep con destino desconocido y encapuchada. Mientras marchábamos me hablaban del desquicio de la enseñanza, de los estudiantes y profesores subversivos.

Cuando llegamos, no sabía adónde, me llevaron a una celda pequeña llena de dibujos obscenos en las paredes y con una lamparita eléctrica que no se apagó en toda la noche. Era uno de los calabozos para los soldados sancionados. Me acosté vestida. No sabía qué hora era –me habían sacado el reloj–, cuando intempestivamente se abrió la puerta de la celda y entró un militar alto y corpulento que me miraba con una horrible expresión de lascivia; se paró a pocos pasos de la cama y se quedó mirándome. Lo miré con todo el desprecio, el miedo y el odio que sentía. Pasaron unos minutos, no sé cuántos, hasta que se fue. Yo tenía 52 años. Hoy tengo 80. No olvido el odio y el sentimiento de vejamen y de humillación que padecí aquella noche.

Al otro día pude ver de lejos a mi marido, que estaba en otro sector, cuando lo llevaban al baño. Después supe que lo habían ido a buscar al estudio.

Dos o tres días después, me llevaron al despacho del jefe de la unidad, el comandante Paz. Me interrogó sobre mis hijas. Me preguntó dónde estaban. Le contesté que no sabía. Me dijo con voz muy enérgica que él sí sabía siempre dónde estaba y qué hacía su hija. El interrogatorio siguió en esos términos. Enseguida afirmó que en mi casa habían encontrado cuadernos con recetas de drogas. Me vino bien, me distendí: guardándome las ganas de reír le expliqué que yo era docente de Química, que enseñaba a los muchachos de tercero y cuarto años de acuerdo a los programas de Enseñanza Secundaria y que preparaba mis clases y los trabajos escritos en esos cuadernos que le parecieron peligrosos. El comandante había confundido las fórmulas químicas con recetas de drogas. O quiso asustarme. Me interrogaba con voz fuerte y la actitud de quien está seguro de su poder y lo usa para amedrentar a la indefensa persona que tiene delante. Y no lo consiguió.

No recuerdo en qué momento me pusieron con otra compañera. Ella fue quien descubrió dónde estábamos: subida a la cucheta vio, por un pedacito despintado del vidrio de la ventana, que estábamos en el cuartel del quilómetro 14 de camino Maldonado.

Las celdas daban a un corredor que se fue llenando con más presas, que dormían vestidas sobre colchonetas.

Por la mañana teníamos que lavar el piso de la celda. Un soldado nos traía un balde con poca agua y una bolsa de arpillera para cumplir nuestra tarea. Le hacíamos cambiar el agua varias veces. Era nuestra pequeña revancha. También teníamos que limpiar el baño de las mujeres mientras la PMF de custodia se miraba al espejo.

En esa época no entraban libros. Tampoco fruta. Un día mi compañera de celda y yo nos encontramos leyendo con avidez el prospecto de un medicamento, tal era nuestra ansia de lectura.

Cuando mataron al coronel Artigas Álvarez, hermano del Goyo, nos llevaron a todas las mujeres encapuchadas o con la cara tapada con una bufanda a lo que parecía ser un corredor grande y ancho. Allí estuvimos de plantón durante varias horas. Por detrás de nosotras sacaron a los hombres y apaleándolos los llevaron a otro lugar. A las mujeres nos obligaron a decir: "Estoy profundamente arrepentida por la muerte del coronel Álvarez, caído por nuestras manos asesinas." Era tal el absurdo y la indignación que lo grité a todo lo que me dio la garganta. Nos

hicieron arrodillar. Yo no lo hice. Me quedé parada moviendo continuamente las piernas. No me observaron. Cada cierto tiempo venían y sacaban a alguna compañera de la fila, no sabíamos para dónde.

Al cabo de varias semanas fuimos trasladadas a un vagón frigorífico que conservaba en el techo los ganchos para colgar las reses; los hombres fueron trasladados a otro.

En el vagón dormíamos en el suelo, bajo la luz de la infaltable lamparita eléctrica, en colchonetas que de día doblábamos y usábamos como asientos. Habían construido una pared de ladrillo para separarnos en dos grupos, pero por un pequeño espacio que quedaba pasábamos al otro lado a hablar unos minutos con las otras compañeras. La puerta del vagón permanecía entreabierta, y afuera había siempre un soldado de custodia. Todas las noches oíamos la llegada de vehículos con presos y también los gritos de los torturados.

Un día nos subieron a todas a un camión y nos llevaron por un terreno accidentado. Nos hicieron bajar en medio de un campo, rodeadas por soldados que nos apuntaban. Allí estuvimos un rato hasta que nos hicieron subir otra vez al camión y nos condujeron nuevamente a las celdas y al vagón. Al llegar nos dimos cuenta de que en nuestra ausencia habían revisado nuestras pertenencias y se habían llevado cartas y fotos de nuestros familiares. Fue la única vez que salimos del encierro, y que pudimos sentir el aire y mirar el cielo.

Durante un tiempo no permitieron la entrada de paquetes. La comida era mala y llegaba fría. A veces un enfermero nos repartía comprimidos de vitamina C que saboreábamos como si fueran caramelos. Pasamos un mes sin bañarnos. Nos higienizábamos en el baño con agua fría, como podíamos. También cantábamos hasta que nos hacían callar. Había mucho compañerismo y solidaridad entre nosotras.

En setiembre de 1972 nos llevaron a todas las presas de Montevideo al 9° de Caballería. Nos iban amontonando en un galpón que llamaban "la cuadra" a medida que nos traían por tandas desde los distintos cuarteles. Llegamos a ser como 150. Allí me encontré con Lucía, mi hija menor, que había sido detenida en julio en el cuartel de La Paloma. Supe que en la enfermería, con otro grupo, estaba mi hija Edda, deteni-

da en mayo.

Allí las condiciones mejoraron un poco. Permitían la entrada de paquetes con yerba, fruta y otros alimentos que repartíamos rigurosamente entre todas. Organizábamos cuidadosamente los turnos para poder bañarnos dos veces por semana de a tres o cuatro por chorrito bajo las tres únicas duchas que funcionaban en el baño. En la madrugada entraban las mujeres de la guardia policial e iban por todas las cuchetas iluminándonos con linternas. Una noche pusieron de plantón a Lucía y a otra muchacha porque las encontraron levantadas atendiendo a una compañera que venía del hospital.

Un día me avisaron que me iba. Por única vez me permitieron ver a Edda para despedirme. Me llevaron al "14", donde había permanecido mi marido. De allí nos trasladaron al juzgado militar que funcionaba cerca de la Aduana y nos pusieron en libertad con sobreseimiento. Habíamos estado presos tres meses sin ninguna causa. Dejábamos a dos hijas que seguirían allí por muchos años. No imaginábamos cuántos.

Ya no volvimos al Prado. Hugo retomó su trabajo en el estudio y volvió a asumir la defensa de varios presos políticos, entre ellos nuestras hijas. Yo pude reintegrarme a mis clases en el Liceo Francés, donde me habían mantenido el cargo. Pero no pude volver a dar clases en los liceos públicos.

Cuatro años después, en 1976, Hugo fue nuevamente detenido y, esta vez, procesado. No me acuerdo exactamente la fecha. Una noche me llamó una persona que trabajaba en el mismo edificio que él, avisándome que unos militares se lo habían llevado. Llamé al procurador, pero no estaba en su casa. Le avisé a la esposa lo que había pasado. Llamé a la Jefatura de Policía y me dijeron que fuera hasta allí y esperara en la vereda de enfrente hasta que una persona de Jefatura viniera a buscarme. Me paré en la vereda del cine Coventry. Después de una larga espera apareció un agente de particular y me llevó a una oficina. La persona que me atendió me dijo que mi esposo no estaba allí. Que podía estar en otra dependencia en la calle Maldonado. Allí tampoco estaba. Volví a mi casa. Más tarde llamó el procurador y me dijo que Hugo estaba en la Seccional 1ª. Al otro día pude verlo. Había dormido sobre un banco. Al día siguiente lo llevaron al Juzgado militar de la

avenida 8 de Octubre. No sé cómo me enteré, pero fui allí y de pronto lo vi pasar esposado con las manos a la espalda. No pude hablar con él.

Sé que lo interrogaron y le mostraron el último escrito que había presentado ante la Justicia civil en 1972, antes de que ésta fuera desplazada por la justicia militar. En ese escrito Hugo había pedido la libertad para su defendida denunciando que sus declaraciones habían sido obtenidas bajo tortura. Entre otras presiones, la habían trasladado en helicóptero desde el interior hasta Montevideo amenazándola con arrojarla en pleno vuelo. El juez había concedido la libertad.

Los militares le preguntaron a Hugo si se retractaba de aquellas palabras. Se negó. Allí se jugó su carrera. Lo procesaron por "vilipendio" y "atentado a la fuerza moral de las FFAA".

Hablé con el abogado de oficio, un civil al servicio de los militares. Él me comunicó la acusación y me dijo: "Su esposo sabe muy bien que aquí no se tortura a nadie." Y agregó que le correspondía una pena de por los menos 18 meses.

Cuando días después pude ver a Hugo en Cárcel Central y le conté mi diálogo con ese señor, me dijo: "Los clientes no me van a esperar tanto tiempo". Tuve que levantar el estudio y tramitar su jubilación forzada. Él tenía 63 años y nunca había pensado en jubilarse tan pronto.

Hugo era cardíaco. Pocos años antes había sufrido un infarto que le había dejado secuelas. Un día en Cárcel Central se sintió mal. Lo atendió un compañero que era estudiante adelantado de medicina y que insistió para que lo internaran. Lo llevaron al Hospital Militar esposado, en la parte de atrás de una camioneta. Cuando me enteré fui al hospital pero no pude verlo ni saber cómo estaba. La primera revisación se la hicieron de pie y muy pocos días después lo llevaron de nuevo a Cárcel Central. Logré averiguar la dirección del consultorio particular del médico que lo había atendido; lo fui a ver y me dijo que a mi esposo le habían dado de alta demasiado pronto.

Al cabo de dos meses Hugo fue trasladado junto con otro preso a la Cárcel de Punta Carretas. La primera vez que fui a la visita yo tenía puesta una pollera abotonada adelante que dejaba una abertura de diez centímetros. Una señora que estaba en la cola de familiares, me advirtió: "Así no te van a dejar entrar, andá a la casa de enfrente y pedí que te arreglen eso". Crucé a la casa indicada donde solidariamente me cosie-

ron la impúdica abertura. Cuando al fin pude ver a Hugo, a través de una reja y de pie, lo habían rapado. Viéndolo así me puse a llorar. Él me preguntaba: "¿Por qué llorás, Esperanza?" y se reía.

En esas revisaciones previas a la visita, la guardia femenina nos manoseaba descaradamente. Nosotras optábamos por no protestar ante la humillación para no perder aquellos pocos minutos con nuestros presos.

Además de Hugo otros abogados de presos políticos fueron detenidos en aquel momento. Los hechos fueron denunciados internacionalmente y comenzaron las presiones. A él lo pusieron en libertad al cabo de cuatro meses. Pocos días después de ser liberado recibió una llamada del embajador de Estados Unidos en Uruguay para concertar una entrevista con un miembro del Colegio de Abogados de Nueva York y un abogado boliviano. En la reunión Hugo les proporcionó todo el material que tenía sobre las violaciones de los derechos humanos que se cometían con los presos políticos.

El 16 de enero de 1973 trasladaron a todas las presas del 9° de Caballería y de las otras unidades militares de Montevideo al Penal de Punta de Rieles. A mis dos hijas las pusieron en el mismo sector.

El régimen de visitas era de 30 minutos cada quince días, salvo cuando las sancionaban –lo que ocurría a menudo– individualmente o con todo el sector. No teníamos contacto físico con ellas. En los primeros años estábamos separados por un tejido de alambre que después fue sustituido por dos vidrios pintados que sólo permitían ver las caras y comunicarnos por un teléfono, por el que podía hablar sólo un familiar por vez. No había espontaneidad en la conversación por la presencia de las PMF, una al lado de la presa y otra al lado de los familiares. Nos ingeniábamos de todas maneras para pasar alguna noticia del mundo exterior, pero no era fácil. El mensaje debía de ser comprensible para ellas y pasar inadvertido para la custodia. A veces teníamos éxito en el intento. También tratábamos de que las cartas no se limitaran a los temas familiares –los únicos permitidos– y usábamos algunas imágenes rebuscadas con la esperanza de que fueran descifradas correctamente.

Recuerdo especialmente una visita excepcional que nos dieron un fin de año. Al terminar los treinta minutos, permitieron a las presas pasar del lado nuestro y abrazarnos y besarnos. Pero eso no era lo habi-

tual. Cuántas veces llegábamos con el paquete, la carta y la ilusión de la precaria visita, y nos encontrábamos con el escueto: "Está sancionada". Nos volvíamos con la desilusión y la amargura a esperar quince días más otra posible visita. Una vez la visita coincidió con el cumpleaños de Lucía. Yo le había escrito una carta muy especial, volcando allí todo lo que sentía y quería decirle. Y estaba segura de que a ella le gustaría. También le había hecho una torta, además del paquete con la fruta. Cuando entramos a la guardia para entregar la carta y el paquete, vino un soldado y se llevó a mi marido rumbo al edificio del celdario. Fui a entregar la carta pero no la recibieron. "Su hija está sancionada." Otra vez. Ahí mismo, delante del soldado, rompí la carta. Tampoco quisieron recibir la torta ni la fruta. Recogí el paquete, salí para afuera y con toda la pena y la rabia que sentía tiré todo al suelo. Había dos padres esperando para la visita, que me dijeron: "No haga eso" y recogieron lo que pudieron.

Hugo había vuelto del interrogatorio. Me dijo: "Vamos, Esperanza, que te van a dejar presa". Cuando salimos del predio de la cárcel, delante del soldado de la barrera, tiré todo definitivamente. Unos niños salieron del ranchito que estaba enfrente, juntaron aquello y se lo llevaron. Ese día comieron torta y fruta. Y yo me alegré por ellos. Nunca pasé un cumpleaños con tanta amargura.

Otra vez, en marzo de 1975, fuimos al Penal y Lucía no estaba. La habían sacado para interrogatorio a una casa particular que años después supimos que está ubicada en Punta Gorda. La tuvieron allí diez días junto con otros ocho presos y presas que sacaron del Penal de Libertad, de la cárcel de la calle Cabildo y de cuarteles. Ese operativo, donde los volvieron a torturar, fue dirigido por Nino Gavazzo. Nosotros íbamos todos los días a Punta Rieles a preguntar por ella, pero no nos daban ninguna información, el oficial que me atendía sólo me decía: "Tiene que caminar muchas cuadras, señora. No se moleste en venir". Nunca me sentí tan impotente.

Pasaban los años. Yo seguía dando clases, atendiendo mi casa, y repitiéndome cada día: ¿hasta cuándo? Había que hacer algo. Tenía que ser posible hacer algo. Nuestra ansiedad aumentaba con el tiempo.

Después del triunfo del "No" en el referéndum de 1980, al mismo

tiempo que celebrábamos aquel indicio del debilitamiento del régimen militar nos preguntábamos qué pasaría con los presos.

Un día leí un artículo del sacerdote jesuita Juan Luis Segundo en la revista *La Plaza*. Recuerdo ahora que el título de la nota era "Clemencia para los vencidos", y que allí se hablaba de amnistía para los presos políticos. Sentí que ése era el camino que teníamos que transitar los familiares. Hablé con algunas madres, pero todavía había mucho temor. Decidí ir al SERPAJ. Sabía que ellos visitaban y les llevaban paquetes a los presos del Penal de Libertad que por distintas razones no tenían visita de familiares. Me recibió el sacerdote Jorge Osorio. Me presenté diciendo que iba en nombre de un grupo de madres de presas del Penal de Punta de Rieles. El grupo en ese momento era yo sola, pero pensé que valía la pena omitir provisoriamente ese dato. Le dije a Osorio que quería hablar con el padre Juan Luis Segundo. Me contestó que lamentablemente ya no estaba en Montevideo. Le expliqué entonces por qué había ido allí. Jorge me prometió hablar con sus compañeros del SERPAJ y llamarme a la brevedad. Anoté la fecha en mi agenda y, sin muchas ilusiones, me puse a contar los días. La llamada sin embargo llegó. Corrí a conseguir otra madre y nos presentamos en el SERPAJ.

Allí nos encontramos con tres familiares de presos del Penal de Libertad. En la reunión volví a plantear la idea de trabajar para conseguir la amnistía de todos los presos políticos. Jorge nos dijo que lo trasmitiría a sus compañeros y volvería a llamarnos. Días después llegó la respuesta: que redactáramos el pedido de amnistía.

Contentas y asustadas por el compromiso, apelamos a Hugo y su experiencia como abogado y defensor de presos políticos desde el comienzo. Él redactó el planteo jurídico y nosotras nuestro reclamo como madres. Había que contactar a más familiares y para ello necesitábamos darnos cierta organización. Surgió lo que después llamamos el "grupo chico", integrado por siete mujeres, madres o hermanas de presos y presas, cuyo principal cometido al principio fue contactar a los familiares, enterarlos de la idea y pedirles su adhesión. Teníamos que conseguir muchas firmas para presentar nuestro pedido de amnistía a las autoridades de gobierno.

El 5 de julio de 1982, dos meses después de aquella primera entrevista con Osorio, llevamos el pedido de aministía a la Presidencia, al

ESMACO y al Consejo de Estado. Habíamos juntado 384 firmas. Ese mismo día solicitamos una audiencia con el presidente, que reiteramos el 2 de agosto. El 15 de ese mes, no habiendo recibido respuesta alguna, resolvimos hacer conocer el documento dentro y fuera del país. Distribuimos el texto a todos los medios de comunicación, a políticos de todos los partidos, a los sindicatos, a las autoridades religiosas, a las embajadas. A fines de octubre participamos en nuestro primer acto público: fue en el "Encuentro del Silencio" que tuvo lugar en la capilla Jackson. Allí, emocionadas ante el público que llenaba el local, leímos nuestro pedido de amnistía.

Tratábamos de estar presentes en cuanta reunión, celebración religiosa o acto público tenía lugar, para difundir nuestro reclamo. A partir de noviembre de 1982, tras las elecciones internas, hicimos llegar nuestro planteo a las autoridades de los partidos habilitados. Acudimos también a la Iglesia, a la Conferencia Episcopal Uruguaya y a la Federación de Religiosos del Uruguay. Aprovechando las fiestas de fin de año, repartimos volantes y tarjetas alusivas al pedido de amnistía en parroquias y templos.

En las entrevistas con los políticos nuestra suerte fue variada. Unos nos recibieron, otros no.

Pivel Devoto era el presidente del Directorio del Partido Nacional. Nos recibió en su casa y nos invitó a concurrir a la Convención del Partido Nacional, que tuvo lugar en marzo de 1983.

Zumarán nos recibió varias veces, siempre generoso en el tiempo que nos brindaba y atento a lo que le decíamos. Se mostró interesado en estudiar el proyecto de ley de amnistía de Brasil.

Las mujeres convencionales del Partido Nacional presentaron una moción de pedido de amnistía en la convención departamental, que pasó a estudio de la Comisión de Asuntos Políticos y de Gobierno.

Sanguinetti era muy esquivo pero alguna vez nos recibió. Nos escuchaba y no hacía ningún comentario. Pero en diciembre de 1982 hizo declaraciones en Rio de Janeiro oponiéndose a la amnistía en Uruguay. En enero de 1983 enviamos a la prensa nuestra respuesta.

Un día que andábamos atrás de Sanguinetti, vimos a Jorge Batlle en un café, sentado en medio de una rueda de amigos. Nos acercamos y

nos presentamos. Se levantó y nos llevó a otra mesa. Nos escuchó con mucha atención. Nos dijo, abriendo los brazos: "Pero señoras, a los presos los podemos sacar del país." Nosotras le contestamos: "Son uruguayos. Tienen derecho a permanecer aquí." "Después los traemos", argumentó Batlle. "Y a los militares les vamos a pedir cuentas", sentenció.

El 9 de abril, en la Convención del Partido Colorado la Corriente Batllista Independiente (CBI) presentó una moción sobre la amnistía, que pasó a estudio de la Comisión de Asuntos Políticos. La sesión fue trasmitida por CX30 y radio Carve. Al día siguiente en su cobertura del evento, el diario *El Día* incluyó el texto íntegro de la moción, y *La Mañana* también lo mencionó.

Pronto se conocieron las posiciones de figuras destacadas del Partido Colorado: desde el semanario *Opinar*, Tarigo se manifestó contrario; Flores Mora, en un reportaje de *La Democracia*, y Flores Silva, en *Aquí*, se manifestaron a favor.

Ibamos a dar charlas en los barrios, sobre todo en parroquias y en los comités de base del FA. Hablábamos de las condiciones de vida de los presos, de los problemas graves de salud de muchos de ellos, y también sobre por qué estaban presos. De todo eso se sabía muy poco. Hugo desplegó toda su capacidad en esa tarea de difusión. No sólo por sus conocimientos jurídicos y de la legislación internacional en materia de derechos humanos, sobre la que siempre estaba actualizado, sino por su pasión al explicar con claridad, sencillez y convicción temas que dejaban de ser abstrusos para convertirse en algo vivo y cercano. Los jóvenes eran muy receptivos, escuchaban con avidez, preguntaban, intervenían, y todos salíamos de esos encuentros fortalecidos y felices.

Mensualmente convocábamos a una asamblea para plantear iniciativas, dar cuenta de lo actuado y recibir propuestas. El movimiento por la amnistía se iba extendiendo, y el grupo de madres se convirtió en el Grupo de Madres y Familiares de Procesados por la Justicia Militar.

Era importante también difundir el tema fuera del país y conseguir el apoyo de organismos internacionales, gobiernos y personalidades. En el año 1983 salimos tres veces al exterior. A fines de abril dos madres (las mismas de aquella primera histórica reunión en el SERPAJ) iniciamos una gira de dos meses por doce países europeos: España, Francia,

Austria, Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Grecia.

La gira fue organizada por grupos de uruguayos exiliados en Europa, que coordinaban entre sí. Gracias a su formidable trabajo fuimos recibidas por personalidades de gobierno, del Parlamento europeo, de las iglesias, de los sindicatos, de organismos de defensa de los derechos humanos, y tuvimos muchísimas entrevistas en radios, diarios y canales de TV.

Comenzamos por España. Apenas bajamos del avión concurrimos al acto de clausura de las actividades del Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) presidido por Felipe González, donde se trató el tema de los presos políticos en América Latina. Allí habló Wilson y al final de su intervención nos saludó y nos prometió un encuentro en Londres, donde residía.

De noche trabajábamos en la preparación de las entrevistas del día siguiente, a las que concurríamos acompañadas por los exiliados uruguayos. Íbamos de ciudad en ciudad, subiendo y bajando de trenes, metros y ómnibus. Dormíamos poco, y cada noche en una cama distinta. Nos topábamos con un nuevo idioma cada pocos días, y nos defendíamos como podíamos con nuestro francés liceal. Nos reíamos por las calles de Atenas descifrando carteles con el lejano recuerdo de las letras griegas aprendidas en matemáticas.

En Londres, tal como nos lo había prometido, nos reunimos con Wilson, que vino con su señora a la casa donde nos alojábamos. Todavía lo veo entrar preguntando con voz fuerte y agitando un paquete: "¿Quién precisa yerba? ¿Quién precisa yerba?". Conversamos largo rato con él, y al despedirse nos dijo: "En un año sus hijos están en libertad". Meses después lo volvimos a ver en Buenos Aires, en un acto donde Wilson era el único orador. Cuando regresó a Montevideo, lo acompañamos en el barco, desde donde vimos con tristeza cómo se lo llevaban detenido apenas llegamos al puerto. Me queda el recuerdo de un ser humano muy inteligente, solidario, y que se jugó cuando fue necesario.

Como balance de la gira europea puedo decir que encontramos interés y receptividad en todas las entrevistas y la promesa de mandar delegaciones a Uruguay. Algunas de ellas vinieron.

En el mes de junio recibimos una invitación para participar en un

congreso internacional de juristas que se celebraba en San Pablo. Desde Montevideo viajaron algunas madres, y Hugo, que estaba conmigo en la gira, viajó desde París para presentar una ponencia.

La tercera salida al exterior fue en noviembre, a Buenos Aires. Allí nos entrevistamos con organizaciones de defensa de los derechos humanos y con autoridades del gobierno electo. Estuvimos con las Madres de Plaza de Mayo y las acompañamos en sus rondas de pañuelos blancos. También estuvimos con el grupo de Abuelas. Un encuentro que me resultó particularmente grato fue el que tuvimos, en un anfiteatro colmado, con los estudiantes de la Facultad de Química.

El primer acto masivo en el que se reclamó públicamente la amnistía para todos los presos fue el 1° de mayo de 1983. La amnistía fue uno de los principales puntos de la plataforma. Unos días después salimos otra vez a la calle, pero entonces la cosa no salió tan bien: doce familiares fueron detenidos en 18 de Julio por levantar un cartel de la amnistía ante el paso de los reyes de España que acababan de llegar de visita.

Los estudiantes, organizados en la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de la Enseñanza Pública (ASCEEP) también hicieron suyo el reclamo de amnistía incorporándolo en el manifiesto que leyeron en el acto de clausura de la Semana del Estudiante, el 25 de setiembre. En la marcha que se realizó ese mismo día, más de sesenta mil personas corearon, entre otras, la consigna de amnistía.

Ese mes empezamos a trabajar en la redacción de un segundo pedido de amnistía, para el cual nos planteamos conseguir las firmas de un sector mucho más vasto que el núcleo de familiares. En octubre comenzamos la campaña. Esta vez éramos un grupo numeroso de familiares y, además, solicitamos a los estudiantes de la ASCEEP y al PIT que nos ayudaran en la tarea. El apoyo que logramos fue variado. Del PIT no obtuvimos la respuesta que esperábamos, teniendo en cuenta la cantidad de gremios que lo integraban: las hojas que les repartimos volvieron con muchas menos firmas de las que habíamos imaginado. En cambio tuvimos el apoyo invalorable de los comités de base del FA, de los estudiantes y de FUCVAM, que se movilizaron con entusiasmo y eficacia. Y, sobre todas las cosas, del SERPAJ, que estuvo a nuestro lado permanentemente y desde la primera hora; sin ese valeroso y entrañable

grupo la gesta por la amnistía no hubiera sido posible. Con ellos estará siempre mi agradecimiento, junto al recuerdo imperecedero del ser excepcional que fue Luis Pérez Aguirre.

El 27 de diciembre entregamos en Casa de Gobierno el segundo pedido de amnistía. Habíamos reunido 23.398 firmas.

Definitivamente el tema de la amnistía había dejado de ser tabú. Estaba instalado en el debate público, en los ámbitos partidarios, en la prensa, en los sindicatos, en los barrios y ocupaba su insoslayable lugar en la recuperación de la democracia.

Mnemosine

Fiebre de sábado a la noche

Muchas mujeres uruguayas sufrieron bajo la dictadura: destituciones, cárcel, exilio, pérdida de seres queridos, torturas, penurias económicas, y la lista sigue, interminable.

Lo mío es distinto. A la distancia, hasta tiene ribetes cómicos. Ocurrió en mi ciudad natal, Fray Bentos, donde viví toda mi vida, salvo los años del IPA; allí ejercía el profesorado de Literatura desde 1954 y tenía muy buena relación con mis alumnos. Era en 1978 y ya habían destituido a varios amigos queridos por su militancia en el Frente Amplio. Yo era y soy colorada, pero esas medidas me hirieron profundamente, porque viví de cerca las consecuencias. Cuatro de mis alumnos menores estuvieron presos, y eso marcó sus vidas para siempre.

A otro amigo profesor de Filosofía, lo sacaron del local liceal a punta de bayoneta y durante trece años asistí al calvario de su madre, que muchas veces lo creyó muerto. Todo esto creaba una especie de clima enrarecido, en pueblo chico, donde arreciaban las denuncias, los rumores y se multiplicaban los miedos.

Yo lo vivía con mi marido y mis cinco hijos, sin haberlo sufrido directamente, excepto por el dolor compartido en la amistad.

Entonces se estrenó una película exitosa: "Fiebre de sábado a la noche", que hizo famoso al protagonista, John Travolta. La música de este film norteamericano se popularizó y los jóvenes imitaban al ídolo. Hasta se organizó en el Gran Cine Fray Bentos, un concurso de baile, al que asistí con mis hijos y alumnos, y que ganó una pareja de la "barra".

Cuando la película llegó a Fray Bentos hubo gran revuelo publicitario y todos queríamos verla, pues ya la banda sonora era bien conocida.

Pero he aquí que la Jueza Letrada prohibió la asistencia de menores. Esta jueza ya se había singularizado por su apego "a la moral y buenas costumbres" y sus prohibiciones a los jóvenes. Por ejemplo, prohibió la música de la película, como fondo de un desfile de moda, calificándola de "sensual"; y no permitía en las calles fraybentinas el uso de *shorts*, en pleno verano.

En fin, yo oía los ecos de estas prohibiciones en el liceo y en mi propia casa, centro de reunión habitual, porque tenía hijos adolescentes.

Precisamente, uno de ellos, Nelson, estaba en el cine con cinco amigos de su edad, 17 años, y los obligaron a salir con la Policía. Allí me indigné, y fui con ellos a la casa de la Jueza, que residía en frente del cine y protestamos por lo sucedido.

La consecuencia fue que nos llevaron entre policías a la comisaría. Luego de una "amansadora" de varias horas, los menores fueron retirados por sus padres. A mí me tuvieron 20 horas y poco después me destituyeron de mi cargo efectivo cuando estaba por cumplir 25 años de trabajo. Y estuve siete años marginada, vigilada; al principio, hasta con guardia policial en frente de mi casa.

Como dije, tenía sus ribetes cómicos, pues yo salía con mi bolsa de compras a traer naranjas y veía al pobre funcionario anotando mis idas y venidas. Pero no era nada gracioso cuando venían amigos de Gualeguaychú y el Jefe de Policía de su ciudad les avisaba que estaban siendo investigados por mi culpa. Ni podía divertirme cuando nos decían que no íbamos a tener derecho ni a la jubilación.

Además, con dos hijas estudiando en Montevideo y uno en la Escuela de Lechería de Nueva Helvecia, añoraba mi sueldo, tan necesario.

Luego, todo pasó. Volvió la democracia, fui edil del Partido Colorado, me nombraron Directora del Liceo Departamental, y los siete años de desgracia quedaron en el recuerdo, sin que duelan demasiado. Sobre todo, comparando.

Porque un amigo muy querido, inolvidable profesor de Historia, se suicidó cuando lo destituyeron en 1976.

He vuelto a ver "Fiebre de Sábado a la Noche" y comparando con lo que cualquier menor ve ahora en televisión, parece inocente, ingenua. John Travolta conoce una segunda época de popularidad, reconocido ahora como buen actor, no ya como bailarín.

Cuando escucho la música de aquella película que me fue fatal, recuerdo con una sonrisa condescendiente los años negros en que desahogaba mi rebeldía enseñando fervorosamente el Romance de la Guardia Civil Española, de mi bien amado Federico García Lorca: "Los caballos negros Las herraduras son negras...".

Mirna

Todavía no eran las cinco

Una vez fueron las cinco en punto de la tarde.

Pero no eran todavía cuando en la esquina de casa un general puso su mano sobre mi cabeza: ¿Y esta niña?

El Cacique que me tenía agarrada de la mano respondió, "Una sobrina" y para mí el tiempo se detuvo ahí.

Con mi hermano jugábamos siempre a hacer cosas extraordinarias. Teatro, por ejemplo. Pero también a liberar a todos los presos haciendo un boquete en el patio, arrastrándonos por un túnel como el del que hablaban las noticias. Nos cargábamos de mochilas que el Cacique nos traía de sus viajes y eso nos transformaba en héroes, como ese comandante que había escrito un diario y tenía unos ojos negros tan lindos.

Bueno, pero el que estaba en la esquina era el General y de este General se hablaba tanto en mi casa, que para mí era casi como si Dios me hubiera tocado la cabeza. Mi hermano se iba a morir de rabia cuando le contara lo que se había perdido.

Desde muy temprano sabíamos que esa tarde iba a pasar algo maravilloso, pero a mí ya me había pasado.

Cuando fueron finalmente las cinco en punto yo ya estaba de regreso y en el patio con mi hermano nos mirábamos muy fuerte escuchando cada sonido que llegaba desde la calle y el andar nervioso de mi madre y mi abuela por la casa.

Fue en ese momento que la tarde estalló y al poco rato mi tía repetía sin parar que el Cacique no había vuelto.

Todos íbamos de un lado para otro sin ir a ninguna parte y los grandes se detenían cada tanto frente a la radio como ante un altar.

Entonces el Cacique volvió para alivio de todos. Venía con otros héroes, amigos del teatro y casi detrás de él, una multitud invadió el edificio. Subían escaleras arriba y entraban en los apartamentos que dejaban la puerta abierta. A nuestra casa entraron muchos. Había hombres jóvenes y viejos, mujeres y niños que tenían los ojos muy irritados.

Años después iba a saber que todos venían de 18 de Julio, del "9 de Julio".

Pero por ahora para mí venían sólo de la calle y allí había pasado algo que hacía llorar.

Años después iba a saber cuántos habían llorado sin gas, cuántos habían rezado sin creer y cuántos habían sido tan valientes.

La casa quedó cerrada y llena de gente que el Cacique fue repartiendo por habitaciones. Parecía conforme hasta que volvió al living y vio que todavía quedaban muchos allí.

Los golpes en la puerta llegaron demasiado pronto para pensar y el instinto hizo que todos se apretaran contra un rincón casi sin respirar.

Mi tía, sentada con unas señoras y un niño en los sillones que se veían desde la puerta nos hizo una seña a mi hermano y a mí para que abriéramos. Yo sentí que era una tarea que me había encomendado el General horas antes en la esquina y seguramente el comandante de los ojos lindos nos apoyaba en esto, así que por más horrendos que parecieran los golpes estaba pronta para enfrentarlos.

Con mi hermano volvimos a mirarnos fuerte, que era lo que hacíamos antes de cualquier misión, y abrimos.

Mi orgullo herido debe confesar que dimos un paso atrás al ver aquellos ojos desorbitados. Eran dos hombres muy grandes –o al menos eso nos pareció– y el sudor les corría por la frente que nosotros desde abajo podíamos ver a pesar de los cascos que les cubrían casi toda la cabeza.

Uno de ellos optó por abrir de un golpe la puerta de la derecha dejando al descubierto la cocina. Allí mi abuela tejía y mi madre tomaba un mate sin yerba, lo que la obligó a aferrarse a la bombilla mientras levantaba la vista con cara de sorpresa. Yo no podía parar de pensar en toda la gente apretujada en el rincón. Si estos hombres daban un paso, tan sólo un paso hacia delante estábamos perdidos, para no hablar de las otras habitaciones de la casa. Sabía que mi hermano pensaba lo mismo aunque por supuesto ahora no podíamos mirarnos, la misión ya estaba en curso.

Pero entonces ocurrió el milagro: uno le gritó al otro "¡vamos! ¡vamos que acá no hay nada!" y retrocedieron hasta quedar fuera de la casa.

El resto del día fue de lo más entretenido. Como el Cacique dijo que

la casa estaba vigilada, estuvimos despidiendo a la gente en grupitos de a tres o cuatro.

Con mi hermano bajamos todas las veces, con mi tía, mi madre o mi abuela que se turnaban y les hacíamos adiós con la mano gritando "saludos a Pocho" o cosas así.

Después de un día tan agitado caímos exhaustos en nuestras camitas y antes de que el sueño nos rindiera nos agarramos fuerte de la mano.

Ema

Tenía cinco años

Tenía cinco años en 1979, mi padre era preso político y se encontraba en el Penal de "Libertad" y mi madre estaba exiliada en Argentina. Mi hermana de tres años y yo vivíamos con mi madre, de modo que visitábamos a mi padre pocas veces al año, más o menos tres.

Ese año en particular, lo recuerdo porque en una de las visitas que le hacíamos a mi papá sucedió algo que me marcó de una manera difícil de explicar y cada vez que lo recuerdo me envuelve el miedo.

Mi abuela seleccionaba minuciosamente la ropa a utilizar para llevar al Penal, ya que la censura no permitía determinados dibujos, así como los tajos en las polleras de las mujeres ni los escotes, etcétera; pero no se dio cuenta que me coloqué en brazo y antebrazo izquierdo tatuajes que venían con los chicles.

Amanda era la milica del Penal que nos revisaba antes de pasar a la sala de espera. Nos sacábamos los zapatos, las medias, nos tanteaba el cuerpo en forma muy bruta y siempre encontraba a alguien en falta; entonces ya estaban las mujeres bajando dobladillos, cosiendo tajos, cerrando escotes o pidiendo ropa prestada. Una vez a mi hermana le obligaron a darse vuelta la remera porque tenía dibujado un timón de barco, lo cual me confundió bastante ya que nunca entendí qué daño podía producir el inofensivo timón y nadie me pudo explicar lo inexplicable.

Ese verano de 1979 yo tenía cinco años, Amanda me estaba revisando y vio los tatuajes. Me dijo sencillamente que así no podía ver a mi padre (al que no veía desde las vacaciones de julio), al menos que me sacara los tatuajes. Entonces pidió que le trajeran un paño mojado y me lo refregó contra el brazo con fuerza, pero los tatuajes apenas se decoloraban y mi brazo estaba rojo y yo lloraba de nervios y dolor y mi abuela le pedía que me soltara. Entonces me miró fijo y me dijo que me iba a dejar entrar pero no podía sacarme el saco de lana (que me había puesto a las 6 de la mañana para ir hasta Libertad, pero era sofocante usarlo

a las 10 de la mañana de un caluroso día de diciembre). Me dijo también que no le podía mostrar los tatuajes a mi padre porque si no, lo iban a castigar a él. Luego me reuní con mi padre y le conté que le llevaba una sorpresa pero que no podía mostrársela. Ante mi visible desilusión mi papá insistió en que se los mostrara que no le iba a pasar nada, que se los mostrara a escondidas. Pero yo no pude mostrárselos, estaba aterrada por las amenazas de Amanda y la odié profundamente. La odié porque no me permitió darle una alegría a mi papá y también porque me sentí cobarde. La seguí viendo durante seis años más y siempre la reconocí como la persona que despertó en mí, sentimientos demasiado tristes para una niña de cinco años.

Roxana

Fotos

En recuerdo de Gerardo

Ahí estaba tu foto. Tu mirada profunda y tierna, que parecía desprenderse del cartel en la pared y querer alcanzarme, alcanzarnos, abrazarnos a todos como antes. Tu mirada suspendida en algún recodo del tiempo. Y tu sonrisa franca, la misma que siempre anticipaba el ademán de tu mano extendida en caricia generosa, en apretón solidario. Tu sonrisa, esa calidez tan tuya a que nos habíamos acostumbrado. Sólo el bigote cambiaba tu fisonomía, ese bigote alargado, extraño a tu rostro, como crecido a la fuerza, sin convicción, en el corto espacio que quedaba entre tu nariz y tu sonrisa.

No lo tenías en otros tiempos. No en los lejanos días de nuestra juventud, cuando los veinte años de todos nosotros, los amigos de antes, maduraban en sueños, en esperanzas y certezas de un mundo mejor; cuando gastábamos largos veranos en caminatas, en cielos estrellados, en quemantes soles y coros gozosos; cuando el invierno se agotaba en charlas incansables sobre el último film de Visconti, el recién descubierto libro de Buber, de Fromm, que alguno de nosotros acercaba triunfalmente al grupo, el Brecht al que habíamos accedido compartiendo entusiasmos y las pocas monedas halladas en el fondo de nuestros flacos bolsillos de estudiantes.

Vos amabas la poesía por encima de todo. Nos acercaste a Neruda, a Vallejo, el indio, el transido, el dolido de injusticia. Vos estabas dolido de injusticia. Por eso decidiste que nada valdría la pena en tu futuro sintiendo ese dolor en tu corazón; y supimos entonces que tu vida sería la lucha por aliviarlo.

Ahora, aquí está tu foto. Junto a otras. Te miro y me duele mirarte, me duele el recuerdo. Me sonríes, y un sentimiento indefinido e incómodo va creciendo dentro de mí hasta agolparse en la garganta. Necesito pedir que me perdones, aunque sé que es cursi, y además inútil.

Porque sé que para vos perdón era una palabra más en el diccionario; una palabra gastada y sin prestigio, una moneda de cambio y vos no pagabas ni comprabas amistades y afectos. Comprendías, aceptabas, amabas. Nada llegaba a ofenderte y por eso nada tenías que perdonar. Eras así, Gabriel. Pero hoy siento que estabas equivocado, que el perdón puede ser mucho más que una palabra. Quiero que así sea, por este dolor y esta rabia que se me atropellan. Pero sobre todo, para poder hoy negárselo a ellos, con toda la fuerza.

Recuerdo el día que llegaste a casa con Pedro, lejos ya aquellos veinte años jóvenes. Debías quedarte con nosotros algunos días, me explicó, no se sabía cuántos. Era indispensable que te ocultaras por un tiempo. Nuestra casa era segura, nadie iba a sospecharlo. Acepté; cómo no hacerlo, cómo fallarle a un amigo tan querido.

Te alojamos en el cuarto de la azotea, arreglado lo más cómodamente que se pudo, que no era mucho. Vos pedías poco, una radio, algún diario para saber noticias, la tranquilidad para pensar, estar al resguardo de visitas indeseadas y curiosas. Tu presencia se hacía notar poco al principio y nos fuimos acostumbrando a la situación.

Hasta nos sentíamos frívolamente orgullosos de nuestra hospitalidad. En ocasiones bajabas a charlar con nosotros, a empaparte, ¿por qué no?, de presencias humanas. Después fuiste arriesgando alguna cena familiar, cuando no había peligro de extraños, y creo que las disfrutabas mucho. Otras veces era Pedro que subía a matear contigo un rato.

Fue pasando el tiempo. Afuera ocurrían cosas. Empezaste a salir a la calle, de vez en cuando, muy temprano; nos enterábamos cuando te veíamos volver, la gorra encasquetada y la bufanda tapándote la cara. Una leve inquietud comenzó a flotar en el aire de nuestra casa. Un día fue una vecina que dejó caer como al descuido, pero con sorna: "Ayer de mañana muy temprano vi salir a un hombre de su casa... Era su hermano, supongo... No sabía que usted tenía un hermano..." Otro día era un vecinito que, curioso, quería subir a ver cómo era la azotea...

Llegó el día en que el sonido del timbre nos sobresaltaba; que una visita inesperada nos turbaba y confundía como a niños sorprendidos en una travesura. (¿Te habrías dado cuenta, Gabriel, de que había extraños? ¿Y si ahora se te ocurriera bajar?)

Entonces comprendí que ya no había lugar para frivolidades. Un vago sentimiento de hostilidad empezó a nacer en mí, me sentía irritada por todo lo que hacías, a mi entender imprudente e irresponsable. Pensé en mí y en mi familia. Me di cuenta que junto con vos se había colado en casa, sin advertirlo, otro huésped subrepticio, callado, pero cuya presencia se hacía cada vez más tangible. El miedo, ese animal agazapado que podía saltar en cualquier recodo del día; que de noche se ocultaba tras el sueño, vigilante, que nos despertaba de pronto ante cada murmullo extraño en la calle. Fueron los tiempos en que cada auto que frenaba ante nuestra puerta nos sacudía, nos mantenía en vilo, tensos, expectantes, y sólo respirábamos tranquilos cuando lo oíamos alejarse. El animal viscoso nos iba ahogando, parecía reptar por las paredes de la casa. Ya no nos sentíamos dueños de nuestras vidas; ni siquiera de nuestro pasado.

Aquel día me decidí. Tendrías que irte. Yo tenía que recuperar mi casa, mi intimidad, mi paz. Que a dónde irías, qué harías, no me importaba. Ese era tu problema, después de todo yo no te había metido en esto, no tenía ninguna responsabilidad. Bastante te había ayudado ya. No me importaba lo que sería de vos. Habíamos sido amigos en la juventud. Bueno, ¿y qué? Ojalá no lo hubiéramos sido.

Pasé la tarde en el centro. Quería alejarme del miedo, aunque no era fácil, porque fuera de mi casa temía siempre lo que encontraría al llegar. Quería darme el tiempo de pensar y de ver claro en mí, tal vez acostumbrarme a mis nuevos sentimientos, mis horribles e insospechados nuevos sentimientos. Quería convencerme de que mi pasado no era mi pasado y que vos no eras mi amigo. Me estremecí, más que por sentirme atrapada, por enfrentarme a este nuevo, mezquino ser mío, desconocido.

Llegué a casa hecha un embrollo, confundida, irritada. Pero vos no estabas allí. En cada uno de nuestros rincones preferidos, encontramos una esquela personal de despedida. Volcabas en ella tu inmenso afecto por nosotros, y por qué no, por el hombre. Recuperabas los recuerdos de los veinte años, perdidos en la memoria, y los recuerdos de los nuevos tiempos, los detalles cotidianos y banales de la convivencia forzada: la salsa especial que mamá te había preparado aquel día que bajaste a almorzar con nosotros, y que tanto te gustaba; el helado y los dulces

que rescaté para vos el primero de año, cuando la familia reunida celebraba y vos estabas solo, allá arriba. ¿Qué haría tu familia verdadera, mientras tanto? Recién comprendimos cuánto había significado para vos, en tu forzado encierro. Junto a cada esquela, un regalito que te habías ingeniado en conseguir. Siempre guarda Pedro tu bufanda, esa que le gustaba tanto, y que vos le dejaste.

Fue esa tarde que algo se anudó para siempre en mi garganta.

Por largo tiempo, no supimos nada de vos. Leíamos con avidez las noticias de los diarios. Pero no, no estabas. Más tarde nos enteramos que te habías ido a Buenos Aires, pocos días después de haber dejado nuestra casa. Amigos comunes acercaban a veces una noticia. Que estabas bien. Que estabas detenido. No, si te habían visto en una calle céntrica. Tal vez viajaste a Francia... Luego, el silencio. Largo, inquietante silencio.

Ahora, aquí está tu foto. Junto a otras. Un simple papel en el muro. Gabriel Almeida, desaparecido en la Argentina. Una fecha. Tu mirada suspendida en un rincón del pasado. Tu sonrisa. Todo el dolor que cabe en un recuerdo.

Toribia

Porque la noche me envuelve y estoy sola
Porque en el aire pesado adivino jazmines
Porque una voz lejana me trae una canción de amor y de abandono
Porque no hay nadie que me quiera ni a quien querer...
Porque no tengo sueños ni ilusiones y hay cautelosos recuerdos que tienen cifras y
Personas irrecuperables
Porque hay en las viejas calles figuras escondidas
Por eso lloro...

Inchalá

Un hijo desaparecido

Provengo de una familia numerosa y heterogénea desde el punto de vista ideológico. Mi padre era un batllista progresista, de carácter sumamente pacífico y conciliador; mi madre muy católica. Discrepaban, pero había mucho afecto y se relacionaban muy bien. Un día un cuadro de la Virgen salía al paso de una procesión y al día siguiente el retrato de don Pepe Batlle tenía asegurado el mismo balcón. Las hijas mayores fueron comunistas, hecho que a mamá hizo sufrir mucho, sobre todo cuando el papa Pío XII excomulgó a los comunistas. La salud de ella no fue buena, murió joven.

Fuimos nueve hermanos, todos nacimos en el interior de la República, la mayoría en San José, pero vinimos pronto a la capital, por lo que me siento totalmente montevideana.

Yo fui católica muchos años, aunque en mi fuero íntimo comulgaba más con las ideas de mi padre. A veces pienso que me mantuve en la religión porque estaba en un medio de gente muy valiosa, muy preocupada por el bien colectivo. En ese aspecto no sufrí ninguna desilusión con la gente de iglesia.

Estudié, tuve una profesión, me casé y tuve dos hijos. Hubiéramos deseado tener más, al punto que como hay años de diferencia entre ellos, luego del primero intentamos una adopción. Como recién iniciado el trámite quedé nuevamente embarazada, mi marido quiso dejarlo sin efecto, en lo que estuve de acuerdo.

Mi marido también era católico. Ninguno de los dos militaba políticamente. Lo hacíamos en parroquias, con grupos de matrimonios o de adolescentes. En determinado momento me enfrenté con la realidad de mi falta de fe y a partir de allí dejé la práctica religiosa y las actividades en la Iglesia. En cuanto se refiere a la política, voté inicialmente a la Democracia Cristiana. Nunca me afilié a un partido de los que integran el Frente Amplio, me siento independiente dentro del Frente.

Mi hijo mayor en los finales de su Secundaria comenzó una militancia

política. Advertimos que su escolaridad bajabá sensiblemente de nivel (hasta entonces era muy buen alumno). Era el 68, tenía 17 años. Empezó a tener reuniones a puertas cerradas, faltas a clase... en fin, muchos síntomas de que estaba asumiendo un compromiso y un compromiso que intuíamos peligroso. En determinado momento le planteamos una disyuntiva: que estábamos dispuestos a "bancar" su militancia siempre que no abandonara los estudios. En caso contrario debía trabajar, lo que le restaría también tiempo para lo que hacía. El lo aceptó, pero nuestra preocupación crecía, aunque nunca soñamos que algún día nos encontraríamos en la situación tan terrible que debimos enfrentar. Una mañana abrí el diario y vi que un amigo íntimo suyo había sido detenido. Lo desperté y le dije que tirara todos los papeles comprometedores que tuviera. Inicialmente negó que tuviera nada oculto o riesgoso, pero cuando le mostré el diario empezó a tirar papeles de todas partes.

Al poco tiempo fue detenido junto con su novia en casa de ella. Los llevaron al Batallón Florida, en el Buceo. Cuando íbamos a preguntar por ellos, con ese lenguaje acartonado de los militares nos decían: "vuestro hijo no tiene problemas, es la chica". Luego de unos días liberaron a ambos. Una noche él nos dijo: "estoy reflexionando si debo quedarme o irme". No tuvo tiempo de decidir, a la mañana siguiente vinieron a buscarlo y esta vez quedó detenido. Fue procesado por la Justicia Militar y condenado por el delito de "Asociación para delinquir". Estuvo preso desde mediados de 1971 hasta fines de 1973. (Luego cambió la ley y las sanciones para los presos fueron mucho mayores.) Estuvo siete meses incomunicado. Nuestra primera visita fue en la Jefatura de Policía, todos los presos de un lado y los familiares de otro, separados por doble reja en un griterío en que nos costaba entendernos. No obstante vimos su sonrisa y oímos palabras tranquilizadoras con las que ocultaba sus penas para atenuar las nuestras. Cumplió la condena en cuarteles de distintos departamentos del interior, en algunos en pésimas condiciones, particularmente en Durazno, donde estaba en un pozo que cuando llovía se anegaba. Los familiares en la visita debíamos esperar en la vereda de enfrente, a la intemperie, lloviera o tronara. Allí había un grupo de religiosas que provenían del Sacré Coeur pero que en el momento integraban una comunidad de servicio, que nos acogían dándonos casa y comida el día de visita, con una gran solidaridad.

En Mercedes tuvo hepatitis y lo llevaban a la enfermería cuando íbamos a verlo, el resto del tiempo lo pasaba en la celda. Nunca le hicieron un análisis de control. Allí se le inició un reproceso por "Vilipendio a las Fuerzas Armadas" y fue privado nuevamente de visita. El motivo: un dibujo de presos sentados en la caja de un camión espalda contra espalda atados y encapuchados con una leyenda que decía : "así nos trasladaron". Por una eficaz y rápida gestión del abogado (el doctor Adolfo Gelsi Bidart), del que quedamos eternamente agradecidos, el reprocesamiento no prosperó.

Cuando quedó libre resolvió irse a Buenos Aires, no se sentía seguro acá. Allí obtuvo documentación como residente e incluso, curiosamente, en el Consulado uruguayo le dieron el pasaporte, aunque acá quedó requerido por ausentarse, ya que debía presentarse a firmar todas las semanas. En Buenos Aires trabajaba como dibujante en una revista (dibujo humorístico) y hacía cerámica que vendía en la feria.

En determinado momento un familiar militante comunista de jerarquía me dijo que lo sacáramos de Argentina, pero él no aceptó irse, desgraciadamente.

Cuando íbamos a verlo nos amargábamos mucho porque no nos dio el domicilio ni quiso ocupar un apartamento que habíamos conseguido. Eso nos daba la pauta de la inseguridad en que se sentía. Si quedábamos en encontrarnos en una esquina y no llegaba (no era demasiado puntual) me encontraba como una Magdalena, segura de que le había pasado alguna desgracia. Fue un tiempo atroz.

Si tuviera que designar con una palabra la época de la dictadura, diría *miedo*, porque yo soy miedosa, tenía miedo a lo grave y hasta a lo banal; a las muertes y torturas o a la ausencia por una noche de mi hijo menor atrapado en una *razzia*, pero también a los chorros de agua con que se disolvían las manifestaciones y hasta a las marchitas militares que anunciaban los comunicados de las Fuerzas Armadas.

A pesar de eso la desaparición de nuestro hijo nos agarró en un viaje; hasta el día de hoy me pregunto cómo se nos ocurrió semejante desatino. Combinamos con él que llamaría a casa todas las semanas y que nosotros también lo haríamos... Un día nos enteramos de que su llamado no había llegado y de que figuraba en una lista de "desaparecidos "

en Buenos Aires. No teníamos idea de lo que realmente significaba la palabra "desaparecido", a tal punto que yo le dije a mi hijo menor: "bueno, comenzará el peregrinar de la otra vez", refiriéndome a la incomunicación que había tenido en su detención o a otra oportunidad en que cuando fui a entregar el paquete de ropa no aparecía su nombre en ninguna lista y estuvimos semanas en medio de la locura buscándolo de oficina en oficina, hasta que un día tuvimos una llamada telefónica; era él; nos anunció la visita de una persona que me propondría algo, pero me aclaró que mi respuesta no incidiría en su prisión. Efectivamente se presentó un militar que dijo ser el capitán Cordero y que me planteó la posibilidad de que colaborara en el análisis de las declaraciones de impuestos de determinados políticos (citó el nombre del doctor Jorge Batlle) análisis para el que se me consideraba apta por mi profesión y trabajo. Yo evadí una respuesta. Ante mi actitud reticente me dijo que lo pensara mejor, que vendría al día siguiente, pero nunca volvió. (Era la época en que entre un sector de los militares y un grupo de presos existían conversaciones sobre el porvenir del país, lo que se llamó "la tregua".)

Cuando llegamos a Montevideo, nuestro hijo menor, que tenía 18 años ya había presentado en Buenos Aires un *habeas corpus* que tuvo resultado negativo, como los que luego presentamos nosotros.

En la misma fecha que mi hijo, desapareció la nueva compañera que tenía. Su esposa había vuelto a Uruguay luego de acordar que se divorciarían, trámite que fue seguido por ella solamente, dada la situación de él.

A partir de entonces supimos lo que era ser familiar de un desaparecido, la desesperación de no dejar la casa sola nunca por si había una llamada telefónica, la esperanza y desesperanza de cada día. El miedo fue opacado por una desesperación desde las entrañas, una impotencia, una locura, una angustia de muerte. Pero durante un largo tiempo no imaginamos que se trataba de algo definitivo. Yo, a los meses, fui convenciéndome de la realidad; mi marido estuvo años pensando que estaría preso en alguna región remota. El siguió siendo creyente hasta su muerte, aunque decía que estaba enojado con Dios. Su carácter se vio sumamente afectado, se retrajo, perdió alegría, que por suerte recuperó en parte años después con el nacimiento de un nieto.

La desaparición altera los vínculos familiares. Uno trata de que el propio dolor no invada a los otros hijos pero a veces eso produce que ellos se sientan excluidos, lo que también es terrible. Yo pensaba en el drama de los niños pequeños, ante la falta de su madre; ni siquiera puede explicárseles una muerte. Y los mayorcitos, con una abuela oficiando de madre, pero no es una madre joven como las de sus compañeritos a quienes no saben explicar una ausencia que ellos mismos no entienden.

Nosotros empezamos a recorrer oficinas civiles y militares en Uruguay y Argentina. En Buenos Aires visité a un miembro del Centro de Estudios Legales y Sociales que me dijo con enorme tristeza que su hija había desaparecido hacía un año. Era totalmente pesimista y eso significó un golpe para nosotros, un golpe de realidad. Mignone, que así se llamaba, me dirigió al ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados) donde me dijeron que no fuera sola a Buenos Aires, que era riesgoso aun para los familiares, que me uniera a otros en igual situación. Ante mi desconocimiento me dieron el nombre y dirección de otra madre uruguaya de un desaparecido. Ella fue un elemento decisivo para vincularnos con otras. La visité y paulatinamente un nombre trajo otro nombre y así fuimos constituyendo un grupo para caminar juntos. Una madre se enteró y se acercó, un padre lo supo por un amigo, con otra señora nos encontramos en el Palacio Legislativo tratando ambas de hablar con algún miembro del Consejo de Estado de la dictadura... así fue formándose la cadena. Comenzamos reuniéndonos en nuestras casas y haciendo escritos a toda institución o persona que nos era sugerida. Recogíamos las firmas persona a persona, no teníamos local, no había organismo defensor de derechos humanos al que acudir, todavía no existía SERPAJ en Uruguay. En Argentina nos vinculamos con compañeros de nuestros hijos que, a pesar de que corrían serios riesgos, no tuvieron reparos en apoyarnos y nos fueron de gran valor cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos fue a Buenos Aires en 1979 a recoger las denuncias. Allí se inició la consolidación del grupo. Esos mismos jóvenes nos dieron la dirección de familiares de presos en Uruguay con los que luego nos vinculamos.

Más adelante, familiares de desaparecidos que estaban exiliados en

Europa y habían formado AFUDE (Asociación de Familiares de Uruguayos Desaparecidos) organizaron el viaje de dos de nosotros para recorrer algunos países e informar a la colectividad uruguaya y a instituciones públicas y privadas de la situación del país en materia de derechos humanos y concretamente de la que nos afectaba.

Por el momento sólo nos habíamos agrupado los familiares de desaparecidos en Argentina. Luego de su constitución en nuestro país, el Servicio de Paz y Justicia agrupó a los familiares de desaparecidos en Uruguay, que temporariamente funcionó en forma independiente, porque consideraban que así convenía por la especificidad de su caso. Efectivamente era real que el método represivo de Uruguay era el de la tortura y la cárcel, no el de la desaparición, como en Argentina.

Nosotros, a ejemplo de las Madres de Plaza de Mayo, intentamos reuniones en algunas plazas, con pañuelos blancos en la cabeza. Éramos tan pocas que inspirábamos conmiseración y además, en esos años, la gente que pasaba no se explicaba quiénes éramos y no se detenía a preguntar. Un señor dijo a una conocida: "¡Ay, pasé por una placita y veo a cuatro pobres señoras con un pañuelito blanco en la cabeza!".

Después de las fugaces apariciones en plazas, fuimos con una pancarta con las fotos de nuestros familiares a una iglesia. La gente se preguntaba de qué se trataba. Tomamos precauciones para no pasar frente al Ministerio del Interior. En otra ocasión, en que vino el cardenal chileno Silva Henríquez, estuvimos en un acto con nuestra pancarta donde se hablaba de desaparecidos. Allí hubo quien nos preguntó si se trataba de los uruguayos que iban en un avión caído en los Andes, en Chile. Todo esto indica el total desconocimiento del tema que había en Uruguay.

Nosotros no sufrimos represión, sí eramos controlados. Recuerdo algunos ejemplos. En una oportunidad nos pidieron identificación y al ver el carné de una de nosotras en el que figuraba su apellido de soltera, quien lo pedía dijo: "ah, la señora Fulana", citando el apellido de casada. Es decir que nos tenían bien fichadas. En otra ocasión en que vinieron dos médicos austríacos interesados en la situación del país les relatamos nuestro caso. Luego ellos fueron expulsados y la policía estuvo en nuestras casas. Reconocimos que los habíamos visitado y mi marido defendió su derecho con severidad, sin consecuencias. En una ma-

nifestación ante el Ministerio de Relaciones Exteriores detuvieron a una compañera, abuela y madre de desaparecidos para interrogarla. Ella tuvo una actitud muy digna y no pasó de eso.

La constitución de SERPAJ en Uruguay significó para nosotros un cambio cualitativo. Nos facilitó un local para reunirnos. Además tuvimos más tranquilidad en nuestras manifestaciones en iglesias por su apoyo, aunque continuaba el control, la grabación de los testimonios dados en voz alta, la patrulla de la zona donde estábamos por vehículos militares, etcétera... Los 28 de diciembre hacíamos un recordatorio especial de los niños desaparecidos.

Cuando una joven traída clandestinamente de Buenos Aires donde le arrebataron a su hijo recién nacido salió de la cárcel, una compañera le preguntó: ¿dónde creés que están, acá o en Argentina? A lo que ella contestó: "en ninguno de los dos lados". Fue otro mazazo de realidad. Sin embargo, los más optimistas siguieron pensando en un posible reencuentro.

En nuestro andar hubo otras pérdidas... una madre... un padre muy trabajador al que queríamos mucho y que solía decir con humor: "nosotras las madres..."

¿Por qué nos llamamos sólo Madres? Un poco en imitación de las argentinas, otro poco quizás pensando que éramos menos vulnerables, por el mito de la madre... por la tradicional e ilógica distribución de tareas que atribuye a la mujer la responsabilidad de los hijos. En fin, sólo después y ya cuando nos habíamos agrupado los familiares de desaparecidos en Uruguay y Argentina cambiamos el nombre por el de Madres y Familiares. En el grupo no pesaron las diferencias político partidarias que pudieran tener sus miembros. Tampoco nos dimos nunca autoridades.

En una época posterior nos reunimos con familiares de presos y de exiliados para dar charlas en parroquias, en salones de cooperativas, en todo lugar en que se nos abría una puerta. Decíamos que llevábamos pronto un disco que estaría rayado de tanto repetirse, porque ninguno de nosotros era orador ni expositor profesional. Trabajábamos juntos y se creaban lazos de afecto que nos permitían gran franqueza. Recuerdo que en una ocasión un joven a quien mucho quiero, que hablaba sobre los rehenes de la dictadura me dijo: "hoy hablaste un poquito... peor".

Éramos sólo gente que compartía sus problemas con la gente. Tal vez las charlas eran un poco frías, "Doctrina de la Seguridad Nacional" y todo eso. En parte porque creíamos importante tratar esos temas, otro poco para no conmovernos hasta las lágrimas hablando sólo de dolores. Sin embargo nuestro auditorio era siempre cálido y receptivo. Íbamos con algún video hecho por estudiantes, referido particularmente a los niños desaparecidos. Reclamábamos amnistía para los presos políticos, verdad y justicia, aparición con vida de los desaparecidos, pues más allá de que nuestras convicciones fueran pesimistas, no seríamos nosotros los que los declaráramos muertos.

Después vinieron los fines de la dictadura, la esperanza cifrada en la Concertación Nacional Programática donde participamos acompañando al SERPAJ, la Semana de los Estudiantes... el comienzo de la esperanza.

Luego las decepciones. Empezó a gestarse la ley de caducidad, se pretendió que el perdón a victimarios sin siquiera juicio era equivalente a la reducción de penas computando tres días por cada dos a los que, por decisión de quienes ejercían el poder fueron juzgados por la justicia militar, mal llamada justicia y padecieron torturas y una cárcel terrible. El más significativo representante de esa posición fue el luego presidente Sanguinetti, aunque, como todos sabemos, lo acompañó la gran mayoría de su partido y gran parte del Partido Nacional.

Vivimos las hermosas jornadas propulsoras del referéndum con un final que no les hizo honor.

Tuvimos la emoción y la gran alegría cuando fueron liberados los presos, tuvimos la felicidad de ver recuperados a muchos niños, vimos cómo algunos de ellos, que al principio rechazaban a la familia biológica han ido acercándose a ella... pero todavía faltan etapas importantes.

Hoy, el presidente de la República ha instalado la Comisión para la Paz. A pesar de que no conforma la limitación de facultades con que actúa, consideramos de fundamental importancia que el Estado, por primera vez, asuma el reconocimiento de las desapariciones y su responsabilidad en las mismas. Pensamos que pueden ser valiosas las recomendaciones posteriores, sobre la creación de la figura de "ausencia por desaparición forzada", como se ha hecho en Argentina, sobre la inclusión en nuestro Código Penal del delito de desaparición forzada.

Luego veremos cómo continuar el camino. Tenemos esperanzas de que se abra paso la Justicia, a la que tenemos derecho, como está ocurriendo en otros países, y algunos de nosotros, que tenemos doble nacionalidad, hemos iniciado juicios en el exterior.

De nuestro hijo pasamos años sin ninguna noticia. En 1984, 12 años después de la desaparición, nos llegó el testimonio prestado ante escribano y gestionado por vía consular de un ex preso radicado en el exterior. El declarante dice que fue detenido junto con él en un operativo realizado en un café de Buenos Aires comandado por el oficial uruguayo José Gavazzo y que de allí fueron llevados a la cárcel clandestina "Automotores Orletti".

También recibimos la declaración escrita de dos amigos de nuestro hijo, ambos ex presos, a los que el oficial Cordero habló de él y les dijo que había quedado en Buenos Aires y que su destino era la muerte.

No teníamos ya ninguna ilusión sobre su vida. Sin embargo fue nuevo y terrible el dolor que nos dejó esa helada confesión del asesinato impune.

María Eloísa

Con Norma

Llegué al Penal, a Barraca, en octubre del 77. Todo era muy extraño. Había gente de gris que gritaba, que daba órdenes. Gente de gris que hacía el ridículo, supremo privilegio de los verdes. Costaba asimilarlo. Era un mundo nuevo y entreverado. Imprevisible. Un señor Oficial desfilaba haciendo muecas con su caballo y una cantidad de mujeres debíamos, como girasoles, seguir con el cuerpo y la vista hacia donde él "alumbraba". Costaba asimilarlo.

Había que formar y numerarse dos veces por día: 1, 2, 3, y de repente un grito ¡41 ¡cuatroooo!, como si fuera algo, como si quisiera decir algo. Había mucho de absurdo: uno estaba leyendo, o conversando, y de pronto otro grito destemplado ¡Atención bandera! y había que estarse de pie, inmóvil, y brillaba una trompeta tururú...

Un día gritaron que no se podía entrar al baño. Aglomeración en la puerta. Baño prohibido: ¿Norma?

No se puede entrar. Entré. Entramos: una, dos, luego una tercera compañera. Desde la puerta del water, cerrada por dentro, colgada ¿de la banderola?, ¿de la cisterna?, estaba Norma Cedrés. Hacer que la cuerda no apretara. Entré al baño contiguo, me trepé al water, pasé por el murito hacia el otro lado. Abrí la puerta ¿o la abrió la compañera que estaba conmigo? La sujeté para que la cuerda no la ahorcara. Norma yacía muerta en mi hombro. La compañera trató de desatar la cuerda. No me acuerdo más. Luego Norma afuera tendida en el suelo. Gente que la atendía. Salimos de ahí. Ataques de nervios, llantos. Unas horas después el oficial del caballo llamó a formar y nos dijo que la muerte de Norma era nuestra culpa no recuerdo por qué, y que su muerte nos sirviera de ejemplo no sé para qué. Más ataques de nervios, más llantos. Me llamaron a declarar. Actas y más actas. La tercera compañera nos pidió que no declaráramos que ella había entrado. No lo hicimos. A los pocos días fui trasladada al celdario, previo pasaje de un mes por calabozo. La segunda compañera pronto salió en libertad. No la vi nunca más. Fue allí y será siempre mi hermana.

Cecilia

IV

Ya me quiero en casa.
Loba herida,
aúllo
olfateando guaridas.
Ya me quiero en casa.
Soltaron los perros
que rastrean
mi sangre menstrual.
Ya me quiero en casa.
Estarme quieta.
recogida,
en silencio.
Ya me quiero en casa.
Buscaré aquel pozo.
(el primero del mundo)
y volveré a saltar.
(22-12-74)

Mandala

Intimidades

"Así era mi pueblo
cuando yo tenía pueblo."
José Carbajal, "El Sabalero"

Mi nombre es Glinca y tengo catorce años.

Vivo en San Javier o Colonia Rusa desde que nací.

Soy la menor de quince hermanos, mi padre es albañil y mi madre ama de casa.

Mi casa es linda, con una gran estufa a leña en la cocina, donde nos sentamos a tomar mate cuando hace frío con familiares y amigos.

Tiene muchas plantas y en primavera el jardín se llena de flores.

En el fondo tenemos gallinas y otros animalitos, árboles frutales y algunas verduras.

Aquí empiezo a escribir mi diario para acordarme cuando sea viejita de los años grises, largos y aburridos de mi adolescencia en San Javier, esperando que me pasen cosas lindas.

De abril a abril

16 de abril de 1984

Entro con mis hermanos y me siento en una silla bastante rota, (la reconozco porque es la misma que usamos para sentarnos en las clases de inglés). Me saco la campera mojada por la lluvia, (hace mucho frío aunque recién empieza el otoño).

Miro el ataúd oscuro y lustroso y siento más frío. Asoma sólo la cara muy pálida e hinchada, sombras violáceas debajo de los ojos, manchones oscuros; sólo la nariz, afilada como siempre parece reconocible.

Cierro los ojos, después trato de mirar otra cosa.

Recuerdo cuando tenía tres o cuatro años y me llevaron al médico por primera vez. Todavía puedo sentir el olor penetrante de los remedios. Yo estaba aterrorizada.

El doctor me pedía una y otra vez: –Levantate la camisetita, Glinca, por favor.

Y yo: -¡No!

Tenía mucha paciencia el fulano, y yo era muy terca.

Era el hombre más churro y más limpio que había visto en mi vida. La piel muy blanca, el traje y los ojos de un azul profundo, las manos impecables, que en nada se parecían a las manos sucias y ásperas de los otros hombres del pueblo.

Afuera Mary Zabalkin (mi *teacher* de inglés y esposa del difunto) se cae desmayada.

Me acerco cuando piden a gritos un caramelo. Después mis hermanos me dicen: -No molestes.

Los más jóvenes nos encerramos en el cuartito de las clases de inglés. Víctor Makarov, Vladimir Roslik (chico), Pepe Bozinski, Miguel Schevzov y Aníbal Lapunov acaban de salir del Penal de Libertad. Están muy delgados y peladitos, mueven las manos con nerviosismo y se ríen todo el tiempo. Yo también porque llegó la hora de los chistes.

Es extraño, nunca pensé que el miedo podía provocar risa. Ana Roslik está tan tentada que se cae patas para arriba de su silla.

Es lindo estar juntos. Tomamos mate hasta el amanecer.

De mañana temprano salimos a juntar flores para "Valoia", "el doctor Roslik", como le decía siempre mi madre. A media mañana lo enterramos. No puedo llorar, sólo tengo un nudo en la garganta. Pienso egoístamente, él murió, ellos sufrieron y yo estoy viva.

Mayo de 1984

Cuando iba a nacer el bebé, Mary era la mujer más feliz de la tierra. Charlábamos en clase sobre qué nombre ponerle. Si era niña se llamaría Larisa Irina, si era varón quizás Valery Roslik.

-No sé -dudaba- Vladimir no quiere porque ya tenemos una sobrina que se llama Valeria -decía.

Nosotros opinábamos dándole nombres de nuestro agrado. A mí me gustaba Valery, como finalmente le puso.

Yo creo que Vladimir presintió su muerte, porque cuando se lo llevaron él dijo que una vez más no aguantaría.

Junio de 1984

Cuando llueve siempre me pongo triste y me acuerdo de mi amiga

Paula. Decir Paula es decir lluvia. Sé que no tiene nada que ver pero para mí es así.

Ahora vive en Paysandú con su hermano Dieter. Dice que cuando suelten a su padre (el tupamaro Henry Engler, que está de rehén), se van a ir a vivir a Suecia.

Recuerdo cuando Paula llegó al pueblo, parecía un pollito mojado, muy delgadita, de piel blanca como las niñas de la ciudad, ojos grises y pelo corto (mientras que todas nosotras lo conservábamos largo para poder hacernos trencitas).

En vez de carterita de cuero o mochila traía sus útiles en una bolsita de nylon rosada. Las maestras la trataban mal, no sé por qué.

Yo, que me sentía siempre muy poco querida por el hecho de ser pobre, sentí una especie de solidaridad con ella y nos hicimos amigas.

Íbamos y volvíamos de la escuela charlando y demorábamos media hora o más en hacer unas pocas cuadras.

Tiempo después me di cuenta que a Paula no le interesaba lo que pensaran los demás como a mí. Ella era muy feliz y a veces hacía cosas raras como ¡ir a la escuela de pijama!, (debajo de la túnica, por supuesto).

–Es para ganar tiempo y dormir un rato más –me decía.

Ella me enseñó a agarrar las víboras de la cabeza para que no me mordieran. Cuando encontraba una culebra en el pueblo la llevaba al río para que nadie la matara, porque los hombres son muy crueles y matan a las víboras porque sí.

Julio de 1984

Mi amigo Fernando Dolyenko se fue a estudiar a Montevideo. Cuando viene en las vacaciones hablamos mucho, sobre todo de política.

Él dice que allá a la gente del interior nos llaman "canarios". –Te desprecian –me dice– se creen el ombligo del Uruguay.

¿Y a mí qué me importa? –pienso–. Yo nunca me voy a ir de San Javier. Yo amo este pueblo y no me pienso mover de acá.

Él cuenta que allá se están poniendo de moda los "candombailes". A mí no hay nada que me emocione más en el mundo que una melodía de bailes rusos en el sonido de un acordeón. Será porque hace años que no podemos bailarlos y, parece mentira, a mí siempre me atrae el fruto prohibido.

También me gusta el canto popular, lo escucho en CX 30 "La Radio".

Para bailar me gusta Michael Jackson y para escuchar creo que no hay como una balada de los Beatles.

12 de agosto de 1984

Hoy vinieron los compañeros de ASCEEP, la asociación de estudiantes de Young y Fray Bentos.

Nos reunimos en el Club Atlético River Plate. Después fuimos al cementerio al homenaje a Roslik.

Luego siguió la reunión de estudiantes en casa; cuando terminó nos quedamos sólo los del Frente Amplio y los compañeros de Fray Bentos nos repartieron semanarios y folletos prohibidos.

23 de setiembre de 1984

Me levanté a las siete de la mañana para limpiar la casa porque venían tres chiquilines de Montevideo de la juventud de Democracia Avanzada. Uno se llama Álvaro Villar y los otros dos no me acuerdo.

Como a media mañana no venían pensamos que se habían perdido y mis hermanos salieron a buscarlos.

Los vieron a los tres sentaditos en la Prefectura y pensamos que estaban presos.

Por suerte no pasó nada, sólo se habían perdido.

Dijeron cosas muy lindas pero la mayoría yo ya las sabía.

Me da la impresión que a veces los compañeros de Montevideo dicen cosas obvias y no se dan cuenta, eso es por su actitud, vienen al interior creyéndose Colón descubriendo América.

30 de setiembre de 1984

¿A qué no saben qué pasó hoy? Nada más y nada menos que la inauguración de nuestro comité de base "Vladimir Roslik".

Llegaron las delegaciones de Young, Paysandú y Fray Bentos. Vinieron Dieter y Paula de Paysandú y algunos amigos míos de Young.

A las cuatro de la tarde salimos de manifestación por el pueblo con los más jóvenes, con banderas y gritando los estribillos más conocidos. Frente al consultorio de Vladimir cantamos el himno.

En la plaza se armó guitarreada. Los muchachos de Paysandú caminaron por arriba del césped y cortaron flores. Eso me molestó mucho. Nosotros cuidamos nuestra plaza.

En el acto hablaron Burgel por Paysandú y Alamón por Fray Bentos.

6 de octubre de 1984

En San Javier podrá uno sentirse mal por muchas cosas, pero nunca se va a sentir aburrido.

Hoy me levanté a las seis de la mañana a estudiar para el escrito de inglés. Sólo saqué 98 puntos. Me dio mucha bronca, quería sacar 100.

A las doce del mediodía llegaron las delegaciones de Montevideo con Germán Araújo y algunos artistas.

Después del acto en el comité escuchamos un casete con un saludo que nos mandó Alfredo Zitarrosa.

Fuimos a ver el río con Mario Carrero y Eduardo Larbanois. Son dos personas muy cálidas y tiernas.

Ellos me dijeron que querían irse disimuladamente porque les parecía haber oído que habían venido más de lo previsto y no nos iba a alcanzar la comida. Yo les dije que no, que volviéramos que algo les íbamos a dar y volvimos a almorzar.

Después fuimos al cementerio a la tumba de Vladimir y a la de Julia Scorina.

20 de octubre de 1984

Hoy me levanté a las siete de la mañana para estudiar pero finalmente no fui a clase porque me dijeron que el General Líber Seregni iba a llegar muy temprano y entonces me iba a perder todo.

Fuimos a esperarlo con banderas y ya en el comité yo leí un poema y le di un ramo de rosas rojas.

El General tomó mi cabeza entre sus manos, me acarició el pelo y cuando se acercó a darme un beso me di cuenta que estaba llorando. Ahí me dieron ganas de llorar a mí. Él dijo que quería seguir emocionándose siempre porque emocionarse era de hombres.

También dijo algo así como que con mil miedos teníamos que hacer un coraje.

25 de noviembre de 1984

¡¡Elecciones!!

Estuve desde las siete de la mañana en el comité. De noche estaba muy cansada.

En la plaza del pueblo se armó un baile con los blancos y los colorados, cada uno con sus banderas pero todos festejamos juntos.

Eso me pareció muy emocionante.

Los más jóvenes nos fuimos al puerto de madrugada y bailamos bailes rusos.

2 de diciembre de 1984

Hoy después de no sé cuántos años reabrió el cine Pobieda (que en ruso quiere decir Victoria).

Fue una función organizada por la comisión multipartidaria con el fin de obtener fondos para comprar una ambulancia para el pueblo.

Las películas eran muy malas. Pero algo es algo ¿no?

El cine fue muy importante en mi niñez. Íbamos sábados o domingos, cuando era más chica con mi madre y luego con mi hermano Darío. Veíamos películas rusas en blanco y negro, y de las otras, francesas e italianas.

Era delicioso sentarse en la sala oscura con calefacción en las noches de invierno, comiendo pepitas de girasol.

Cuando volvíamos a casa el domingo de noche encontrábamos a mamá planchando la túnica y la moña.

Era muy angustioso después de un rato de fantasía, pensar que al otro día había que volver a la realidad, a la rutina de la escuela.

6 de diciembre de 1984

Hoy después de tanto esperar, vino el doctor Gregorio Martirena con el secretario de la Federación Médica del Interior.

Nos trajo los planos del futuro parque infantil "Vladimir Roslik" y nos dijo que pronto vendrían los agrónomos a buscar árboles, que teníamos que modelar el terreno.

7 de diciembre de 1984

Hoy íbamos a ir con mi clase del liceo a pasar el día a Puerto Viejo,

una playa muy hermosa donde desembarcaron los rusos en 1913.

A las seis de la mañana ya estábamos esperando a la salida del pueblo y al rato llegó una profesora a decirnos que no podíamos ir porque estaba lleno de soldados verdes.

Con una bronca bárbara decidimos pasar el día en la playa del pueblo.

"Me quieren anochecer
me van a morir."
Alejandra Pizarnik

30 de diciembre de 1984

Cuando pienso qué difíciles y largos años he pasado desde que empezó mi adolescencia, me pregunto ¿qué he hecho en estos lentos y estúpidos años?

Nada. No sé exactamente lo que es ser feliz, pero lo que es yo no lo he sido.

Desde hoy me he propuesto luchar todos los días para intentar divertirme y ser feliz aunque sea un poquito; porque la juventud no es eterna y cuando sea vieja voy a estar muy estropeada.

Después de todo recién tengo catorce años y estoy en plena edad de la estupidez.

31 de diciembre de 1984

¡¡Por fin terminó este maldito año!!

Espero que el próximo sea mejor.

Chau.

Glinca.

¡¡Año Nuevo!!

1º de enero de 1985

Hoy salimos de serenata por el pueblo para festejar el Año Nuevo.

Fuimos cantándole a los vecinos que nos regalaban pan dulce y sidra.

Después nos fuimos a la playa y se armó una guitarreada.

Pusimos la bandera del Frente Amplio pero como está prohibido vino un marinero y nos la hizo bajar.

7 de enero de 1985

Hoy viajé a la estancia "El Retiro" con mi hermano Darío. Allí vive una de mis hermanas casadas y mis sobrinitas.

Ese lugar es el paraíso terrenal.

Alrededor de la vieja casa hay una quinta de eucaliptus con el encanto propio de esos árboles maravillosos, el olor de la madera, la hojarasca en el piso, los pájaros.

También hay árboles frutales: ciruelos, durazneros, higueras, naranjos, cuya fruta comemos directamente "al pie del árbol".

Hay un viejo granero con una especie de friso pintado a mano que me hace pensar que anduvo un artista perdido por el campo y que dejó además su trabajo inconcluso.

La casita está escondida entre cuchillas y no puede verse desde la carretera.

Esas lomas cubiertas de trigo maduro en un mediodía veraniego son un infierno dorado.

Los atardeceres y las tormentas también, son en este lugar, maravillosos regalos de la naturaleza.

Te sentís indefenso ante tanta belleza.

13 de enero de 1985

Hoy cumplo mis quince. Es un día común.

Me levanté a las cinco de la mañana para ir a trabajar en el futuro parque infantil "Vladimir Roslik", que estamos haciendo entre todos. Vamos a hacer jardines y a poner jueguitos para los niños.

De noche me van a hacer una reunión en el fondo de casa.

"Ahora sufro lo pobre, lo mezquino, lo triste,
lo desgraciado y muerto que tiene una garganta
cuando desde el abismo de su idioma quisiera
gritar lo que no puede por imposible, y calla,
las palabras entonces no sirven: son palabras.
Siento esta noche heridas de muerte las palabras."

Rafael Alberti

Young, enero de 1985

Cuando nos internamos en ese parque de diversiones sentí que hacía un viaje en el tiempo. No hacia el pasado, sino hacia esa Latinoamérica que conozco sólo a través de los libros.

Creía estar dentro de una película. La gente tan pobre y tan alegre. El olor de las calles mezclado con el dulzor del pop.

Sin embargo, creo que eso sólo yo podía percibirlo. Todo parecía tan tranquilo. La gente tan apacible viviendo su miseria cotidiana. La imagen misma de la desolación.

Me provoca curiosidad saber por qué el mundo es así, tan injusto. He leído obras de Marx y de Engels y creo que es muy inteligente lo que dicen. A mi casa llegan desde Montevideo infinidad de diarios, revistas, semanarios y folletines. Leo todo con avidez.

También me gusta mucho leer Historia, lo que más bronca me da es el fenómeno del imperialismo.

Lo que no me cierra es por qué vivimos con tanta pasividad en un mundo así.

Pienso que tal vez a veces la gente se bloquea para poder resistir el (falta)

21 de enero de 1985

Hoy me pasó algo muy importante, me afilié a la UJC (Unión de Juventudes Comunistas del Uruguay).

Fue muy emocionante para mí.

2 de febrero de 1985

Hoy fuimos a la colonia alemana "Gartental"(que quiere decir Valle florido) y que está a catorce kilómetros de San Javier.

Me invitó mi amigo Albert Enss porque eran las bodas de plata de sus padres.

Eso me sirvió para ver cómo son las costumbres de los alemanes para festejar.

Primero hubo una ceremonia religiosa, luego una cena, obras de teatro, bailamos una marcha en la que van primero los novios y detrás todas las parejas.

Cuando querían que los novios se besaran golpeaban con una cucharita el plato.

Resulta divertido ser uruguaya pero vivir en una colonia en la cual la gente habla en ruso, algunos de nuestros compañeros de liceo en alemán, y yo debo aprender inglés. ¿Y el español para cuándo?

15 de febrero de 1985

Hoy se realizó la primera sesión de las Cámaras en el Palacio Legislativo.

Por el Frente Amplio habló Cardozo. Se discutió un proyecto de amnistía para Vladimir Turiansky y para todos los presos políticos. Por los blancos habló Uruguay Tournée.

Presidía la sesión Jorge Batlle.

Estuvo interesantísimo.

22 de febrero de 1985

Hoy fuimos al cementerio a hacerle un homenaje a Julia, la militante comunista que fuera asesinada unos meses antes de la dictadura de Terra.

Pintamos la tumba de rojo y escribimos con un palito lo que se había escrito antes y que había sido tapado por los milicos:

"Aquí yace Julia Scorina, caída bajo las balas de la reacción feudal el 22 de enero de 1933".

Igual la gente se acordaba de lo que decía. Por suerte existe la memoria de los hombres.

Ahora entiendo por qué cuando era niña íbamos con mis hermanos a ponerle flores.

1º de marzo de 1985

Hoy fue un día como cualquier otro en San Javier. Pero en Montevideo hubo festejos por el retorno a la democracia. Se hicieron grandes escenarios, uno con gente de rock como Charly García, otro con gente de canto popular como "Los Olimareños", Carlos Mejía Godoy de Nicaragua, Sivio Rodrígez y Pablo Milanés de Cuba. También vino el comandante Daniel Ortega.

Escuchamos todo por la radio.

16 de marzo de 1985

Inauguración del Parque infantil "Vladimir Roslik".

Toda esta semana hemos llegado a casa sólo para comer y dormir.

Estuvimos tres días haciendo un puerta a puerta por el pueblo para invitar a la gente.

Durante el día trabajamos en el parquecito y de noche organizamos la fiesta. Estamos ensayando bailes rusos. Algunos días trabajamos sacando panes de césped en el estero, caminando entre el agua del bañado. Hace dos días llegaron desde Montevideo los camaradas de la brigada "Líber Arce" de la UJC y pintaron un mural en el parquecito. También armamos un escenario en la playa.

Anoche llegó un periodista de Montevideo, se llama Emiliano Cotelo, vino a cenar a casa y estuvimos charlando un rato.

La ingeniera que vino desde Montevideo a programar el parque se puso de novia con uno de mis hermanos.

Germán Araújo y el doctor Martirena nos han apoyado en todo.

Germán es uno de los seres más cálidos que he visto en mi vida. Habla con todas las personas como si las conociese de toda la vida.

A mí me dice "chiquita" aunque soy más alta que él.

La fiesta.

Estuve toda la mañana recibiendo a los visitantes con otros amigos a la entrada del pueblo (nosotros vestidos de rusos). De tarde bailé y ayudé a vender comida. Como a las ocho de la noche fuimos para el Centro Cultural Máximo Gorki (que todavía está cerrado por los milicos).

Pusimos un cartel y actuó una murga. Entonces se armó un gran lío y todo el mundo lloraba.

"Quizá mi única noción de patria
sea esta urgencia de decir Nosotros
quizá mi única noción de patria
sea este regreso al propio desconcierto."

Mario Benedetti

16 de abril de 1985

Hoy vinieron el doctor Martirena y un cura por el primer aniversario de la muerte de Roslik.

Fuimos al cementerio de San Javier que es lindo como no hay otro igual, con flores, muchos árboles y senderos muy limpios.

Está junto al río, rodeado de gigantescas dunas de arena y monte nativo. A lo lejos se puede ver el río más hermoso del mundo, el Uruguay.

Del cementerio nos fuimos al liceo y llegamos como una hora tarde, pero no nos dijeron nada.

Yo tengo pegado un póster del comandante nicaragüense Daniel Ortega en la carpeta. Por ese motivo se acercó la profesora de Dibujo (que es de Paysandú), y me dijo que yo era una persona muy politizada.

Eso me dio mucha bronca pero me callé la boca.

Al rato llegó a la clase el director del liceo Román Klivsov y me dijo que quería hablar conmigo. Yo me asusté pensando que me iban a retar, pero era para decirme que me iban a dar la bandera uruguaya, que tenía que llevarla al acto del 19 de Abril.

Eso me dio mucho fastidio porque yo odio los actos patrióticos.

Como yo tenía puesto un pantalón verde, un buzo rojo y una boina en la cabeza, me pidió que consiguiera un uniforme y que me vistiera correctamente.

Creo que voy a conseguir una pollera vieja con una de mis hermanas, la corbata y el cardigan ya tengo los de mi hermano Darío.

"Si había un río
en el lugar
donde crecimos
lo oiremos siempre."

Pasifae

¡CÓMO IMAGINARLO!

Era imposible pensar que en este país, tan chiquito y con tanta costa pasara algo así. La crueldad, que sí conocíamos por los libros, venía de otras latitudes en donde hasta era "esperable" que pasara, ¡eran tan fríos! Pero ¿acá?... ¡acá no!, *imposible.*

Éramos uruguayos... los de la escuela de Varela... los de las libertades de José Batlle y Ordóñez, un pueblo culto... con playas públicas en donde nos bañábamos todos juntos. Además, éramos adolescentes y más allá de lo turbulento de la etapa, ¡qué etaaaapa! ¿Cómo se puede sentir con cada milímetro del cuerpo y no explotar de sensaciones?

Y así llegamos al 71, con mucha fuerza, con muchas ganas y con la experiencia de vida correspondiente a los 15 años que muchos teníamos. Y participábamos en el movimiento estudiantil. Algunos con más conciencia, otros con menos, pero todos íbamos reaccionando frente a las injusticias que se estaban viviendo.

Y empezamos a militar políticamente.

Militar era una palabra que te definía, que te ponía claramente de un lado y que te hacía perder amigos, o por lo menos que se alejaran.

Pero por suerte, te hacía ganar otros muchos, que te acompañan a lo largo de la vida.

A mí, no me dejaban militar a mis anchas, me tenían bastante controladita.

Recuerdo un día que me dejaron salir con el Comité de Base, había que colgar en los árboles unas latas pintadas. Dichas latas pesaban como 10 toneladas según la información que me enviaban mis músculos, pero había que llevarlas hasta el lugar indicado sin decir nada. No correspondía que demostrara mi debilidad.

Así iba entre suspiros contenidos y resoplidos , hasta que alguien dice: "Ahí viene la Tota".

Cuando escuché que venía la señora Tota mi alegría llegó a su colmo.

Y digo: "¡ay que suerte!, otra más para ayudar".

En torno a mí provoqué las más variadas reacciones, algunos me miraron con cara de odio, otros se rieron a carcajadas, y yo quedé sin entender nada, hasta que un alma piadosa me contó que la "tota" era una camioneta policial. Todo esto pasó muy rápido y enseguida hice conciencia de que "tota", era igual a "chanchita" y que "chanchita" era igual a policía, y ahí me empezaron a temblar las piernas. Fue la primera vez en mi vida que mis piernas se movieron sin que se lo ordenara, o por lo menos la primera vez que recuerdo. De ahí en más las piernas me temblaron muchísimas veces y no logré acostumbrarme.

Se sumaron los temblores: Un gran tembladeral de piernas fue la manifestación del 9 de julio de1973. ¿La recuerdan? ¡Fue impresionante! Ya estábamos en dictadura y en medio de la huelga general. "A las cinco de la tarde, a las cinco en punto de la tarde..."

Cómo olvidar la voz de este gran locutor y periodista[1], la tengo todavía resonando en los oídos.

Ese día no me dolió el estómago como siempre me pasaba antes de las manifestaciones, no me dolió porque me venía doliendo de forma ininterrumpida desde el golpe de estado, un dolor sordo pero constante (como queriéndome decir, estoy a punto del colapso, no me asustes más de lo que puedo resistir).

Cuando largaron la manifestación, fue el corazón el que se hizo presente, pensé que se me salía por la boca, éramos miles los que bajábamos a la calle, de todas las edades, de todos los colores. Bajamos a la calle en el momento exacto. ¡Ahí estábamos todos!: judíos, cristianos, ateos, frenteamplistas, blancos, colorados e independientes, todos los que sentíamos que nos habían pisoteado el país.

Y no pasó mucho tiempo para que llegaran a reprimir los guardianes del orden (léase del poder). La gente, los uruguayos, que son súper valientes, volvían a la calle a gritar por la democracia, a decirles que se fueran, volvían sin armas, sin nada, a cara descubierta.

Yo no estaba dentro de los valientes, en cuanto aparecieron los "muchachos" y se empezó a dispersar la gente, estaba en mi casa. No sé cómo hice, porque vivía como a 50 cuadras del Centro.

Después, empezó la angustia porque pasaban las horas y amigos o compañeros no llegaban y teníamos miedo que hubiera heridos, o muertos, o presos, o todo eso junto. Los momentos posteriores fueron muy

angustiantes; a cada instante nos íbamos enterando de los que habían caído, y fueron muchos; entre los conocidos, figuras prestigiosas[2]; y los desconocidos, militantes de todos los días.

La huelga general

La gente aguantó a pesar de que se les decía que iban a perder los trabajos, ¡la gente seguía aguantando! Y no aguantaban los jóvenes solamente, sino los viejos, o sea, los de cuarenta, y también los más viejos. Y digo viejos no porque sienta que a los cuarenta años se está viejo, sino porque para buscar un nuevo trabajo no se es joven a los cuarenta. Esto no es lo que yo creo, es lo que marca la economía de mercado.

Por eso, me parece ahora mucho más que antes, de una valentía y de una entrega haber resistido todo ese tiempo, por lo que entendían de principios: Defender la Democracia.

Cosas que pasaron durante los primeros tiempos de la dictadura

Una noche después de regresar de la ocupación de la Universidad, ¡ah! porque no les conté que mis papás no me dejaban ocupar de noche. Entonces al caer el sol volvía a mi casa. Sin ánimo de crítica; creo que esto era mucho más peligroso que quedarse de noche en la Universidad, pero ellos sentían que si dormía en casa me protegían más. Y yo debía sentir lo mismo, porque si no me hubiera opuesto vehementemente. Y ahora viene la desilusión.

Una de esas noches que yo dormía plácidamente en mi hogar bajo la protección de mis papás, llegó a buscarme el ejército. Después supe que no era el ejército, que era la aviación, pero para mí en ese momento lo que no era policía era ejército.

Después, tristemente aprendí.

Y me sacaron... sí... me sacaron de mi casa bajo la desesperación de mis padres que vieron irse a su hija de 16 años fuertemente custodiada por enormes hombres armados.

Lo de "enormes hombres" es sólo un dato que hace referencia al tamaño.

Antes de salir me pidieron que llevara una bufanda. Y yo, entre un poco inocente y un poco tonta pensé: "que amabilidad la de los señores". Pero la tupidita bufandita que elegí para abrigar mi friolento cue-

llo, fue la que ellos depositaron en mis desorbitados ojos.

Fueron a buscar a otras personas, pero nadie fue tan prolijo de estar acostado a las diez de la noche en su cama. Por tanto tuve el displacer de viajar "cómodamente" sola, con los ojos bien tapados por la tupida bufandita.

Lo que ellos no sabían era, que si me sacaban de Pocitos o del Centro, era incapaz de reconocer otro lugar, ya que mi mundo empezaba y terminaba ahí. O sea que Carrasco, La Teja o el Borro, era todo lo mismo, sumado a mi desorientación espacial que no ha mejorado a través de los años.

Me bajaron sin ningún cuidado de la camioneta, y me introdujeron en un lugar que no sabía qué era. Después vi que era como una burbuja de metal con ojos de buey como ventanas; y la puerta, creo recordarla como una escotilla, pero no estoy segura de que mi memoria no haya fantaseado un poco. Sí sé que alrededor había como una carpintería. (¡que feo! ¿no?, capaz que el golpe de los martillos apagaba otros ruidos o voces).

Estuve toda la noche, me tuvieron un poco parada, pero muy poco, enseguida me hicieron sentar. Al tiempo, me interrogaron, ellos querían saber quiénes habían organizado una movilización en Pocitos. Y a mal aeropuerto fueron por aire, porque no tenía ni idea de qué me hablaban. Es más, no me había enterado de esa movilización.

Esto me dio mucha paz a mí, y mucha bronca a ellos, pero igual guardaron la compostura.

A la otra mañana trajeron a un muchacho, ese sí que no la pasó bien, nunca supe quién era.

Al rato, trajeron a mi hermana y a la "Flaca", una amiga. Tengo que reconocer, aunque sea un sentimiento horrible, que me alegró verlas, perdón, oírlas; no olviden que estaba con la tupida bufandita.

Interrogaron primero a mi amiga y después nos sacaron a las dos. Era la hora del almuerzo.

Nos trajeron el almuerzo: "rancho". Nunca había comido un ensopado de esas características. En realidad nunca había comido un ensopado. Comí dos bocados y lo dejé, no lo podía pasar, entre que hacía poco que estaba, que estaba nerviosa, y que no me gustaba; fue imposible. Frente a mi asombro mi amiga me pidió mi plato y se lo

comió también. Hasta el soldado quedó maravillado del estómago de la "Flaca".

Nos soltaron antes de que se cumplieran las 24 horas. Prolijos, ¿no?

Creí haber adquirido experiencia... y mucha. En realidad, no sabía nada, nada. No había visto nada. Nada, nada, esto recién empezaba.

La crueldad, el "método" todavía no había alcanzado popularidad; por ahora "ellos" lo reservaban para algunos "pocos" a quienes sí se lo aplicaban.

Más tarde, mal que nos pese, se popularizó. Crearon un verdadero "socialismo", a cada cual según su necesidad y también según el lugar que ocupara en la organización a la cual pertenecía. Mucha piña, mucho submarino y mucho más que hasta duele ponerlo en palabras. Yo no lo viví, no viví en carne propia la tortura.

Durante mucho tiempo me enloqueció el no haber corrido la misma suerte de mis amigos.

Sentía que tenía un privilegio que no merecía, porque también había "conspirado".

Fíjense que había tirado volantes y también había participado en movilizaciones diciendo "Abajo la dictadura". Era tan pero tan mala, como los miles de jóvenes que estaban presos.

Después por suerte mi cabeza comenzó a andar mejor y a darme cuenta que mis amigos debían estar libres, y nunca debían haber estado presos. Que la dictadura no era la que impartía la justicia, sino la injusticia; y que la libertad no era un derecho que ellos otorgaban a quienes querían, sino que era un derecho que nunca debían habernos quitado.

¡Ah!, me olvidaba, sí que estuve presa, pero nada más que cinco días. Les cuento.

Fue muy al principio de la dictadura en el mes de mayo de 1974. Era de rigor que se conmemorara el 1° de Mayo. Así que allí fuimos los estudiantes bajo la vieja consigna de "obreros y estudiantes unidos y adelante". El lugar de concentración que me tocó ya me puso nerviosa, era en La Teja, lugar que jamás había pisado y no tenía la menor idea para dónde correr. Antes de salir para el lugar indicado tuve el mal augurio de mi papá. ¿Qué me pudo haber dicho antes de que saliera, justo antes?... "¡Que Dios te proteja!"

Me vino como un ataque. ¿Por qué me lo tuvo que decir antes de salir? Con sus palabras me confirmaba todos mis temores. Que él, mi papá, no iba a poder hacer nada por mí, y que quedaba librada a la voluntad de Dios, en el que yo ya no creía.

Durante todo el trayecto a pie, de Pocitos a La Teja fui implorando, deseando, soñando que alguien diera la contraorden y volver a mi casa. Sobre todo cuando veía el helicóptero del ejército que nos sobrevolaba todo el tiempo. Pero mis ruegos no fueron oídos. Llegamos, y se largó la movilización. Dijimos las consignas, caminamos unas cuadras y llegaron. Llegaron los convidados de piedra. Se dispersó, y... chin, pan, pum, caímos. (En el chin,pan, pum pasaron muchas cosas, pero lo abrevio).

Hubo muchos tiros, en el momento creí que eran balas de verdad, después pensé que serían de salva, si no estaríamos todos muertos. También les voy a decir que éramos muchos los que manifestamos, a pesar de los comunicados que pasaban por radio y televisión (apoyados desde las oficinas de algún señor que se dice periodista, y que declara ahora que se equivocó porque era muy "joven" en ese momento), comunicados que intentaban aterrorizarnos y amedrentar a nuestros padres.

Y después de todas las vueltas correspondientes terminamos procesados; los menores fuimos a albergues. A las mujeres nos tocó el albergue Yaguarón, considerado "albergue modelo"(no quiero pensar lo que serían los otros). Llegamos de noche y era de rigor en el albergue "modelo" bañarse y ponerse la indumentaria del lugar, que consistía en una especie de *jumper*. Les cuento que como yo era alta, y el *jumper* me quedaba corto, lo consideraron un agravio a la moral del establecimiento y me permitieron usar mi ropa.

Lo que me encantó, porque me hacía sentir más yo.

Aunque del baño no me salvé... el agua que por supuesto estaba absolutamente helada recorrió muy pocas partes de mi cuerpo ya que hice malabarismos para aparentar mojada y no estarlo. Me vestí lo más rápido que pude para dar claras muestras de que cumplía con las normas de convivencia del lugar.

Después nos llevaron a nuestras habitaciones; eran cuartos muy grandes con muchas camas. Ahí la celadora me dio un camisón que debía ponerme. Me lo puse. Pero entre el frío de una casa antigua con techos

altos (obviamente no calefaccionada), y el "chucho" que tenía, no podía dormirme. Me levanté sigilosamente y me puse el buzo que había traído. En cuanto me acuesto entra nuevamente la celadora para contarnos una por una, a ver si no se había fugado ninguna. Y es ahí... cuando me ve con el buzo puesto y comienza a gritarme como una loca, que estoy sancionada por haberme puesto el buzo. Intento explicarle que tenía frío, pero no hay Cristo que la haga entrar en razón.

En toda mi estadía no entró en razones (era una señora un poco difícil), y tampoco dejó de gritar.

Antes de dormirme la vi tres veces más porque perdía la cuenta de las personas acostadas y comenzaba otra vez el recuento. Era la diversión de las chicas hablarle y distraerla para que perdiera la cuenta.

Yo estaba deseando que se fuera.

Luego que todo se tranquilizó se sube a mi cama una chica del albergue y empieza un ritual que me aterrorizó, se los confieso. Pero no fue nada grave, me estaba sacando los malos espíritus. Ahora sí que estaba completa, encomendada a Dios y limpia de malos espíritus, podía vivir tranquila.

A la otra mañana no pude bajar a tomar la leche con todas "estaba sancionada". Así que conocí a mis compañeras de mesa al mediodía.

Gran sorpresa me llevé cuando me enteré que la encargada de servir en mi mesa era la compañera de un conocido delincuente juvenil de la época. Ya le hubiera gustado a mi familia ver cómo me tomaba un gigantesco tazón de leche quemada sin decir ni "mu" y agradeciendo todo el tiempo.

Después del almuerzo del primer día, llegó la hora de las actividades. Las chicas se repartían en distintas tareas, algunas hacían escuela, otras tocaban piano, acosaban al pobre profesor al que se lo vio más de una vez arrinconado. Y a nosotras, que éramos casi todas estudiantes de preparatorios, nos tocó hacer manualidades. Y ahí sí se me terminó la vida fácil. La profesora de manualidades me mandó a bordar un patito. ¡Un patito! Nunca había logrado aprender a bordar, tampoco a coser y menos a tejer, aunque había pasado por varias instancias de aprendizaje. Cuando le entregué un animal absolutamente desestructurado y con agenesias múltiples, la profesora se desquició. Comenzó a gritar aun más fuerte que la celadora, temí por su laringe y también por sus

ojos que estaban como a tres centímetros de las órbitas.

No creía que yo fuera capaz de hacer tremendo adefesio. Creía que le estaba tomando el pelo. Me increpaba, de cómo había llegado a preparatorios. Y yo le respondía que no hacía plan piloto y que mi plan de estudios, ¡por suerte!, no incluía manualidades.

No me creyó y me echó, no pude entrar más a sus clases. ¡Qué alegría!

Entonces me dediqué a hablar con una chica que lloraba todo el tiempo. Se había quedado sin familia y la habían mandado ahí , a la selva. Qué buena ubicación para la huerfanita, ¿no?

La visita

Un día recibimos visita, vino mi mamá a verme y me preguntó si me habían gustado las costillitas de cerdo a la Villeroy (mi comida favorita) que ella me había traído.

Mi primera reacción fue de vergüenza ajena frente a la falta de pudor de mi madre de traerme tremenda comida. Inmediatamente después comencé a mirar a los ojos de cada una de las celadoras incluyendo a la directora a ver cuál tenía cara de satisfacción por haberse comido mi comida favorita. La verdad es que más allá de la desinhibición de mi mamá, un mimo gastronómico me hubiera venido bárbaro.

Estando en el albergue me enfrenté a la pérdida de argumentos más brutal

Siempre conversábamos entre amigos de cómo solucionar los diferentes problemas que enfrentaba nuestra sociedad. Y una cosa es hablar e hipotetizar acerca de las diferentes soluciones, y otra muy distinta fue enfrentarse a la frondosa realidad.

Había en el albergue un lugar llamado el "B"(si la memoria no me falla). Ese lugar era una especie de celda y dentro de ella había una niña de 12 años. Una niña realmente.

Esa niña ejercía la prostitución y estaba ahí porque no quería dar el nombre de quién se beneficiaba con su trabajo.

Intentamos hablar con las demás y convencerla de que cambiara de vida. Pero nuestros argumentos, que hasta el momento parecían de un

duro metal, se doblaban como pastitos frente a la realidad de esas chicas. ¿De qué valores les estábamos hablando? Eran válidos para nosotras, para nuestra realidad, pero no para ellas. Ni siquiera se desdibujaban por lo que nos respondían. Iban perdiendo fuerza al salir de nuestras bocas, confrontándose con la realidad que ahora conocíamos más de cerca.

El albergue "modelo" la mantenía en una celda sin luz. Tenía 12 años, ejercía la prostitución y todavía no se había desarrollado como mujer.

En el albergue iniciamos algunas rebeliones moderadas

La primera o la segunda rebelión, no me acuerdo el orden en que se dieron, fue una campaña para que les dieran medias. Estábamos en mayo y hacía frío. La directora nos atendió en su escritorio de saco de piel y con estufa, y nos explicó (de saco de piel y con estufa) que las medias las bajaban en junio cuando entraba el invierno y realmente hacía frío.

Ese fue un acto de habla absolutamente falso, el cual no mereció respuesta.

Segunda rebelión o primera, sigo sin acordarme. Una mañana apareció un señor médico, él pretendía hacernos una revisación ginecológica, por tacto. Fíjense qué fabuloso, diez chicas nuevas para su práctica. Parece que estaban muy preocupados por nuestro estado, por si alguna de nosotras estaba embarazada.

Nos pareció fuera de lugar tal preocupación, ya que en dos días nos iríamos y no les causaríamos complicaciones. Además, hay otras pruebas de laboratorio que hasta son más seguras que la que el señor médico pretendía.

Nos negamos y tuvimos éxito. Sentí que mi cuerpo me debía una, lo había salvado de ser toqueteado gratuitamente.

Cuando nos fuimos decidimos volver a visitarlas y así se lo comunicamos. Pero no nos dejaron entrar. Nunca más supe de ellas.

En el relato del albergue olvidé contarles la infinidad de veces que pensé en mis padres y en mi familia y amigos. Cómo extrañé la cama caliente y el café con leche que mi papá me llevaba a la cama a pesar de mis 17 años.

Tampoco les conté, ni les voy a contar, que muchas veces tuve miedo de lo que me pasara, y de mí misma, de si sería capaz de soportar castigos físicos o psicológicos.

Año 1975

La risa atraviesa todo

¿Ustedes se imaginan riendo en una situación de peligro, tristeza o miedo?

Tal vez no si estamos en el epicentro de la situación, pero un poco corridos, ya sí.

Los seres humanos sobrevivimos porque tenemos esa capacidad infinita para la adaptación. Nos reímos porque apostamos a la vida y porque podemos burlarnos de nosotros mismos para poder resistir lo peor. Cuando dejamos de reírnos es porque nos enfermamos.

Por eso los presos se reían, festejaban todas las cosas que podían y las que no podían también. E intentaban estar bien, para poder salir bien.

Y aguantaron. Lo que uno desde afuera diría "imposible de aguantar". Y hasta nos levantaban el ánimo a los que estábamos afuera.

Un día recibí un mensaje de un amigo que estaba preso y me decía "no te preocupes, los tenemos boca abajo". A él le habían dado 10 años. Lo primero que pensé fue que la tortura le había hecho perder la razón y me angustié mucho.

Después sentí que tenía razón, no importaba que todo pareciera tan oscuro y terrible, que ya no íbamos a poder hablar más en voz alta por miedo a que nos detuvieran, o las noticias cada vez más frecuentes de que otros habían caído. Íbamos a aguantar

Fue en ese año que cayó preso el que era mi esposo.

No voy a definirles el amor, o el cariño, o las dificultades importantes que teníamos, voy a decirles que por sobre todo le tenía una gran confianza. ¿Y cómo no tenérsela? Si habíamos compartido tantas cosas y habíamos proyectado una familia en un mundo distinto.

Pero él volvió. Volvió a los pocos días.

Me alegró muchísimo encontrar su cuerpo igual que cuando lo lle-

varon, no había rastros de un aparente maltrato. Pero yo sabía que no había pasado bien porque lo había podido visitar.

Pero había algo en él que yo desconocía, no me llegaba a dar cuenta qué era lo que había cambiado. Pasaban los días y yo seguía sin encontrarlo totalmente. Comencé a sentirme mal, muy mal, estaba sintiendo algo que no podía decírselo a nadie porque era algo muy horrible.

Me sentía muy mala; ¡cómo podía pensar eso! Me venían a la cabeza cosas que había visto cuando lo había ido a visitar, cosas que yo creí que habían sido olvidadas ahí, y tal vez habían sido dejadas a propósito, para que yo las viera. Todo esto se empezaba a armar en mi recuerdo; y no quería que se armara.

No encontraba a quién decírselo, pensaba en nombres y todos me parecían inadecuados.

A mi familia, ¡ni soñar!, más líos, no. Mis amigos, con los que compartíamos la vida últimamente, estaban todos presos. Sí. Todos presos, y los que no, estaban fuera del país.

Y los que estaban, no me podían ver.

¡Seguro...todos presos! Y él y yo, no.

Y cuando llegó la verdad, porque siempre llega, y cuando se confirmó mi espantosa sospecha, creí que se me partía en dos la cabeza.

Lloré mucho, mucho, no podía parar.

Pero tenía mucha bronca, cómo lo había podido hacer. Le hubiera arrancado la piel con las manos. Pero estaba en el cuerpo del otro, del que cayó preso, del que era mi esposo.

Lo habían devuelto vacío y relleno con una sustancia desconocida.

Le hicieron lo peor, lo vaciaron y... ¡él creyó que se salvó!

Como a un saco, lo fueron rellenando a través de todos estos años: de odio, de crueldad, de indiferencia. Hizo todo lo que siempre tuvo miedo que le hicieran a él, y más también.

Entregó a sus amigos, con los que compartió años. Destruyó varias familias, incluida la que él intentaba formar. Comandó torturas y violaciones. ¡¡Violaciones!! ¡¡Qué increíble!!

Los servicios de inteligencia hicieron un trabajo perfecto, sí, perfecto. Lograron un robot a su servicio para toda la vida.

Así es cuando hablan de la tortura como método. Así es. Esto es lo que intentan lograr.

No es tortura con odio, es método científico utilizado para la maldad.

Por eso no pude leer el libro de Tróccoli, porque me explicaba serenamente, científicamente cómo habían hecho para destruir a jóvenes estudiantes, a jóvenes trabajadores.

A todos los que pacíficamente se habían opuesto a la dictadura. A mis amigos de 17 o 18 o 21 años. Contra este ejército desarmado es que se enfrentaban los "valientes" e "inteligentes"miembros de los servicios de inteligencia.

A estos servicios de inteligencia con hombres (en eso sí, nos llevan la delantera a las mujeres) que optaron en libertad ser los artífices de la destrucción moral y física de otros seres, a ellos les debo el despojo que regresó a mi casa. A ellos... y a él.

Y saben ustedes que ahora, él, es una persona pública que habla de la familia y del amor. Sí... de la familia y del amor. ¡Ah! y también del altruismo.

Pero hace muchos años que no lo reconozco, ni en su esencia ni físicamente.

Cuando me enteré de sus discursos sobre el altruismo pensé en una posible locura, sólo un loco puede hablar de amor a la gente después de lo que él hizo. Pero esa hipótesis la elaboró la parte de mí que no puede terminar de convencerse de lo que tuvo a su lado.

La otra hipótesis, la que ha dejado de serlo por confirmarse día a día, es que estamos frente a un saco con forma de persona, relleno de horror y de cinismo. ¡Cómo imaginarlo!

Belda

---

1. Sr. Ruben Castillo.
2. Gral. Liber Seregni (entre otras figuras prestigiosas).

MIEDO

Al abrir la puerta los vimos, era una pareja joven, era obvio que ese papelito (que llamaba a resistir, a oponerse a la represión de las FFAA), el volante que G. recogió y miraba perplejo ahora, lo habían pasado ellos, los admiré, (pero acaso, ¿no era lo que nosotros estábamos por hacer?). Nos dirigíamos a otra zona, cercana a La Teja, la cita había sido para volantear.

La tarde invernal pero soleada nos había hecho dudar entre gozar de nuestro amor recién estrenado o salir llevados por nuestro sentido de justicia, de solidaridad.

Ya entonces el miedo se había instalado como una lápida fría sobre nuestras almas y las de casi toda la ciudad. La desconfianza al hablar y opinar sobre los hechos de notoriedad, sobre los comunicados oficiales.

Se palpaba en el aire desconfiado de todos la falta de seguridad: de noche nadie salía y si lo hacía se corría mayor riesgo de ser detenido arbitrariamente.

Estábamos en dictadura, fue después del cierre de la Universidad, nuestra protesta y militancia era de corte estudiantil dentro de un partido no proscrito, pero todos sabíamos que discrepar era considerado un privilegio muy caro y no todo era claro para todos.

Todavía mucha gente pensaba "si se lo llevaron algo habrá hecho", cada vez que alguien era detenido. La lucha armada contra el Movimiento Tupamaro parecía justificar, para muchos, todos los desmanes de los militares.

Hacía pocos meses que nos habíamos casado, nuestros padres no compartían nuestras ideas y no se nos hubiera ocurrido jamás decirles que seguíamos convencidos de protestar, hacernos oír; probablemente nuestra ingenuidad se debía a nuestra juventud, a nuestros ideales, donde todavía todo era blanco o negro y la falta de experiencia de lo que puede ser un régimen armado desatado y con poder. Pese a las advertencias que nos había hecho mi padre, que precisamente era mili-

tar: "si toman el poder no lo dejarán fácilmente".

Despacio cerramos la puerta y de la mano fuimos bajando hasta la parada con miedo, sí, como todos los días pero un poco más aún.

Bulevar España estaba linda para pasear, pero rara, había poca gente y a pesar del sol, algo indefinido se sentía vibrar, era el miedo, no sé si sería el nuestro o también el de las pocas personas que nos cruzamos camino a la parada. Al llegar a la esquina de la Embajada Rusa, por Ellauri, vimos venir rápidamente un "ropero" (aquellos vehículos como camionetas azules que solían usarse para detener a los manifestantes), que se detuvo al instante en forma espectacular, al vernos, en mitad de la calle.

Se habían bajado con gran rapidez tomándonos por sorpresa, armados, rodeándonos y empujándonos contra la pared, las manos en alto y separadas. A pesar de haber participado de varias manifestaciones, para mí era la primera vez que me veía expuesta a esta situación.

–¡Contra la pared! ¡Contra la pared! –Nos gritaron, empujándonos y obligándonos a separarnos, G. aún sostenía firmemente mi mano como para darme ánimo –¡Suelte la mano de la muchacha! –Le decían mientras lo golpeaban para soltar nuestras manos, obligando a G. a separar las piernas y registrándolo.

Nos revisaron como era de rigor, exigiéndonos –"Los volantes, los volantes". Entonces comprendí desesperada, habían visto a la pareja que dejaron el volante bajo nuestra puerta ¿o alguien los había denunciado?

Pensé en ellos, pensé en nosotros, nadie sabía que salíamos ni adónde, vivíamos solos y nuestras familias tardarían en darse cuenta de nuestra ausencia si nos llevaban.

El milico al que le tocó revisarme me pidió ver la cartera, con temor la abrí lentamente y levanté la cara como invitándolo a que la revisara, me sorprendí ver sus ojos, como los míos, llenos de miedo, ¿de mí o era muy nuevo en esos procedimientos?

Nunca lo sabré, pero no metió la mano, me pidió que le mostrara lo que llevaba dentro de la cartera, de a poco fui vaciándola, había pocas cosas y, por suerte, ningún papel que me comprometiera.

G. tampoco llevaba nada encima que permitiera involucrarlo en nada.

Éramos dos ciudadanos comunes, con sus respectivas cédulas no requeridas, ¡como si esto bastara!...

Quedamos esperando, nerviosos ellos, aterrados nosotros, con las armas apuntándonos, viéndolos y sintiéndolos moverse, con rabia y nervios alterados. El tiempo parecía suspendido, pero a la vez mi corazón latía con fuerza, mi cabeza trataba de no pensar en lo que nos podía suceder si nos detenían, no teníamos nada para decir.

Dentro del "ropero" la radio los comunicaba con alguien a quien pasaban nuestros datos físicos, las cédulas, y algo más que el miedo me impedía sentir con claridad.

Pero la orden esperada llegó: –¡Tráiganlos!

Al momento, cuando nos despegábamos como alelados de la pared, silbó de nuevo la radio: "¡los encontramos, ¡los encontramos, pueden dejarlos"!

No podíamos creerlo, ¿suerte?... ¿y los otros?... No podíamos dejar de pensar en ellos mientras llegábamos hasta la parada, la tarde soleada había perdido todo su esplendor, se volvió plomiza de miedo en mi interior. Pensaba que la terrible fatalidad y el horror para aquellos valientes desconocidos resultaba en nuestro egoísta beneficio.

Impactados aún nos dirigimos lentamente a la parada y allí la sorpresa supuso más horror, las personas que estaban esperando el ómnibus y fueron testigos de los hechos, se separaron rápidamente de nosotros, nos miraban con temor, con miedo a contaminarse.

Automáticamente habíamos pasado a ser sospechosos, ¿de qué?

Quedamos aislados y hasta casi avergonzados.

Nos segregaba el temor, el miedo, el miedo que fue creciendo y separándonos a todos los uruguayos durante doce años.

PRB

En el 306

Iba sentada en el asiento continuo al final del ómnibus, en el lugar del medio, enfrentada al pasillo y con los libros en la falda. Como siempre... leyendo.

Como todo en esa época, nos golpeó de repente, aunque paradójicamente lo recuerdo exasperante, lento e increíblemente silencioso. Frenamos frente a dos "roperos" que cortaban General Flores. Sólo estiré mi cuello, creo que el resto del reducido pasaje ni se movió.

Eran tres, dos hombres y una mujer. Te dabas cuenta por los vaqueros, que caen distinto según el cuerpo, ya que las capuchas les cubrían hasta la mitad del pecho. Se los llevaban en fila india, por el jardincito de la casa, pasando por el portón de la verja hacia la vereda que era un caos.

Los verdes eran muchos, corriendo de un lado a otro, gritando todo el tiempo, tenían armas y perros. La sensación que trasmitían era de peligroso descontrol. Se establecía una marcada diferencia con la quietud y el mutismo de los vecinos parados, inmóviles, al igual que nosotros: los pasajeros del 306.

Por supuesto que fue sin pensarlo; quedé parada en el pasillo de un salto, como los vendedores ambulantes. Los libros por el piso... y mi voz fuerte, ronca y dolorida. Seguro que a través de mi voz otras gritaron todo lo que parió ese silencio de todos. No sé... Aflojó un poquito el miedo y se produjo el estallido. Les reproché todo lo que me reprochaba a mí misma. Vomité lo que venía conteniendo, supliqué y ordené que hiciéramos algo. Las palabras retumbaban en el ómnibus con las ventanillas cerradas.

Así como empecé, me callé de golpe. Quedé temblando, parada y con los brazos en alto, igual que ellos. *Pobres todos*. Ni una sola cabeza se dio vuelta, nadie me miró, ni habló, ni se bajó. Nada.

Me agaché a juntar los libros mientras en mi cara corrían parejos el sudor y las lágrimas. Justo cuando me senté: arrancó. A la cuadra ya estaba petrificada como el resto. Abrí el libro y seguí leyendo.

Daphne

Historia de desencuentros

El 3 de noviembre de 1975 yo tenía 30 años, un buen trabajo, militancia, estudios, y estaba intentando formar una familia propia.

Siempre tuve dificultad con los amores: los intelectualizaba, los complicaba y los desechaba antes de darles tiempo a consolidarse.

Esta vez fue diferente. Apareció uno de mi pueblo. Creo que fue en Balzac que leí que habiendo identidad de orígenes y de objetivos el amor venía solo. Otro entrañable amigo, atizando el fuego, opinaba que la mujer y el buey deben ser de la misma tierra (me lo decía en italiano). Pero lo más importante era que el coterráneo siempre me había tenido en la mira y andaba en lo mismo que yo, con ganas de tirar anclas, pero con el aditivo de dos hijitos a su cargo. Me gustó el desafío.

El 3 de noviembre a mediodía, hice una escapada de mi trabajo y me fui a nuestra casa, ubicada en el Centro a descansar un poco y poner horizontal mi panza de 9 meses de embarazo, recuperar energías para continuar con mis tareas, ya que la idea era tomarnos juntos los tres meses de licencia, después del parto.

Era lunes y hacía calor, subí y me encontré con la ratonera, prolijamente armada; el living era la base de operaciones, con enormes radios instaladas y gente por toda la casa. Ya tenían bastante público: dos amigas del alma, que –cuando podían– venían a ayudarme a hacer las camas y ordenar un poco, el hijo adolescente de una de ellas, una vecina que no tenía teléfono y subía a cada rato a utilizar el nuestro –sabedora que la puerta se abría con solo un rodillazo–, llegamos a ser diez. La casa estaba patas para arriba, como no es necesario describir por repetido. Habían encontrado fundas de almohadas y vi cómo las fueron llenando con mis libros, los libros de mi compañero y los libros de otros compañeros que ya se habían tenido que ir y nos los habían dejado en custodia: "hasta su regreso".

–¿Usted no lee Vosotras, señora, o Para Ti?, mire que tienen cosas interesantes... me dice uno de los... invasores.

Cerca de las 16 horas, llegó mi compañero de trabajar, directamente a cambiarse de ropa para ir a hacer sus 100 quilómetros diarios de bici-

cleta, entrenándose para una competencia y teniendo, todavía sin sanar, los raspones de una rodada en la "doble Melo-Aceguá", corrida días atrás. Se le tiraron encima y recién ahí me di cuenta de que era a él a quien buscaban. Apenas pudo tirarme el fajo de dinero del sueldo recién cobrado (que atajé diestramente) y se lo llevaron en una Combi Volkswagen blanca, y los libros en un camión Leoncito naranja del que retuve por años la matrícula y justo hoy me olvidé.

Dado mi estado, me permitían caminar por toda la casa, al resto de los huéspedes los tenían recluidos en mi amplia cocina. En una pasada por mi dormitorio, revisé una cajita donde teníamos guardado el dinero que íbamos ahorrando para el parto, todo esos gastos extra que surgen y para la inyección que debería ponerme por ser RH negativa, estaba vacía, me habían robado. Me dirigí al que suponía mandamás y lo responsabilicé del hecho. Le expliqué el problema que me causaba, que era mi único dinero, etcétera, a lo que me respondió que no me preocupara, porque yo iba a parir en el Hospital Militar.

Al cabo de tres días se fueron y comenzó a gestarse lo que siento que es la deuda más grande que la historia, la dictadura y mi compañero tienen conmigo: no haber podido disfrutar del parto de mi primer hijo.

Los 20 días entre acontecimientos y acontecimientos, borré el embarazo de mi cabeza, empezó la vorágine de cuartel en cuartel, falsas alarmas, casona del Prado y yo apretaba las piernas para que no naciera todavía. La sentía protegida adentro de mi panza y además, allí, era un problema menos.

En la tormentosa noche del 23 de noviembre de 1975 nació Paula, con 2,100 kilos de peso, pura piel suelta sobre los huesos de tanto que había adelgazado. Nació en el Sanatorio Pacheco de Asignaciones Familiares, donde nos atendieron estupendamente bien y me pusieron, gratuitamente, la inyección para prevenir un segundo embarazo de los anticuerpos generados por mi RH negativo. Fue un parto fácil y sin complicaciones, ambas estuvimos muy bien y rodeadas de mucho afecto, tanto de los familiares como de los entrañables amigos, que no nos dejaron ni un minuto solas, con una guardia protectora que jamás voy a olvidar.

Apenas unos días y la vorágine continuó, renuncié a mi tan planeada licencia posmaternidad y la búsqueda recomenzó. No me puedo acor-

dar de detalles, ni de la ropa, ni de gestos de la niña, solamente de los momentos que la amamantaba. Llegaba corriendo de la calle, con los pechos por reventar de leche y me encerraba con ella, en una ceremonia única de simbiosis, ella a mamar y yo a llorar. Empezábamos y terminábamos juntas, en un intransferible acto de amor (aún hoy siento en cada fibra de mi cuerpo aquella sensación y también lloro).

Por esos días aparece otro problema que hasta ese momento no lo era: no estábamos casados. La situación dio por tierra todas mis acaloradas proclamas de que no se necesitaban papeles para consolidar afectos. Vaya si se necesitaban, por lo menos para hacer las cosas más fáciles. Tuve que anotar a Paula como hija natural y empezaron los problemas con el trabajo de mi compañero y hasta con la casa, que era comprada con préstamos sobre sueldo, para lo que hubo una arbitraria interpretación de que –al desaparecer el sueldo– debería devolverse el bien. Para ninguno de estos trámites yo era una interlocutora válida; aquí, conté con la colaboración de mi suegra, que viajaba desde el interior, cada vez que la necesitaba para acompañarme. Con la casa tuvimos éxito, y se resolvió que yo aportara el valor de la cuota, directamente en las oficinas del Palacio. Así que –como plus– tuve que entrar todos los meses en el detestable mausoleo del Consejo de Estado.

Mientras tanto continuaban desaparecidos, corrían todo tipo de rumores sobre torturas y muertes y seguíamos concurriendo al Museo del Prado para escuchar ansiosamente la lista de los nombres de los que iban apareciendo. Hasta que llegó ese día. Creo que era enero, hacía mucho calor. Me entregaron una bolsa de nylon con ropa, que me llevé –como un tesoro– a mi casa y recién allí la abrí. Estaba el pantalón vaquero que tenía puesto el día que se lo llevaron y una camiseta interior.

El impacto de ver ese pantalón fue enorme. Traía todos los mensajes imaginables, traía caca, pichí, sangre, barro. La tortura enviada en una bolsita de nylon. Pasé horas tocándolo, oliéndolo, centímetro a centímetro. Envolví a Paula en el pantalón, le expliqué de qué se trataba, se lo hice tocar con la boca, con las manitos. Seguí revisando sin poder desprendérmelo, hasta que vi el dobladillo descosido, lo abrí y allí encontré un montoncito de letras, pedacitos de cartón, tal vez, de pasta de dientes recortados a mano y unidos entre sí con hilachas. Los fui

acomodando sobre la mesa y apareció el gran mensaje: *Paula amor nuevo de papá.*

Siguieron dos o tres meses sin poder ubicarlo, hasta que llegó un telegrama muy formal, de invitación a una visita, con niños, en el cuartel de La Paloma.

Avisé rápidamente a sus padres y a los niños. A esta altura ya había elegido al doctor Batalla como abogado y estaba tratando arduamente de conseguir el permiso para casarnos.

Llegó la primera visita. Vino complicada. Apareció, en la puerta del cuartel, la madre de los niños de mi compañero, en un completo desequilibrio, agobiada –tal vez– por la responsabilidad sobre los hijos que le cayó encima y para la que no estaba preparada y quería entrar a toda costa a la visita. Luego de idas y venidas y de parlamentos con un superior del cuartel, entramos todos, por turnos, siendo –el mío – el último.

Obviamente no tuvo el encanto y la tranquilidad a que yo aspiraba, pero –al final– nos vimos un minuto, se conocieron con Paula y yo salí impresionada por los 20 kilos que había adelgazado.

Esto fue por mayo. Ahora estábamos proa al casamiento, Batalla había conseguido el permiso y había grandes preparativos dentro y fuera del cuartel. Yo, por mi parte, dando miles de vueltas para conseguir un juez que fuera al cuartel y que se aplicara la ley Etchegoyen (creo que era así) por la que se incorpora el hijo natural en el mismo acto, se le anota en la libreta y se le cambia el apellido.

Los presos lo habían tomado como un esparcimiento y hacían parodias y ensayos en cuanto momento podían. Se hablaba mucho de los casamientos en la cárcel, hasta me habían dicho que dejaban solos a los novios, y que –en algunos casos– se les había permitido brindar con bebidas. Yo no quería hacerme muchas ilusiones, pero –por las dudas– me había preparado una disertación de media hora, para ponerme al día y había resuelto no ponerme perfume, porque si podíamos estar un poco juntos, quería que sintiera mi olor natural, que –seguramente– estaba extrañando.

La fecha se fijó para el 15 de junio a las 11 horas. Permitieron la entrada a dos testigos por cada parte y una torta. Por mi compañero iban

su padre y la abuela Laura, de 90 años, formidable vieja, toda lucidez, solidaridad y coraje. Por mi parte, iba mamá y una entrañable amiga de ambos –que ya tenía fecha para asilarse en Francia– y tomaba esta oportunidad como despedida.

Llegó el día. Dado el estado de desnutrición y hambre que tenían los presos, mi suegra resolvió hacer una torta tipo shock vitamínico. Le puso 24 huevos, 2 kilos de nueces, dulce de leche de manera que por menos que les tocara a cada uno, igual la porción resultara sustanciosa.

Nuestra comitiva llegó en el ómnibus 133, la jueza en taxi, que tuve que pagar de ida y vuelta porque dijo que no le habían dado viático. Resultó ser una señora mayor, muy pintada, de pelo teñido de rubio claro, con aspecto realmente antipático y que nos miró con desprecio todo el tiempo. Cuando entregamos la enorme torta en la mesa de entrada, nos informaron cortesmente que –por razones de seguridad– deberían desmenuzarla.

Nos hicieron pasar a la pieza donde habitualmente se realizaban las visitas. Había una sola mesa y ninguna silla. Los cinco, más Paula –en brazos– esperamos allí, parados, mientras la jueza preparaba sus papeles sobre la mesa, y se ponía la banda.

No demoró mucho y apareció mi compañero, radiante, con una cara que no podía disimular su alegría. Venía de punta en blanco, cada prenda que vestía era de un compañero distinto, que colaboró en el ajuar con lo mejor que tenía. Se le veía el cuello de una camisa escocesa en tonos de rojo, un buzo blanco –tipo "Manos del Uruguay"– y vaqueros. Pero no entró solo, venía esposado y no menos de seis soldados apuntándolo con armas largas. El superior nos avisó –muy respetuoso– que el recluso estaba en calidad de incomunicado, de manera que sólo podría responder a lo solicitado por la jueza, y que contaba con nuestra colaboración para que no le dirigiéramos la palabra. Cuatro soldados se distribuyeron dentro de la habitación y no bajaron nunca las armas. Nos colocaron a los dos, sin tocarnos, en la mesa, frente a la jueza y ésta empezó con la ceremonia.

Cuando terminó de leer e indicó dónde firmar, le quitaron las esposas y, en la última letra de su nombre, se las volvieron a colocar rápidamente. La jueza se mandó un discurso larguísimo, sobre deberes y obligaciones, sin ahorrarse ni una sola frase.

Creo que estaba sintiendo placer. Le permitieron dar un rápido beso a cada uno de nosotros y se lo llevaron.

Fue de los peores días de mi vida. Sentí mucho dolor, por haber promovido que mamá, mi suegro y la abuela pasaran por esa experiencia. Ellos quedaron destrozados. Papá y la amiga que cuidaba a Paula nos esperaban con un asado y –en mi trabajo– habían preparado un brindis para la tardecita. Yo, sólo atiné a sacarle una foto a Paula, como testimonio del día del casamiento de sus padres, y en el que ella cambió de apellido, y me fui a trabajar.

Tiempo después vino el traslado al Penal de Libertad, experiencias nuevas: los viajes en CITA, las cartas, esperar el cartero –ya un amigo– las fotos con la evolución de los niños, los libros censurados, la meticulosa preparación de los bolsos, la asquerosa revisación de Amanda y compañía, el llanto de los niños –cuando los dejábamos en manos extrañas– para entrar a nuestra hora de visita, los depósitos de unos "pesitos" en el "Banco" del Penal, las también meticulosamente preparadas "visitas especiales", las manualidades tan esperadas y orgullosamente exhibidas en el ómnibus de regreso, las levantadas de ánimo; los meses pasaban.

Un día, la llamada inesperada de Batalla... "le firmaron la excarcelación, pero piden un millón de pesos de fianza, ¿los podrá conseguir ?". Claro que sí, que podía, había ahorrado día tras día, esperando este momento.

Cuando fui al Juzgado militar de 8 de Octubre a entregar el dinero (por el que no quisieron otorgarme recibo), lo vi reflejado en los vidrios de una puerta, con su mameluco gris. Toqué el cielo con las manos.

El día de la liberación, el regreso a casa.

Para mí: tarea cumplida.

Para él: alas, para salir a volar en busca del tiempo perdido.

Lo del título: historia de desencuentros.

La Flaca

ALLÁ MI VOZ

Numerosa y anónima es la noche.
Debajo
        islas de lumbre ajena
titilan
        distantes y pequeñas.

Yo aquí en lo alto, sola y extranjera.

La vida late oculta.

Más lejos...
pensativa de sombras se ovilla larga noche...

Oigo extrañas palabras y las pierdo.
Enmudecen la noche y lo que he sido
alfabeto de vientos en el viento
alfabeto de viento sin caminos.

Supe mi voz y pronuncié palabras
y estoy ante esta noche
exiliada de mí
                        muda
                                y extraña.

Ta

Gaviotas y glicinas[1]

Exilio

Mi exilio comenzó en mayo de 1972, el destino: Chile. Tenía dos hijas: una de seis, la otra de ocho años. La menor cumplía siete años dos días después de mi partida. Era dulce y silenciosa. Su hermana era su contrario: la acompañaba un torbellino de actividad y ruido... Con sus diferencias, ambas eran profundamente buenas y constituían un orgullo, propio de las madres.

Mi primera intención fue partir con ellas pero en el último momento dudé, tuve miedo, miedo de que en esa salida algo me pasara, y en consecuencia, a ellas. Las dejé en casa de los abuelos y mi padre me acompañó hasta el aeropuerto; aún recuerdo su mano levantada saludándome mientras el avión se alejaba.

En poco más de un mes empezaban las vacaciones de julio. Eran unas vacaciones especialmente esperadas porque me casaba por segunda vez... La nueva casa estaba lista para emprender una nueva vida. La familia se ampliaba.

Entonces, surgió, inesperada, la urgencia por partir...

Besé fuertemente a mis hijas y les dije sólo: –Hasta luego.

Los abuelos se ocuparían de lograr una salida legal, segura, después de hacer los respectivos acuerdos con el padre, y así poder juntarnos todos en poco tiempo. No había más que tener algo de paciencia y esperar esas vacaciones tan próximas.

Dos días después llegué a Mendoza; mi chiquita cumplía siete años y desde allí le escribí una tarjeta que redacté llorando. Era la primera vez que no estábamos juntas festejando la fecha. No imaginaba entonces cuántos otros cumpleaños nos separarían...

Los meses pasaban y el plan de reencuentro se iba alargando dema-

siado. La ausencia de "las nenas" me tenía desolada aunque todas las voces me repetían: "Vivieron sus primeros años, que son los más importantes de la vida, contigo; van a ser buena gente. Tené paciencia, todo se arreglará". Era la forma por la que quienes me querían me daban ánimo y esperanza. Sin embargo, estas palabras no siempre lograban la paciencia, que a menudo me abandonaba, y me era seguida por empujes de angustia. Ambas, paciencia y angustia, me acompañaron durante diez años. El sufrimiento, por momentos, se me hacía insoportable.

Todo para mí está y estuvo atravesado por esa separación. Sin embargo, como podría equivocadamente suponerse, mi vida no transcurría en una permanente tristeza. Muchas cosas lindas y gratificantes me pasaron en ese largo período: trabajé, conocí gente, hice grandes amigos, aprendí, y también supe reírme mucho. Pero lo más hermoso que me ocurrió fue tener otro hijo que nació en Buenos Aires en la Nochebuena de 1974. Él me dio el impulso que me faltaba para seguir adelante, para aferrarme a la vida y seguir peleándola. Aún hoy no sé si no quise o no pude contarle mi drama: la existencia de esas dos hermanas de las que sabíamos poco...

Después los tres nos fuimos a México.

Mi pareja, y mis amigos, la mayor parte nuevos, comprendían mi dolor y me ayudaron y este hijo del exilio me dio las fuerzas para conectarme con la alegría de seguir viviendo, desde el compromiso que como madre tenía de hacerlo feliz.

Los nuevos amigos, gran parte de ellos también exiliados, pasaron a ser nuestra gran familia: eran "los tíos". La relación con ellos fue tan fuerte que hasta el día de hoy continúan teniendo tal carácter, algunos viviendo ya en otros lugares del mundo. Son los tíos elegidos por mi hijo, una gran familia que así se formaba, porque a la propia él no tenía acceso, pero la necesitaba... Yo también.

Resultaban infructuosos todos los intentos de establecer un contacto directo con mis hijas. Se me interceptaban las cartas, las fotos, los regalos que enviaba con cada viajero. El cerco incluyó a mis padres que tampoco pudieron verlas durante esos años. Pasaron por nuestras vidas: juicios, abogados, institutos a cargo de la minoridad y la familia. Se seguía cada paso con ansiedad y los resultados siempre eran negativos: Yo podía volver por ellas... pero, yo no podía volver...

Mi familia se hizo cargo de los trámites jurídicos: intervinieron abogados, juzgados de menores. No había forma de ubicarlas por las vías legales. Los abuelos y mis antiguos amigos lograron averiguar de sus vidas. Lograrlo no resultó tarea fácil: costó mucho ubicarlas porque a su alrededor se montó un muro de silencio. Pero en Montevideo es difícil ocultar algo por mucho tiempo y más aun cuando manos solidarias buscaban información: las noticias que pasaban de boca en boca finalmente me llegaban. La red de informantes nos permitía saber cómo estaban, dónde vivían, a qué escuela iban. Yo esperaba siempre con ansiedad saber un poco más... La abuela, una vez conocida la dirección donde ellas vivían, se paraba en la esquina, a veces horas, sólo para verlas pasar de lejos... También le estaba vedado a ella el contacto. La sensibilidad ante el caso fue ampliando cada vez más la dimensión de la red; toda ocasión era aprovechada por los amigos que vivíamos en México o los de mi país para saber más.

Nueve años habían ya pasado cuando un amigo recibió de visita en México a un sobrino que tenía la edad aproximada de mis hijas. Le dio sus nombres y mi dirección por si en "alguna vuelta montevideana" se encontraba con ellas. Corría febrero de 1982 y en marzo, al empezar las clases, ese joven oyó el nombre de mi hija menor cuando el profesor pasaba la lista. Mi "pequeña" estaba por cumplir 17 años y cursaba 5° año en el liceo Zorrilla.

Las cartas

De los múltiples intentos de conexión conservo la copia de una carta escrita por mí de la que tenía la certeza que había sido entregada. Decía entre otras cosas:

"Hijitas queridas:

Se sorprenderán al recibir esta carta si es que tengo la suerte de que llegue a ustedes... He sufrido mucho la separación y me ha mantenido la esperanza de volver a verlas algún día... ¡quisiera tanto estar con ustedes!, volver a conversar como antes cuando eran "mi gordita" y "mi Dulcinea". ¿Se acuerdan?... Lamentablemente este perro mundo hace que sea imposible que yo viaje a Montevideo. ¡Algún día será!... Pero, por ahora, ¿por qué no empezamos por cosas más chicas? ¿Por qué no empezamos a escribirnos regularmente?... Sé que ustedes de-

ben tener muchas dudas, mucho dolor, mucha bronca conmigo... En aquellos tiempos en los que vivíamos juntas nuestra relación se caracterizó por la sinceridad; nunca hubo mentiras entre nosotras... la única vez que no les dije la verdad fue aquel horrible día en que me tuve que ir; esa verdad era muy dolorosa y no podía llenarlas de angustias y temores... Con el corazón apretado les pido perdón... Traten de escribirme... Se los pido por favor... Si fuera posible quisiera tener una foto de ustedes. Las que tengo tienen un montón de años, las miro cada pocos días pero ¡ustedes están tan chiquitas...! ¡Me cuesta imaginarlas como son ahora!..."

Nuevamente la respuesta fue el silencio. Entonces tomé la decisión de no escribir más porque supuse que, en pleno ingreso a la adolescencia, mis cartas podían conflictuar aun más a mis hijas. Tenía que seguir esperando... Una noche, diez años después de mi partida, llegamos a casa y debajo de la puerta había una carta de la menor. Me decía:[2]

"Mamá:

Han pasado muchas cosas desde que recibimos tu última carta en agosto de 1979. ¿Sabés? Lloramos mucho, siempre te quisimos tanto y necesitamos tanto de tu amor de madre; siempre nos has hecho tanta falta... Culpar a alguien porque no te contestamos en aquel momento sería injusto; yo más bien lo adjudicaría a nuestra propia inmadurez para tomar decisiones... Quiero conocerte, yo sé que por el momento sólo nos podemos comunicar por carta pero algún día nos volveremos a ver... Con todo mi amor: M."

No toda emoción se puede trasmitir con palabras pero la intensidad del día sigue hoy tan viva como si no hubieran pasado casi dos décadas. Me reí y lloré a la vez, la compartí con todos los que quería: la di a leer, la leí por teléfono... Necesitaba festejar y bajé corriendo los dos pisos que me separaban del lugar más cercano donde vivían amigos. El brindis de esa noche era por la certeza del comienzo de una nueva etapa: el encuentro.

Esa misma noche, la madrugada se me hizo escribiéndoles. En principio resolvimos reconstruir por correspondencia los diez años de separación. Dependíamos del correo. El teléfono no nos permitía más que

la conversación corta y banal porque había que combinar las horas y lugares de las llamadas: nuestros encuentros eran todavía secretos. Las cartas demoraban y hasta se perdían. Otra vez los amigos, y sus visitantes ocasionales, sirvieron de medio más rápido y seguro. El sistema tenía la ventaja adicional de que los sobres eran entregados en mano; entonces, ellos veían a mis hijas y después me contaban sus impresiones, sus aspectos físicos, sus intereses, cómo eran los amigos que las acompañaban a las citas. Ellas a su vez les hacían preguntas sobre mí, con el interés puesto en acercarse a nuestras formas de vivir, sentir y pensar. Yo también así me iba acercando más y más a ellas. Sus impresiones quedaron así registradas:

"Decís que no esperás de nosotras cartas amables, que tenemos que tener mucha bronca... Es verdad que yo sufrí mucho todo lo que pasó por no entender los problemas en su momento, porque era muy chiquita, y los arrastré hasta mi adolescencia...Yo lo único que necesito es amor, creo que todos lo necesitan y en este mundo hay mucha falta de amor; todos se preocupan de tantas cosas que han olvidado lo verdaderamente esencial. Creen que la felicidad se encuentra en cosas materiales pero yo sé que se encuentra en el amor de los demás, en el amor de una madre. Por eso me ha hecho tanto bien saber que me querés... M."

"...Se me hace difícil escribirte y no sé cómo puedo empezar. Hay muchas cosas que contar y un montón mucho más grande que olvidar... Nos dolía mucho menos no responder tus cartas, tratar de alejarte, que alimentar esperanzas que costaría cumplir. Creo que fuimos un poco egoístas pero también sabíamos que no había otra salida... S."

Pero siempre la esperanza:

"...Decís que llorás por haber perdido el proceso de nuestro crecimiento pero si bien todo lo que pasó es muy triste, vale la pena olvidarlo, pensar en el presente y en el futuro, pensar que ahora nos estamos escribiendo y que algún día nos podremos volver a encontrar. Debemos sentirnos muy felices y llenas de esperanzas... S."

Y la necesidad de irnos reconociendo, hasta desde el aspecto físico.

"...Para darte una idea de lo que he cambiado te cuento que mido1.64, peso 58 kilos, hace cuatro meses que me corté el pelo... Como no me parecen nada tontas tus preguntas te pido que me mandes esos datos de ti y además me cuentes a qué hora nací, cómo fue el parto y todo lo referente a cómo era cuando era chiquita porque esas son cosas que nadie supo nunca contarme... M."

S. me cuenta sus intereses y formas de vida; hace de esta forma su retrato:

"...No sé por qué me parece que me estás idealizando... no soy tan perfecta ni genial como te imaginás; tengo grandes defectos y no somos las únicas de este país con deseos de libertad e independencia. Me gustaría que conocieras a mis amigos; nos parecemos mucho en la forma de pensar y actuar... Nos gusta sentarnos a charlar con una botella de agua de por medio para humedecer la boca cuando se seca y un paquete de galletitas para ayudar a secarla..."

"...Me gusta salir a caminar por las playas desiertas, ventosas y frías en invierno; sentir el viento de frente que te estira la cara e ir contra él, como cortándolo, como rompiéndolo en pedazos y demostrarle que tengo más fuerza que él. ¡Eso sí me gusta! Sentir esa soledad fría y a la vez maravillosa junto a mis pensamientos. Me hace sentir libre, llena de vida y me tranquiliza...Un día, no muy lejano, si a ti te gusta, también lo haremos juntas..."

"... A veces me siento muy mal porque no logro dejar al mundo contento y lo que es peor, no logro estar bien conmigo misma... me siento muy confundida, tengo muchas ganas de llorar y de gritar, de entenderme aunque más no sea un poquito... Muchas veces no logro ver las cosas más que negras pero pienso que es asunto mío y que no es tan así pero lamentablemente es que sólo lo pienso, no tengo ningún tipo de pruebas... quiero lograr muchas cosas en la vida entre ellas una familia con nenes y papá... pero me siento atorada con respecto a todo... S."

Diez años después de aquel cumpleaños en que no estuve, recibí respuesta a mi saludo:

"...Recibí tu telegrama de cumpleaños y eso hizo que fuera el más

feliz desde que tengo memoria. ¡Es tan lindo saber después de tantos años que tengo una mamá que me quiere!... Te voy a contar algo que nunca le conté a nadie: antes, cuando estaba angustiada, molesta o perturbada por algo, me imaginaba entre tus brazos, que me acariciabas y me decías cosas lindas. Y entonces, me sentía en paz pero ahora que me escribís diciéndome que me querés, sé que no es sólo mi imaginación, sé que espiritualmente estás conmigo... M."

Y la alegría trasmitida por el reencuentro trasmitida de este modo:

"...Cada día estoy más contenta de haber empezado a escribirnos. He contagiado esta locura mía a todos mis amigos que casi están tan pendientes como yo de la llegada de tus cartas... S."

El conocernos también ponía de manifiesto la problemática por la que atravesaban:

"...A veces me parece que hablo demasiado de mí misma pero de un mí superficial. Casi nunca le hago preguntas personales a nadie, ni siquiera a mis mejores amigos... y es una manera de que no me pregunten nada... S."

"...Necesito aprender a defenderme sola... Tengo ideas sobre la vida, la sociedad, la pareja, el sexo, la muerte, ideas que defiendo hasta lo último pero hay otros asuntos que me dan paz interior y los cuido hasta que se hagan fuertes adentro mío. Es mi forma de defensa, así como otras personas se defienden gritando o agrediendo... M."

No resultó fácil reconstruir; las contradicciones se ponían en evidencia:

"...Necesito poner en orden varias ideas para contestarte... Perdoname y teneme paciencia... necesito tiempo para pensar, enfrentar los problemas de uno por vez y salir adelante. Tú seguime escribiendo como de costumbre que cuando yo haya comprendido ciertas cosas te voy a contestar... M."[3]

Nuevamente la paciencia, aunque ahora ya sí era evidente que quedaba poco por esperar. A pesar de las dificultades, de las que las tres éramos conscientes, resultaba necesario emprender el camino de rescatar la memoria del olvido. La relación de mis hijas con otros jóvenes ayudó a que se manifestara esta necesidad de enfrentar la verdad. Así reflexiona S. sobre el tema:

"...C.[4] niega su pasado: es una manera de poder vivir mejor, de intentar solucionar lo insolucionable, de olvidar las cosas malas y tratar de vivir con un poco más de felicidad. Te da fuerzas. Te lo digo porque creo que nosotras también lo intentamos tratando de borrar un pasado, o por lo menos sin mencionarlo, ni aun entre nosotras, en todas las cosas que teníamos presentes diariamente y en cada momento de nuestra existencia. Por eso no estoy de acuerdo con C., porque lo intenté y no sirvió. Pero tampoco se puede vivir una vida alimentada de recuerdos... yo tiendo a pensar en el futuro, en cosas lindas, en todo lo que lograré ... S."

Y la reflexión sobre el mismo tema hecha por M.

"...D. me regaló un llavero que dice: 'Confía en el tiempo, que suele dar dulce salida a muchas amargas dificultades' (Cervantes)... Voy a salir adelante, yo sé que puedo y más después de saber que tengo una mamá como vos... Todos mis amigos te quieren mucho sin conocerte; dicen que sos una tipa genial porque me hacés mucho bien. De ahora en adelante todos los días voy a escribir las cosas que hago y siento y después te las mando, así estamos más cerquita... Te quiero y te necesito tanto que no sé cómo escribírtelo... Contestame dándome consejos. Los necesito... M."

Las hojas, montones de hojas de cartas larguísimas, iban y venían y así fuimos tejiendo nuestras historias, desatando nudos y, al fin, lograr reconocernos después de tan largo silencio. La base de esta reconstrucción estuvo marcada por el amor y la verdad, la sinceridad a toda prueba. La verdad, la cosa dicha fue, desde entonces, y afortunadamente sigue siéndolo, la marca más fuerte de la relación con mis tres hijos. No

se me escapa que ella a veces duele, todos somos conscientes de ello pero también nos consta que sólo sobre la base de la verdad se logran relaciones profundas. Desde este principio practicado, es que fuimos construyendo la relación que hoy tenemos.

El encuentro

En una de las primeras cartas que envié expliqué las razones políticas por las que no podía volver a Uruguay; al mismo tiempo expresé mi compromiso de encontrarlas en cualquier lugar del mundo al que pudieran ir; fueran donde fueran yo estaría allí, esperándolas...

Tantas ganas teníamos de estar de nuevo juntas que antes de un año se nos cumplió el deseo. Con la complicidad de otros, ellas organizaron un viaje por un fin de semana para el que consiguieron la autorización paterna. Llegaban a Buenos Aires el sábado de mañana y se iban el domingo ¿Por un viaje de dos días quién iba a sospechar? Total, la mamá estaba en el lejano México...

El miedo del fracaso en este primer encuentro "de verdad" nos acechaba:

"...Tengo miedo de que no nos encontremos en Buenos Aires, que el viaje no resulte, que las cosas no salgan tal como están planeadas... Mamá, te pido por favor que trates de ir, no sé si volveré después o en qué otro momento se hará el viaje; no hago más que pensar en ello..." S.

Ellas también, al igual que yo, se habían sentido apoyadas por amigos durante este largo proceso; fueron ellos quienes las ayudaron a armar el viaje y las acompañaron:

"...Me gusta la idea que, además, sean mis amigos quienes me acompañen, va a ser un momento muy importante para mí y me gustaría que lo compartieran conmigo... han estado conmigo en todos los malos momentos y quiero que estén en los buenos también... S."

Recibí el aviso del viaje cuatro días antes, justo en un momento en el que mi pasaporte no estaba en mi poder por trámites relativos a la renovación de la visa.

Lloré pidiéndolo, rogando, delante de mostradores ante funciona-

rios impávidos. Mi desesperación era total. Esa noche recurrí al representante ante el gobierno uruguayo de la colonia de exiliados.[5] Dos días enteros ambos deambulamos por corredores, oficinas, pasamos horas en salas de espera. Finalmente salí con mi pasaporte en la mano y viajé.

El viernes llegué a Buenos Aires donde otros amigos me esperaban. Compartí con ellos la alegría, el miedo, la ansiedad. El sábado estábamos pegados al teléfono esperando el aviso de la llegada. A las diez de la mañana sonó el teléfono... Me resulta imposible trasmitir la emoción del encuentro: ni las palabras ni las fotos pueden dar cuenta de lo sentido.

La noción de tiempo me juega aquí una mala pasada porque esos dos días me fueron largos, larguísimos: hablamos, comimos, recorrimos la ciudad, fuimos al cine. Mientras, nos abrazábamos a cada rato y los jóvenes que las acompañaban nos sacaban fotos.

Cuando llegó la noche del sábado mis hijas no quisieron ir al hotel donde estaba previsto se alojaran con sus compañeros de expedición: querían dormir conmigo. Entonces nos fuimos a la casa de mis amigos y allí, tiradas en el piso del living, pasamos la noche. Yo, echada al medio, con un brazo tendido hacia cada una y ellas a su vez abrazándome.

Al otro día de tarde nos despedimos en el puerto; lloré mucho cuando el barco se alejaba; tan cerquita y tan lejos: sólo un río nos separaba...

Volví a México. El gran desayuno a la mexicana me esperaba servido.

El lavarropas

El tema de la conversación de esa mañana giró, como es obvio, sobre mis hijas y las anécdotas del reencuentro. Como ocurre en toda charla, se fueron mezclando otros temas cotidianos, entre ellos el del lavarropas que en mi ausencia se había descompuesto y se requería mi opinión sobre si valía la pena arreglarlo o comprar otro.

Un asunto tan doméstico desembocó en mi estallido emocional. Entre lágrimas dije que no pensaba comprar nada más para la casa, que me volvía al Sur porque estando cerca de Montevideo cabía la posibilidad de ver a mis hijas más frecuentemente. Fue así que en ese desayuno se pasó de las anécdotas y de los asuntos domésticos a tratar el tema de la vuelta y terminamos llorando porque se puso en evidencia que

mi intención era hacer las valijas y partir. No me importaba más nada... Se intentó introducirme en la racionalidad argumentándome que se aproximaba otra etapa política: otra vez tenía que tener paciencia y "si era capaz de esperar" vería cómo mis hijas viajarían pronto a México.

Me calmé un poco, de nuevo con la esperanza a cuestas.

Desde ese día quedó establecido un chiste en nuestra casa, usado cada vez que se planteaba una difícil situación: de lavarropas aquí no se habla.

Las visitas a México

Efectivamente, había que esperar. Siguieron las cartas y antes de los seis meses del encuentro en Buenos Aires ambas conspiraban para ver cómo hacían para visitarme. Lo lograron y resolvieron que las salidas serían de a una; era la mejor forma de generar menos tensión con el padre que seguía obstaculizando el encuentro:

"...En mi carta anterior te hablaba de la posibilidad de hacer un viaje con motivo de verte. Ya está confirmada. En ese momento todavía no le había dicho nada a papá de nuestra relación... el otro día hablé con él y le conté de la correspondencia y de la posibilidad de un viaje. Todo fue muy bien, mucho mejor de lo que te puedes imaginar... S."

"...¿Cómo estás? Yo, radiante. Todo el mundo me pregunta qué me pasa que estoy tan contenta... Salgo de acá el sábado 2 de julio, para volver el 24... Así que, con suerte, el domingo 3 les estoy dando un abrazo bien fuerte... El asunto del viaje papá lo está tomando mejor de lo que yo creía pero, de todos modos, creo que tiene mucho miedo de que me vaya y no vuelva y eso le hace decir un montón de pavadas y tener la mirada triste pero sé que cuando yo vuelva y vea que todo sigue bien, va a mejorar mucho... M."

Primero viajó la menor. Mientras tanto la mayor escribía:

"...Mimá a M. por mí que después me vas a mimar a mí por ella... S."

Recibimos a M. con una fiesta a la que invitamos a todos nuestros amigos. Allí estaba el montón de gente que me había acompañado en el difícil proceso. El chiquito de la casa manifestaba sus celos y malhu-

mor: una hermana desconocida se metía en medio y le arrebataba su protagonismo.

Fueron quince días en los que paseamos mucho: recorrimos todo lo que ofrece la ciudad de México pero además fuimos a Cuernavaca, a Taxco, a la costa del Pacífico. Después: la partida.

Mientras M. estaba en casa, la hermana me escribía:

"...Cuando hablás de reconstrucción, creo que está bastante avanzada, que no le falta tanto como tú sentís... Viajo el 10 de setiembre. Tengo muchas ganas de llegar y acurrucarme a tu lado y que nadie me mueva; sólo estar así y charlar mucho... S."

A los pocos días de esta dolorosa separación, ella llegó e hicimos un programa similar al que se agregó la fiesta popular del Día del Grito de la Independencia con su maravilla de fuegos artificiales. Y entonces, otra partida...

Lo político

Resulta interesante dar a conocer la visión política de nuestro país hecha por dos adolescentes que habían vivido esta historia. La menor respondió con la militancia en reuniones y participación en los grupos que se habían conformado entre estudiantes secundarios.

"...Hace una semana y media que recibí tu carta que me hizo llorar, quería ir corriendo hasta México, decirte que te quería, que no te pusieras triste, que muy pronto te ibas a levantar y que ibas a ver a tus hijas durmiendo en una cama de tu casa. Ya lo vas a ver... Acá la mano viene muy jodida, el sentimiento está cada vez en más gente y el choque es cada vez más violento. El precio, se sabe, va a ser alto, pero esto no lo para nadie... te voy a mandar una carta contando los detalles que aquí se viven... No te cuento esto para que te asustes por mí, sino sólo para que te llenes de fe, de la fe que nosotros tenemos... Uruguay vive... M."

La realidad de Uruguay y las primeras manifestaciones las narraba también M. de este modo:

"...Te cuento un poco sobre el 1° de Mayo. Fue increíble, yo nunca había ido a un acto así... todos nosotros, como el resto de la gente, me

imagino, teníamos mucho miedo de que se fuera a armar relajo pero por suerte no pasó nada. Fue increíble la compostura que guardó todo el mundo y al mismo tiempo todo lo que se cantó y se dijo... No te imaginás lo que fue el himno, en mi vida lo había escuchado cantar con tanto entusiasmo... Fueron más de 150 mil personas. No hubo problema del país que no se tocara, desde los jubilados hasta el corte de pelo y el uniforme del liceo (ahí aplaudí como loca)... Bueno, como te darás cuenta me impresionó notablemente este 1° de Mayo. Me parecía que toda esta fuerza del pueblo unido era la que iba a ayudar a que tú regresaras más pronto... M."

Y la consulta a la mamá "experiente":

"...Quería preguntarte qué pensás de las pegotineadas, volanteadas y pintadas, cosas que llamamos hacer lo posible por ustedes y por todos... M."

También M. hacía referencia a la realidad educativa:

"... El liceo me tiene podrida; llega al punto que me pongo el uniforme y me siento de mal humor... no aprendemos nada, los profesores cada día saben menos... yo preferiría quedarme en casa que ir a clase a escuchar el resumen, mal hecho, del mismo libro que tengo... El 9 de agosto se hizo un paro estudiantil que, para lo mal organizado que estaba, salió bastante bien... Ahora se organizó uno para el 12... Si no la ganamos la empatamos. Vamos a entrar al liceo sin útiles, haciendo una guerra de silencio a profesores y funcionarios y en el recreo se va a aplaudir como diciendo, estamos acá... A veces nos sentimos mal por la falta de apoyo, sentís que estás peleando solo, la mentalidad de muchos es esperar a que otros hagan por lo que los que hacemos somos pocos... Y es que fuimos educados de esa manera, a no tomar ninguna iniciativa, a aceptar las cosas como vienen, a que nada se puede hacer... y es contra eso fundamentalmente que tenemos que luchar. Pero quiero que tengan fe en nosotros porque estamos peleando con uñas y dientes, superando el miedo a pura conciencia y, a pesar de algunos bajones, con una fuerza tremenda para vencer. Sé que lo vamos a lograr. Nues-

tras vidas están condicionadas por la militancia, es difícil de explicar, es como vivir la vida al mango... Sabemos que nos pueden separar en cualquier momento,[6] lo hemos conversado mucho entre todos, hemos llorado abrazados... pero nos ha cambiado... es como medir la vida con otra vara para vivir plenamente los momentos felices, no dejar tanto para después y no darle importancia a problemas que no la tienen... Ustedes van a volver todos y pronto y vamos a volver a unir a la familia uruguaya... M."

En cambio, mi hija mayor, a pesar de su resistencia a la dictadura, tenía miedo de la militancia, velaba por su hermana y temía que a ella le pasara algo fruto de la represión:

"...El otro día sentí la necesidad de escribirte aunque no quería angustiarte; solamente, como te dije, estaba atorada y me descargué contigo. Cuando M. se fue y me quedé en Montevideo, me sentí sola pero no fue tan mala esa soledad porque tuve mucho tiempo para pensar... Estuve deprimida porque me sentía un poco perdida e inútil, sentí que había perdido el tiempo y que esforzarse no servía para nada. Ahora ya no estoy tan segura de lo que pensaba. Tenía miedo de que se cayera todo y que no hubiera posibilidades de recuperarlo. Realmente muchas veces lo siento así y no es mentira. Hubo momentos en que pensé en la posibilidad de estar allí y aunque muchas veces no lo quiero, lo siento igual...Y esto es ahora cuando M. ya está de vuelta acá y las cosas están bien... Ahora estoy mejor y no estoy sola y lo sigo pensando...la realidad política de nuestro país, nuestra gente, yo misma, todo me molesta y me pica en la piel. Odio la política y me da miedo, mucho miedo... quiero estar aislada de todo eso, no quiero que lastime a nadie más, no quiero que nos lastime más...Y ese alejamiento que siento necesario, me hace sentir aun peor... S."

De vuelta en Buenos Aires.

Yo ya estaba decidida: México quedaba muy lejos... Ahora sí ya no me convencía ningún argumento, incluso veía como demasiado incierta la caída de la dictadura en Uruguay y nuestro desexilio. Nuevamente recibía las opiniones de mis hijas y la puesta de manifiesto de sus propios conflictos ante la posibilidad de nuestro regreso:

"...Sobre el regreso de ustedes: me parece bastante alocada la idea; hay tiempo y las cosas se van a ir solucionando poco a poco. Te lo prometo... S."

"... La alegría de saber que te venís a Buenos Aires es inmensa porque vamos a poder unirnos mucho más. Está bien que alimentes tus esperanzas de regresar a Montevideo, porque tenés bases fuertes, cada vez más, para hacerlo... M."

Este viaje era sólo un paso hacia el encuentro definitivo:

"...Muy pronto estaremos todos juntos una vez más, por mucho tiempo, quizás para siempre... Decidimos estar todos juntos cuando otra vez nos encontremos. Van a salir camiones de Montevideo para Buenos Aires (o donde sea). Todo el mundo lo va a saber y comentar y se van a sentir envidiosos de tanta dicha, pero como nosotras somos gente buena y amplia lo vamos a saber compartir... S."

Entonces, nos fuimos a Buenos Aires.

Llegamos a principios del 1984. Allí todo nos fue difícil: empezar de nuevo, insertarnos en el mundo laboral, haber dejado atrás a los amigos, la escuela de nuestro hijo, pero el objetivo se cumplía de acuerdo con lo previsto: las hijas viajaban no menos de una vez por mes, las llamadas telefónicas ahora eran frecuentes...

En octubre de ese año mi padre se enfermó gravemente.

Ya era evidente la caída próxima del gobierno. Los controles en el aeropuerto de Carrasco eran mucho más débiles. Resolvimos ir a ver al abuelo en un fin de semana; los trabajos que acabábamos de conseguir nos impedían quedarnos más tiempo. Regresamos a Buenos Aires un domingo y en esa misma semana mi padre murió. No pude estar en su entierro.

Volví a Montevideo el fin de semana siguiente. Allí se me mezcló todo, pasaba de un estado anímico a otro, casi sin pausa: el dolor por la muerte de mi padre, la belleza de Montevideo en primavera, el poder salir a pasear con mis hijas, el retorno a la democracia "que se venía", el recital de El Sabalero y ese cielo inundado de estrellas con las gaviotas sobrevolando el Parque Franzini.

Las gaviotas

Así como el lavarropas constituyó un símbolo casero de los problemas difíciles a los que nos enfrentábamos, las gaviotas fueron el emblema del regreso a Montevideo. Habíamos vivido siempre lejos de cielos con gaviotas: no las mostraba el río barroso de Buenos Aires ni las montañas de Santiago ni el altiplano de la ciudad de México. Cuando íbamos de vacaciones a la costa del Pacífico nuestra visión se extasiaba con la presencia de los pelícanos.

Es entonces que la palabra *gaviotas* estaba muy cargada de significados; sólo hizo falta nombrarlas para que se disparara la decisión del retorno definitivo. Su vuelo era, entonces, el símbolo que sintetizaba nuestro verdadero lugar.

Ya de regreso a Buenos Aires, después de ese complejo fin de semana, sobrevino la pregunta de rigor: ¿Cómo te fue? Mi respuesta: ¡Ay... las gaviotas...!

Y desde esas simples palabras supimos que nos volvíamos: esa misma noche comenzamos a empacar.

Las casas

La casa montevideana requería una sola condición: ser grande para poder abarcar una gran familia. La encontramos, con una cocina enorme (siempre creí en el poder unificador de la comida compartida, hecha en casa) y con un fondo cubierto de parrales. Pero México seguía presente dentro mío y entre los primeros cambios estuvo la sustitución de las parras por una santa rita de color rojo fuego. También planté un árbol de paltas para poder seguir saboreando guacamole.

En poco tiempo esas plantas crecieron de manera exuberante. Ese entorno, más un montón de artesanías, traían a mi casa el aire del otro país que tanto quería. Entonces tomé conciencia de que estaba dividida entre México y Uruguay ¿Hacía falta decidir cuál era mi país?

También tuvimos la suerte de poder comprar una casa cerca de la playa que permitía compartir fines de semana y vacaciones. Para elegirla no nos importaron demasiado qué balneario ni la hermosura o presencia de la vivienda; eso sí, debía ser grande. La encontramos y se fue repitiendo el fenómeno de la casa montevideana. No hacían falta invitaciones: todos podían llegar sin anuncio previo. Como en la otra...

La familia, el barrio, los amigos

La casa grande nos dio la posibilidad de recibir a todos; cualquier oportunidad que se presentaba era buena para juntarnos y charlar mucho. Mi hijo fue inscrito en la escuela pública más cercana y después en el liceo que quedaba a pocas cuadras. En forma rápida se fue integrando al barrio, con lo cual la casa también se llenó de adolescentes.

Reconstruir la familia significó un gran esfuerzo por parte de todos. En definitiva habían pasado más de diez años de separación y nos conocíamos poco. En forma natural, cualquier situación resultaba propicia para el intercambio de ideas, de experiencias, de formas de vivir, pensar y sentir. No siempre coincidíamos pero de ese modo nos fuimos conociendo, apretando lazos. Las largas mateadas se hacían a la sombra y con el techo de flores de la buganvilla y se comía en la gran mesa instalada en la cocina.

La casa siempre estaba abierta para todos y yo, con mis teorías sobre el poder que otorga el comer juntos, tenía una gran reserva de alimentos preparados para que la llegada de uno o varios no me tomara de sorpresa. Fue de gran ayuda una viejísima heladera instalada en el garaje que procuraba estuviera siempre hasta el tope.

Los grupos que se formaban no estaban divididos por edades ni por temas: todos los que llegaban opinaban y participaban de esa vida hogareña. Lograrlo exigía trabajo que yo hacía con felicidad. El sueño del reencuentro y la unión de mi familia se estaban logrando.

Adiós a la buganvilla

Hubiera querido que ya nadie se separara nunca más y poder vivir todos amontonados; era mi loca fantasía. Pero un día me vi viviendo sola en la casa de la buganvilla.

Los tres hijos se casaron y cada uno organizó su vida propia. Ya no estaban los adolescentes, ni las nenas con "sus novios", ni... ni...

Dejé la casa pero el patio de la buganvilla sigue aún presente y no puedo desprenderme de su imagen.

Me vine a vivir a la Costa de Oro donde también tengo los árboles de paltas y, como para lograr la conjunción de mi ser mexicano con el uruguayo, planté una glicina que ha crecido de manera desaforada cubriendo casi todo el terreno.

Sigue siendo la casa abierta donde todos saben que pueden venir a pasar un día, un fin de semana, unas horas o las vacaciones. Mientras, las gaviotas sobrevuelan la playa.

Y además, ahora tengo dos nietos y tres casas, las de mis hijos, donde puedo llegar y quedarme, mientras se charla, se comparte un mate con bizcochos o una rica comida.

Despedidas

De algún modo esta es una historia de final feliz porque mis hijos y yo constituimos una unidad atravesada por el gran amor y la solidaridad. Somos, en verdad, una familia. Ahora, de hecho, tengo cuatro casas: las de ellos y la mía.

Sin embargo en mi ser profundo sobrevive una especie de resaca que no creo ya poder superar: es el temor a las despedidas, a las rupturas que se traduce en la fobia a los aeropuertos y a las terminales de ómnibus, en la tristeza que me invade cada vez que alguien se va... No logro asumir las separaciones. Cada partida me es dolorosa y con cada llegada me lleno de alegría.

Muchos amigos están viviendo demasiado lejos y los necesito, ese mundo que es también el mío, está disperso...

Por eso este año me he propuesto ir a México donde me esperan algunos de los más queridos en medio del olor de las tortillas y la policromía de las buganvillas.

Volveré en primavera para estar con mi familia y amigos uruguayos mientras nos sobrevuelan las gaviotas y retomamos la conversación debajo de la glicina ya nuevamente florecida.

Buganvilla

---

1. Este trabajo toma citas textuales de alrededor de setenta cartas que nos intercambiamos entre abril de 1982 y junio de 1983. Quiero aclarar, además, que esta selección deja de lado historias personales, nombres y otras referencias cuya divulgación atentaría contra el espíritu intimista y de confianza con que fueron escritas. También deja de lado mis cartas (salvo en un caso), que reconstruyen mi historia personal y política. Desde mi perspectiva quiero manifestar que esta relectura de la correspondencia, realizada tantos años después, no me resultó tarea sencilla desde el punto de vista emocional.
2. Fragmentos de la carta del 2 de abril de 1982.

3. Esta carta fue escrita en una hoja impresa con la ilustración de dos aves (¿golondrinas?) y un texto que dice: "Donde quiera que esté, tú estás allí".
4. C. era un niño de 8 años cuando a su mamá la detuvieron.
5. Mi agradecimiento eterno a Luis Echave que hizo lo indecible para ayudarme en esa circunstancia.
6. Se refiere a sus compañeros de militancia.

1980

La esperanza, esa niña fugitiva por las calles de mi ciudad.

A veces escucho sus quejidos y corro a buscarla para encontrarla abandonada en el sótano de un bar entre cajones rotos y botellas vacías.

En los días luminosos, se detiene en la esquina más inesperada, con un par de valijas en cada mano repletas de cosas sin sentido.

Y cuando quiero alcanzarla, apenas si logro rozar sus cabellos, para verla otra vez, corriendo calle abajo.

Clara/1980

La memoria también se tejió en Holanda

Hace unos pocos días, muy de casualidad me enteré por comentarios de M.V. de la iniciativa de "tejer la memoria". No soy uruguaya, y sin embargo puedo relatar alguna anécdota de mi convivencia (que lleva más de veinte años) con los uruguayos.

Todo empezó en Madrid...

Todo empezó en Madrid donde por intermedio de los sindicatos de CCOO (Comisiones Obreras) entré en contacto con la colectividad uruguaya y especialmente con un miembro de ella, quien luego llegaría a ser mi esposo.

Recuerdo que lo encontré por primera vez en una actuación del teatro El Galpón ("Prohibido Gardel"). Pronto estaría yo colaborando en tareas de Solidaridad con este grupo de "sudacas", por lo que empecé a participar en reuniones políticas y otros encuentros. Ya allí empezó a llamarme la atención la capacidad de trabajo y entrega de estas personas y además la capacidad de organizar una fiesta de la nada. El recurso que los uruguayos llaman "lluvia", consistente en traer algo cada uno, siempre funcionaba, aunque yo me preguntaba cómo era posible que un grupo de gente fuera capaz de arrasar en tan poco tiempo (generalmente no más de diez minutos), con tanta cantidad de comida.

Hubo mucha actividad en España, lo cual me imagino que habrá sido relatado por muchas compañeras. Quizás por eso siento que como holandesa me corresponde más escribir sobre lo que ocurrió en Holanda.

¡Esto es mentira!

¡Cómo se asustó mi familia cuando yo les conté que me había enamorado de un exiliado político de Uruguay! Diría mi madre, años después, que cuando nos fue a buscar a la estación de trenes se sorprendió de encontrar a su hija acompañada por un hombre con una "mirada tan

honesta"y aparentemente muy buena persona (conceptos que, por suerte, en el curso de los años se han ido afirmando). Qué imagen tendrían de un exiliado político, nunca me quedó muy claro.

En Holanda el trabajo se realizó principalmente en la calle, en la plaza del Spui en Amsterdam. Sábado tras sábado estábamos repartiendo información (en varios idiomas) sobre la situación política en Uruguay y vendiendo pegotines o escarapelas a fin de juntar "plata" para los presos políticos, lo que encontró una generosa respuesta de un pueblo donde muchos se acuerdan bien de lo que significa el fascismo. Una vez, en invierno, colocamos una cartelera con fotos en plena calle nevada, donde impactó una foto de un hombre encapuchado, colgado desnudo, durante la tortura. Pasó por allí un veterano holandés que exclamó "esto es mentira" y siguió su camino. Al rato volvió pidiendo disculpas por sus gritos y explicando que en realidad quiso decir que tendría que ser mentira, y agregó: ¡Cómo es posible que un ser humano trate así a otro ser humano!

Unos "guldens" para colaborar

Seguía la actividad, una huelga de hambre de la CNT terminó en un festival que duró todo el día en el centro. Antes de llegar a esta jornada, los uruguayos en Amsterdam salieron también en las manifestaciones por la Paz, muy grandes e importantes en aquel entonces. Como todavía no dominaban muy bien el idioma local, me pidieron que escribiera unas palabras en holandés (*solidariteit met de politieke gevangenen in Uruguay*) y creo que ellos quedaron sorprendidos de que los holandeses después de leer ese papelito metieran la mano en el bolsillo y buscaran unos "guldens" para colaborar.

Tiempo después hubo que traducir documentos, proclamas y otros textos desde el español al holandés. Sucede que el idioma español es muy rico y los uruguayos son muy profusos para expresarse. ¡Cómo es posible para una traductora no profesional traducir aquella abundancia de palabras imposibles de entender para un holandés! Pero ¿cómo explicárselo a los uruguayos que estaban tan orgullosos de sus redacciones? ¡Qué sufrimiento para mí, al ver que tres páginas de ellos apenas podían convertirse en media carilla en holandés!

Otra anécdota: en Amsterdam, delante del famoso *Concertgebouw*,

en plena vía pública actuaron (entre otros) en solidaridad con Uruguay una orquesta filarmónica con violines, violas y bajos formada por músicos jóvenes y un grupo de jazz formado por músicos que se sentían avergonzados de haber tocado en Uruguay durante el régimen militar, por entender que tendrían que haberle hecho un boicot.

Como los holandeses son muy organizados a veces había que realizar trámites para poder poner en práctica todas las "ideas locas" de esta colectividad. Cierta vez, funcionarios de la intendencia de Amsterdam tuvieron que venir a retirar algunas columnas de hierro de la plaza, para poder crear nuestro gran escenario y al cierre de la jornada volvieron para colocarlas nuevamente, como si no hubiera pasado nada.

Un casamiento solidario

En otra oportunidad, amigos holandeses que se casaron me invitaron a mí a decir unas palabras sobre Uruguay durante la ceremonia en la iglesia, para así poder destinar la colecta a los presos políticos. Con mucha timidez y con las piernas temblando logré pronunciar mi pequeño informe y la colecta fue mucho más generosa de lo habitual en esas ocasiones.

Podría seguir contando acontecimientos, pero no quiero terminar sin describir cómo también se sorprendieron los uruguayos que casualmente pasaban por Amsterdam al encontrar a sus compatriotas trabajando para la solidaridad y en contra del régimen. Un día pasó el hermano de Ismael Weinberger, quien vive en Israel. Casi no podía creer cuando escuchaba "Uruguay, Uruguay, Uruguay", y terminó fundiéndose en un gran abrazo con todos los uruguayos presentes.

Es que la solidaridad no tiene fronteras.

Rembrandt

Estampas birladas

II. Silbando por el Parque

Era casi fin de año, y finalmente me citaron del mismísimo supremo tribunal militarísimo.

Tuve suerte, me llevaron en una camioneta normal, con vidrios, y no en una "sardina". Me calcé los lentes, que casi no usaba por tener una miopía muy leve, pero quería asegurarme de ver todo con nitidez. Fue increíble. Al llegar a la ciudad quedé extasiada mirando las calles, la gente, los autos, las plazas, las casas....

La camioneta estacionó frente al referido tribunal, en esa época ubicado en el Parque Rodó, en Luis Piera casi Pablo de María.

Estaba dentro del vehículo, esperando a que los escoltas terminaran su maniobra de ponerse cada uno a mi lado para poder bajar, cuando todo empezó a transcurrir como en cámara lenta.

Siento una tonada conocida, un silbido amistoso. Mis oídos, aturdidos mientras recuperan sonidos olvidados, demoran un poco en captar la melodía. Alíneo la mirada con el silbido, y al tiempo que "la Internacional" empieza a sonar increíble en mis neuronas, veo a un muchacho que pasa delante mío y la escolta armada, con las manos en los bolsillos, al tranquito, la cabeza gacha, mirándome de reojo, con un perro trotando a su costado. No puedo creer su osadía. Pero los milicos ni idea, claro. Lo saludo con los ojos, con la mano que paso una y otra vez por el pelo, con la sonrisa discreta. Él sigue caminando parsimoniosamente y silbando, manso, la mirada oblicua enfocándome. Yo también lo miro, con la mirada-saludo, hasta que dobla la esquina, ya con el cuello estirado. Quiero correr hasta él y abrazarlo. Agradecerle su complicidad y audacia, que derrite al Uruguay de la oscuridad y el silencio.

Cuando entré y me senté por segunda vez –esta vez sin salto de cama, aunque de uniforme gris– frente al secretario y los papeles –el juez y el abogado brillaron por su ausencia–, fue para firmar mi libertad, por pena conmutada, a los cuatro años de haber caído presa. Esta vez no

estaba tan durita, y sonreía pensando en el muchacho, en el regalo que me había hecho...

¿Se acordará?

Anthea

Luto
(de "Estado Peligroso")

El poema.
El poema de amor
que no puedo escribir.
La canción.
La canción se me quiebra
al tocar los sonidos.
Los sonidos.
Los sonidos aúllan
en playas necrosadas
entre alas de gigantes
pelícanos mortuorios.

Los sonidos
la canción
el poema que no puedo,
no debo escribir en este luto
duelo del silencio
total.
Ante el octavo cadáver
qué decir
qué no pensar.

Rá

El muchacho de cabello doradò

Quizás algo nos unía desde tiempos inmemoriales, los lazos eran cada vez más fuertes, hasta que un verdugo desconocido se encargó de cortarlo. Aun veo su pelo rubio, flequillo al viento corriendo por el campo donde nace el Olimar.

Nuestras abuelas eran primas hermanas, las dos se casaron con inmigrantes gallegos que habían venido a "hacer la América". Juntas criaron sus hijos, mi madre y la suya eran como hermanas, nosotros seguimos camino, el destino nos hizo hasta casi vecinos, su hermana vivía junto a mí y su madre fue otra abuela.

Un día Tachito, como le decíamos, se fue sin decirnos adiós, los nubarrones cada vez más negros nos cercaban, los que quedamos digamos "a la vista", nos unimos cada vez más.

En un viaje a Buenos Aires, me encontré con su madre, "la tía Elena", por la calle Corrientes y me dice: ¿Estás sola? Sí, le contesté yo con voz triste, pensando en mis largas noches solitarias de cuarto de hotel, buscando, buscando.

"Ven conmigo a comer", su espíritu alegre y fuerte me abrió el camino, pensé ¿cómo hace para dar amor a los demás? Sentí su risa musical al traer a sus nietas Carmen y Adriana, hijas del Tacho.

Las nietas corrían delante de nosotras, ¡Papá!, ¡Papito!, gritaron.

Cuándo levanté mi cabeza, ví venir su sonrisa, los brazos abiertos, el pelo rubio al viento, y pude sentir el calor y la voz nunca olvidada, con el apretado abrazo: ¡Gordita!

La noche se hizo corta para estar todos juntos pero no dijimos: ¡Hasta siempre!

Lo besé muy fuerte, no sabía que era la última vez que lo veía.

Fue detenido en Montevideo el 25 de mayo de 1975, recién lo supimos un mes después. Siempre estuvo incomunicado hasta el 29 de setiembre, cuando nos comunicaron de su muerte; según el doctor José Mautone, quien firmó el certificado, se había ahorcado.

Cuando llegó a la casa de su madre, toda la fuerza de la tía Elena exigió que abrieran el ataúd, los empleados de la empresa tenían orden de las autoridades de no hacerlo bajo ningún concepto; nacieron de gajo, no tuvieron madre.

¡Quiero besarlo antes que se lo lleven!, dijo la tía Elena.

Un hombre con cara achinada no sé si conmovido o impresionado abrió el ataúd.

Su pelo no existía, tenía en su cabeza marcas de alquitrán, quemaduras de cigarrillos, las falanges de las manos quebradas, sus costillas se alzaban hacia el cielo mostrando un pecho que había albergado mucho amor, para todos los que allí estábamos y los que faltaban. Se había achicado, parecía el niño nacido donde nace el Olimar, tenía 30 kilos menos y ninguna marca de ahorcamiento.

¡Tanto había dado por la realidad que defendía...!

Solo brotó de nuestras gargantas el himno: ¡Orientales, la patria o la tumba!

Pero no se ha ido, nos dejó a su madre, una luchadora incansable –con sus ochenta y pico– de su verdad.

A su hijo, los que lo amamos lo vemos aún corriendo por un campo que ha curado las marcas de sus verdugos, y un sol que hace brillar su pelo rubio, sus manos que se quedaron sin dar caricias a sus hijas y a sus nietos, pero con la dicha de haberlo conocido y nunca olvidarlo le digo:

¡Hasta siempre, Tacho!

Tacho, el hombre de este relato, es Pedro Ricardo Lerena, asesinado por las Fuerzas Conjuntas en 1975, cuando tenía tan sólo 33 años.

Nacido en Santa Clara de Olimar el 4 de noviembre de 1941. Era funcionario del Banco de Previsión Social, lugar donde conoció a la que luego fue su esposa, Adela Tabeira.

Sus compañeros lo conocían también con los nombres de Ismael, el Caudillo o el gaucho Lerena.

Dejó dos hijas, Carmen y Adriana, su madre, Elena Martínez de Lerena, y su hermana Irma Elena, quien vive aún en Suecia con sus dos hijos.

Sus restos descansan desde el 30 de setiembre de 1975 en el cemente-

rio Central. Su partida de defunción (firmada por el doctor José Mautone), continúa diciendo: Muerto por ahorcamiento.

Carisma

ROBERTO

"Se necesita tanto la lluvia como el sol para hacer un arco iris."

Anónimo

Yo estaba ingresada en Sala 8 cuando llevaron a Roberto Luzardo. Había recibido un balazo en la columna cervical y estaba parapléjico. Se decía que la bala le había seccionado la médula espinal y no había posibilidades de que recuperara su movilidad.

En él se aplicaron mecanismos de tortura difíciles de concebir para una mente normal y sana. A causa de su parálisis total, mantenía brazos y manos sobre el abdomen y con un esfuerzo supremo lograba elevar las manos tres o cuatro centímetros solamente. Nunca fue más allá de esto, y por lo tanto no podía comer solo, ni hacer nada por sí mismo.

La persona que repartía la comida la dejaba sobre la mesita a su lado y se iba, no le estaba permitido hacer otra cosa, y era controlado por el guardia.

Sólo se autorizó que algún otro enfermo le diera de comer y lo lavara, pese a que los demás estaban más o menos descalabrados.

Nunca faltó quien lo hiciera con devoción y paciencia; le ponían la chata, el violín, lo higienizaban, moviendo el cuerpo inerte con las fuerzas que el compañero, también dolorido y enfermo, era capaz de rescatar de sí mismo.

Impresionaba observar a esos hombres, muchos de ellos rudos y toscos, desplegando toda una gama de delicadeza y ternura, no sólo para cuidar ese cuerpo enfermo, sino especialmente su espíritu y fortalecer su valor. Mutuamente se daban calor y fortaleza, hasta que el compañero mejoraba y era regresado al cuartel o a la cárcel.

Se sucedieron unos a otros a lo largo de muchos meses de calvario, y en ese tiempo Roberto nunca tuvo una sola éscara en su cuerpo inerte.

Mientras tanto sus familiares y muchos otros se movilizaron afuera para que tuviera una atención adecuada a su estado de parapléjico.

Puesto que su parálisis era definitiva, consiguieron que APRI (Asociación Pro Recuperación del Inválido) se interesara en su caso. Se solicitó entonces a los militares que se le autorizara a pasar a esa institución, ya que por su parálisis definitiva era imposible que se fugara, y nada impedía que ellos siguieran controlándolo.

Pero el destino le jugó una mala pasada y no se pudo ir a APRI. Cuando estaba casi decidido su traslado, el encuentro de una carta que lo comprometía desde antes de ser herido, hizo que los militares negaran esa autorización de salida de Sala 8 y allí quedó definitivamente.

A partir de entonces, su condición fue infinitamente peor. El odio y el deseo de venganza de los militares se volcaron en él con toda la saña y el sadismo de que fueron capaces.

Así fue que se le prohibió a los demás pacientes que lo siguieran cuidando; ya no podían darle de comer, lavarlo, atenderlo en nada, ni siquiera se les permitió hablarle. Quedó solo con su cuerpo muerto y su mente lúcida para pelear con la poca vida que le quedaba.

El que traía la comida sí le daba de comer, pero sólo dos o tres bocados, y luego dejaba el resto en la mesita, sabiendo que no podía alcanzarla, ni nadie podía dársela. El enfermero lo higienizaba dos veces por día, pero como Roberto no controlaba los esfínteres pasaba el resto de las horas sucio y mojado, en medio de la impotencia y desesperación de los que veíamos aquello y nada podíamos hacer.

Como era de esperar, pronto se llenó de éscaras que no demoraron en infectarse por falta de la higiene necesaria. Sumado a su mala alimentación, pronto se agravó su salud, con una sepsis generalizada.

Yo reingresé a Sala 8 alrededor de un mes y medio antes de que se agravara. Todavía se me eriza la piel y se me estruja el alma cuando recuerdo su voz, en la penumbra de la sala, en los atardeceres aquéllos: ¡cantaba! Sí, cantaba. Cantaba suavemente para nosotros, para aliviar nuestra desesperación y darnos ánimo.

Él, precisamente él, en su pavorosa situación nos trasmitía fuerzas y coraje para resistir tanto espanto. Así fue que yo aprendí, nos enseñó, el poema "Palabras para Julia": "...nunca te entregues ni te apartes, junto al camino nunca digas no puedo más y aquí me quedo...".

Él no se quedó a la vera del camino, recorrió su calvario soportando solo, el peso de su cruz, hasta el final.

Fue su postrer mensaje de amor y de esperanza para los que quedaríamos después que él se fuera definitivamente.

Era realmente impresionante escuchar esa voz, sabiendo quién era el que cantaba. La guardia pudo hacerlo callar, pero también quedaba impactada al oírlo y se estaba quieta y en silencio, evidenciando la admiración y el respeto que este hombre les inspiraba y que ninguna orden superior podía eliminar.

Roberto se mantuvo lúcido y consciente hasta poco antes de su final, cuando llevaba ya más de un año y medio en Sala 8, pero yo ya no estaba en la sala para llorarlo.

Recién cuando estaba para morir, permitieron a su esposa que fuera a verlo con su hijito para que pudieran despedirse.

Ella estaba presa en Punta de Rieles y nunca olvidaré el momento en que llegó la noticia de la muerte de Roberto.

El edificio del Penal estaba dividido en varios sectores, totalmente incomunicados entre sí y separados por varias rejas y cuerpos de guardia, atentos y vigilantes.

Ese día pude confirmar un viejo concepto popular, y es que no existe mecanismo ni control que pueda impedir la comunicación entre los presos.

Aún no había salido Ana María del Penal, cuando ya absolutamente todas las presas sabíamos que había muerto y ella era llevada a su sepelio. ¡Milagro del ingenio carcelario!

Inmediatamente entró a cumplirse en el Penal la medida de duelo y de protesta que se había convenido de antemano, desde que se le sabía moribundo. Fue una medida en extremo pacífica, pero que conmocionó a todos los militares de la guardia y luego a los mandos superiores. Jamás pudieron entender cómo nos habíamos enterado tan rápidamente de su muerte y por qué mecanismos nos pusimos de acuerdo tantísimas mujeres para actuar en forma simultánea.

Éramos más de quinientas mujeres en el Penal que por todo un día, por 24 horas completas guardamos el más absoluto y total silencio, en homenaje de amor y respeto al compañero muerto.

Resultó tan inesperado para los militares, que no podían entender

qué pasaba. Se hizo muy evidente que quedaron desconcertados y no supieron qué actitud adoptar, puesto que no había nada que sancionar en ese silencio general y total.

Las mujeres soldados estaban tan asustadas que pidieron a sus jefes que se les autorizara a no ingresar a los sectores de las presas, hasta que ellos decidieran qué actitud adoptar respecto de nosotras.

No sabían cuánto duraría ese silencio, ni qué otra protesta intentaríamos, porque pronto tuvieron muy claro cuál era su causa y su razón de ser.

Cuando lo comprendieron quedaron totalmente descolocados y preocupados al darse cuenta de lo vulnerables que eran sus mecanismos de control y aislamiento que habían creído tan seguros y absolutamente eficientes.

Ese día, pese al dolor de nuestro duelo, las presas políticas del Penal de Punta de Rieles saboreamos ampliamente ese nuestro pequeño triunfo frente a la represión genocida.

Laura

Un triunfo de lo humano sobre lo bestial

Un día sentí en mi interior una fuerza incontenible, un impulso que me decía: "sí, lo podés ver, sólo se trata de animarte a desafiarlos". Dudaba, y me enfrentaba a ese temor que nos acompañaba desde hacía años, aunque intentábamos resistirlo; estaba ahí, permanentemente, corporizado en una especie de bestialidad que parecía no reconocer la condición humana.

Lo recordaba en aquella última noche que pasamos juntos, en aquel poema de Hernández que un día me regaló en un disco de pasta: *"He poblado tu vientre de amor y sementera ...para el hijo es la paz que estoy forjando..."*, en la Quinta Sinfonía de Beethoven, en la "Aída" de Verdi, en "Las cuatro estaciones" de Vivaldi, y en tantos momentos compartidos.

Ahora estaba internado en el Hospital Militar y ya no quedaban dudas de la inminencia de su desenlace. ¡Quería decirle tantas cosas! Ya no me conformaba con las cartas censuradas, eran insuficientes los códigos que intentábamos descifrar burlando a la censura. Quería sentirlo cerca mío, vislumbrar aunque más no fuera su respiración en un espacio común, sabernos próximos...

Un día me puse a planear un encuentro en el Hospital Militar, me convencí que era posible.

Tendría que simular una enfermedad, podría ser un fuerte dolor de columna que me impidiera moverme, o tal vez una apendicitis. Como siempre en estos casos, la puesta en escena necesitaba de manos solidarias que no me faltaban, vivía en un sector del Penal con muchas compañeras que fueron inventando la situación.

No sé de dónde se sacaron, –cuando surgía la necesidad aparecían siempre cosas insólitas– pero fabricaron unos secantes que tenía que ponérmelos debajo de la axila para provocarme fiebre; las expertas cocineras me prepararon un enorme plato de "tumba" que mezclado con cantidades importantes de manteca seguramente tendría un efecto demoledor en mi aparato digestivo. Efectivamente, comenzaron los vó-

mitos, las llamadas a la enfermera, la temperatura fue creciendo –gracias a los improvisados secantes–, hasta que decidieron una consulta médica.

En el consultorio, el médico dijo: "hay que internarla, puede ser apendicitis", reventaba de placer, era como el pasaje al paraíso, la victoria.

Lo tenían solo –desde hacía once años en distintos cuarteles del Interior– y ahora en un calabozo del Hospital que lindaba con la celda de internación de las mujeres.

Cuando llegué, el solo hecho constatable de que nos separaba una pared, ya me producía una excitación indescriptible. Recurrí al lenguaje usado por todos los presos en algún momento de incomunicación que consistía en golpes en la pared formando una palabra y otra hasta completar alguna frase. Primero fue mi nombre, seguido de un "te quiero, estoy acá porque te quiero", y la respuesta desconcertada de él que no lo podía creer.

Además de la pared teníamos otro lugar que colindaba: los baños. En el nuestro había una pequeña ventanita con rejas que daba para el de él, y que dejaba pequeños espacios como para pasar cartas en pequeños paquetitos envueltos en nylon.

Antes de pasar al baño acordamos un aviso por la pared.

La ventana estaba muy alta pero con artimañas lográbamos tocarnos la mano por entre las rejas. No podíamos vernos ni hablar, nos presentíamos a través del disfrute de esa caricia robada a ellos, conspirábamos ternura. ¡Pudimos hablar tantas cosas! En esos instantes construimos libertad.

Hacía doce años que estábamos separados, recibíamos de cada uno palabras censuradas en las cartas. Este acto de subversión carcelaria en circunstancias tan especiales no fue una despedida sino un encuentro lleno de vida, a pesar de que la muerte estaba tan presente.

Mosca

A LOS FAMILIARES

Nadie reposa.
Ni los que están
debajo de la tierra húmeda
ni los que el río se llevó
y han dado vuelta y vuelta a los océanos.

Ni las que los parieron
con dolor alegre
y con terror estupefacto
pasan el dedo por el calendario.

Nadie reposa.
Ni los que penan buscando
consuelo en una tumba
ni los que aún conservan
sus prendas, por si vienen.

Nadie como los vivos
que mueren
por revivir sus muertos,
señala con más tino
al velar sin sosiego
la candela implacable
del recuerdo.

Almendra

Reencuentro con el cuerpo -

Cada uno hace lo que puede con su vida. O mejor, cada uno vive de la forma que puede.

Yo pude más o menos, quiero decir, no me morí, y eso ya es bastante. Para mí por lo menos, es bastante.

Aquel día, el primer día que hice el amor con un hombre después de salir de la cárcel, fue (por lo menos) inolvidable. Me imagino como inolvidable aquellas cosas que recordaré en los cinco minutos antes del fin. Y creo firmemente que no van a ser demasiadas las cosas de los cinco minutos antes. Esta es, será sin duda, una de ellas.

Era mi primer cumpleaños en libertad. Y por alguna razón que no recuerdo había resuelto pasarlo fuera de casa, con alguien que también cumplía años en casa de compañeros.

Por aquellos días me recuerdo siempre en casa de compañeros, siempre con mucha gente, siempre entre multitudes.

Él estaba allí, peladito, con aquel particular aspecto que tenían (que teníamos) los que iban (los que íbamos) saliendo.

Peladito, flaco, muy flaco, pálido, muy pálido (precioso).

Finalizada la fiesta nos fuimos a su apartamento. Era un lugar que alguien le prestaba mientras trataba de reconstruirse, unir sus pedazos, los de antes, los de después (todos teníamos pedazos desparramados por todas partes).

Hicimos el amor toda la noche, y él dijo tenemos que ir despacio, yo voy a ser cuidadoso y delicado, por favor decime.

Es que esa noche él me ayudó a recuperar mi cuerpo. Yo lo tenía algo así como en depósito desde hacía años.

Quiero pensar que yo también le ayudé a recuperar el suyo.

En los meses que siguieron nos seguimos encontrando, nos amábamos hasta cansarnos, hablábamos hasta cansarnos, nos reíamos sin parar. No me acuerdo que durmiéramos. Tampoco me acuerdo que comiéramos. Debemos haberlo hecho, porque no hubiéramos sobrevivido de lo contrario.

Después él se fue (con otra mujer, por cierto) como siempre sucede en estos casos (¿?).

Nunca entendí por qué él no me quiso.

Él no debe saber que fue quien hizo que yo recuperara mi cuerpo. Mi pobre, chiquitito y maltratado cuerpo.

Desde entonces volvimos a marchar juntos, mi cuerpo y yo.

Después, con mi cuerpo devuelto pude tener los hijos, amados hijos, razón de todas las razones.

Al finalizar esto debo decirles que al día de hoy sigo teniendo algunas dudas sobre lo acontecido aquellos días.

Paso a enumerarlas:

Duda número 1: ¿ Por qué fue que él no me quiso?

Duda número 2: ¿Cómo fue que resistimos y hoy estamos acá?

Duda número 3: ¿Cómo sobrevivieron nuestros úteros fértiles?

Duda número 4: ¿Cuándo comíamos y cuándo dormíamos en aquellos días?

Duda número 5: ¿Por qué habrá sido que él no me quiso?

Amanda Blanco

Ya estaba casi todo pronto, un baúl había partido un par de semanas antes con unos conocidos y las pocas cosas que quedaban estaban ya esperando, empaquetadas.

Te levantaste temprano como lo hacías siempre impulsada por una fuerza misteriosa, pero esta vez no era para trabajar en el monte o con los animales sino para ver tu casa, tu pueblo. Saliste a la puerta, estaba amaneciendo, la neblina seguía abrazando los campos labrados y las colinas, el rocío brillaba en el pasto, luces a lo lejos anunciaban el comienzo de una nueva jornada.

Respiraste hondo, recuerdos y sentimientos se agolpaban en el corazón y la garganta, sentías que algo presionaba tus ojos, tantas historias, vidas y esfuerzos pero hoy era el último día...

Si hubieras podido elegir, quizás te hubieras quedado, ya había pasado lo peor, el hambre, los refugiados, los muertos, los tiros, la persecución familiar, el miedo... pero no eras sólo tú.

A lo lejos mientras la niebla comenzaba a separarse de las colinas, impulsada por una fuerza mística, se oía una gaita que parecía darte el adiós de un pueblo y de su gente.

Era tiempo de partir, la bisabuela María Rosa y tu hija esperaban en el camino, diste unos pasos y volviste la mirada, allí quedaba todo y nada. Miraste por última vez los campos que habías regado con tu sudor, cuando no había nadie más que tú y ellas para salir adelante de los estragos de la guerra civil, y algo cálido comenzó a deslizarse por tus mejillas.

Nunca habías viajado en avión, pero más fuerte que eso era el ir a una tierra desconocida con gente desconocida, sólo tus hermanas y tu padre las esperaban. Y aquel sueño que te desveló... mierda y sangre, cascos y más sangre, sólo tiempo después podrías entenderlo.

Llegaron a Montevideo y la vida no fue muy distinta. Tenías que empezar de cero con una pequeña que criar.

No habías podido estudiar aunque hubieras querido, hiciste sólo has-

ta segundo año de escuela porque había que trabajar. Acá tenías que trabajar, trabajabas desde que salía el sol hasta que se ponía y más, en el pequeño "negocio familiar" que era un bar y almacén, no era fácil soportar atropellos y abusos que venían de tu propia familia, de tus hermanas, pero qué otra cosa podías hacer, estabas sola, sola, con tu niña.

Un año después, llegó el padre de tu hija que al igual que vos había tenido que irse de su pueblo, emigrando, estaba requerido por desertor. Argentina fue su puerto, trabajó hasta que pudo pagar su pasaje y tener dinero suficiente para uno nuevo, pero éste era para Montevideo, donde se reuniría con su mujer e hija.

Llegó y trabajó un tiempo en el "negocio familiar" soportando lo mismo que tú. Pasaron los meses, hasta que por fin pudieron alquilar un apartamentito cerca del almacén. Trabajaban todo el día, así que la nena como vos le decías y le decís, tenía que ir a una escuela todo el día y lo que quedaba de éste la cuidaba tu mamá María Rosa, la única que en ese lugar le daba amor y toda su atención. Pasaron los años, Ricardo dejó ese trabajo y consiguió otros hasta que se asoció con un conocido de su pueblo, Tebra, y compraron un boliche, el boliche La Tempestad, en la calle Piedras y Solís, donde más tarde se integraría a trabajar tu hermano Manolo y su esposa, la tía Margarita.

El "negocio familiar" había cambiado, vendieron el almacén bar y compraron el hotel Español. Las cosas parecían ir bien para tus hermanas, pero para ti nada había cambiado.

Se mudaron nuevamente a otro apartamento, el ex hotel Alemán en la calle Ejido. La nena iba ya al liceo Rodó. Leía mucho, le gustaba leer, recuerdo cuando contabas que entrada la madrugada, cuando terminabas de lavar la ropa que traías del hotel para hacer unos pesos más, le apagabas la luz de su cuarto y ella estaba en la cama entremedio de los libros. Era una excelente alumna, decís, y tus ojos brillan mezcla de orgullo y tristeza a la vez.

Trabajaban, trabajaban mucho para poder darle todo lo que ustedes no habían tenido.

El tiempo fue pasando y de a poco aprendiste a querer esta pequeña ciudad, este paisito, sentías nostalgia por tu tierra y tu gente, *morriña*, le dicen ustedes, pero estabas construyendo tu lugar en el mundo.

El abuelo consiguió algún día del fin de semana, que lo aprovechaba

para estar en su casa con ustedes y para salir con Elsa. La llevaba al cine, al teatro; un lugar al que le gustaba ir era La Pasiva, la vieja pasiva del Palacio Salvo.

Vos los fines de semana también trabajabas, así que no podías acompañarlos. Eran tiempos difíciles...

Las hojas del almanaque se iban poniendo amarillas. La nena fue creciendo, creciendo con los ojos abiertos, mirando a su madre y padre, que tenían que trabajar todo el día para que ella pudiera estudiar. Creció sintiendo en carne propia las desigualdades, las diferencias, como cuando iba a la escuela de las Hermanas del Huerto y en la iglesia había una barra que separaba a las niñas ricas de las pobres. Sentía las diferencias familiares, donde dentro de ese juego de "las grandes señoras" una de tus hermanas mandaba a su hija a un colegio privado para que estuviera con "la crema montevideana", mientras vos en la cocina no tenías derecho a un desgraciado día libre, todo para aumentar el patrimonio "familiar".

Trabajar no te asustaba, era lo que habías hecho toda la vida pero muchas veces deseaste, aunque no me lo has dicho, poder salir con tu nena y tu esposo, estar con ellos, compartir algo tan simple como un paseo por el parque, ir al cine...

Los veías de noche y al mediodía cuando venías a almorzar.

La nena tenía un cuarto con una ventana que siempre estaba abierta, a través de la que se veía "el gigante" como ella le decía, el Palacio Salvo; las paredes estaban decoradas con pósters de Fidel, el Che y una foto de Edith Piaf, en el piso, montones de libros y discos, en la mesa el atado de Nevada o Richmond sin filtro o La Republicana que le traía el padre del boliche. Vos no fumabas y te enojabas con el abuelo porque le traía cigarros a la Nena, fijate vos.

Quizás no te diste cuenta, o sí, pero aquella niña había crecido, madurado. Iba a la Facultad de Humanidades, estudiaba psicología, trabajaba dando clases de francés e inglés y en el diario Época.

Un día apareció en tu casa un grupo de muchachos, son compañeros de la Facultad decía ella; había dos que no te gustaban para nada, se lo dijiste a Elsa cuando se fueron, enojada te gritó y volvió a repetir "son compañeros". Sólo tiempo después sabrías, sabrían, quiénes eran: Alicia Rey y Amodio Pérez.

Un día volviste de trabajar como de costumbre y Elsa estaba en la casa, sola, escuchando la radio y nerviosa. ¿Qué pasa, por qué no fuiste a la Facultad ni al trabajo? No tuve clases y me siento mal.

Vos habías escuchado la radio en el trabajo, oíste sobre un operativo en una casa de venta de armas hecho por un grupo que empezaba a sonar en la vida montevideana.

La miraste a los ojos y le dijiste: Elsita vos sos tupamara.

Quedó inmóvil al principio, creo que no sabía qué decirte. Te avanzó: no digas bobadas. No sabés lo que estás diciendo.

Corría el año 64, las primeras marchas cañeras llegaban a Montevideo. Acamparon en las cercanías del Palacio Legislativo, las carpas eran improvisadas de chapa y cartón. Las imágenes eran demoledoras, los niños moquientos con la pancita hinchada por la desnutrición, sucios, llenos de piojos, los adultos igual, muchos no tenían casi dientes y Montevideo como siempre mirando al mar.

La vida siguió, a fines del 66 golpean la puerta de tu casa, abrís y unos hombres uniformados preguntan por tu hija, se llevan la foto de sus 15 años.

Pocos días después aparece en diarios, revistas, etcétera, "Requerida por subversiva".

Llegaste al trabajo llena de dolor e incertidumbre, tu hermana viene con el diario: Acá tenés a la comunista de tu hija.

La gente cruzaba la calle, el teléfono casi no sonaba, tus amigas ya no te visitaban, sólo tu hermano Manolo y su esposa Margarita estaban contigo. Te sentías sola, eras la madre de una subversiva, de una sediciosa.

A partir de ahí el acoso sería permanente, gente extraña en el edificio, en la entrada, en las escaleras, sentías que te seguían cuando ibas a trabajar y cuando volvías. Te visitaban día por medio, para saber si tu hija había vuelto o si tenías noticias de ella.

Quemaste las agendas, las páginas de los libros donde aparecían los nombres de sus amigas o amigos.

A partir de fines del 66 Elsa pasaría a estar clandestina; si ya la veías poco ahora no la verías, decí que hasta en las peores situaciones los seres humanos encuentran formas para comunicarse y tender puentes. Fue así que entre medio de los billetes le llegaban al abuelo en el boliche cartitas de su hija.

Las sombras seguían acechando, una vez, ¿te acordás?, habían hecho "una ratonera". La Flaca (Aída), una amiga de tu hija, la fue a buscar, golpeó la puerta, vos no sabías qué hacer, escribiste un papelito, lo enrollaste, abriste la puerta y antes que ella dijera algo le dijiste: "la señorita Ofelia se fue a Nueva York, si viene por los pañales tendrá que pasar en otro momento", mientras le metías el papelito en la mano. El comisario Otero y sus sabuesos estaban por todas partes.

A fines del 68 o 69 te enteraste que tu hija se iba para Buenos Aires. Fue duro pero en el fondo pensaste que sería lo mejor para ella.

Pasaron los meses, viajaste para encontrarte con ella, le llevaste libros y cosas que ella no había podido llevarse.

Al poco tiempo el abuelo falleció de un ataque al corazón, volvías a estar sola. Tu hija se enteró, pero no podía volver a Montevideo, así que fuiste a Buenos Aires. Se encontraron en el puerto, se abrazaron y lloraron juntas, su padre había muerto.

Entre idas y venidas los años fueron pasando. Te enteraste que ibas a ser abuela por primera vez. Cuando llegó el momento viajaste nuevamente a Buenos Aires. Conociste a la pequeña que nació de ocho meses, chiquita como un renacuajo y con mucho pelo, su nombre sería Elsa Eva, lo de Elsa por la madre, lo de Eva por Evita Perón. Pasaron semanas juntas y la ayudaste con la pequeña.

Al año vino Ricardo, que no llegó a casa, nació prematuro y no sobrevivió. Tu hija quedó mal, era un varoncito y no pudo aferrarse a la vida.

En el 78 nació otra nena y el nombre lo elegiste vos: Laura, era una muñequita con dos terribles ojazos.

La situación en Argentina no era muy distinta a la de Uruguay y la de otros países de América Latina. Cada vez que te volvías a Montevideo, la alegría y el miedo eran sentimientos que iban de la mano. No preguntabas pero observabas, en realidad no precisabas respuestas, sabías bien lo que pasaba y sentías miedo ya no sólo por tu hija, sino por tus nietas.

Fue en un invierno de agosto de 1979 cuando recibiste la llamada tan temida y esperada a la vez, tu hija junto con su esposo habían sido secuestrados en un "operativo callejero" cerca de la casa de tus consuegros.

Las nenas estaban en lo de sus abuelos paternos, alguien las había llevado allí. Creíste desesperar, no sabías por dónde empezar, el tiempo –que no es aliado en estos casos– pasaba. Las calles de Montevideo y de Buenos Aires te vieron caminar, a veces con pasos ligeros y otras con paso cansado, lento como si el dolor y la angustia pudieran transformarse en una carga física palpable.

No hubo puerta que no golpearas, pero nunca hubo una respuesta.

La preocupación era doble, por un lado tu hija y por el otro tus nietas.

A fines del 79 recibiste otra llamada: "le van a hablar señora", dijo la voz de un hombre. Era tu hija, te avisaba que la llevarían a la casa de su suegra, te pedía que fueras y que le llevaras ropa, pantalones talle 36 y remeras talle pequeño porque estaba muy flaca.

Llegaste al puerto de Buenos Aires, pasaste por la casa de tu hermana Nieves, donde dejaste los bolsos, como loca saliste para Avellaneda.

Ya estaban allí, tu hija y la cuñada, que había sido secuestrada un día antes que ellos, junto con su marido y su hija Celeste. Afortunadamente a la niña la habían llevado dos días después a la casa de sus abuelos, estaban solas en la casa, solo un auto afuera con dos "personas" vigilaba.

Cuando la viste, el alma se te vino a los pies, estaba muy flaca y demacrada, llena de marcas. No quiso hablar de eso, solo te abrazó y lloraron juntas. ¿Dónde estás hija, dónde estás? No hubo respuestas.

Las horas fueron pasando, comieron juntas, ella y su cuñada hablaban de cosas que no podían hablar en el lugar donde las tenían. Jugaba con sus hijas y prometió que volvería...

Llegó el momento de la separación, un auto paró en la puerta, "individuos" vestidos de civil tocaron el timbre, ya todos en la casa sabían lo que vendría.

Fue difícil para todos, querían pasar ese momento lo más rápido posible y al mismo tiempo no, la incertidumbre los invadía.

Hubieran podido escapar, pero algo, quién sabe qué, las detuvo. Permanecieron allí y llegado el momento las introdujeron dentro del auto con rumbo desconocido.

¿Habría en realidad otra vez? ¿Se cumpliría su promesa?

No, no se pudo cumplir. No porque ellas no quisieran, sino porque otros no quisieron.

Te enteraste que el lugar donde estuvo tu hija junto con su esposo, cuñada y concuñado, era la ESMA.

Que la última vez que la vieron fue en marzo de 1980. Días antes, por esa misma época habías tenido un sueño como aquel de España, ¿te acordás? Entre dormida y despierta sentías la voz de tu hija que te llamaba y cuatro manitas, las de tus nietas. Te despertaste llorando, llamaste a Zulma y Alba, dos amigas de tu hija, y les dijiste: "A mi hija la mataron, a mi hija la mataron".

Te asomaste aun más al horror, supiste qué "cosas" habían pasado en ese lugar, te enteraste qué era eso de los vuelos de la muerte, las torturas, etcétera.

Intentaste traer a tus nietas a Montevideo para criarlas juntas como fue el último deseo de tu hija, pero por distintos motivos no pudiste. Vino la mayor, pero la más pequeña, Laurita quedó en Buenos Aires. Sentiste que no habías podido cumplir con, cómo decirlo, con el último deseo de Elsa, pero vos sabés que no fue así, todos sabemos que no fue así, ella sabe que no fue así, Nona.

Tuviste que sacar fuerzas de donde no las tenías para criar a tu nieta, que ella no sintiera la falta de sus padres. Cuando preguntaba por ellos, no sabías qué hacer. No llorabas delante de ella, tiempo después me confesaste que llorabas en el baño cuando te bañabas, llorabas bajito para que yo no te escuchara.

Cuando me peleaba con Dios, con el mundo y con mis padres, vos decías, cuando crezcas vas a entender.

Dos grandes mujeres te ayudaron, Zulma y Alba, dos personas que no pueden quedar fuera de este "cuento"; mientras vos cuidabas a la pequeña Elsita, ellas seguían haciendo trámites, todo lo que se pudiera hacer por tu hija y por tus nietas.

El personaje de este "cuento", la mujer, la esposa, la madre, la abuela, la amiga, es mi abuela: *María.*

Su vida fue muy similar a la de muchas mujeres en todo el mundo, en esta Latinoamérica. Mujeres anónimas que tuvieron que salir de sus casas y dejar el sueño del ama de casa para afrontar el miedo, el dolor, el horror.

No supo más nada de su hija. No supo ni sabe. Pero sí sabe de lucha cotidiana, de no bajar los brazos a pesar de las derrotas de la vida, de amor y sobre todo de dignidad.

Muchos hechos y anécdotas quedaron fuera del relato, pero prefiero guardarlos para mí en mi memoria y en la memoria de quienes la han conocido.

Un día de 1995, llegué ante una pequeña puerta negra en la calle Joaquín Requena que daba a un sótano, tenía miedo y vergüenza por no haber ido antes. De afuera, solo se veía una pequeña ventana abierta de par en par, con plantas que intentaban captar los últimos rayos del sol y la pequeña puerta. Golpeé y una voz dijo: "Está abierto".

Con mucho cuidado, como pidiendo permiso abrí la puerta, en ese preciso momento tuve la extraña sensación de que al atravesar esa puerta muchas cosas cambiarían. Una escalera que bajaba a no se sabía dónde, estaba ahí, tenía pocos escalones es verdad, pero parecía mucho más larga. A medida que iba bajando sentía que la opresión en el pecho aumentaba.

Las paredes eran blancas, una biblioteca llena de libros parecía dar la bienvenida a todo aquel que entrara, había muchas sillas y un escritorio en el centro de la habitación, alrededor del cual se encontraban Ellas. En el escritorio había muchos papeles con un sagrado desorden con orden, y el siempre presente mate, que acompañaba todas las reuniones...

Y fue así, muchas cosas cambiaron, entre cuentos y recuerdos, entré en sus mundos, las conocí a ellas, a sus hijos y esposos, reconocí sus fotos, y detrás de ellas pude ver las vidas que estaban y las que ya no estaban más.

Aprendí a quererlas, a respetarlas, a entenderlas. Aprendí muchas cosas y sigo aprendiendo.

Guardo parte de estos recuerdos, que compartimos entre mate y mate, en una pequeña cajita de cristal. Cada tanto los recorro, los cuido, así como ellas han cuidado de ellos, sus hijos y de todos nosotros.

Ojalá que vivas abuela, abuelas, madres, esposas, amigas.

Ojalá que vivan en la memoria de todos y todas.

Que vivan como ejemplo de lucha y sobre todo, o mejor dicho por sobre todo, como ejemplo de *dignidad*.

Ojalá que vivan para contarnos estas historias de horror, dolor pero

sobre todo de amor. De mucho Amor.

Ojalá que vivan para no olvidarlos. Que vivan como viven sus hijos y esposos en todas y todos nosotros.

Porque como dijo alguien por ahí:

Cada uno de nosotros es nosotros y todos los demás.

¡Cada una de ustedes es ustedes y todos los demás!

Desde algún lugar del asteroide B612.

El martes de la semana pasada

Hacía mucho tiempo que yo tenía ganas de ir a ver a Gavazzo, aun antes de que cayera preso.

Dije, voy a ir a verlo a la cárcel. Necesité una investigación primaria.

Me enfureció saber que estaba todavía en Cárcel Central, que no había sido trasladado a Santiago Vázquez. Supe que él recibía a cualquier hora y en cualquier día.

El martes de la semana pasada a las tres de la tarde dije voy y fui.

Llegué cuatro menos cinco. Me acerqué a la ventanilla y dije "vengo a ver a un detenido".

La mujer de la ventanilla me dijo "pero usted tenía que venir tres y media porque la visita es de tres y media a cuatro y media".

–Sí... yo no estaba muy segura... vengo de afuera y los ómnibus, usted sabe, no cumplen siempre el horario, y a mi edad... pero si son cuatro menos cinco yo tengo todavía media hora para hablar con esa persona...

–Por esta vez le voy a permitir entrar, pero ya sabe, otro día tiene que estar acá a las tres y media. ¿A quién viene a ver?

–Al señor Gavazzo. –Le puse el señor adelante para dulcificar un poco las cosas.

–¡Ahhh! pero hubiéramos empezado por ahí... siéntese allí y quédese tranquila que la voy a hacer entrar después de la hora de la visita a ver al Comandante.

–Vaya tranquila, señora.

Yo fui y me senté al lado de uno que estaba haciendo paquetes que habían traído familiares de detenidos. Observaba. Al rato vino un militar, se presentó como el teniente no sé cuánto y me pidió disculpas por la espera en el nombre de mi Comandante y en el mío propio... –¿Usted es amiga de él?

–Yo no diría tanto...

–Pero yo la conozco a usted...

–Puede ser...

–Sí, sí la conozco… ¡yo soy muy amigo de Gavazzo!

Yo me había provisto de unas tarjetas. Le di una.

Salió y tardó, tardó... Cuando volvió transpiraba debajo del quepis.

–Mire señora, yo lo que le tengo que decir es que mi Comandante no la puede recibir ahora. No es que le falten ganas, tendría ganas de charlar con usted, pero éste no le parece el lugar adecuado para recibirla, tendrá mucho gusto de recibirla en su casa.

–Pero me voy a morir de vieja, porque si la justicia en este país hace lo que tiene que hacer, va a tener para unos cuantos años, quién le dice que no encontremos un juez muy sensible que piense en las otras causas que él tiene para estar preso mucho más delicadas porque agredieron los derechos humanos, la dignidad de las personas, porque torturó. Quién le dice que este juez sensible le agregue algunos añitos más y entonces va a ser muy difícil que yo pueda hablar con él en su casa.

–Pero mire que no, señora...

–Además él está radiado hasta de sus pares.

–Pero mire que no, señora...

–¿Cómo que no? si todo el mundo lo sabe, ahora él está solo, ahora no se presenta como se presentaba diciendo "yo soy el Mayor Gavazzo", enorgullecido de su trayectoria trágica, como si hubiera sido un médico que hubiera salvado vidas. Yo me hubiera puesto muy contenta que lo hubieran puesto preso cuando se lo merecía; ahora también se lo merece pero para mí es como si fuera un ladrón de gallinas, con la diferencia de que el que roba gallinas a veces tiene hambre y él no sé por qué lo hizo. Es un lumpen, ¿se da cuenta de que es un lumpen cualquiera?

Él estaba mudo, las gotas de sudor le corrían debajo de la gorra.

–No me quiere recibir, es evidente que no me quiere recibir. ¿Usted sabe la historia de Gavazzo? Voy a ser un poco indiscreta, ¿cuántos años tiene usted?

–Yo estoy enterado de pocas cosas.

–Pues muy mal porque usted es uruguayo y debe saber lo que pasa en su país para formarse una idea de cómo tiene que proceder. ¿En qué año entró usted en la Escuela Militar?

–En el 75.

–Usted entró en la Escuela Militar cuando ya teníamos el golpe de Estado encima.

–Sí, pero a nosotros no nos llegaban las noticias de lo que pasaba.

Y repetía, yo la conozco a usted, yo la conozco, puede ser... es la abuela de... ¡Ah! esa chiquilina que encontraron en Paraguay

–No. No la encontraron en Paraguay, la encontraron en Buenos Aires, estuvo en Paraguay cuando Furci se la llevó, Furci que es el amigo de Gavazzo, la sacó de Orletti que era donde estaban porque a mi hija la asesinaron, sabe, la asesinaron, la asesinaron a mi hija, a su marido y a muchos más y usted sabe que hasta en los pueblos primitivos hay que elaborar el duelo, hay que ver la muerte y yo a mi hija no la vi muerta, yo sé que a mi hija, como le acabo de decir, la asesinaron y mi hija está muerta, pero si me pongo a pensar yo no sé si está muerta porque muerta no la vi, estoy casi segura que la tiraron al Río de la Plata pero quisiera tener la seguridad para ir a orillas del mar y tirar un ramo de flores...

–Yo la comprendo, señora.

–Mire, sabe una cosa, yo he ido a ver a mucha gente, he ido a ver políticos, he ido a ver militares y todo el mundo me dice yo la comprendo señora y ustedes no comprenden nada, no comprenden nada no pueden comprender lo que le pasa a una madre a un familiar que le desaparezcan un miembro de la familia un amigo muy querido y no saber más nada de él...

–Pero usted puede venir acá cuando quiera.

–Yo... ¿venir otra vez acá? ¿A perder mi dignidad? No, yo tengo mucha dignidad vine porque quería que él –porque Gavazzo sabe lo que pasó con mi hija porque él era el que mandaba en Orletti y mi hija estaba en Orletti– él tiene que saber lo que pasó con ella y yo quiero que él se enfrente conmigo y me lo diga, pero no voy a volver acá a perder mi dignidad tratando de entrevistarlo cuando sé que no me va a recibir. A mí me gustaría que todo esto que le digo se lo trasmita a Gavazzo.

–Voy a tratar señora...

–Y le haría una recomendación final, dígale que él no está seguro metido en una celda o donde esté, debe tener algunas comodidades más pero claro... ya no es el Mayor Gavazzo. Ahora es un preso. Dígale que lo que pasa es que no tiene suficientes cojones para enfrentar a una

madre que busca saber cuál es el destino que le correspondió a su hija.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes.

Salí con lágrimas en el borde de los ojos pero terminé yéndome a un bar de la calle 18 de Julio a comer un pedazo de torta helada de chocolate...

Después me detuve ante una mesa de juego de mosqueta, me entusiasma ver la agilidad que tiene el individuo que maneja el tarrito... aquí está... aquí no está, fíjese en este lado, no, es éste lado. Con la rapidez que lo hacen, cómo envuelven a la gente...

A una señora le sacan 200 pesos y digo bajito, ¡oh! doscientos pesos. Alguien me da un empujón, me doy vuelta, es un joven, me cambio de lugar, me entusiasma ver pero me dan otro empujón, yo digo no me empuje, vuelve a hacerlo y me dice, si sigue acá le voy a dar una trompada que le va a hundir un ojo, yo pensé, bueno, Estercita seguí caminando. Seguí caminando y al rato siento unos gritos atrás ¡señora! ¡señora!, podía ser cualquier señora, pero yo sabía que esos gritos eran para mí, seguí caminando, se arrimó y dijo usted nos llamó ladrones. No, yo lo único que dije fue ¡oh! doscientos pesos. Mire, la voy a meter de una trompada adentro de una vidriera. Lo miré de costado con una mirada un poco digamos de maleva y dije así que sos guapo, no sabés con quién te encontraste, ¿sabés de dónde vengo yo?

–Usted dijo que éramos ladrones.

–No, yo no dije eso.

–Nos impidió trabajar.

–Si a mí me encanta ver... Aunque no es una manera muy moral de ganarse la plata. ¿Sabés de dónde vengo yo? vengo de San José y Yi, vi gente que salía entristecida, tú tendrás familia, no sé cómo se sentirá tu familia llevándote comida, a lo mejor sin dinero para llevarte cosas para pagar el viaje, ¿por qué no te buscás otro trabajo?

–Doña, busco trabajo pero no encuentro.

–¿Pero buscás con ganas?

–Sí, doña, busco, pero no encuentro, acá me dan unos vintenes, además, usted ve que estamos trabajando a cinco cuadras de Jefatura y no pasa policía, bueno pasan y se llevan veinte o treinta mil pesos... si usted quiere matar a alguien usted paga dentro de la Jefatura, dentro de la justicia, dentro de la policía y se queda tan tranquila porque no le va a pasar nada.

–Sí, tenés razón, acá la policía y la justicia dejan mucho que desear.

–Dígamelo a mí –y sacó un papel del bolsillo– era de Jefatura, preso por numerosos hurtos...

–Tenés una historia un poco morada, te recomendaría que te busques otro trabajo.

–Señora, yo querría pedirle perdón…

–Adiós, adiós y que te vaya bien.

Un martes de febrero del año 1995

Inchalá

El padre

El padre de una de nuestras compañeras se quejaba porque ella no respondía sus cartas, en una lamentación que se repetía visita a visita. M, su hija, resolvió al fin, y con pena, decirle la verdad:

–Papá, lo que pasa es que tu letra no es muy clara y por eso no dejan pasar tus cartas. Pero no te preocupes, nosotros no necesitamos de cartas para estar siempre uno con el otro.

La verdad verdadera es que el padre de M era prácticamente analfabeto. –Ah, es eso –dijo el padre. Las visitas que le correspondían eran los domingos. El lunes, ese obrero de 68 años comenzó a asistir a una escuela nocturna.

A los dos meses, M recibió una carta caligrafiada con la más pulcra y elemental de las letras. "Hija cerida", empezaba la carta, que pasó. Mi lugar de visita era vecino del de M. La sonrisa de ese obrero – ahora alfabeto – quiero que quede para siempre en la memoria, como uno de los más ejemplares empeños de resistencia.

¡Y qué suave orgullo y qué ternura en esa vencedora sonrisa!

El aire de la dictadura

El aire de la dictadura era espeso e irrespirable, el tiempo era lento... lento.

La vida era una película en cámara lenta.

La gente hablaba en voz baja o no hablaba.

El miedo se olía, se tocaba, se sentía. Era tan presente que parecía tener cuerpo.

El silencio era tan intenso que casi sin prestarle atención se lo escuchaba.

Desde mi adolescencia recién estrenada, yo percibía que la vida debía ser o haber sido, algún día, algo más que esa terrible existencia.

En junio de 1973, yo contaba apenas con once años. Demasiado grande para no entender, ¡ay! demasiado pequeña para formar parte.

Yo era absolutamente anónima para ellos en aquel tiempo.

Era una pieza más de aquella "generación del silencio" que confiaban que crecería sin ideas políticas ni sociales, sin riesgo de cuestionar el mundo ni querer cambiarlo como esos jóvenes, unos años mayores que nosotros, a los que intentaron exterminar.

No era mi mundo más cercano el que tambaleaba. No tuve que sufrir de cerca el dolor de la cárcel, los años de visitas a un Penal, ni la desesperación del nunca más.

Crecí inocentemente los primeros tiempos. Sabiendo lo que me contaban pero no viviéndolo.

De todos modos, es difícil de explicar cómo una dictadura llega a afectar a todos y cada uno de los integrantes de una sociedad, no importa el espacio que ocupen.

Uno forma parte, con más o menos conciencia, de ese mundo bizarro, de ese tiempo sin tiempo, de esa falta absoluta de color.

La gente, recluida en sus casas, como presa sin cárcel. La gente, acostumbrada a mirar la vida desde atrás de las ventanas y a susurrar o a callar por el miedo permanente de estar tal vez hablando con un enemigo.

Cualquiera puede ser el enemigo, cualquier vecino, el vendedor de algo, el taxista... cualquiera.

Canciones que no se escuchan en ninguna radio, libros que no pueden comprarse en ninguna librería.

Sólo un cajón escondido podía atesorar alguna bandera bien doblada, algún poema, algún disco prohibido, guardados con la esperanza de un tiempo sin rejas.

Pero la vida, que es imposible de detener, sigue transcurriendo entre líneas.

Hay una dimensión del pensamiento y de la memoria donde las prohibiciones nunca logran llegar.

Un algo más allá de las miradas, el recuerdo de los que sí vieron un país previo, el juicio interno e implacable de los que, aunque obligados al silencio, no comparten la barbarie.

Secretos a voces, rocas que hablan.

En 1980, contra toda predicción de los poderosos de entonces, la gente dijo No.

Y entre esa gente, yo, que había alcanzado la mayoría de edad justo a tiempo para oponerme.

Toda la publicidad oficial no había podido contra los muros pintados a escondidas y el rechazo colectivo.

Una pincelada de color barrió las calles y algo, tímidamente, comenzó a latir.

De allí en más, recuerdo una sucesión de hechos que marcaron mi vida para siempre.

Con otros nombres la gente se volvía a reunir. El PIT en lugar de la CNT y ASCEEP en lugar de la proscrita FEUU.

El miedo se hizo para mí mucho más intenso porque entendí que

entrando en el movimiento estudiantil dejaba de ser anónima y comenzaba a estar al alcance de su mirada.

El miedo es punzante y paraliza.

Uno siente miedo de todo y al mismo tiempo rebeldía.

Éramos apenas veinteañeros y la rebeldía, que puede habitar en nosotros en cualquier tiempo de la vida, en la juventud es ineludible.

En setiembre de 1983 los estudiantes organizamos una marcha histórica. Era la primera vez que recorreríamos las calles.

Tengo la imagen grabada de los colores y los carteles y de la gente que en las esquinas se juntaba para vernos pasar. Cuadras y cuadras de estrenados jóvenes que éramos la prueba viviente del fracaso total de aquella brutal dictadura.

No habían podido.

Ni con toda la tortura y la cárcel, ni con todo el exilio... no habían podido. Ninguna mordaza puede detener al pensamiento.

Yo era estudiante de Ciencias de la Comunicación (qué ironía) y en el marco de la Semana de Derechos Humanos de ASCEEP nos propusimos con unos compañeros hacer un audiovisual sobre los niños desaparecidos, una realidad de la que recién empezábamos a tener noticias.

Fue así que una tarde llegamos a lo de Ester (la abuela de Mariana), y otro día a lo de Blanca (la abuela de Victoria) y otro a la casa de Sarita (la mamá de Simón).

Los testimonios de estas mujeres, que marcaron mi vida, me hicieron ver que todo era mucho más duro de lo que imaginaba.

La primera vez que pasamos este audiovisual fue en el Palacio Peñarol. Al terminar, todavía con las luces apagadas de aquel inmenso lugar lleno de gente que lloraba sorprendida de su propia historia, nos fuimos con los carros de diapositivas por miedo a que alguien nos confiscara el tesoro.

Cientos de charlas vinieron después. Clubes, comités, parroquias en todo el país. Fuimos con los grupos de familiares de presos, exiliados y

desaparecidos, a mostrar en imágenes lo que ellos contaban.

Una sábana blanca, un proyector y un grabador. Contar y hacer saber era en ese momento una de las formas más importantes de militancia.

Había que descorrer el velo.

Había que dejar al descubierto todo el horror.

Ese tiempo nuevo, aun en dictadura, tuvo la rara virtud del movimiento. Después de aquella quietud sin límites, el mundo comenzaba lentamente a girar.

La gente salía a la calle.

Primero de Mayo, marcha del Obelisco... Sin haber llegado todavía a su fin, la larga pesadilla se fue transformando en una fiesta popular. Volvíamos a tener la fuerza de un sueño colectivo.

"Aquello", no sería para siempre.

Las absurdas prohibiciones impuestas por el poder irracional de la fuerza tenían cada día menos sentido.

Las radios pasaban de a poco, tímidamente, algunas de aquellas voces que desde hacia años sólo cantaban en tierras ajenas y todos nos llamábamos emocionados por teléfono avisándonos la buena nueva.

Aun había gente "proscrita", presos y exiliados, pero comenzaba a llenarse de sonidos y colores ese país que me vió crecer en blanco y negro.

Yo era consciente de ser testigo de un tiempo irrepetible.

Sabía que de algún modo tenía el privilegio de participar de aquellas calles pobladas de abrazos, de gente que se reencontraba después de años.

Cada día volvían más y más personas desde los más diversos rincones del mundo.

La información, aquella cosa tan extraña para los que nos quedamos aquí, era ahora moneda corriente.

La rambla se colmaba de gente a cada rato, esperando a alguien que volvía.

Bajo lluvia torrencial, con la piel erizada escuchamos (algunos por

primera vez) a Zitarrosa y a Los Olimareños y otro día a Viglietti.

El teatro El Galpón recuperó su nombre y sus actores.

Y un día. Un inolvidable y maravilloso día, salieron en cantidades los presos políticos que llenaban las cárceles.

La dictadura había terminado.

Parte de la vergüenza había terminado.

Los presos salían cargados con sus pocas pertenencias, recorriendo el camino desde el Penal a la ruta, donde una multitud esperaba llena de banderas y sonrisas y lágrimas. La gente prendía fogones en los bordes de la carretera por donde volvían los compañeros, para saludarlos y bienvenirlos.

Otra multitud aguardaba a las compañeras que salían desde Cárcel Central para recibirlas con toda la emoción y toda la alegría.

La alegría en ese tiempo era una presencia mucho más intensa aún que aquel silencio impenetrable de la dictadura.

La energía que colmaba el aire de aquellos meses es uno de los recuerdos más intensos y bonitos de toda mi vida.

Escribo estas líneas en memoria de tanta belleza y en homenaje a todos los compañeros desaparecidos que no pudieron participar de esa fiesta, aunque estuvieron allí, como están hoy... *presentes*.

Girasol

El juego de la oca

De oca a oca
y tiro porque me toca.
Salen a veces
hasta dos seis seguidos
y una vuela que corre
flor silvestre en la mano
y moras en la boca
por las cimas del mundo.

De pronto un dos certero.
Calabozo.
Frío metal echa raíces en el hormigón.
Me quitaron el dado.
A la salida
un cuatro mediopelo.
Todos los jugadores me han pasado de largo.
La espera agrió las antiguas dulzuras.

Pero otra vez me toca tirar.
Puente a mí.
Este puente de piedra es más mullido
que el plumón de las ocas.
Lo recorro sin prisa
y cuando creo
que la mala orilla se hundió atrás
caigo en el pozo.

Al cabo de mil y tanta noche
un jugador incauto y bienquerido
toma el fondo por mí
              sólo que
condición de salida es dejar allí los sueños.
                                        Bueno está.
A cambio ya sabré entre celda y pozo
bailar con marinero
tender puentes
y asirme a las alas de las ocas.

Mientras pueda tirar.

Almendra

Documentos

Memoria para armar

Convocatoria de testimonios escritos de mujeres que vivieron la dictadura uruguaya

Te invitamos a contar porque a vos también te pasó

Es nuestro modo de conjurar el horror que se instaló dentro y fuera de las cárceles; de conjurar el miedo que nos invadió a todos; de conjurar la injusticia que se perpetró, no sólo en los juzgados militares; de conjurar la oscuridad que cambió la cara de los uruguayos, que cambió la entonación del himno, que nos hizo más silenciosos.

¿Quiénes somos?

Nosotras, somos un puñado de mujeres que se atrevió y se atreve a soñar utopías. En aquella época las cárceles nos mantuvieron muy juntas, pero hace tres años nuestras voluntades nos volvieron a unir y nos comprometimos a desenredar nuestra memoria.

Creció el deseo de decir y de ser escuchadas y más aún creció la necesidad de escuchar de boca de otras mujeres, de las que pudieron quedarse en sus casas, en sus barrios, en su país y de las que fueron desterradas y expulsadas al exilio, sus experiencias de vida y sobrevida.

Todas tenemos algo que decir, cada dato que aportemos es una mirada personal a esa dictadura que no quisimos. Porque la verdad la armamos entre todos, porque "cada uno de nosotros es cada uno y todos los demás", queremos registrarla y trasmitirla a nuestros hijos, a nuestros nietos, a las generaciones que nos continúen. La historia verdadera, la cotidiana, la que se vive en el ómnibus, en el trabajo, en la cocina, en la vereda, en la cárcel o en el destierro.

La dictadura nos dejó a todos heridas que debemos descubrir, nombrar y mostrar para que cicatricen definitivamente.

Si logramos que cada una bucee dentro de sí misma, buscando una reflexión o simplemente una imagen, un sentimiento, algo que para ella represente aquella época, habremos dado un enorme paso hacia la verdad.

Rescatémonos del olvido; revaloricemos los pequeños gestos que construyeron la muralla de solidaridad y resistencia que nos protegió para llegar hasta donde hoy estamos. Pensemos también en el poder que la condición de mujer nos confiere.

Demos testimonio entonces, seguras de que todas las vivencias tienen hermosura y grandeza y ayudarán a las "nacientes memorias" a elaborar una historia mas justa y a aprender algo más acerca de nuestra condición humana.

Si no te animás a escribir, contá tu historia a otra que lo haga por vos (estos casos se considerarán como co-autorías).

¿Cómo participar?

Con obras inéditas escritas en castellano en uno o varios de los siguientes géneros literarios:

- Relato testimonial o autobiográfico
- Cuento
- Poesía

Te solicitamos además, en sobre cerrado, la siguiente información:

- Nombre completo y síntesis biográfica
- Documento de identidad
- Dirección, teléfono, fax y/o correo electrónico
- Género literario en el que participas
- Título de la obra
- Seudónimo

El sobre deberá estar identificado con el nombre de la convocatoria: "Memoria para armar"

Si se trata de una co-autoría, se presentarán los datos de ambas autoras.

Las obras presentadas deberán tener un máximo de 20 páginas tamaño carta a máquina o computadora, a una cara, a doble espacio si se trata de relatos o cuentos y hasta 10 poemas o el equivalente a 120 líneas si se trata de poesías.

Deberás presentar un original y cuatro copias identificadas solamente con el nombre de la obra y tu seudónimo. De ser posible se presentará también en disquete.

El original, las cuatro copias y el sobre cerrado conteniendo la información requerida, deberán enviarse a Casilla de Correo 17485 – CP 11700 – Montevideo Uruguay.

Fecha límite de presentación: 31 de marzo de 2001.

Se realizará una selección de las obras con el fin de ser publicadas. La Comisión que hará este trabajo está integrada por:

Profesora Lucy Garrido; Historiadora Graciela Sapriza; Profesora Rosario Peyrou; Profesor Hugo Achugar y una representante del Taller de Género y Memoria.

Esta selección se dará a conocer el día 30 de mayo de 2001, en acto público.

Dado el objetivo de la presente Convocatoria, se considerará el valor literario de las obras presentadas y se pondrá especial atención al valor testimonial de las mismas.

Los trabajos presentados no serán devueltos; se guardarán como parte de la tarea de recopilación de escritos reconstruyendo la memoria histórica de la época.

Las organizadoras se comprometen a no utilizarlos sin autorización de las autoras.

Organiza: Taller de Género y Memoria de ex –presas políticas
http://www.chasque-apc.org/memoriapararmar.

1 de noviembre 2000
Sala Zitarrosa

Hace tres años, las mujeres que fuimos presas políticas en este país, volvimos a reunirnos. El llamado fue a todas, sin importar dónde ni cuánto tiempo habíamos estado presas. Ese día, en medio de la emoción del encuentro, de las anécdotas que brotaban, de las ausencias que se notaban, algunas compañeras propusieron, hablaron, de "*Memoria Colectiva*".

Muchas sin saber bien lo que era, nos sumamos a esta idea, pues sentíamos la necesidad de reconstruir lo vivido y de hacerlo juntas. Necesidad y responsabilidad de que lo vivido no se perdiera con nosotras, responsabilidad con nuestros hijos y los hijos de las otras, responsabilidad con las compañeras que no pudieron seguir; responsabilidad con todos los uruguayos, a quienes les debíamos contar. Y comenzar a armar de esa manera "nuestra" parte de la verdad.

Lo hicimos entre nosotras y no fue fácil; lloramos y reímos recordando; volvimos a sentir miedo y a no dormir alguna noche; nos volvimos a sentir cerca, nos apoyamos y crecimos juntas en la tarea.

También hubo algo que creció en este tiempo y es el enorme silencio de las otras voces, la enorme necesidad de los recuerdos de las otras mujeres; las que pudieron quedarse en sus casas, en sus barrios, en su país y que estaban sufriendo lo mismo que nosotras, y las que fueron desterradas y expulsadas al exilio. Porque la dictadura la vivimos, la sufrimos todos. Se metió, aunque no quisiéramos ni lo pensáramos, en cada hogar, en cada rincón. Nos cambió la cara y el ánimo.

Así es que surge Memoria para Armar. Surge como una iniciativa más que se suma a la infatigable tarea de mujeres y hombres de nuestro país, contra el olvido, por recuperar la verdad.

Desde que nació, esta idea, (recopilar testimonios de esos años), se enriqueció con cada compañera, cada persona o Institución que la apoyó, que la sumó a su tarea o la adoptó. Lo cierto, es que ya dejó de ser nuestra, para ser de *todos*.

Es mucha la gente que trabajó y trabaja pacientemente, a veces oscuramente, en la construcción de la memoria, y entendemos que ese armado nos corresponde a todos los uruguayos.

Hoy, nosotras, abrimos un espacio más, entre otros. Esta vez nuestro llamado es a las mujeres. Esta convocatoria, de este grupo de mujeres, nosotras, queriendo escuchar a *todas*.

¿Por qué a mujeres?

En primer término porque surge de nuestra reflexión como tales.

En nuestro taller compartimos, analizamos, nuestra vida carcelaria como mujeres, y en esa reflexión vimos cómo ciertas particularidades de la mujer, construidas tal vez culturalmente, muchas veces minimizadas, se vuelven también fortaleza y fueron ventajas en esos momentos difíciles.

Vimos, cómo por estar entrenadas a compartir en la relación con los/las otras el sentido de la vida, tejimos naturalmente redes muy sólidas; porque las mujeres nos nutrimos con naturalidad de "alimentos" sensibles, que nos ayudan y nos ayudaron a vencer la soledad y el miedo; porque establecemos con bastante sencillez lazos de solidaridad y afecto. Porque nosotras crecimos y nos fortalecimos en lo colectivo y en el vínculo mismo, y sabemos que a nuestras madres, hermanas, amigas, sin estar presas les sucedió lo mismo.

Y además es un llamado a las mujeres porque quisiéramos cambiar de a poco otra característica muy nuestra: la de hablar en voz baja, hacer y construir en silencio. Queremos visualizar con conciencia nuestro papel, nuestras vidas, nuestras sensibilidades y compromisos.

Así es que hoy las estamos invitando a sumarse a nuestro trabajo, a reproducir esta idea en las infinitas formas posibles.

Porque la verdad es posible y es necesaria, queremos y llamamos a contribuir en ella; es necesario que las generaciones que nos siguen comprendan el dolor de la pérdida de libertad, de la pérdida de pensamientos, de la pérdida de autonomía; el dolor de las secuelas del miedo. Pero que también conozcan la fuerza y la alegría que dan la solidaridad, la fraternidad, la integridad, por oscuras que parezcan las situaciones vividas.

Empecemos por contar, porque todas tenemos algo que decir.

Así *Memoria para Armar* les propone escribir, dar testimonio, sumar

nuestras vivencias y nuestros sentimientos, recopilarlos para contribuir con la verdad que necesitamos y ayudar así a las nacientes memorias a elaborar una historia más justa y aprender algo más acerca de nuestra condición humana.

Palabras pronunciadas al publicitar la convocatoria

Sala Zitarrosa, 7 de junio 2001

Esta es una noche extraordinaria.

Las mujeres protagonistas, no sólo de los hechos sino del relato de los hechos, contadoras de su historia, trasmitiendo y compartiendo trozos de vida durante los años de la dictadura, desde sus sensibilidad, su dolor, su fuerza y entereza. Gracias, muchas gracias a todas.

La argentina Griselda Gambaro habla del trabajo de la memoria y no del deber de la memoria. Porque el trabajo, dice, el ejercicio continuo vuelve viva nuestra memoria y la transforma en espacio de aprendizaje. Aprender con la memoria significa estar atentos a las circunstancias cotidianas, sociales y políticas, para que los hechos sucedidos durante la dictadura militar no se repitan; no sólo por equidad con los muertos sino porque así nos protegemos solidariamente de la repetición de la historia aunque venga con otros disfraces y hacemos más segura y digna nuestra existencia.

Estos primeros 238 textos que se abrieron a nosotras, a toda la sociedad, nos acercaron de manera viva la violencia, la humillación, la arbitrariedad del terrorismo de estado metido en cada barrio, en cada hogar, en el aire que los uruguayos respirábamos. También nos trajeron profundidades del alma humana, delicados hilos de sostén, fuertes lazos de amor, de fraternidad, de entereza. Al internarnos en la lectura y compartir el dolor, conmovidas ante cada historia, comprendimos el inmenso valor del material que teníamos en nuestras manos. Nos sentimos profundamente agradecidas por la confianza depositada, custodias de un tesoro que tiene que ser de toda la sociedad, unidas en esta necesidad de trabajar por la memoria colectiva, junto a todas y todos los que desde hace años tratan de rescatar del olvido un pasado atroz y fermental.

Muchos de los textos que leímos fueron escritos por niñas de aquellos años, que nos cuentan sus sentimientos y reflexiones y los trasmiten a las niñas y niños de hoy. Hijas ayer, madres hoy de otras niñas y niños cuyas simientes nos continuarán. Esa continuidad, ese entramado donde el futuro nace del hoy y se cimenta en el ayer, nos es necesario

para explicarnos, nos da identidad y raíces, extiende puentes generacionales que nos dan continuidad y fundamentalmente, nos permitan conocer y aprender de lo vivido. Por eso hoy seleccionamos, para mostrarles, algunos ejemplos de distintas generaciones, que sin excepción asumieron igual actitud de dignidad para enfrentar la dictadura.

Los 238 trabajos recibidos en esta primera convocatoria, nos han acercado trozos de esa memoria viva. Nos han conmovido con su hondura y enriquecido con sus valores. Pero especialmente nos han dado la medida y el valor de este espacio que al principio proyectamos tímidamente y ahora nos llena de alegría y confianza. Sabemos que para las que escribieron no ha sido una tarea fácil. Muchas lo hicieron tal vez por primera vez. Debieron recorrer y revivir situaciones, emociones quizás postergadas, quizás aliviadas por el paso del tiempo. También sabemos que por el sólo hecho de hacerlo ya tuvo un efecto multiplicador y hasta sanador en el entorno próximo de cada una, al compartirlo, al elaborarlo, al poder contarlo.

Sabemos también que estos espléndidos 238 trabajos son muy pocos en la comparación posible. La memoria histórica de esos años nos debería tener a todas. Cada voz es única, cada mirada insustituible. Todas aportan a la verdad y permiten construir un futuro más digno. Por eso seguimos convocándolas a escribir de sus experiencias y sus sentimientos, sin importar la edad o el lugar donde estuvieran en esos años de dictadura en nuestro país. Los jóvenes encontrarán en estos materiales respuestas, valores, posibilidad de reflexionar. No queremos dejarle por herencia el silencio ni el olvido.

Nos comprometemos a continuar esta recopilación. Queremos hacerlo, ustedes han demostrado que es posible. Porque –como nos dijera Juan Gelman– "creemos en la necesidad de la verdad que se recompone de a pedacitos", las volvemos a convocar a todas para armar la memoria, nuestra memoria.

Palabras pronunciadas al dar a conocer
los textos seleccionados para este primer libro

"Recuérdalo tu,
recuérdalo a otro"

Luis Cernuda

Te invitamos a contar porque a ti también te pasó
e-mail: memoriapararmar@hotmail.com

INDICE

PRESENTACIÓN 9

PRÓLOGO 11

LAS VOCES 13

Sandra Petrovich
Alguien 15

Marta Aída Delgado
Mirada 16

Graciela Castillo Sallé
El bote 19

María Esther Gatti Borsani
Retrato de mujer en el techo 23

Alicia Osimani
Una luz en la dictadura 25

Gladys Bertulo
Recordando... 33

Graciela Jorge/Marina Cultelli
Afiladoras de flechas 37

Laura Romero
Abuela, ¿me contás un cuento? 41

Gaia
Verdad para cimentar el futuro 47

Margarita Ferro Beceiro
Poesía III 60

Gladys Yolanda Coitiño
Ensayos generales 61

Elizabeth Katzenstein
Crónicas de una calle 72

Gladys Yolanda Coitiño
Sic. lo juro 78

Irma Leites
Espantando la impunidad (i) 85

Anónimo
Te escribo desde el interior 88

Irma Leites
Espantando la impunidad (ii) 91

Susana Pacifici
Una historia sin final 96

Mercedes Martínez
Hotel Pinot 108

Marcela Vitureira Benito
Lo de la estrella 117

Marina Cultelli
Cuando niña 123

Irma Mateos Guerrero
La paisana 138

Graciela Taddey
El movimiento "Hi" 140

Esperanza Garrido
Nuestros años más difíciles 145

Mirna Linale de Rosas
Fiebre de sábado a la noche 162

Ana Pañella Giuffra
Todavía no eran las cinco 164

Roxana Santos Bertino
Tenía cinco años 167

Ilse Marino
Fotos 169

María Ester Gatti
Poesía N° 4 173

Luz Ibarburu
Un hijo desaparecido 174

Mercedes Espínola
Con Norma 183

Margarita Ferro Beceiro
Poesía IV 184

Glinca Belbey
Intimidades 185

Juana Canosa Bonjour
¡Cómo imaginarlo! 197

Beatriz Rodríguez Pérez
Miedo 209

Zaira Día
En el 306 212

Cristina Urrutia
Historia de desencuentros 213

Carmen García Pose
Allá mi voz 219

Buganvilla
Gaviotas y glicinas 220

Alicia Vázquez Aicardi
1980 239

Hendrina Roodenburg
La memoria también se tejió en Holanda 240

Raquel Núñez
Estampas birladas 243

Raquel Lubartowski
Luto 245

Blanca Rosa Domínguez Fernández
El muchacho de cabello dorado 246

Blanca Cobas
Roberto 249

Sonia Mosquera
Un triunfo de lo humano sobre lo bestial 253

María del Carmen Aguado
A los familiares 255

Amanda Blanco
Reencuentro con el cuerpo 256

Elsa Eva Villaflor Garriero
Ojalá que vivan 258

María Ester Gatti
El martes de la semana pasada 267

Gladys Castelvecchi
El padre 272

Estela Peri
El aire de la dictadura 273

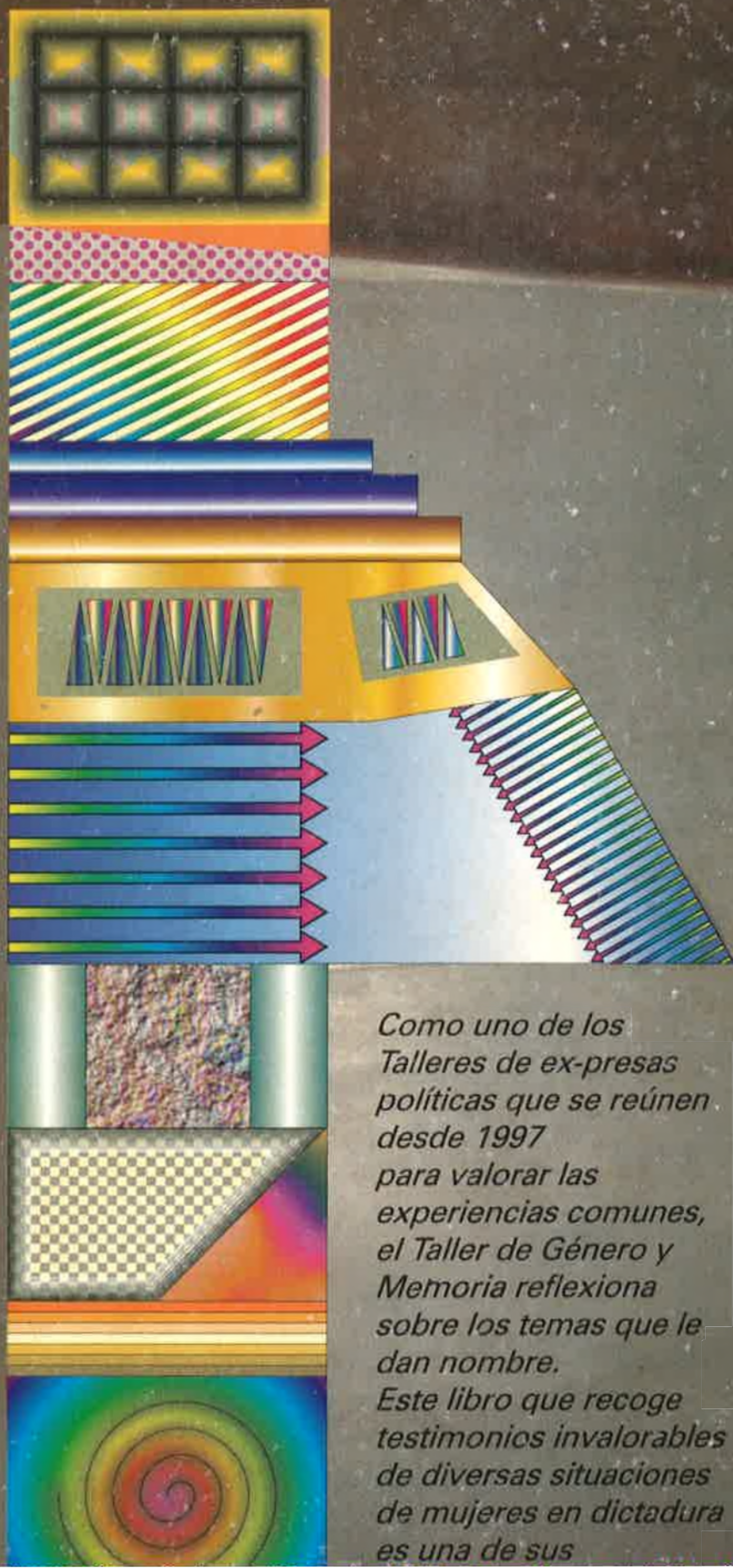
Mª del Carmen Aguado Blazquez
El juego de la oca 278

DOCUMENTOS

Convocatoria 283

Palabras pronunciadas el 1° de noviembre de 2000 285
Palabras pronunciadas el 7 de junio de 2001 289

Se terminó de imprimir en noviembre de 2001 en Artes
Gráficas S.A. - Rivadavia 2045, Tel. 208 8414
Montevideo, Uruguay
Dep. Legal N° 323.674/2001
Edición amparada en el decreto 218/996
(Comisión del Papel)



Como uno de los Talleres de ex-presas políticas que se reúnen desde 1997 para valorar las experiencias comunes, el Taller de Género y Memoria reflexiona sobre los temas que le dan nombre.
Este libro que recoge testimonios invalorables de diversas situaciones de mujeres en dictadura es una de sus





Fue el propósito de quienes reunimos los testimonios que componen el presente volumen, contribuir a la recuperación del pasado durante el gobierno de facto, vivido por las mujeres de modo característico y propio.

Ellos constituyen un aporte a la historia, a la tradición nacional y una reflexión sobre su condición de mujeres.

No es una historia cronológica sino de emociones y verdades internas, incompleta sin duda porque muchas voces no se han dejado oír todavía y a ellas seguimos apelando.

Los testimonios nos enseñan cómo fueron vividos los hechos y de este modo nos protegen